

TITO LUCRECIO CARO

Como piel

DE LA NATURALEZA
DE LAS COSAS

NUEVA TRADUCCION ESPAÑOLA. POR
LISANDRO ALVARADO

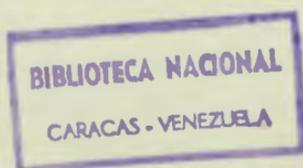
PUBLICACIONES DEL GOBIERNO
DEL ESTADO LARA

Avila Gráfica, S. A. - Caracas, 1950

TITO LUCRECIO CARO

DE LA NATURALEZA DE LAS COSAS

NUEVA TRADUCCION ESPAÑOLA. POR
LISANDRO ALVARADO



Avila Gráfica, S. A. - Caracas, 1950

Edición ordenada por el Gobierno del
Estado Lara en homenaje al Generalí-
simo Francisco de Miranda con oportu-
nidad del segundo centenario de su
natalicio.

PRESENTACION

Por

CARLOS FELICE CARDOT

Fué en las aulas del Colegio de La Concordia, de El Tocuyo, en donde Lisandro Alvarado, se inició en el estudio del latín, idioma que, andando el tiempo, llegaría a interpretar con elevada sapiencia. El 8 de enero de 1866 toma matrícula en dicho Colegio; en el libro correspondiente se anota un nombre más, el de un niño cualquiera, hijo de Rafael Alvarado y Gracia Marchena, nacido en El Tocuyo, habitante en la misma casa de sus padres, y de siete años de edad, matrícula que tomó, conjuntamente con su hermano Rubén, a la sazón de nueve. Poco después, el párvulo, previamente al bachillerato, se inicia en aquella lengua, para luego dominarla con bastante perfección, hasta el punto de que cuando se gradúa en Trujillo, en 1874, era un latinista de cierta versación y dominaba todo el pènsu de entonces, lo que motivó que su examen de grado no hubiera de concluirse; pues el jurado en pleno se mostró satisfecho de los conocimientos del examinando y suspendió la prueba antes de vencerse el tiempo fijado para la misma.

Bajo la dirección del gran mentor don Egidio Montesinos, leyó don Lisandro Alvarado latín y filosofía. Posteriormente, su compañero de toda la vida, José Gil Fortoul, leía también en el propio Instituto las materias que Alvarado había concluído, y en la plenitud de su gloria literaria, decía Gil Fortoul, recordando a su maestro: "En esa casa, hogar del Colegio de La Concordia, me enseñó don Egidio Montesinos latín y filosofía. Años felices! Todavía están cantando en mi memoria los versos

de Virgilio, las "tristezas" de Ovidio, las odas de Horacio... y para no rebelarme contra el recuerdo de la filosofía de Balmes, las cubro siempre, como con manto de púrpura patricia, con libros enteros del poema de Lucrecio".

Finalizados sus estudios secundarios, permaneció largo tiempo todavía en tierras de Lara sin irse a la Universidad a continuar los superiores. Pero tampoco permaneció extático, inactivo, por ser éste un estado natural que poca compatibilidad tuvo con el espíritu, de suyo inquieto, de don Lisandro. Así, después de varias actividades y andanzas previas, se enrumba, al fin a Caracas a seguir estudios médicos, los cuales corona con éxito en 1883, en los propios momentos en que su amigo y compañero, de menor edad que la suya, Gil Fortoul, pero de análoga estatura mental, está en la mitad de su carrera de Leyes. Ambos, con otros jóvenes de alta inquietud espiritual, ansiosos de llevar a su mente nuevas y varias disciplinas, asisten juntos a clases que les serían en extremo provechosas para su cultura posterior y para enrumbiar su mente por sendas de nueva factura en el medio intelectual. Valga recordar aquí el mecenazgo intelectual de Adolfo Ernst, Rafael Villavicencio, Elias Rodríguez y Aristides Rojas... ¿Y por qué no citar aquí a Cecilio Acosta, que lo recibía cuotidianamente en su casa de Santa Rosalía, que lo estimulaba con sus consejos, que se admiraba de sus condiciones personales de seriedad, de aprovechamiento y sobre todo de su talento "que a mí me asombra"?

No obstante la seriedad con que realizó sus estudios médicos, no fueron éstos, sin embargo, preocupación constante de su vida. Vale decir, cargó a costas un bien ganado título de médico; pero el ejercicio de la profesión le atrajo poco. Para él valla más el estudio del medio geográfico, el análisis de nuestro proceso sociológico, la observación atenta y minuciosa de las tribus indígenas en

trance de desaparecer y la investigación y estudio de clásicos antiguos y de literatos modernos.

Comenzó a familiarizarse con las letras latinas según hemos apuntado, siendo discípulo de don Egidio Montesinos, y entre los autores, el que más le interesó fué Tito Lucrecio Caro, en el poema inmortal "De Rerum Natura". De ahí el origen de la traducción. Para 1890, como lo apunta Key Ayala, glosador de la correspondencia entre Gil Fortoul y Lisandro Alvarado, ya éste se ocupa con amorosa pasión, de verter del latín el poema. Por el itinerario de sus cartas, se precisa la marcha de esta labor. Así, para el año de 1889, la tiene entre las producciones en camino, amén de la "Historia de la Guerra Federal" y "Neurosis de hombres célebres de Venezuela", trabajo éste que habría de darle dilatada fama en el concierto de los hombres de pensamiento; además, acopia valiosos apuntes y observaciones, los cuales en no lejana época le servirían para elaborar interesantes monografías. Según la misma correspondencia, para 1892 la traducción iba muy adelantada, y ya tenía la intención de dedicarla a Gil Fortoul, su amigo y confidente desde niño. Este, en epístola cordial le dice: "muchísimo le agradezco su cariñosa intención de dedicarme su traducción del poema de Lucrecio... trabaje en ella y conclúyala pronto". Para octubre de 1893 estaba concluida pero faltaba pulirla, el finis coronat opus de los romanos. Entre tanto, Gil Fortoul seguía desde Europa todas las vicisitudes del trabajo de su amigo, y le escribe: "Ya le tengo un De Rerum Natura en tres volúmenes, editado, traducido y anotado por H. A. J. Munro, . . . Es lo mejor que he podido conseguir. Las notas son copiosísimas y redactadas con el esmero habitual de los scholars ingleses. Vamos a ver si usted termina pronto su traducción. Haré todo lo posible por hallar un editor en Madrid o en Barcelona". En febrero de 1894, Alvarado había coronado su labor, estaba lista la traducción, y escrito el prólogo; éste según

Key Ayala, es algo magistral. Corrían los años. Gil Fortoul, de diplomático por Europa, no interrumpe ni un día la comunión espiritual con Alvarado. De donde estuviese, era parte importante de su diaria faena, mantener esta valiosa correspondencia; siempre se refiere a la necesidad de editarse la obra y a la solicitud que haría de un buen impresor. El 12 de marzo de 1904 le llegó el texto a Liverpool. De esta última ciudad, el 14 de marzo, Gil Fortoul escribe a su autor: "... y horas después, antier, recibí el manuscrito de su traducción de Lucrecio. Infinito le agradezco la dedicatoria. Ojalá podamos encontrar pronto un editor. Voy a escribir otra vez a España. Apenas he tenido tiempo de hojear el manuscrito y saborear una que otra página. En estos días lo leeré todo y algo le diré acerca de él". Cuando salieron los originales para Europa los dejó de ver para siempre don Lisandro: pero felizmente, había sacado una copia que conservaba. La larga familiaridad mantenida con sin igual cariño, por más de una década, con sus papeles lucrecianos, en donde con amorosa pasión laboró tesoneramente por verter a hermosa prosa castellana el poema de Lucrecio, y el ver correr los años sin que su obra fuese publicada, debió traslucirse como era lógico, en una no disimulada tristeza. Pasa largo tiempo. Los dichos originales eran conservados por Gil Fortoul entre sus papeles, hasta que al fin, la hemiplegia rinde la fuerte labor de Alvarado, y el 10 de abril de 1929 la muerte, misericordiosa, vence definitivamente la voluntad creadora del sabio, sin que hubiese visto circular por entre el erudito público de habla castellana, la traducción de Lucrecio, ciclópea labor de muchísimos años. Otras obras suyas fueron más felices. La "Historia de la Guerra Federal", publicada bajo patrocinio oficial y el "Glosarios de Voces Indígenas de Venezuela", bajo mecenazgo particular, fueron, las dos únicas que en vida vió impresas; pues el "Glosario del Bajo Español en Venezuela" circuló cuando ya su autor había partido al viaje sin retorno.

Muerto Alvarado, en su escritorio del Ministerio de Relaciones Exteriores aparecen multitud de cartapacios que contienen en su menuda y clara letra, obras fundamentales para la cultura venezolana. Son pasados a la Academia Nacional de la Historia para su oportuna publicación; pero en ninguno de ellos está la traducción del poema de Lucrecio. La correspondencia familiar sostenida entre Alvarado y Gil Fortoul, hace que Aníbal Lisandro Alvarado, hijo de aquél, y también espíritu de selección, descubra el manuscrito entre los múltiples y desordenados papeles de Gil Fortoul. De allí los extrae, los conserva y ahora, después de pasado medio siglo, en que debió hacerse, permite al Gobierno del Edo. Lara, que se honra en haber visto nacer a Lisandro Alvarado en su jurisdicción, publicar la presente traducción castellana, del inmortal poema de Lucrecio.

* * *

Tito Lucrecio Caro, autor de De Rerum Natura, fué un poeta latino que vivió dentro de la centuria anterior al nacimiento de Cristo, en la época de Cicerón. Espíritu inquieto, dado más a la meditación y al estudio, que al placer de la vida mundana, durante su vida, relativamente breve, dejó para la posteridad esta obra maestra del género didáctico. Su tiempo, anterior al de Virgilio, Horacio y Ovidio, representa parte del siglo de oro de la literatura romana, en donde la poesía, no tan sólo llenaba una necesidad espiritual pura, sino que se utilizaba también, para enseñar deleitando. De ahí la razón de la didascálica, en boga en ese periodo romano, que tan señaladamente esplende aroma de belleza y emoción en las hermosas páginas de De Rerum Natura de Lucrecio, y de Las Geórgicas de Virgilio, entre otros. Suicidado a los cuarenta años, este atormentado poeta, de pacífica vida, señaló indudablemente una estela luminosa a través de su obra, y se apuntó como el fiel intérprete de las doctrinas filosóficas de Epicuro.

La edad media olvidó a Lucrecio, pero mantuvo a salvo los manuscritos que sirvieron para que en 1417, en época del Renacimiento, Poggio llevara de Alemania a Italia, úno, en muy mal estado, del cual se tomaron todos los que existen en Italia, y que, según los eruditos, procedía de los dos de Leyden, entre los cuales se encuentra el Oblongus, "que es el mejor que existe". La edición Principe del poema data de 1473. Sin embargo, según los eruditos, la primera verdaderamente crítica que se conoce, es la Lachmann, publicada entre los años de 1835 a 1840, y reproducida varias veces. Entre las fuentes que utilizó don Lisandro como referencias para su obra, está la traducción inglesa de Munro, enviada por Gil Fortoul de Europa y editada en Cambridge en 1888. La de Marchena, criticada por Menéndez y Pelayo y publicada por la Biblioteca Clásica en 1857, es hasta ahora la sólo traducción castellana de Lucrecio, en verso, y la de Rodríguez Navas, editada en Madrid, es la única en prosa. Las demás son parciales.

Es significativamente raro que no obstante el alto alcance de la obra, haya sido tan escasa su traducción al idioma castellano. Tal circunstancia, es la razón fundamental que de ésta ofrecida hoy a los especialistas de nuestro idioma, fuese esperada desde hace más de medio siglo por la crítica. Juan Antonio Pérez Bonalde, uno de los más valiosos exponentes de la poesía venezolana, influido de cerca por la lírica nórdica y de gran versación en lenguas extranjeras, hizo también una traducción, que, por desgracia, parece desaparecida. Sólo la de don Lisandro, que ahora se da a la luz pública, es la primera realizada por un americano; razón por la cual, además de su valor intrínseco, alcanza más novedad e interés la presente obra.

Antibal Lisandro Alvarado, hijo del sabio, quiso que el Estado Lara fuese el editor de ella. Cercano al barrio de San Juan, de "la noble e histórica" ciudad de El

Tocuyo, vió la luz el conterráneo ilustre. La región que le sirvió de cuna, publica ahora ese valioso legado espiritual y el Gobierno del Estado Lara, que tengo a honra presidir, ha querido juntar en este homenaje a dos grandes figuras de la nacionalidad: a Francisco de Miranda, el más univesal de los americanos del siglo XVIII, erudito, andariego y patriota y a Lisandro Alvarado, espíritu también caminador como aquél, y figura esplendente y universalista de la Venezuela de los siglos XIX y XX. Por eso esta obra se publica en conmemoración del segundo centenario del nacimiento de Miranda, Precursor de la Independencia Americana, y para mayor gloria de don Lisandro Alvarado, el más alto pensador venezolano, de una de las más brillantes generaciones que han producido las letras nacionales.

Barquisimeto, Venezuela, 28 de marzo de 1950.

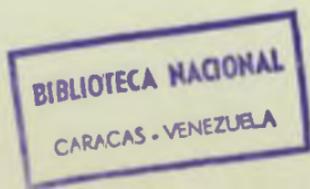
CARLOS FELICE CARDOT

Individuo de Número, electo, de la
Academia Nacional de la Historia

LECCION PRELIMINAR

POR

GUILLERMO MORON



1.—Una vez intenté trazar la imagen de Lisandro Alvarado. Salió un ensayo que adolece de una enfermedad común entre los escritores venezolanos que no somos alvaradinos en el sentido de la hondura estudiosa: falta de penetración crítica en la obra revistada. Puedo presentar una excusa: se trató de un ensayo para un concurso, y los concursos son medidos. La imagen del hombre no está completa sin sus sufrimientos intelectuales. Puede bien contarse la anécdota. Y por fortuna Alvarado la tiene divertida. Hay una que en corrillos se conversa incompleta. Alvarado está en uno de esos pueblos llaneros que tanto visitó, y anda vigilante por la orilla de un paso de río. Se acerca un dueño de caballos, con su animal. Y pide al sabio con aspecto de pobre caminante menesteroso —no todos pueden y saber mirar el brillo de la personalidad, ni está ella saliendo por los poros a los ojos torpes— que bañe al bruto. Alvarado cumple su cometido mansamente. Luego sacan moraleja quienes charlan del sabio. Y dicen: ¡Qué hombre! ¡Un sabio humilde, como todos los sabios! Pero no conocen la última parte de la verídica historia. Cuando Alvarado entrega el caballo, ya limpio, a su dueño, quizá sucio, éste saca moneda para tirarla en pago. Entonces brincó el verdadero don Lisandro: “No, amigo. No le presté un servicio a usted, que es hombre. Sino al caballo, que es bestia”. Así anduvo en la tierra este extraño personaje, cuyo cuento es inacabable, y cuya obra es gigante.

2.—En Venezuela mencionan mucho la traducción de Alvarado. “Los escritores avanzados del país”, como di-

jo *Alí Lameda* en una aguda nota fantochística, saben de la existencia de esa traducción. Algunos han leído trozos. Muy pocos. Aquellos que son contemporáneos de *El Cojo Ilustrado*, y los que para 1910 ya sabían leer. La juventud estudiosa conoce de oídas que un hombre, a quien se empeñan en llamar sabio, tradujo a otro llamado *Lucrecio*. Estoy seguro de que los estudiantes de Literatura en el Pedagógico Nacional y en la Universidad Central no han leído a *Lucrecio*. Aunque se sepan de memoria los datos biográficos, contenidos en cualquier texto. Desde ahora voy a establecer una proposición: que sirva este libro para un seminario acerca de *Lucrecio* y *Alvarado* y el contenido del poema.

Don Lisandro ha tenido mala suerte. Su poema permaneció inédito, escondido, ignorado prácticamente, desde cuando lo tradujo en 1904 hasta hoy. Son cuarenta y seis años. Y pensar que es una de las más difíciles labores intelectuales del sabio. Y la más admirable, como asegura *Lameda*. Pero más negra ha sido esa suerte para *J. A. Pérez Bonalde*. Apenas se menciona una traducción en exámetros, que se considera definitivamente perdida. Mas, ¿no será *Lucrecio* el de la negra? Todo hombre que se adelanta a su tiempo, encuentra obstáculos tremendos. Hasta después de muerto. Y pulverizado. *Lucrecio* se adelantó a la época en siglos. Descubrió el átomo, con la punta de la inteligencia. Fué el primer precursor del materialismo. Intuyó los grandes fenómenos de la Naturaleza, con certera visión. Acaso por igual circunstancia *Alvarado* ha encontrado vallas. También fué intuitivo. Sin prejuicios. Hay que estudiar a *Alvarado* y a *Lucrecio* a través de este poema. Por eso es meritorio empeño la presente edición. Porque brinda la oportunidad.

3.—En breves líneas cuenta *Santiago Key Ayala* la anécdota de los originales del gran poema. El cuento es corto. Pero la historia es honda. *Lisandro Alvarado* tie-

ne recia dimensión de sabio y de hombre. Y De la Naturaleza de las Cosas es un grandioso poema viejo donde se contemplan realidades nuevas. Voy a repetir rápidamente el cuento de la traducción. De Rerum Natura es latín. De la Naturaleza de las Cosas es español. Lucrecio es latino y español. Alvarado es americano. De lo latino a lo americano cuentan muchos ciclos de evolución cultural. Toda la mañosa prosapia de las conquistas y de las transculturaciones de veinte siglos. Al margen de ese tiempo los hombres han visto el abismo universal. Y la pirámide de la cultura, a veces recta, a veces invertida. Siempre ha habido tiempo para una meditación, para una pasión, para una intuición. El poema de Lucrecio es más que una intuición. El intento de explicarse con humanidad lo que la religión y el mito han querido monopolizar. De allí la virtuosidad exhuberante de los dos poetas: del original y del traductor.

Ahora el cuento. Entre 1885 y 1890 Lisandro Alvarado está ocupadísimo en dos proyectos intelectuales: por la una parte acopia datos y conversaciones para su Historia de la Guerra Federal. Por la otra, traduce directamente del Latín el poema de Lucrecio. Le confía a José Gil Fortoul, entonces en Europa, su amigo, las inquietudes. Las cartas son testimonio. Se conservan las de Gil Fortoul para Alvarado, gracias al cuidado de Aníbal Lisandro, hijo del sabio. De 1890 a 1904 trabaja y termina completamente su labor. La versión y la pulitura. Entonces comienza el peregrinaje de los originales. Unos van a las manos de Gil Fortoul, quien desea publicarlos. Pero la verdad es que se quedan entre sus papeles. Allí permanecen hasta unos tres meses antes de su muerte. Dentro del legajo hay una cuartilla suelta, con algunas apuntes gilfortoulianas. Se ve que el gran historiador se ocupó de leer la traducción, que luego olvidó. Y es cierto que la olvidó, porque ni siquiera sabía por el año treinta y siguientes que andaba en su biblioteca. La política

quitó muchas veces tiempo precioso al autor de la única historia compacta que existe de nuestro país. De la caparazón de nuestro país. Pero por lo menos durante unos años el poema conmovió, agitó, al pensador. La muestra está en esa hojita, puesta allí, entre las demás hojas grandes de la traducción. Escribió Gil Fortoul: "Recuerdos de Londres —con pocos libros, sin tener con quién cambiar ideas". Se ve que le llegó a tiempo el poema. Tendrá para largos ratos con eso. Se ha buscado traducciones al inglés, y alguna española. Porque no puede leer latín. Las lenguas muertas encuentran favor en muy escogidas cabezas. Inmediatamente: "Movimiento del original latino —Arcaísmo y neologismo.— Lectura para eruditos, lectura deliciosa". Sin duda se refiere a la explicación que el mismo Alvarado hace en el prólogo, que no envió a Gil Fortoul, sobre la lengua latina y la española. Las flexiones que conviene adoptar, y las palabras que disponen de uno u otro sentido de acuerdo con el sitio en que se pongan. Arcaísmos españoles hay en la traducción, por ser mejor adaptados a la intención del poema. También queda explicado en el prólogo. En cuanto a que se trata de lectura para eruditos, es cierto. Debe conocerse, para entender, las teorías físicas y naturalistas de los griegos. Epicuro tiene allí papel predominante, para ser comentado con amplitud y para terminar la organización de la ideología. Me parece que los estoicos no son apreciados por Lucrecio, aunque no me atrevo a cortar de esta tela todavía. Empédocles, Demócrito son citados. El sistema de ideas griego ocupa lugar principalísimo. Pero a pesar de ello, es lectura deliciosa. El simple juego de las palabras ya es un atractivo. Alvarado aparece como un maestro de la lengua. Y de la intuición misma que usara Lucrecia. Después: "Introducción —Inscripción de Efigenia— Libro III (alma mortal, 57 — la muerte, 68)". Se refiere, en la segunda parte, a la teo-

ría de Lucrecio sobre la mortalidad del alma. Gil Fortoul intentó una penetración del poema.

4.—Existen dos manuscritos. Uno completo que denomino N^o 1. Otro incompleto formando legajo con lo publicado hasta el presente, que denomino N^o 2.

El manuscrito N^o 1 consta de cien hojas papel tamaño carta, formando un cuaderno cocido con hilo vulgar. Ciento sesenta y dos páginas están escritas a mano, con letra muy bien cursada, clara y pequeña en tinta verde, con varias correcciones, las cuales aparecen como definitivas. Sin duda es este cuaderno el que recibió Gil Fortoul en Europa —Liverpool— el doce de marzo de 1904, según consta por la carta escrita el catorce, del Historiador constitucional al sabio traductor (página treinta y una de Key Ayala). Algunos sostienen el criterio respecto a que los títulos no se traducen; pero Alvarado lo hace en el poema. Por eso se conserva en esta edición. En la cuarta hoja del cuaderno aparece el nombre completo del autor, y el título traducido. Por cierto que luego emplea esta frase: "Nueva traducción española por..."; es decir, que emplea la palabra española y no la castellana, como entendemos generalmente respecto a la lengua. Aunque es perfectamente correcto usar una u otra. Esta aclaratoria resulta una sencillez, pero conviene para cortos espíritus inquisidores.

José Gil Fortoul mantuvo esos manuscritos hasta tres meses antes de morir. Al principio se preocupó de encontrar un editor y para el efecto pidió informes a España, por la circunstancia de haberse publicado allá una edición en 1893. No poseía todavía el manuscrito. En cuanto le llegan, se diluyó al parecer la buena intención. ¿No podía Gil Fortoul encontrar un editor para su amigo? ¿O una razón política le impidió seguir gestionando el asunto? Dice Key Ayala que desde entonces Alvarado se separó del manuscrito y que le alcanzó la muer-

te (1929) sin ver publicado el libro. La verdad es que Alvarado conservó copias. Era un gran escritor y un gran amanuense. Directamente escribía sus notas, y las copiaba cuantas veces fuera necesario. Por lo menos tres hizo del *De Rerum Natura*. Y la demostración está en los demás originales que conserva Anibal Alvarado, el hijo del sabio. El libro cuarto y el libro quinto hasta el párrafo XIX incompleto aparecen así en copia en un cuadernillo de cuarenta y dos páginas, formado por cuartillas de media hoja papel tamaño carta. Sin duda fué la copia de los tres últimos cantos que Alvarado entregó a Manuel Segundo Sánchez el dos de febrero de 1921, juntamente con un legajo de los tres primeros publicados, y el prólogo, pegados en cuartillas a manera de un libro encuadernado de recortes. Todo este conjunto aparece en la forma siguiente: una hoja con el nombre y señas del poema. Otra más con la dedicatoria a José Gil Fortoul, agregándole una frase ("en testimonio de alto aprecio"); otra más repitiendo nombre y señas, y una nota abajo, manuscrita, de Manuel Segundo Sánchez: "El 2 de febrero de 1921 confióme el Dr. Alvarado el presente legajo". Se ve que continuaba esperando publicación, editor, el libro. O acaso, al menos, que fueran publicados los tres libros últimos. De ese legajo se extravió la última parte del quinto y todo el sexto. El prólogo fué publicado el primero de noviembre de 1903 en *El Cojo Ilustrado*, como adelanto. No he visto el número correspondiente de esta revista; pero dice Key Ayala que allí está con el título de UNA TRADUCCION, lo cual significa que los recortes del legajo entregado a Sánchez fué tomado de otra publicación, pues el título es UN PROLOGO. Y la tipografía es completamente diferente a la usada por la famosa revista de Herrera Irigoyen. Tampoco parece ser de los *Anales de la Universidad*, por igual razón empírica. En estos aparecieron los tres cantos primeros, así: Primero, en el número de octubre a diciembre de 1909, Año X—

Tomo X— Número 4; Segundo. en el correspondiente a enero y marzo de 1910, Año XI —Tomo XI— Número 1; tercero, en el de junio del mismo año diez, según testimonio de Key Ayala. Pero los recortes que tengo a la vista son de diferente tipografía, y como algo excepcional no aparece la nota con letra de Alvarado señalando la publicación y fecha. Si lo hace en los otros dos. No cabe duda que todo el legajo estaba preparado para una publicación en libro.

Ultimamente aparece un legajo aparte, formado por el libro quinto y el libro sexto, en hojas grandes. Parece el complemento del cuarto y quinto, pero tomados de una copia anterior, sin duda la original. Pero se repite el quinto. Aparecen allí numerosas tachaduras y enmiendas. Quise al principio considerar todo esto y lo anterior como un original No. 2, y hacer entonces una comparación entre ambos, 1 y 2. Pero me ha parecido luego superfluo, o inútil llanamente. Tendría un interés relativo: observar cómo trabajaba Alvarado, puliendo y repuliendo los materiales. Iba penetrando más y más la intención del traductor. En la parte del manuscrito No. 2, posterior a aquél, no se corrije ni una coma, e igualmente en los recortes, al margen de los cuales solamente se ponen notas por mano de Alvarado.

Se me objetará que hablo aquí muy como en el aire. Y es cierto, en parte. Pero sépase que nada tengo a la mano. Ni ediciones en español, que me parece no existen en Venezuela. Varias consultas hice a Caracas, y no se me ha sabido dar razón. Ni la colección de El Cojo, ni la de los Anales existen en esta ciudad interiorana. Sólo tengo los originales, algunas cartas, algunos recortes, y algunos recuerdos. Habrá de disculpárseme si esto no es un estudio. Apenas una lección preliminar, para que se sepa y entienda esto: de dónde sale la edición y para qué sale la edición. Más adelante diré el para qué. Ya me hubiera gustado establecer una comparación entre

Marchena y Alvarado, por ejemplo, siquiera bibliográfica, o de giros. Por puro divertimento. Pero la comisión de técnicos que haga la segunda edición, se ocupará de todos esos pormenores.

5.—Hago ahora una explicación. Cuando abogué, desde 1948, por la publicación de las obras de Alvarado, sabía del decreto del Congreso de 1943, por el cual debían publicarse todas completas. Pero Alvarado ha tenido mala suerte. No existen ediciones nuevas de sus libros ya publicados —los Glosarios y la Guerra Federal—, ni se ha impulsado la edición de los inéditos. Todo el mundo alude al sabio. Se está conteste en que los libros son grandes libros para la cultura de América. Pero de allí no se pasa. Y lo digo porque la presente edición sale con un objetivo bien determinado: aportar una obra de envergadura para saldo por el Bicentenario de Miranda, y tirar la primera piedra. Es decir que no se ignora cómo la edición dispone de un defecto principal, cual es una revisión técnica. Solamente he compulsado los originales existentes, sin quitar ni agregar nada. Primero, porque eso requiere profundos conocimientos en varias cosas. Y luego porque conviene siempre respetar a los autores y traductores. A veces se despierta un como vehemente deseo de entrometerse en lo ajeno. Ya se lo critica Alvarado a Menéndez Pelayo, por andar este tijereando a Marchena. Pero si bien es verdad que no hay técnica bibliográfica, ni erudición de notas y observaciones para enriquecer la edición, al menos existe mucha buena voluntad de que esta sirva de base para otras sucesivas. Se conocerá la traducción. Se sacó del olvido. Ya no dormirá más en estantes escondidos. Ahora es patrimonio de la Cultura.

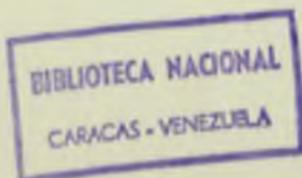
Otra cosa más. Pudo aquí establecerse la vida de Alvarado. Pero ella está ya conocida. Lo importante hubiera sido un estudio a conciencia del poema. Pero lo

harán después otros. Avigorar el recuerdo de estos libros de vigencia eterna es más que una buena intención.

Mi colaboración ha sido de amanuense. Me siento complacido, de todas maneras. José Nucete Sardi, estoy seguro, sentirá igual complacencia. Por él circuló el libro sobre Etnografía, de Alvarado, que publicó el Ministerio de Educación. Y también Eduardo Carreño, que tanto interés ha tomado por las cosas del sabio. Aníbal Lisandro Alvarado conservó los manuscritos, y cartas, y notas de su ilustre padre. Y se prestó gentil para esta publicación. Lo demás pertenece a Carlos Felice Cardot.

GUILLERMO MORON

Barquisimeto, marzo, 1950



PROLOGO

Una de las tareas que se ha impuesto el estudio de la antigüedad, es examinar cuidadosamente las producciones literarias que por intermedio de Grecia y Roma han llegado hasta nosotros, hasta tal grado, que los poco familiarizados con los idiomas muertos, encontramos excelentes traductores que nos ahorran el trabajo de aprender a descifrar multitud de obras maestras. Esta labor paciente y sistemática de interpretación, se hace de todo punto interesante si, considerando el influjo grecolatino en la civilización europea, se observan en sus tendencias y elaboración los métodos o sistemas mediante los cuales se lleva a cabo el progreso; porque siendo éste el resultado de una acumulación de trabajo intelectual, no es indiferente comprobar el desarrollo de las ideas y su gradual perfeccionamiento al través de los siglos.

Concretándonos al diioma latino y a España, nadie ignora que esta nación cultivó con esmero el idioma que heredó de los colonizadores romanos y que en los días del Imperio produjo afamados literatos. Elaborado más tarde el español como lengua romana y arraigado en España el catolicismo, fué indispensable el estudio del latín; más, por causas que no importa ahora esclarecer, no se vió que los españoles descollasen como editores ni como traductores e intérpretes de los antiguos monumentos literarios del Lacio. Diríase que el peligro que creían ver en la traslación de los textos sagrados se extendía también a los autores profanos y que en este sentido no hubiese sino un asilo, que Virgilio y Horacio apenas poseían, al cual no llevaba sus pesquisas el penetrante ojo de la Inquisición. Hubo una vez en que Virgilio fué con-

siderado como poeta cristiano. La perfección de sus versos, en los que se nos dice gastó años y más años, le hizo el poeta de moda, y era en gran holganza ver como se asimilaba y apropiaba ingeniosamente las ideas Teócrito, Hesiodo, Homero, Enio y otros antiguos vates. En nuestra antigua Universidad se mandaba explicar a Virgilio para la enseñanza del latín. En cuanto a Horacio, divertido es cómo pudo conquistar el gusto de los graves y devotos españoles é insinuar en ellos, mejor que Lucrecio, su verdadero epicurismo, á favor de un lenguaje placentero, festivo, irónico, bromista y amañado á todos los estilos. Tal era el gusto antaño. Hoy no es el mundo literario tan aficionado á la sonoridad y la forma.

Esta indiferencia de los eruditos españoles en lo concerniente á una de las manifestaciones de su literatura, ha continuado hasta nuestros días, y ciertamente que por falta de fuerzas no es. Acaso la imprenta se fatiga más, como suele suceder, dando á estampas obras insulsas y mezquinas, y más oportunas que estimables; pero el hecho es que tendríamos con esto excusa si ofreciéramos ahora, puesto en lengua vulgar y en el supuesto de que pueda ello ser útil para los que hablamos el español americano, un libro clásico á que han dado gran importancia los recientes progresos de las ciencias físicas y naturales. Es el poema "De la naturaleza", á cuya consideración fuimos excitados hace algunos años por el Doctor José Gil Fortoul; porque si traducciones no abundan, como es visto, para los autores latinos, la escasez llega á su colmo en la producción que acabamos de mencionar. Muy bien puede ser que las creencias mismas del poeta hayan repugnado de un modo invencible al ultramontanismo que en España siempre dominó y acabó por inutilizar vastos elementos que debieron alimentar y acrecer su gloria y su esplendor; mas, sea por lo que fuere, es positivo que en donde quiera que se ha desplegado menos celo por el dogmatismo religioso y más respeto á los

fueros de la conciencia, la ilustración de las pasadas épocas puede ser apreciada por la generalidad de los lectores, a merced de traducciones de todo género. De dos que sabemos hay en español del citado poema, una, la del renombrado heterodoxo José Marchena, está en versos libres; la otra, hecha por el señor Rodríguez Navas, está en prosa. La primera debía por de contado merecer de Menéndez Pelayo la misma ojeriza y malevolencia que usó con las traslaciones que de las Escrituras hicieron los luteranos Reyna, Valera, Encinas, Pérez y Valdez. El erudito escritor apenas es dueño de refrenar su odio y malquerencia por todo lo que no es catolicismo: echa mano de los fanáticos conceptos de Chateaubriand y Capmany acerca del abate, y añade otros por sí mismo, como si no fueran aquéllos suficientes, no sin haber hecho antes la siguiente inútil salvedad: “yo sólo diré que siento mucho menos antipatía por Marchena, revolucionario y jacobino, que por aquellos doctos clérigos sevillanos, afrancesados primero, luego fautores del *despotismo ilustrado*, y á la postre moralistas utilitarios, sin patria y sin ley, educadores de dos ó tres generaciones doctrinarias”. Cuando Marchena fué compañero de Marat en la redacción de *El Amigo del Pueblo*, ya había traducido en 1791 el poema de Lucrecio, á la edad de veintitrés años. Miembro después del Comité de salvación pública y oficial del Estado Mayor en el ejército del Rin, mostró entonces, y varias veces después en su agitada vida, su genio volteriano y pastequista, escribiendo el célebre fragmento apócrifo del Satyricon de Petronio y mereciendo los elogios de Eichstaedt. La enunciada traducción no llegó a publicarse hasta 1897, en Madrid.

Observaremos desde luego que aunque paladinamente nos asegure el distinguido académico español, que los poetas jamás deben traducirse en prosa es la que por de pronto resulta practicable y hacedera. Que se piense un instante en el asunto mismo del poema, y sin mucha di-

ficultad se concebirá el genio del autor al reproducir con fidelidad en lenguaje rimado el sistema filosófico de Epicuro, Demócrito y Leucipo, perfeccionando al mismo tiempo el medio de expresión, es á saber, el hexámetro latino, apenas modelado por Enio y por Pacuvio; mas trasladar á otra lengua aquella reproducción, añade en nuestro entender una sujeción más, que suponemos será insoportable al estro de un poeta, y por fuerza habrá de ser entonces infiel ó prosaica una versión rimada, cualquiera que sea, por otra parte, la lengua del traductor. Se puede escojer, leyendo á Horacio, entre las violentas trasposiciones de Burgos y las elegantes imitaciones del Maestro León. Leyendo á Lucrecio, no.

Notemos, además, que lo de ritmo y melodía lo entendemos hoy de muy distinto modo que en latín, y que en las lenguas vivas difieren sensiblemente de unas á otras. Expresiones usuales en el arte, por ejemplo, verso heroico, yámbico, hexámetro, pie de verso, cesura, vienen á ser nuevas mistificaciones que nos persuaden á equiparar nuestra actual versificación con la de las lenguas sabias, así como los romanos creyeron copiar con el suyo el hexámetro de los griegos. Esto lo enseñan de común acuerdo los gramáticos ó retóricos que hablan del asunto. El hexámetro alemán de "Arminio y Dorotea" se acomoda al propósito del autor, que fué imitar la sencillez y la majestad homéricas: ¿por qué en cambio el alejandrino español del "Poema del Cid" ha parecido insoportable en la poesía épica? Hay algo caprichoso en el oído y el ritmo. Quizá será más exacto decir que hay una lenta evolución y una ley étnica en eso que nos parece caprichoso. Los modernos versificadores españoles han escogido el endecasílabo como medio ordinario de expresión en la poesía elevada, y al efecto lo han bautizado con el nombre de heroico, imitando en ésto á los maestros italianos. ¡Cuánto dista, sin embargo, de encerrar el movimiento y la variedad del hexámetro latino! A ver,

cómo se ingeniarán nuestros antiguos poetas para imitar ó traducir versos horacianos. Lo que han podido hacer, hicieron. Fray Luis y Diego Ponce de León, Villegas, Argensola, Juan de Morales y otros recurren en general á las quintillas ó sextillas, y con ellas se adaptan á las variadas estrofas del original, aún á las de sáficos adónicos, que corresponden bastante bien á los del mismo nombre en español. Pero hasta dónde equivalgan estas formas de verso unas á otras en los dos idiomas, ningún retórico nos lo diría con exactitud. Tengo por superfluo para mi propósito añadir más.

Precedida de un prólogo de Pi y Margall, publicó el señor Rodríguez Navas la versión en prosa que arriba viene citada. Ni en ese prólogo, ni en la noticia agregada á la traducción de Marchena, se dice una palabra en lo concerniente al texto escogido, á las variantes, á los pasajes espurios ó traspuestos; y menciono ésto, porque de ello depende en cierto modo la exactitud de la interpretación y el sentido que á veces toman las ideas del autor. La constante preocupación de los literatos españoles ha sido la filosofía epicúrea, y desde este punto de vista han descuidado lo demás. Acerca de las obras de Marchena, véase como ejemplo la nota siguiente de Menéndez Pelayo. “El manuscrito de mi biblioteca (único que conozco) me fué regalado por mi amigo don Damián Menéndez Rayón. Por si alguna vez llega á publicarse, he hecho en él numerosas correcciones, con intento de remediar los lunares de estilo y versificación, tan abundantes en el trabajo de Marchena”. Es tratar una propiedad como *res nullius*. Ahora bien, hasta donde puedo juzgar por los pasajes que cita el doctísimo académico, tales correcciones fueron hechas sin tener en cuenta el original latino, con el cual está conforme, por otra parte, la edición de 1897, hecha al parecer sobre otro códice.

Ésta nueva versión, pues, que hemos querido llevarla hasta el extremo, peligroso como todo extremo, de que

fuese casi palabra por palabra, cosa que no es de ningún modo imposible, como bien lo dice la excelente traducción del señor H. A. J. Munro, en la cual se sigue de ordinario al original hasta en el orden de la construcción y el sistema general de puntuación; y porque sin duda podrían los versados en el arte encontrar muchos defectos (que sí los encontrarán) en este ensayo, me permitiré exponer el plan bajo el cual ha sido realizado, de suerte que ello mismo sirva para dar cuenta de algunos de esos defectos.

Antes que todo ha parecido bien establecer una equivalencia más ó menos constante para ciertas voces del lenguaje filosófico, algunas de las cuales provienen de expresiones, académicas por decirlo así, en los fragmentos de Demócrito y Epicuro. Refiérense tales voces á sinonimias de los átomos é ídolos, á nomenclaturas psicológicas y cosmogónicas. El autor, como se expresa Munro, "dice lo que tiene que decir sencilla y directamente, y entre sus méritos poéticos no está intuido el de poner á adivinar al lector cuál de muchas significaciones posibles es la que se propuso aducir". Es razonable así verter de ordinario las voces en su acepción propia y conservar en lo que es dable las aliteraciones, paronomasias, metáforas, perífrasis y voces repetidas del original, y ciertos juegos de palabras que debían ser imitados. Compárese á este efecto el doble sentido de los términos de liturgia usados en el pasaje de la inmolación de Ifigenia, los de náutica al describir la desvalida condición del hombre al nacer, los de milicia en la hipótesis de los temblores de tierra por el viento subterráneo, etc. Yo me maravillo de que Menéndez Pelayo censure á Marchena que repite hasta la saciedad determinadas palabras, en especial la de *naturaleza* y que atiende más á la fidelidad que á la elegancia. Ello recomendaría al contrario la exactitud del traductor, pues en semejante caso están *corpus*, *ratio*, *res* y *vis*. Por nuestra parte, si unas veinte veces hemos

suprimido aquella voz, es por ser perifrástica de un modo tal que resultaba inadaptable para la construcción española. Además, ateniéndonos á las concordancias del texto se han guardado con escrupulosidad las reproducciones y variantes que ocurren de varios pasajes.

El estilo de Lucrecio tiene un sabor antiguo bien notado por los críticos. Esto nos excusará de haber introducido á ocasiones vocablos ó giros anticuados en la traslación, aunque no siempre indistintamente, ó sin otro motivo que el de pura imitación. Aprovechamos hacerlo en casos en que no ha habido en el castellano actual vocablo alguno que viniese ajustado al latino respectivo ó al encontrar lo que suele llamarse un *hápx legómenon*, y adrede se han desechado neologismos correctos que con más brillo expresarían el sentido, pero también con menos exactitud y propiedad ó con un lenguaje anacrónico. Parece que un traductor debe ponerse en lo posible en las mismas condiciones del autor. Escribimos así *ingente, fronde, hojecer, hesitar, onusto, magneta, etc.* y no *firmamento, reino animal, aerolito, volición, calórico*. Las contracciones *deste, dese, dello* etc., tienen la autoridad de Cervantes y otros clásicos sexcentistas; y pues que es más cómodo escribirlas así y vienen en absoluto conformes con nuestra pronunciación actual, creo me será permitido introducir una novedad que á lo que se cuenta no lo fué mucho después de los tiempos de Berceo. Clásico es también el uso de las silepsis con colectivos indeterminados, de los afijos con el imperativo ó infinitivos y de la resolución del futuro de indicativo á que se recurre pocas veces y conforme lo permiten las reglas de construcción. Por el contrario, sería un exceso de refinamiento no ocurrir á voces como *genital, conflagración, moción, bronceo, traicionar* y alguna otra. En resumen, el habla de los místicos é historiadores del siglo de oro, por su nobleza, por su gravedad, por la ilación sostenida y flexible de sus amplios períodos, sería sin duda cosa de

✓ imitar en un trabajo como el nuestro. En Francia traducciones como las de Pablo Luis Courier son un modelo, y en la ya citada de Munro pueden observarse frases ya anticuadas en inglés.

Ahora la única ventaja que sobre los que nos han precedido llevaríamos es la que no han podido evitar, que es la de ser ellos más antiguos. Perdóneseme esta simpleza, con que quiero decir que si literatos como Marchena no llegaron á disponer principalmente sino de los trabajos filológicos y exegeticos de Lambin, Scaliger y Bentley, hoy tenemos la comodidad de poner á nuestro servicio la sagacidad y erudición de Lachmann, de Madvig, de Bernays, de Munro, de Martha. Laboriosas investigaciones han sometido á un riguroso y acertado cotejo los códices descubiertos, y trabajos especiales y comparativos esclaren acá y allá el texto de un poema filosófico al cual sucedió una larga era de ignorancia y superstición. ✓ Lucrecio es hoy el poeta de los sabios, y como escritor está suficientemente juzgado. “No obstante el colorido arcaico que para fines poéticos ha dado á su poema, los mejores jueces han mirado en él uno de los modelos más puros del idioma latino en la edad de su mayor perfección. Cincuenta testimonios podrían con tal objeto citarse; pero los siguientes bastarán. Escaligero declara enfáticamente que en latinidad no hay mejor escritor que Lucrecio. Como latinistas y escritores latinos Lambino y Lachmann apenas han sido aventajados en los modernos tiempos y ambos á más de esos estudiaron á Lucrecio con incansable diligencia: el primero editó á Plauto, Cicerón y Horacio, lo mismo que á Lucrecio, y declara que éste es *omniun poetarum latinorum qui hodie exstant et qui ad nostram aetatem pervenerunt elegantissimus et purissimus idemque gravissimus atque ornatissimus*; y dice en otro lugar á Carlos IX que no es el estilo de Cicerón ó el de César más puro que el de ese poeta:

el otro no se cansa de ensalzar su *sermonis castitas*, su *lactea ubertas* y cosas parecidas”.

No sería preciso copiar este pasaje de Munro si no encontráramos en el prólogo de la Gramática latina de Caro y Cuervo la noticia de que el lenguaje de Lucrecio es semirrudimentario. Esta aventurada aserción pudiera concebirse acaso en el insigne traductor de Virgilio, que no en el portentoso anotador de Bello. Por lo demás, observamos de paso que un autor que para designar los átomos no emplea menos de veintiún sinonimias, sin recurrir á otras tres de que hace uso Cicerón, está bien lejos de que se le juzgue como quieren los autores de la gramática citada.

El texto adoptado es el de Munro, edición de Cambridge, 1893. Acomodándonos á él hemos señalado con un asterisco una laguna ó pasaje perdido: con puntos suspensivos un verso ó algunos pocos que faltan ó se sospecha faltan: con un obelisco un inciso de texto pervertido; y con paréntesis cuadrados un periodo de colocación indeterminada, ó que se ha reconocido como adición subsecuente del poeta. Ultimamente las palabras en itálica dan á entender el verso ó versos propuestos por los intérpretes para reemplazar los perdidos; y los que están en versalilla denotan interpolaciones, que han sido no obstante conservadas en la citada edición de Munro.

Lisandro Alvarado.

AL DR. JOSE GIL FORTOUL

DEDICA ESTE LIBRO,

EL TRADUCTOR

LIBRO PRIMERO

I.—Engendradora de los Eneadas, de los Dioses y los hombres delicia, alma Venus, tu que bajo los deleznantes signos del cielo pueblas y el mar cargado de naves y la tierra de mieses portadora —pues que por ti es concebida toda raza animante y luego que surge contempla la lumbre del sol— á ti, oh Diosa, huyen los vientos, á ti y á tu advenimiento los nublos del cielo: ofrécete flores fragantes la tierra artificiosa, sonriente las llanuras del ponto y resplandece el cielo favorable con profusa lumbre! Que tan luego como se ostenta del día la faz primaveral y prevalece despertado el aliento fecundante del favonio, á ti, oh deidad, anuncian primero y tu llegada las aéreas aves, rendidos con tu poder sus corazones. Luego los ganados salvajes juguetean en los risueños pasturajes y salvan rápidas corrientes, de tal modo poseído de tus gracias te sigue cada cual ávidamente adondequiera que á conducirlo salgas. Y poniendo en fin un apacible amor en el pecho de todos, por los mares y los montes y los impetuosos rios y por las mansiones frondosas de las aves y las verdes praderas motivas el que ávidamente propaguen según su género sus razas. Ya que sola gobiernas la naturaleza y que sin tí nada surge en los divinos confines de la luz, ni se torna risueño y amable, á tí solicito de compañera al escribir estos versos que sobre la naturaleza de las cosas procuro componer para el hijo de los Memios, uno de los nuestros, que tú, oh Diosa, quisiste sobresaliese en todo tiempo adornado con todos los dones. Concede mayormente á mis producciones, oh deidad, un eterno atractivo. Haz que entretanto se acallen adormidos los fieros aprestos de la milicia en todas las tierras y en los mares. Porque tú sola puedes so-

correr á los mortales con una tranquila paz, ya que es Marte armipotente quien rige de la guerra los aprestos fieros; el cual, vencido por la incurable herida del amor, se reclina en tu regazo con frecuencia y contemplándote así, recostada su torneada cerviz, alimenta amoroso sus ávidas miradas, por ti desfalleciente, oh Diosa, y de tu boca pende el aliento del así rendido. A ese que posa en tu sagrado cuerpo, tú, oh deidad, abrazada sobre él, vierte suaves coloquios, pidiendo, oh inclita, una plácida paz para el romano. Porque ni podemos con sosegado espíritu ejecutar esto en tiempo desasosegado para la patria, ni el preclaro descendiente de los Momios ha de faltar a la salvación pública entre tales sucesos. En cuanto á lo demás, aplica un oído atento y un espíritu sagaz, libre de cuidados, al recto razonamiento, para que no abandones desairado, antes de comprenderlo, mi obsequio preparado para ti con escrupuloso celo. Porque comenzaré disertando para tí sobre la suma exposición del cielo y de los Dioses y amostraré los elementos de las cosas, de los cuales crea todas las cosas la naturaleza y las acrece y alimenta y en los cuales las convierte de nuevo, ya destruidas; á los que llamaremos de ordinario, al explicar las causas, materia, y cuerpos generadores de las cosas, ó denominarlos hómicos gérmenes de las cosas, y también, como que dellos proviene en principio todo, lo consideraremos como cuerpos primos.

II.—La existencia humana yacia manifiesta y afrentosamente sobre la tierra oprimida por agobiante religión, que mostraba su rostro desde las regiones celestes sobreponiéndose con horrible aspecto á los mortales, cuando por primera vez se atrevió a levantar sus ojos mortales contra ésta y á contrarrestarla el primero un varón griego (a) á quien el renombre de los Dioses no

a) Epicuro

amedrentó, ni el rayo, ni el cielo con amenazador retumbo, sino que aún estimularon de manera el vivo tesón de su espíritu, que anheló romper el primero las apretadas barreras del pórtico de la naturaleza. Pues bien, la vívida fuerza de su espíritu ha triunfado y avanzado mui más allá de las flamantes murallas del mundo y paseándose en toda la inmensidad su ánimo y su mente, vuelve della victorioso y nos explica lo que puede ó nó nacer y en fin por cual razón hay una facultad definida para cada cosa y un limite hondamente clavado. Y pues que arrojada á sus piés la religión es á su turno aplastada, hasta el cielo nos alza la victoria.

III.—Recelo en este asunto no creas tal vez que andas en impías lucubraciones de la razón y que penetras en los senderos del crimen. Fué al contrario esa religión la que más a menudo engendró hechos impíos y criminosos. Desta suerte mancharon torpemente en Aulida el altar de la virgen Crivia los jefes principales de los Danaos, la flor de los guerreros, con la sangre de Ifianasa; la cual, al mismo tiempo que las bandas que ceñían sus guedejas virginales cayeron á uno y otro lado de sus mejillas y notó de pié ante el altar á su aterrado padre y junto a él los sacrificadores ocultando sus armas y sus conciudadanos vertiendo lágrimas al verla, de hinojos postrada cayó por tierra muda de espanto. Ni aún lograba á la mísera valer en aquella ocasión dar el nombre de padre ella la primera al monarca; porquealzada en manos de los hombres es conducida tremulenta á las aras, no para poder ser acompañada en sonoro epitalamio, una vez concluidas las ordinarias solemnidades del culto, sino para atribulada caer impuramente, victima pura, en los días mismos de ser núbil bajo la cuchillada de su padre, para que una partida feliz y fausta se concediese á la armada. Y pudo á tamaña iniquidad persuadir la religión!

IV.—Tú mismo buscarás un día ú otro como desertar de nosotros, pagado de las sentencias aterradoras de los vates. Porque en efecto, qué multitud de sueños no podrían forjar que trastornar puedan la norma de tu vida y turbar con el miedo toda tu prosperidad! Y merecidamente, porque si los hombres notaran que hay un término cierto á sus desdichas, haríanse con alguna razón capaces de oponerse á la religiosidad y amenazas de los vates. Ahora pues, ni modo hay ni poder de resistir, ya que son para temer las penas eternas de ultratumba. Se ignora en efecto cuál sea la naturaleza del alma: si nace con nosotros ó si se entra en nuestro cuerpo luego que nacemos: si parece juntamente con nosotros desunida por la muerte o divisa las tinieblas del Orco y las lagunas solitarias o se insinúa por providencia divina en otras animales, como lo cantó nuestro Enio, el que por primera vez trajo del risueño Helicón una corona de frondas inmarcesibles que resplandeciente fuera entre los pueblos de Italia; si bien por lo demás Enio expone sin embargo, publicándolo en sus imperecederos versos, que hay parajes en el Aqueronte donde ni permanecen nuestras almas ni nuestros cuerpos, sino ciertos simulacros palidecientes por temeroso modo, y de donde cuenta surgió la figura del siempre rejuvenecido Homero, quien comenzando por verter amargo llanto le explicó la naturaleza de las cosas de palabra. Por lo cual, ya que debemos tener una razón exacta de los fenómenos de lo alto, de qué manera se realizan los movimientos del sol y la luna y por cuál fuerza se efectúa cuanto en la tierra es, hay ante todo que ver con sagaz raciocinio de qué consta la naturaleza del alma y del espíritu y qué cosas son las que, aviniendo en la vigilia, aterrorizan nuestra mente afectados por una enfermedad ó sumidos en el sueño, hasta parecernos en ocasiones percibir y oír delante á aquellos cuyos huesos guarda, ya muertos, la tierra. Ni se oculta á mi es-

piritu que es difícil ilustrar en versos latinos esos nebulosos descubrimientos de los griegos, en especial cuando mucho hay que exponer con voces nuevas, por pobreza del idioma y por la novedad del asunto. Mas tu noble carácter sin embargo y el placer que espero de tu dulce amistad me persuaden á soportar cualquier labor y me convidan á velar en noches serenas buscando la frase ó el verso en que al fin pueda desplegar ante tu mente una clara lumbre con que puedas escudriñar á fondo ocultas cosas.

V.—Esos terrores del ánimo pues, y esas tinieblas necesario es que los disipen, nó los rayos del sol ni los luminosos destellos del día, sino el cuadro y el sistema de la naturaleza El principio de lo cual cojerá su urdimbre de esto: Nunca cosa ninguna se ha engendrado de la nada por obra divina. Con efecto, á los mortales todos sobrecoje así el miedo de ver cumplirse en el cielo y en la tierra muchos actos cuya causa por ningún medio pueden descubrir y suponen que se cumplen por providencia divina. Por cuyo motivo tan luego como veamos que nada puede ser engendrado de la nada, al punto aperecibiremos más en derechura, gracias á ello, lo que investigamos: de qué puede crearse cada cosa y cómo se cumple todo sin la obra de las divinidades.

VI.—Porque si de la nada se formara podría toda estirpe nacer de toda cosa, nada habría menester de germen. Podrían desde luego salir hombres del mar, de la tierra la escamosa estirpe y del cielo las aves brotarían: los ganados y demás rebaños, la tribu entera de las fieras, naciendo al azar, habitarían las labranzas y los desiertos. Unos mismos frutos no solerían subsistir en los árboles, sino que cambiarían; todos podrían cargar uno cualquiera. ¿Pues cuál matriz determinada podría constituirse para las cosas de no existir cuerpos generadores

para cada una? Ahora pues, como cada cosa se produce de determinados gérmenes, nace y sale á los confines de la luz de allí de donde preexiste la materia de cada cual y sus cuerpos primos, y por esto no todo llega á engendrarse de todo, pues que una virtud distinta preexiste en determinados objetos. Demás desto, ¿porqué vemos en la primavera las rosas, los trigos en el estío, y las uvas madurarse á instancias del otoño, sino porque al combinarse á su tiempo determinados gérmenes de las cosas aparece cuanto es creado al presentarse la estación y saca la vivida tierra á los confines de la luz y con segura mano endebles creaciones? Al ser hechas éstas de la nada surgirían de súbito, con plazo incierto y en adversas épocas del año, porque no habría entonces elementos que pudieran ser desechados á destiempo en la asociación generativa. Ni sería tampoco preciso espacio en el desarrollarse las cosas tras la unión de los gérmenes si de la nada pudieran crecer: de párvulos se harían jóvenes súbitamente y árboles crecidos resaltarían del suelo de improviso. Es manifiesto que nada desto sucede, siendo así que todo crece paulatinamente como es razón, *en tiempos determinados puesto que todas las cosas salen de un germen determinado*, y en creciendo conservan su género; de que puedes sacar que cada objeto se acrece y alimenta con una materia propia. Agrégase á esto que sin determinadas lluvias en el año no llegaría la tierra á suministrar sus deliciosos frutos, ni tampoco los animales, privados de alimento, no lograrían propagar su especie y mantener su vida; de que deducirás más bien que muchos cuerpos primitivos son comunes a muchas cosas, como vemos lo son las letras á los vocablos, mas no que cosa alguna pueda existir sin principios. Y luego ¿por qué no pudo la naturaleza aprestar hombres tales que pudieran pasar el ponto vadeándolo a pié, y con sus manos destrozaron altos montes y que perduraran con vida al través de luengas edades, si no es porque una materia de-

terminada, en la cual subsiste lo que della pueda salir, es destinada para el engendro de las cosas? Fuerza es pues confesar que de la nada nada puede ser hecho, ya que las cosas han menester un gérmen para que lo creado pueda elevarse en las delicadas ondas del aire. Ultimamente, pues vemos que los campos cultivados aventajan á los incultos y rinden á mano mejor cosecha, quiere decir que existen en la tierra elementos de las cosas que obligamos á renacer levantando con el arado el terrón fecundo y removiendo la corteza de la tierra. Si no preexistieran éstos, verías como de suyo se tornaran aquellos mui mejores sin trabajo nuestro.

VII.—Agrégase á esto que la naturaleza disuelve recíprocamente cada objeto en sus cuerpos primitivos, sin reducir las cosas á la nada. Porque si algo hubiera que fuera mortal en todas sus partes, cada cosa perecería de súbito desapareciendo al ojo. No se necesitaría en efecto de fuerza alguna que pudiera aparejar la disolución en sus partes y desatar sus lazos. Mas porque está cada objeto compuesto de gérmenes eternos, como no intervenga una fuerza que quebrante con un choque las cosas ó penetre al interior por lo vacío y las desuna, lo que se ve es que la naturaleza no sufre la destrucción de ninguna. A más desto, cuantas la edad aparta con el envejecimiento, si en lo profundo las destruye consumiendo la materia toda, ¿de dónde restituye Venus las razas animales según su género á la luz de la vida, ni cómo la tierra industriosa sustenta las restituidas y las acrece brindándoles el pábulo según su género? ¿Cómo es que sacian al mar manantiales submarinos y profusamente los ríos exteriores? ¿Cómo alimenta el éter las estrellas? Según eso todo, como que es de cuerpo perecedero, debería haber consumido una duración infinita y los pasados tiempos; y si durante ese lapso y en la pasada duración ha ello existido, de lo cual subsiste restaurado este mundo, cierta-

mente está ello dotado de naturaleza inmortal: no puede por tanto volver cada cuerpo á la nada. Y luego una misma causa y fuerza destruiría todas las cosas sin distinción, si una materia eterna más ó menos trabada con reciprocos nexos no las mantuviera, pues un contacto bastaría de cierto á ser causa de destrucción: con efecto, no existiendo cosa de cuerpo eterno, una fuerza cualquiera debería disolver el contexto dellas. Ahora pues, como los nexos reciprocos de los principios son desemejantes y es eterna la materia, quedan las cosas con su cuerpo incólume hasta que se halle intervenir una fuerza bastante violenta para la textura de cada cual. Cosa alguna vuelve por tanto á la nada, sino que tornan todas al disgregarse á los cuerpos de la materia. Finalmente las lluvias se consumen tan pronto como el Eter padre las precipita al seno de la madre Tierra; se levantan empero las vistosas mieses y verdecen las ramas de los árboles: estos crecen y se cargan de frutos: á merced dello se nutre nuestra raza y la de las fieras: á merced dello vemos las rejuvenecidas ciudades florecer en pequenuelo y resonar por doquiera las frondosas selvas con el canto de nuevas aves: á merced dello los ganados fatigados por su gordura se abandonan al descanso en risueñas praderas y fluye de sus repletas ubres blanquisima leche: á merced dello una nueva cria se da á retozar traviesa con sus débiles miembros sobre el tierno césped, excitados sus nacientes bríos con leche fortalecida. Por tanto, en absoluto no perece lo que vemos, en cuanto que la naturaleza rehace lo uno con lo otro y no tolera que cosa alguna sea procreada sino sustentándola con ajena muerte.

VIII.—Ahora, adelante! Por cuanto que he enseñado que las cosas no pueden ser creadas de la nada, ni tampoco las ya engendradas ser retiradas á la nada, para que no comiences no obstante á desconfiar de mis aser-

ciones porque no llegan á percibirse con los ojos los elementos de las cosas, toma nota por lo demás de los cuerpos que te es forzoso confesar que hay entre las cosas sin que puedan ser vistos. Desde luego el viento verbera incitado los puertos y abate enormes bajeles y deshace las nubes; y en ocasiones recorriendo los campos en rápido torbellino, los arroja con gruesos árboles y azota excelsos montes con soplos que frangen las flores: tal se enfurece el viento con intensos bramidos y con tan amenazante estruendo se ensoberbece. Por manera que los vientos son á no dudar cuerpos invisibles que al mar, á la tierra y finalmente á las nubes del cielo barren y atormentadores arrebatan en subitaneo torbellino; y no de otro modo corren y propagan el estrago que cuando el agua, de blanda composición, es repentinamente conducida en abundosa corriente, á la que engruesa, mediante copiosas lluvias, un gran torrente de elevadas montañas, amontonando troncos de las selvas y árboles enteros, sin que puedan afrontar la súbita fuerza de la avenida las pesadas puentes: con tan poderosas fuerzas acomete la corriente, revuelta con la mucha agua, los estribos, con gran fragor siembra el estrago, arrolla descomunales peñascos bajo sus ondas y acorre allí donde algo se opone á sus oleadas. Así es por tanto como deben ser llevadas igualmente las ráfagas del viento, las que á semejanza de un potente río, cuando á un punto cualquiera se dirigen, atropellan los objetos ante sí y los asaltan con frecuentes choques, arrebatánlos á ocasiones en retorcida cúspide y trasportanlos rápidamente en rotante torbellino. Por esto se ve una y otra vez que los vientos son cuerpos invisibles, siendo así que en sus efectos y propiedades se hallan ser competidores de los grandes ríos, que son de cuerpo visible. A mayor abundamiento, los diversos olores de los cuerpos los percibimos sin embargo de que nunca los advertimos llegar á la nariz; ni divisamos la cálida estuosidad,

ni con los ojos logramos apreciar el frío, ni acostumbramos percibir los sonidos; todo lo cual sin embargo es necesario que sea de naturaleza corpórea, puesto que puede impresionar sentidos. Ninguna cosa en efecto sino un cuerpo puede tocar y ser tocado. Y luego, la ropa colgada en la playa rompedora de las olas van humedeciéndose, y esa misma se orea tendida al sol; y ni se ha visto por cual manera penetró la humedad, ni como huyó después con la estuosidad. La humedad por tanto se dispersa en pequeñas porciones que por ningún respecto puede el ojo ver. Más todavía: á la vuelta de muchos círculos del sol se adelgaza la sortija que se lleva en el dedo: la caída de una gotera excava una piedra: la férrea y corva reja del arado se gasta imperceptiblemente en las labranzas y aún vemos usarse el pétreo pavimento de las calles desgastado con las pisadas de la multitud, ó bien las bronceas estatuas cave las puertas muestran la diestra mano amellada con el continuo tocamiento de los saludantes y cercanos transeúntes. Vemos por tanto que esos objetos se merman en cuanto que están desgastados. Mas celosa nos ocultó la naturaleza de la visión el percibir qué cuerpos se desprenden y en qué momento dado. Por último lo que poco á poco agregan el tiempo y la naturaleza á las cosas, haciéndolas crecer en proporción, la intención de pupila alguna de los ojos puede divisar, lo mismo que lo que los años y el enflaquecimiento va envejeciendo; ni podrias reparar lo que pierden á cada instante con la corroyente sal los carcomidos escollos suspendidos sobre el mar. La naturaleza por tanto gobierna por medio de cuerpos imperceptibles.

✓ IX.—No está empero todo estivado de todas partes en una naturaleza corpórea, pues existe en las cosas el vacío. Aquesta noción te será útil por muchos respectos y no te dejará dudar desorientado y preguntar á cada paso sobre el conjunto de las cosas y desconfiar de nues-

tras aserciones. *Hay por eso un lugar intangible, vacto, vacante.* Si aquel (a) no existiera, por ningún respecto podrian las cosas moverse; porque la propiedad que reside en un cuerpo de resistir y oponerse, á todos asistiría en todo tiempo: ninguno por tanto podria removerse, porque cosa ninguna comenzaria por ceder. Ahora bien, vemos por vista de ojos que en los mares, en la tierra, en las alturas del cielo, se mueven de múltiples maneras y con varia disposición muchos que, si no existiese el vacío, no solamente fallarian privados de continuo movimiento, sino que en absoluto y por ningún respecto habrian sido creados, puesto que estivada por todos lados la materia, inmóvil quedaria. Fuera desto, por macizas que se consideren las cosas, es bien que observes sin embargo en lo siguiente que son de cuerpo poroso. Entre las breñas y en las grutas se rezuma la tenue humedad del agua y gruesas gotas manan por doquiera. Los alimentos se esparcen por el cuerpo todo de los animales. Crecen los árboles y producen á su tiempo el fruto, porque se difunde en todos ellos desde las últimas raíces por el tronco y las ramas todas el alimento. Los sonidos traspasan las paredes y penetran en las habitaciones cerradas: el frio intenso se cala hasta los huesos; y en todo esto, si no hubiera huecos, ¿por dónde podria cada cuerpo atravesar? Verias que no se realizaba por ningún respecto. ¿Por qué, en fin, vemos que unos cuerpos ganan en peso a otros no siendo de mayor volumen? Pues que si tanto hay en un poco de lana cuanto de cuerpo en el plomo, razón es que pese otro tanto, porque es propiedad de los cuerpos arrastrarlo todo hacia abajo, mientras que la naturaleza del vacío está exenta al contrario de peso. Luego lo que teniendo más volumen aparece más liviano, muestra á las claras que contiene mayor vacío; y por el contrario lo más pesado re-

(a) el vacío.

vela que hay más cuerpo en él y que contiene dentro mucho menos huecos. Está por tanto á no dudar mezclado á las cosas lo que con sagaz raciocinio estudiamos y que denominados vacío.

X.—Obligado soi á prevenir, no sea que pueda te apartar de lo verdadero, lo que sobre estas cosas suponen algunos. Dicen que las aguas ceden al esfuerzo de los peces y les abren sus líquidos pasajes, porque aquellos dejan tras sí lugares adonde puedan confluir las ondas que ceden, y que así pueden también otras cosas entre sí moverse y mudar de lugar, aunque se esté todo colmado. A la verdad ello se acepta por un razonamiento del todo falso. Porque ¿adónde pudieran al cabo avanzar los peces si las aguas no les hacen campo? Y ¿adónde pueden tampoco retirarse las ondas si andar no pueden los peces? O se ha de privar por tanto cada cuerpo de movimiento, ó se ha de admitir que con las cosas está mezclado el vacío, por donde tome cada una comienzo para moverse. Por último, si rebotan vivamente dos cuerpos anchos en un reencuentro, necesario es por cierto que el aire ocupe todo el vacío que entre los cuerpos se haga; ahora bien, aún cuando él confluya acelerándose en derredor las auras, no podrá sin embargo en un instante colmar todo el espacio; porque sería necesario que desde luego ocupara aquel lugar por lugar y que después quede henchido todo. Que si alguien piensa que esto sucede luego como rebotan los cuerpos porque el aire se condensa, yerra; pues se hace entonces un vacío que antes no lo había y se llena también el vacío que antes existía; y ni el aire puede en tal concepto condensarse, ni dado que pudiera no podría, á lo que opino, sin el vacío retraerse sobre sí y conducir en uno sus partes.

XI.—Por eso, aunque te detengas á hacer muchos reparos, es sin embargo necesario convenir en que existe en

las cosas el vacío. Y podría además, citándose muchos argumentos, dar crédito á nuestras aserciones; pero estos ligeros indicios, por los que podrás comprender por tí mismo lo demás, son bastantes á un espíritu sagaz. Porque así como los canes á menudo encuentran venteando el cubil encubierto por el follaje de la fiera montaraz una vez que en el rastro seguro de la pista se pusieron, así podrás tú ver lo uno á favor de lo otro por tí mismo en tales asuntos, insinuarte en todos los oscuros escondrijos, y de ahí extraer lo verdadero. Y si te fastidias ó algo te desvías de la realidad, puédote, oh Memio, fácilmente prometer que hasta tal punto mi boca suavemente verterá de mi pecho entusiasmado lo ancha-mente bebido en undosas fuentes, que temo no se insinúe primero la ancianidad en los cansados miembros y desate en nosotros la trama de la vida antes que toda la copia de argumentos sobre un punto cualquiera sea enviada en mis versos á tus oídos.

XII.—Mas ahora —para reasumir el tejido desta comenzada exposición— la naturaleza entera, tal como de por sí es, consta por tanto de dos cosas, pues hay cuerpos, y el vacío en el cual están sitios y se mueven aquellos variamente. Que existe lo corpóreo establécelo en efecto de por sí el sentido común; de no acordar al cual como firme esta primera autoridad, nada habrá con que podamos, al tratar de cosas ocultas, demostrar algo mediante el raciocinio. Por otra parte, si ningún lugar y espacio existiese que denominemos vacío, no podrian nunca estar sitios los cuerpos ni en absoluto moverse variamente hacia parte alguna; cosa que ya ahora poco te demostramos más arriba. Fuera desto, nada hay que puedas tener como independiente de los cuerpos ó separado del vacío, de manera que se cuente como una tercera naturaleza descubierta. Porque cuanto exista deberá ello mismo ser algo; lo cual, si tiene tacto, aunque sea le-

ve é insignificante, con tamaño en fin grande ó pequeño, mientras exista, la suma de lo corpóreo acrecerá, y contribuirá al conjunto. Si es intangible, que no llegue á impedir que por entre él pase por cualquier parte algún objeto recalante, de cierto que ello será esto que llamamos vacuo vacío. Demás desto, cuanto exista por sí, ó bien obrará de alguna manera ó deberá ello mismo someterse á otros agentes ó será de modo que las cosas puedan en él existir ó efectuarse. Mas cosa ninguna sin cuerpo no puede obrar y someterse, ni tampoco hacer lugar sino lo desocupado y vacío. Luego fuera de los cuerpos y el vacío no puede subsistir por sí ninguna tercera naturaleza en el número de las cosas, que caiga alguna vez bajo la acción de nuestros sentidos, ó que pueda alguien alcanzar mediante el raciocinio.

XIII.—Porque cuanto existe lo encontrarás conjunto á esas dos cosas, ó verás que es eventual en ellas. Conjunto es lo que jamás puede desjuntarse y segregarse sin una desunión aniquiladora, como es el peso en la piedra, el calor en el fuego, la fluidez en el agua, *lo tangible para los cuerpos todos, lo intangible para el vacío*. Por el contrario, la esclavitud, la pobreza, la riqueza, la guerra, la concordia, y lo demás con cuya presencia ó ausencia permanece incólume la naturaleza, eso acostumbramos decir eventual, como es razón. Asimismo el tiempo no existe por sí, pues de las cosas mismas es consiguiente la sensación de lo que en la duración ha pasado, y de lo que está acaeciendo y lo que á su vez ha de seguirse; y hay que confesar que nadie siente el tiempo de por sí con abstracción del movimiento de las cosas y de su plácida quietud. Por último, cuando dicen (a) que la hija de Tindaro “ha sido” robada y que el pueblo troyano “ha sido” sometido por la guerra, hay que cuidarse de

(a) Crisipo y los estóicos.

que esto nos fuerce á confesar que ello subsiste por sí, cuando á esa raza de hombres, de la cual fué ello eventual, arrebató ya sin remedio la pasada edad. Porque cuanto se hubiere efectuado pudiera decirse que es eventual en parte á los Téneros y en parte á las regiones mismas. En suma, si no hubiese habido materia alguna de las cosas, ni lugar y espacio en que se efectuara cada cosa, nunca el fuego, prendido por el amor á la belleza de la hija de Tindaro, deslizándose en el pecho del frigio Paris, hubiera excitado los famosos combates de una guerra implacable, ni hubiera el caballo de madera, á escondidas de los troyanos, incendiado á Pérgamo con su nocturno parto de griegos; por que puedas reparar que los acontecimientos todos en absoluto por sí no subsisten ni son, como lo corpóreo. Ni existen del propio modo que subsiste el vacío, y que más bien son de modo que puedes mercedamente llamarlos lo eventual de lo corpóreo y del lugar en que cada hecho se efectúa.

XIV.—Ahora pues, los cuerpos son en parte los elementos de las cosas y en parte lo resultante de la asociación de los principios. Mas los que son elementos de las cosas fuerza ninguna puede extinguirlos, pues en definitiva prevalecen por su sólido cuerpo. Parece empero difícil creer que haya algo que pueda encontrarse de cuerpo sólido en las cosas. El rayo del cielo en efecto atraviesa las paredes de las casas, lo mismo que el ruido y las voces: el hierro se encandece en el fuego y estallan las piedras caldeadas por un calor intenso; ora la dureza del oro se derrite extenuada con la estuosidad, ora la tenacidad del bronce se liquida vencida por la llama: traspasan el calor y el frío penetrante la plata, pues que uno y otro sentimos al retener según costumbre la copa en la mano y derramar el agua en ella. Hasta tal punto parece no haber nada sólido en las cosas. Mas porque la directa razón sin embargo y la naturaleza de las cosas

lo constriñe, atiende mientras en pocos versos te probaremos que son de cuerpo sólido y eterno los que enseñamos ser gérmenes de las cosas y elementos, de los cuales está formado todo el actual conjunto de cosas.

XV.—Primeramente como se ha encontrado que existe una doble y mui desemejante naturaleza en dos órdenes de cosas, en lo corpóreo y en el lugar en que cada hecho se efectúa, es necesario que una y otra existan íntegras por sí y para sí. Porque donde quiera que priva el espacio que decimos el vacío, allí no existirá lo corpóreo, y recíprocamente donde quiera que se está lo corpóreo, allí de ningún modo coexistirá el vacío. Los cuerpos primos son por tanto sólidos y sin vacío. Demás desto, puesto que hay el vacío en las cosas engendradas, necesario es que exista en derredor una materia sólida, pues no puede demostrarse con verdaderas razones cosa alguna que oculte el vacío en su cuerpo y lo contenga interiormente, si no permites que sea sólido lo que lo incluye. Y eso capaz de incluir el vacío de las cosas no puede menos que ser á su vez sino una asociación de materia. Por tanto, la materia, que es de cuerpo sólido, puede ser eterna, aunque lo demás se descomponga. Mas aún: si nada vacío hubiese que privara, el universo mundo sería sólido; y si al contrario no hubiera ciertos cuerpos que llenaran cuantos lugares ocupan, el universo mundo que existe sería un espacio vacío, vacío. Por tanto, lo corpóreo á no dudar cambia alternativamente con lo vacío, porque ni reina por entero lo lleno, ni lo vacío tampoco. Hay por eso ciertos cuerpos que pueden cambiar el espacio vacío con el lleno. Estos no pueden descomponerse batidos por los choques de fuera, ni dilacerarse íntimamente penetrados, ni por alguna otra causa derruirse cuando atacados, según te lo hemos demostrado un poco más arriba. Porque se ve que nada puede sin el vacío ser contundido, ni quebrarse, ni

henderse partido en dos, ni absorber la humedad, ni tampoco el permeable frio, ni el fuego penetrante; con lo cual se destruye todo. Y cuanto más vacío cada cosa cohibe dentro, más bambolea atacada en lo profundo por esos agentes. Luego si los cuerpos primos son sólidos y sin vacío, así como he enseñado, es necesario que sean eternos. Demás desto, si la materia no hubiera sido eterna, toda cosa habría de antes tornado en absoluto á la nada y de la nada hubiera renacido cuanto vemos. Mas como arriba he enseñado que nada puede ser creado de la nada, ni revocarse á la nada lo que es engendrado, deben los elementos ser de cuerpo inmortal, en que puedan disolverse los objetos en su hora suprema, para que se suministre materia en la renovación de las cosas. Son por tanto los elementos de una simplicidad sólida, y no por otro motivo alcanzan, conservados por siglos desde una época verdaderamente infinita, á renovar las cosas.

XVI.—Por último, si ningún fin aparejara la naturaleza en el fraccionar las cosas, ya los cuerpos de la materia hubieran sido llevados, fraccionándose en las pasadas edades, hasta el punto de que nada dellos concebido dentro de un plazo fijo podría alcanzar el sumo crecimiento de la edad. Porque vemos que todo puede más presto disolverse que rehacerse de nuevo; por lo cual lo que rompió la larga época, la infinita duración de todo el pasado tiempo, perturbándose aún y disolviéndose, nunca podría ser reparado en el tiempo restante. Ahora bien, un determinado limite del fraccionamiento haylo sin duda asignado, porque vemos que cada cosa se rehace y que juntamente persisten para las cosas según su género tiempos definidos en que pueden lograr la flor de la edad. Agrégase á esto que con ser solidísimos los cuerpos de la materia, puede sin embargo explicarse, cuanto á las cosas todas que muelles son hechas, como el aire, el agua, la tierra, el calor, de qué modo son

hechas y mediante qué fuerza funciona cada una, ya que una vez está mezclado en las cosas el vacío. Al contrario, siendo blandos los elementos de las cosas, no podría darse explicación de cómo llegaron á formarse los duros adoquines y el fierro, pues que su cabal naturaleza carecerá en absoluto de cimiento desde un principio. Gozan (a) por tanto de una simplicidad sólida, y con una agregación más condensada dellos puede todo contraerse y ostentar poderosas fuerzas.

XVII.—Más aún, si no hay término señalado al fraccionamiento de los cuerpos, es sin embargo necesario que hasta ahora subsistan desde eternos tiempos diversos cuerpos primitivos de las cosas que no han sido todavía tocados por riesgo alguno. Mas como están dotados de frágil naturaleza, desde que hayan podido permanecer por un tiempo eterno acosados á perpetuidad por innumerables choques. Y á más, ya que hay para las cosas según su género un término señalado en el crecer y en el mantener la vida, y siendo así que está decretado lo de que es capaz ó también incapaz cada una según las leyes de la naturaleza, y que nada se conmuta, sino que todo es tan constante que las aves diversas muestran todas sucesivamente cual persisten en su cuerpo las manchas genéricas, es seguro que deben (b) tener asimismo un cuerpo de materia inmutable. Porque si los elementos de las cosas pudieran, urgidos por algún motivo, conmutarse, al punto resultaría asimismo inseguro lo que puede ó nó nacer y la razón en fin por la cual hay una facultad definida para cada cosa y un límite hondamente clavado, y no podrían tantas veces reproducir las razas, según su género, la índole, costumbres, porte de vida y movimientos de sus antepasados.

(a) los elementos.

(b) las cosas.

XVIII.—Por otra parte, pues que hay cierto extremo remate *en los cuerpos que parece ser ya el mínimo para nosotros, debe haber por una razón análoga un remate mínimo* en aquel cuerpecillo que ya no pueden percibir nuestros sentidos: ese coexiste á no dudar sin partes y consta de una naturaleza mínima; y ni nunca existió de por sí separado, ni podrá estarlo después, porque él mismo es parte de otro; y así una parte única y primera, y luego otra parte y otras semejantes sucesivamente en conjunto cerrado forman la naturaleza del cuerpecillo; y como ellas no pueden valer por sí, preciso es que se adhieran, sin que por ningún respecto sea posible disgregarlas. Son por tanto los elementos de una simplicidad sólida, y estivados se adhieren estrechamente en sus partes mínimas, no compuestos por la concurrencia dellas, sino más bien fortalecidos con una eterna simplicidad, por donde no permite la naturaleza que les sea algo arrancado, ni aún menoscabado, reservándolos para gérmenes de las cosas. Demás desto, si no hubiera un minimum, los cuerpos más pequeños cualesquiera que sean constarán de infinitas, puesto que la mitad de la mitad tendrá siempre una mitad y cosa ninguna no será prefinida. ¿En qué difieren así el conjunto de las cosas y la más mínima dellas? Nada habrá que las diferencie; porque aunque sea todo el conjunto en absoluto infinito, lo pequeñísimo constará sin embargo al igual de infinitas partes. Y pues sobre esto reclama la recta razón y niega que pueda creerlo el espíritu, necesario es convencerse y confesar que hay cuerpos que quedan ya desprovistos de partes y constan de una naturaleza mínima. Y pues existen, debes asimismo confesar que son sólidos y eternos. En fin si la naturaleza creadora de las cosas acostubrara apurarlos todo hasta descomponerlos en mínimas partes ya no podría ella restaurar con estas nada, á causa de que cuanto no es acrecido con partes ningunas no puede tener lo que debe la materia generatriz

y por lo cual las cosas se efectúan, á saber, conexiones varias, peso, choques, encuentros, movimientos.

XIX.—Por eso aquellos que creyeron fuese el fuego la materia de las cosas y que de solo fuego está compuesto el conjunto, aparecen apartados harto de la recta razón. Desos tales entra como primer adalid en la contienda Heráclito, preclaro por su oscuro decir más bien entre los frívolos que entre los sesudos de los griegos que inquieren lo verdadero. Los necios en efecto admiran y aprecian más todo lo que reparan envuelto en frases enrevesadas y fundan como verdadero lo que puede bien herir el oído y lo que está aderezado con deleitosa cadencia.

XX.—Porque yo preguntaré cómo puede haber cosas tan diversas al ser creadas de fuego simple y único. De nada aprovecharia en efecto que el ardiente fuego se condensara ó se enrareciera, si las partes del fuego tienen por lo demás la propia naturaleza que el fuego todo tiene. Contraídas esas partes, sería en efecto más intenso el ardor; y distendidas y exparcidas, más lánguido; por nada juzgues que pueda resultar más desto con semejantes causas, y mui menos que tanta variedad de cosas pueda ocasionarse de fuegos densos ó raros. En este sentido también se admitieran (a) la mezcla del vacío en las cosas, podría el fuego condensarse ó quedar enrarecido. Mas como reparan que les nacen muchas objeciones y evitan admitir, *al temer dificultades el vacío puro en las cosas, pierden el legítimo camino; ni reparan recíprocamente que exento el vacío de las cosas, todo se condensa y de todo se forma un solo cuerpo que de sí nada puede arrebatadamente emitir, cual arroja el calorífico fuego luz y ardor; con que verás que no consta de partes es-*

(a) los estóicos.

tivadas. Que si por otro razonamiento suponen por ventura que el fuego en su acumulación se extingue y cambia de cuerpo, es seguro que si por ningún lado evitan que lo haga, todo calor caerá de seguro en absoluto en la nada y de la nada será hecho cuanto es creado. Porque cuanto se salga transformado de sus límites, será eso el inmediato perecimiento de lo que antes fué. Por consiguiente, necesario es que permanezca algo incólume en él (b) para que no te vuelvan todas las cosas en absoluto á la nada y de la nada renacido prevalezca el caudal de las cosas. Ahora bien, puesto que hay ciertos cuerpos mui definidos que conservan siempre la misma naturaleza, y con la adición ó sustracción ó cambio de disposición de los cuales alteran las cosas su naturaleza y se transforman los cuerpos unos en otros, quiere decir que estos cuerpos primitivos de las cosas no son igneos. Nada importaria en efecto que algunos se apartaran y desprendieran y se transpasaran á otro lugar, ni que algunos cambiaran de disposición, si no embargante retienen todos juntos la naturaleza del calor; que desta ó de aquella manera fuego seria cuanto produjeran. Mas hé aquí á lo que pienso: hay ciertos cuerpos primitivos cuyo concurso, movimiento, orden, disposición, figura, causan el fuego y mudan de naturaleza mudando de orden; pero ni se asemejan al fuego, ni por lo demás á cosa alguna que pueda emitir cuerpos sobre los sentidos y revelarse por su acercamiento á nuestro tacto.

XXI.—Decir aún más que todas las cosas son fuego y que no hay cosa verdadera en la cuenta dellas sino el fuego, como pretende aquel mismo, (a) aparece ser el colmo del delirio. Porque él se opone á los sentidos con los sentidos y los desautoriza, cuando dellos emana toda creencia y por ellos conoce él mismo lo que denomi-

(b) el fuego

(a) Heráclito.

na fuego; cree en efecto que los sentidos conocen de veras el fuego y en las demás cosas que no son menos claras no cree lo hagan. Eso me parece no sólo infundado sino también delirante: pues ¿á qué nos atenemos? ¿Qué puede sernos más eficaz que los mismos sentidos para que no-temos lo verdadero y lo falso?. Demás desto, ¿porqué alguien ha de suprimirlo todo é intentar dejar la sola naturaleza del calor, mejor que negar que existe el fuego dejando que exista sin embargo cualquiera otra cosa?. Igual locura se ve que es en efecto afirmar lo uno y lo otro.

XXII.—Por eso es visto que se han extraviado harto lejos de lo verdadero los que supusieron ser el fuego la materia de las cosas y que en el fuego puede consistir el conjunto, y los que constituyeron el aire como elemento en el engendro de las cosas, ó quienesquiera que imaginaron que el agua modela por sí misma las cosas ó que la tierra lo crea todo y se trueca en toda calidad de objetos. Añade también los que aparean los elementos de las cosas juntando el aire al fuego, la tierra al agua, y los que juzgan que de cuatro cosas, fuego, tierra, aire y agua puede todo procrearse. Déstos está entre los primeros el agrigentino Empédocles, á quien llevó entre las tricornes playas de sus campos la isla que en extensos recodos baña en derredor del mar Jónico, salpicándola con la amargura de sus azules ondas: de sus confines separa el impetuoso mar con sus ondas, por medio de un estrecho paso, las playas de los campos de Italia. Allí está la descomunal Caribdis, y allí los rugidos del Etna amenazan amontonar de nuevo las iras de las llamas y con violencia vomitar otra vez de sus fauces eruptivos fuegos y lanzar de nuevo al cielo el resplandor de la llama. Esa extensa región que por vario modo aparece asombrosa al género humano y como digna de ser visitada se cita, rica en producciones excelentes y poblada por nu-

merosos habitantes, no parece haber poseído sin embargo nada más preclaro, ni más venerable, admirable y caro que aquel varón. Es que los cantos de su divino pecho resuenan y publican sus preclaros descubrimientos, tal que apenas parece concebido de humana estirpe.

XXIII.—El sin embargo, y los que arriba mencionamos, inferiores en mui numerosos particulares y de mucha menos altura, por más que descubriendo mucho feliz y divinamente, dieron como de lo más íntimo del corazón respuestas más sagradas y con mucho más cierta doctrina que las que pronuncia la Pitonisa desde la trípode y el laurel de Apolo, fracasaron sin embargo en los orígenes de las cosas, y grandes como eran, cayeron á ese respecto con gran caída; en primer lugar porque constituyen, exento el vacío en las cosas, el movimiento, y dejan sustancias moles y raras, como el aire, el sol, el fuego, la tierra, los animales, los frutos, sin mezclar tampoco el vacío en el cuerpo destes: luego, porque establecen que no hay de un todo término en la división de los cuerpos, ni que se ponga pausa al fraccionamiento, ni que directamente se constituya un mínimun en las cosas, cuando vemos que en cada objeto hay ese remate extremo que aparece lo mínimo para nuestros sentidos, de suerte que puedes concluir dello que, pues que las cosas que no logran percibir tienen ese extremo, coexiste en ellas el mínimun. Agréguese también á esto que puesto que hacen elementos de las cosas las que son moles, que nos consta han nacido y tienen un cuerpo en absoluto mortal, el conjunto de las cosas ya deberá volver á la nada, y de la nada renacido prevalecer el caudal de las cosas; y ya sabrás lo que uno y otro dista de lo cierto. Y luego esos elementos son en muchos modos hostiles y mortíferos ellos mismos entre sí; por lo cual, ó perecen, al con-

gregarse, ó bien se dispersan así como vemos dispersarse, al ponerse la tempestad, centellas, lluvias y vientos.

XXIV.—Por último, si de cuatro cosas todas se crean y en aquellas se descomponen de nuevo las cosas todas, ¿porqué podrían decirse aquellas elementos de las cosas y no que las cosas al contrario lo son dellas, reputándose al revés? En efecto, ellas se engendran alternativamente, y cambian de color, y en todo tiempo de entera naturaleza entre si. Y si acaso piensas que pueden allegarse el fuego y la substancia de la tierra y las brisas del aire y las gotas de rocío sin que en nada se modifique su naturaleza en la asociación, ninguna cosa podría serte creada dellos, ni un ser animado, ni uno de cuerpo inanimado, tal como un árbol; porque en la aglomeración dese desemejante acervo cada cosa mostrará su propia naturaleza y se verá el aire mezclado junto con la tierra y estarse lo cálido con lo líquido. Más en la creación de las cosas conviene que los elementos se alleguen una naturaleza invisible y clandestina, por que no se levante algo que pugne en contra y obste en el sentido de que no logre propiamente existir cuando es creado.

XXV.—Y lo que es más, rebuscan (a) en el cielo y sus fuegos, y suponen primero que ese fuego se convierte en auras del aire, que de ahí se produce la lluvia, y que de la lluvia nace á su vez la tierra; y que viceversa todo retorna de la tierra, las aguas primero, después el aire, y luego el calor, no cesando esto de cambiarse entre si y de circular del cielo á la tierra y de la tierra á los astros del cielo. Esto por ningún respecto deben hacer los elementos, porque es en efecto necesario que algo permanezca inmutable para que no se reduzcan las cosas todas en absoluto á la nada. Porque cuanto se salga transfor-

(a) los estóicos.

mado de sus límites, será eso el inmediato perecimiento de lo que antes fué. Por lo cual, viniendo en conmutación los cuerpos hay poco citados, necesario es que consten de otros que nunca lleguen á trocarse, para que no te vuelvan todas las cosas en absoluto á la nada. ¿Porqué no instituirías más bien ciertos cuerpos dotados de tal naturaleza que, si acaso crean fuego, puedan, porcioncillas quitadas y porcioncillas añadidas, y cambiando su orden y movimiento, componer las auras del aire y de igual suerte cambiar las unas cosas todas en las otras?

XXVI.—Dirás tú: “Pero hechos manifiestos ponen á descubierto que las cosas todas de la tierra se alimentan y crecen en las auras del aire; y si la estación no lo favorece en tiempo adecuado con lluvias, de modo que con deshechas nubadas bamboleen los árboles, ó no brinda el sol por su parte el calor y lo reparte, crecer no podrán mieses, árboles, animantes”. Ciertamente; y al no sustentarnos los alimentos sólidos y los suaves líquidos; menoscabado el cuerpo, se desprende asimismo la vida toda de todos los nervios y los huesos; pues á no dudar nos socorremos y alimentamos con ciertas substancias, y con ciertas otras unas y otras cosas. Seguramente porque muchos comunes elementos de muchas cosas están de múltiples maneras en ellas incorporados, cosas diversas se alimentan con diversas otras. E importa á menudo sobremanera saber con cuáles otros y en que disposición se contienen esos mismos elementos y qué movimientos causan ó experimentan entre sí, pues los mismos forman el cielo, el mar, la tierra, los ríos, el sol, los mismos las mieses, los árboles, los animales; sino que se mueven mezclados con otros elementos y en distinta guisa. No sino que en nuestros versos mismos ves acá y allá muchas letras comunes á muchos vocablos, aunque tenga que declarar sin embargo que versos y palabras difieren entre sí en el sentido y en la resonancia del sonido (b). Todo eso nos

producen las letras con sólo cambiar su colocación; pero los elementos de las cosas pueden allegarse muchos más *otros*, por donde cada varia cosa logra ser creada.

XXVII.—Examinemos ahora la “homeomeria” —que así la dicen los griegos— de Anaxágoras, sin que nos conceda nombrarla en nuestra lengua la pobreza de nuestro patrio idioma, si bien es fácil explicar el asunto mismo. Desde luego, cuando dice de la Homeomeria de las cosas juzga él, por ejemplo, que los huesos se engendran de levisimos y diminutos huesos y las carnes de levisima y diminuta carne: que la sangre se crea de muchas gotas de sangre entre si concomitantes y que el oro pueda estar constituido por migajillas de oro: que con terroncillos se forma la tierra, de fuegos sea el fuego, de gotas el agua; y supone y juzga lo restante mediante procedimientos análogos. No concede él sin embargo que haya en ningún lugar el vacío en las cosas, ni que haya limite en la división de los cuerpos. Por eso me parece que yerra al par en uno y otro respecto, junto con los que ahora poco habemos citado. Añade que suponen los elementos demasiado flojos; si elementos es eso que está dotado de una naturaleza semejante á la de las mismas cosas y sufre y perece al igual, sin que cosa alguna no los libre de la destrucción. Pues ¿qué quedará dellos bajo una poderosa violencia, que escape á la muerte entre las garras mismas del no ser? ¿Será el fuego ó el agua ó el aire?. ¿Cuál dellos? ¿Será la sangre o los huesos? Nada, en mi concepto, pues cada cosa será por igual tan precedera como las que manifiestamente vemos sucumbir á nuestra vista domeñadas por alguna fuerza. Que no pueden ahora las cosas parar en la nada ni surgir tampoco de la nada, lo atestigo con los hechos antes probados. Fuera

b) Juego de palabras: *elementa* significa letras ó elementos. letras ó elementos.

desto, como el alimento nutre y acrece el cuerpo, quiere decir que en nosotros venas y sangre y huesos *y nervios constan de partes heterogéneas*: ó si dicen que todos los alimentos son de cuerpo connixto y que encierran en sí pequeños cuerpos de nervios y huesos, y en un todo venas y porciones de cruor, resultará que todo alimento, ya sólido, ya líquido, se juzgará que consta de cosas heterogéneas, como huesos, nervios, y mezclado á ello sangüaza y sangre. Por lo demás si cualesquiera cuerpos que de la tierra crezcan, en la tierra existen, es necesario que la tierra conste de cosas heterogéneas que del suelo nacen. Cámbia el supuesto, y de las mismísimas palabras será dado hacer uso. Si en los leños se esconde la llama y el humo y la ceniza, necesario es que los leños consistan en cosas heterogéneas. Fuera desto, cualesquiera cuerpos que sustentan el suelo, son acrecidos *con cosas heterogéneas que del suelo nacen. Así los cuerpos que emiten los leños sonlo también cosas heterogéneas que desos leños nacen.*

XXVIII.—Queda aquí cierta escasa provisión para substraerse, que Anaxágoras la toma para sí, y es suponer que todas las cosas se ocultan, con todas mezcladas, pero que aparece único aquello cuya es la mayoría de lo mezclado, lo que está más á la mano y en primera fila. Esto sin embargo se aparta lejos de la verdadera razón. Cuadraría en efecto que al ser á menudo quebrantado el grano por la amenazante robustez de la muela, manifestase asimismo señales de sangre ó de algo de lo que es alimentado dentro de nuestro cuerpo. Por una razón idéntica había asimismo la hierba de manar á menudo cruor al triturarla entre dos piedras, y el agua emitir dulces gotas de un sabor semejante al de las que tiene la leche en la ubre de las ovejas; y á la verdad desmoronadas con frecuencia las glebas de la tierra, verse ocultas especies de yerbas, frutos y follaje diseminadas por menudo

entre la tierra; y para concluir, al momento de quebrar la madera veríase escondido humo y ceniza y foguezuelos. Como hechos manifiestos enseñan que nada dello ocurre, quere decir que no hay en las cosas substancias así mezcladas, sino que deben ocultarse incorporados de vario modo en las cosas gérmenes comunes de muchas dellas.

XXIX.—Dirásme que aviene con frecuencia en grandes montes el que las copas vecinas de altos árboles se rozan entre sí en lo más elevado, obligando á hacer ello el austro poderoso, hasta tanto resplandecen las llamas floreciendo. Ciertamente; y sin embargo el fuego no habita en las maderas, sino que hay muchos gérmenes del calor que al concurrir mediante el frote ocasionan el incendio en la selva. Que si estuviese escondida en las selvas una llama hecha, no podría el fuego disimularse un instante: destruiría sin distinción las selvas, los árboles abrasaría. ¿Ves ya por tanto lo que ahora poco dijimos, que importa á menudo mui mucho saber con cuáles otros y en qué disposición se contienen unos mismos elementos y qué movimientos causan ó experimentan entre si, y que algo trocados entre si producen fuegos ó leño? (a) Dese modo cuando designamos con una voz distinta "ligna" é "igneo", las voces mismas también son de letras poco cambiadas entre si. Finalmente, si vienes en pensar que cuanto perciben en cosas aparentes no se realiza si no imaginas cuerpos de la materia dotados de semejante naturaleza, perecerán á este respecto los elementos de las cosas: avendrá que entre carcajadas se sacudan con tremenda risa y con amargas lágrimas bañen las mejillas y el rostro.

XXX.—Ahora, adelante! Aprende y oye con mayor claridad lo que resta. Ni se oculta á mi espíritu cuán obscuro es; pero una gran esperanza de aplauso ha he-

rido mi corazón con una inspiración vehemente y comunicado juntamente á mi pecho el dulce amor de las Musas, con el cual instigado y robustecida mi mente, intrasitables retiros visitaré de la Piérides, nunca hollados por ninguna planta. Ansio acercarme á fuentes vírgenes que me sacien: ansio recojer flores nuevas y buscar luego para mis sienes una espléndida corona, de donde nunca las tomaron las Musas para ceñir frente alguna; primero porque enseñó cosas grandiosas é intento desatar el espíritu de los estrechos nudos de la religiosidad, y después porque sobre un asunto oscuro compongo tan luminosos cantos, impregnándolo todo con un atractivo propio de las Musas. Tampoco está falto aquesto de razón; que como los médicos que pugnan por dar el negro absintio a los niños, y antes impregnan el borde del vaso con la dulce y dorada sustancia de la miel para burlar los labios del infante en su incauta edad y que tomen así el amargo zumo del absintio, nó para alegrarse de su engaño sino para que se convalezca y torne á la salud, así ahora yo; porque si estos razonamientos parecen más bien crueles á aquellos que nunca los han examinado y el vulgo espantado se aparta dellos, he querido exponerte nuestra doctrina por medio de una poesía encantadora propia de las Piérides y como impregnándola con dulce miel de las Musas, con que pueda acaso por esta arte retener tu espíritu con mis versos, mientras contemplas la creación y su perfecta estructura.

XXXI.—Ahora, ya que he enseñado que los solidísimos cuerpos de la materia voletean perpetuamente indestructibles en lo eterno, investiguemos en adelante si hay límite en la suma dellos ó no lo hay, y también con-

(a) Paronomasia que emplea el poeta con la semejanza de *Ignes* y *lignum*, y luego el doble sentido de *elementum*. "Ligna" es anticuado en español.

sideremos si lo que se ha hallado ser vacío, ó sea el lugar y espacio en que cada hecho se efectúa, está todo en absoluto limitado ó se exhibe inmensurable y anchamente insondable.

XXXII.—Ahora bien, el universo mundo que existe por ninguna dirección que se tome está limitado; porque había de tener una extremidad. Se ve á su vez que no puede haber extremidad en nada, si no hay más allá algo que lo confine, de modo que se vea donde esta sensación no prosigue. Ahora, como hay que confesar que nada existe fuera del conjunto, éste no tiene extremidad; carece, pues, de límite y demarcación. Ni importa en qué región dél te detengas: cuantas veces alguien se adueñe de un paraje cualquiera, tantas otras dejará por todas partes infinito el universo mundo. Demás desto, dado que todo el espacio que existe se constituya finito, si alguno se adelanta al borde extremo y lanza postrero un volátil dardo ¿prefieres que así arrojado se dirija con poderosa fuerza hacia donde fué enviado y vuele á la larga, ó supones que algo puede obstar y detenerlo? Porque es en efecto necesario que convengas y escojas entre uno ú otro. Cualquiera de los dos casos te obstruirá la salida y te forzará á conceder que el universo mundo se extiende exento de límites. Porque sea que haya algo que estorbe é impida que el tiro llegue á donde fué dirigido y se aloje en el terrero ó que sea llevado fuera, no es disparado desde un límite. Desta manera continuaré, y doquiera que pongas los extremos bordes preguntarte he qué es en fin del dardo. Sucederá que nunca podrá establecerse un límite y que el campo para la fuga amplíe siempre la escapada. Por último se ve por vista de ojos que una cosa limita á otra: el aire separa las colinas, los montes el aire, la tierra al mar, y viceversa el mar alinda todas las comarcas; pero más allá del universo mundo no hay por cierto cosa que limite.

XXXIII.—Fuera desto, si todo el espacio del universo reposara incluido en determinados confines por todas partes y fuera finito, ya el caudal de la materia se habria hundido en lo profundo pesando con solidez por todas partes y no podría cosa alguna efectuarse bajo la techumbre del cielo, ni existiría absolutamente el cielo y la lumbre del sol, puesto que toda la materia yacería acumlada, depositándose ya desde infinitos tiempos. Ahora pues, indudablemente reposo ninguno es concedido á los cuerpos elementales, ya que no hay en absoluto un fondo extremo adonde en cierto modo puedan confluír y fijar su asiento. Las cosas todas se efectúan siempre mediante un asiduo movimiento por todas partes, y de debajo se van allegando cuerpos de la materia concitados desde lo infinito. Es por lo tanto la naturaleza del espacio y la extensión de los abismos de suerte que ni la centella deslumbradora, deslizándose en un continuo tracto de siglos, puede en su curso recorrerlo, ni siquiera hacer que se acorte lo que tiene de andar, hasta tal punto se abre en cualquier sentido copia enorme dél para las cosas, excluidos los límites, de todos y por todos lados.

XXXIV.—Para que no pueda el conjunto mismo de las cosas aprestarse á sí propio una medida, lo sujeta la naturaleza que obliga á lo corpóreo á ser limitado por el vacío, y á lo que es vacío por lo corpóreo, para así volver alternativamente infinito el universo mundo, ó también, si uno de los dos no limita el otro, á que se extienda sin embargo en simple naturaleza inmensurable. *Pero ya enseñé arriba que el espacio se extiende sin límites. Si por tanto fuera limitado el conjunto de la materia, ni el mar, ni la tierra, ni las esplendorosas moradas del cielo, ni el género humano, ni las sagradas personas de las divinidades no podrían la exigua duración de un instante subsistir, puesto que el caudal de la ma-*

teria, desapartado en su agrupación, sería llevado disuelto por el inmenso vacío, ó mejor dicho, nunca habría creado, condensándose, cosa alguna, pues no hubiera logrado, disperso, reducirse. Porque cierto, no se pusieron los diversos elementos de las cosas en orden, ni por consejo alguno, ni por una mente sagaz, *ni convinieron ciertamente en los movimientos que cada cual ejecutaría*, sino que cambiados muchos de muchas maneras en el universo mundo, se agitan impulsados por choques desde lo infinito, sufriendo todo género de agrupaciones y movimientos, y llegan al cabo á tales disposiciones, cuales son las que en este mundo está creado; el cual conservado también por muchos largos años, una vez que fué animado de conveniente moción, motiva el que integren á la mar voraz las corrientes con abundantes ondas fluviales, que la tierra calentada por el calor del sol renueve sus frutos, que florezca reproducida la raza de los animales y que los deleznales fuegos del éter perduren; lo que por ningún respecto harían, si no pudiera regenerarse desde lo infinito el caudal de la materia, por donde suelen reparar á su tiempo cuanto se va perdiendo. Porque así como el natural de los animales, privado de sustento, descaece perdiendo cuerpo, así todo ha de disolverse tan luego como la materia, desviada por algún motivo de su curso, cesa de proveer. Ni pueden los choques exteriores de doquiera conservar todo el conjunto, cualquiera que sea, ya asociado. Pueden ellos, en efecto, batir reiteradamente y detener una parte, mientras vienen otras y llega á completarse el conjunto. Las más de las veces son, sin embargo, obligadas á rebotar y á una á dar espacio y tiempo de escaparse á los principios de las cosas, de suerte que puedan ser llevados libres de agrupación. Por lo que una y otra vez, es necesario que sobrevengan muchos, y aún para que puedan asimismo reiterarse los choques mismos, se necesita de doquiera una provisión infinita de materia.

XXXV.—Abstente bien con este motivo, oh Memio, de creer lo que enseñan, (a) que todo propende al centro del conjunto, y que por lo tanto el mundo reposa sin impulso alguno externo, y que no pueden sus extremos superior é inferior desprenderse hacia punto alguno, porque todo ha propendido al centro —esto si creyeres que algo pueda estribarse en sí mismo— y que los graves que están debajo de la tierra se afirman todos hacia arriba y descansan puestos al revés en la tierra, como los simulacros de las cosas que ahora vemos en el agua. Y es con semejante razonamiento que explican que los animales anden cabizbajos y no pueden desplomarse de la tierra á los espacios del cielo que les son inferiores mucho más que lo que puedan nuestros cuerpos volar de suyo á las mansiones del cielo: que cuando ellos ven el sol, nosotros percibimos los astros de la noche: que alternativamente comparten con nosotros las estaciones; y que pasan noches equivalentes á nuestros días. Pero un vano *error enseña divagaciones como esas á los estólicidos*, porque tienen abrazado *con perverso razonamiento el asunto*; que por nada puede haber un centro *cuando el universo es infinito*. Ni aún habiendo de haber un centro podría allí algo detenerse de ningún modo *por sólo eso mejor* que por cualquiera razón harto diferente *ser rechazado*. En efecto, todo el lugar y espacio que nombramos vacío debe ceder por igual á los graves, bien en el centro, bien fuera del centro, y á dondequiera que se enderecen los movimientos. No hay lugar ninguno donde al venir los cuerpos puedan, perdiendo la virtud de su peso, estarse en el vacío, ni tampoco lo que es vacío debe resistir á algo sin que comience por ceder, como lo exige su naturaleza. No pueden por tanto, con tal explicación, mantenerse los cuerpos en asociación, arrastrados por el ansia de un centro.

(a) Los estólicos.

XXXVI.—Fuera desto, como suponen (a) que no todos los cuerpos propenden hacia el centro, sino los de la tierra y de los líquidos *y los que de lo alto son enviados sobre la tierra, como las lluvias*, y los que están como contenidos en el cuerpo terrestre, como las aguas del ponto y los grandes torrentes de las montañas, como al contrario exponen que las tenues auras del aire y los cálidos fuegos juntamente se apartan del centro y que así todo el éter á la redonda centellea con los astros y se nutre en el azul del cielo la llama del sol, pues huyendo del centro el calor se recoge todo allá al paso que en los árboles no llegan sus copas á hojecer si no *suministra la naturaleza paulatinamente á cada uno ei alimento de la tierra al través del tronco y brazos*, de cierto que vagando encontrados en indefinible error, se fabrican del todo argumentos contradictorios. Todo lo cual sin embargo se admite con falso razonamiento. Porque como he probado que el espacio se extiende sin límite ni demarcación inmenso en todas y por todas partes, por parecida razón es así necesario que se suministre también de donde quiera una provisión infinita de materia, á fin de que las murallas del mundo no se desmoronen de súbito dispersadas por el grande vacío en la desalada manera de las llamas y no las siga por idéntico modo lo demás, ni se desplomen de arriba los penetrales parajes del cielo y se sustraiga arrebatadamente la tierra bajo nuestros pies y se hunda todo en el vacío insondable entre el confuso derrumbamiento del cielo y de las cosas, con el cual se desintegren los cuerpos primitivos, tanto que en el espacio de un momento no queden ni vestigios, fuera de un solitario espacio y unos elementos invisibles. Porque en cualquier parte que desde luego imagines que van falta de los cuerpos primitivos, esa parte será para las cosas la puerta de la destrucción y por ahí se arrojará afuera el hacinamiento de la materia.

(a) Los estoicos.

XXXVII.—Si reflexionas bien sobre esto, avanzando con reducidas tareas, *podrás por tí mismo comprender lo restante*, porque de lo uno se verá claro lo otro, sin que la noche tenebrosa te borre el camino antes de escudriñar las postrimerías de la naturaleza. Los hechos arrojarán así luz sobre otros hechos.

LIBRO SEGUNDO

I.—Cuando turban en el ancho mar la ecuorea llanura los vientos, grato es contemplar desde la playa grandes penalidades de otro, no porque sea un placer risueño el que alguien sea atormentado, sino porque es agradable percibir los males de que estés exento. Grato es también mirar, dispuestas en la campaña, las grandes luchas de la guerra sin participación tuya en el peligro. Pero nada es más grato que ocupar las altas y resplandecientes mansiones fortificadas con la enseñanza de los sabios, de donde logres contemplar a los demás y verlos acá y allá errantes y buscando descarriados la senda de la vida, rivalizando en ingenio, contendiendo en linaje, afanándose día y noche en preponderante labor para elevarse á las más grandes riquezas y de todo enseñorearse. Oh miserables mentes de hombre! Oh corazones obcecados! En qué tinieblas de la vida, en cuántos peligros se pasa este tanto, sea cual fuere, de existencia. Y no ver que la naturaleza no clama para sí por nada más, sino que el dolor anda apartado de nuestros cuerpos y que en la mente se goce de jocundas impresiones, el temor alejado y los cuidados! Lo vemos por cierto: para la naturaleza corporal pocas cosas en absoluto sean cuales fueren, que quiten el dolor, son menester. Puedan en hora buena suministrar asimismo en ocasiones más gratamente muchos deleites: estos no exige la naturaleza misma; que aunque no haya áureas estatuas de jóvenes en las habitaciones sosteniendo en su diestra lámparas encendidas que arrojen su luz en nocturnos festines y no brille en la casa la plata, ni con el oro resplandezca, ni resuenen las cítaras en los dorados y artesonados techos,

reclinados sin embargo unos con otros en el blanco césped, cave un riachuelo, bajo las ramas de un árbol empinado, sin grandes riquezas curan placenteramente de sí, en especial cuando sonríe el tiempo y la estación exparce sobre los prados graciosas flores. Ni abandonará más presto la fiebre ardiente el cuerpo si lo tienes entre bordados abrigos y roja púrpura, que si ha de yacer bajo plebeyas vestiduras. Por tanto, pues que de nada sirven a nuestro cuerpo la opulencia, la nobleza ó la gloria de la realeza, es de pensar por lo demás que nada aprovechan tampoco al espíritu; si no es que acaso al hormiguar en el campo bajo tu mando legiones que ejecuten las maniobras de la guerra apoyados por poderosas reservas y pujante caballería, desplegadas y equipadas por ti, y simultáneamente animadas, se te desparezca con ello entonces el espíritu amedrentada la miedosa religiosidad, ni que al ver agitarse una flota que conduzcas y que lejanamente avanza, deje el terreno de la muerte en paz y libre de cuidados el corazón. Pues si vemos que aquesto es irrisión y mofa y que á decir verdad el miedo humano y las pertinaces preocupaciones no temen el fragor de las armas ni los fieros dardos, y audazmente discurren entre reyes y magnates, sin respetar el brillo del oro ni el esplendor de un purpúreo traje, ¿cómo dudarías que esto es en absoluto jurisdicción de la razón, cuando la vida entera es bregar generalmente en las tinieblas? Bien así como el infante que se estremece y ha miedo á todo en el seno de una profunda oscuridad, nosotros nos atemorizamos á veces en medio de la luz, de cosas que en nada ponen mayor miedo que las que los niños temen en las tinieblas y se figura estar por venir. Esos terrores del ánimo, pues, y esas tinieblas necesario es que los disipen, nó los rayos del sol, ni los luminosos destellos del día, sino el cuadro y el sistema de la naturaleza.

II.—Ahora, adelante! Discurriré sobre los movimientos con que los cuerpos generadores de la materia engendran cosas varias y descomponen las ya engendradas, y de la fuerza que los compele á obrar así, y de la movilidad que se les ha concedido para cruzar por el vacío inmenso: ten así presente cuanto voi á decir. Porque cierto la materia no está adherida y estivada entre sí, pues que vemos como se merma cada cosa y percibimos cual se trazuma todo, por decirlo así en una duración longicua, sustrayéndolo la vejez á nuestros ojos, aunque el conjunto se vea sin embargo permanecer incólume, en atención á que los cuerpos primitivos que á cada cosa abandonan minoran allí de donde salen para dar aumento adonde llegan, y fuerzan á que aquello envejezca y esto al contrario florezca, sin que en ello se detengan. Renuévase así de continuo el conjunto de las cosas, y viven los mortales mutuamente unos de otros. Acrecen unas naciones, decrecen otras: en breve espacio cambian razas de vivientes y á la manera de los corredores transmiten la antorcha de la existencia. (*)

III.—Muy lejos de la verdadera razón extraviado vagarás, si piensas que los elementos de las cosas pueden descansar, y en descansando engendran nuevos movimientos en ellas. Porque como vayan en el vacío los elementos de las cosas, necesario es que sean todos impulsados por su peso ó fortuitamente por el choque de otro. Pues cuando lanzados á menudo en oposición se contunden, sucede que rebotan al punto opuestamente, lo cual no es de extrañar, puesto que son durísimos de pesada solidez y cosa ninguna les estorba en su retroceso. Y por que mejor reconozcas que todos los cuerpos de la materia están en agitación, recuerda que no hay fondo en el universo, ni tienen donde asentarse los cuer-

(*) Alusión á la carrera de las antorchas.

pos primos, pues he mostrado variamente y está probado con certeras razones que el espacio no tiene fin ni demarcación y en todas y por todas partes aparece inmensurable. Esto sentado, no es maravilla que ningún reposo sea concedido á los cuerpos primos en el vacío insondable; sino que sacudidos más bien por un movimiento variado y perenne, los unos de mancomún sustentados resulten con grandes intervalos, y los otros son hostilizados por su colisión a cortos espacios. Y cuantos llevados en una mejor condensada asociación resurten con exiguos intervalos, enredados ellos mismos en sus tortuosas formas, constituyen los cimientos de las rocas y los tenaces cuerpos primitivos del fierro y los demás deste género, bien que pocos, que de hilo vagan en el grande vacío. Los demás rebotan harto y harto se rechazan á grandes intervalos: estos nos proporcionan el aire liviano y la esplendente lumbre del sol. Fuera desto, muchos que fueron desechados en las asociaciones de las cosas, ó que admitidos no pudieron nunca combinar movimientos, vagan en el grande vacío. Desto que digo un simulacro ocurre siempre ante nuestros ojos y persiste dello la imagen. Obsérva en efecto, cuantas veces los rayos del sol insinuados en lo obscuro de una pieza derraman su luz: verás en lo vacío muchos cuerpos diminutos mezclarse de vario modo en la misma luz de los rayos y, como en eterna riña, empeñar batallas, combates, peleando á bandadas y sin dar de mano, ocupados en frecuentes asociaciones y desuniones; porque puedas conjeturar desto cómo es el agitarse de los elementos de las cosas sin cesar en el inmenso vacío. En cuanto va ello, un pequeño fenómeno puede dar una idea de los grandes y las huellas de la realidad. Es razonable también que mayormente dirijas tu atención sobre estos corpezuelos que se ven revolverse á la luz del sol, cuando que tales revueltas indican que se encuentran asimismo sordos y clandestinos movimientos de la materia. Muchas partí-

culas, en efecto, verás allí impulsadas por choques invisibles cambiar de dirección y hacia atrás repulsadas retornar ora acá, ora allá por todas y de todas partes. Por cierto que este extravío proviene para todas de los principios. Los elementos de las cosas en efecto se mueven desde luego de por sí: en seguida los cuerpos primitivos que constan de pequeñas aglomeraciones y que están como próximos á las fuerzas de los principios, se conmueven empujados con los invisibles choques de aquestos; y ellos mismos luego á su vez provocan otros algo mayores. Así se propaga la moción á partir de los principios, y poco á poco llegan á nuestros sentidos, hasta el punto de que podamos ver ya los que se mueven á la luz del sol, aunque no salte á la vista mediante cuáles choques eso se efectúa.

IV.—Ahora es posible en pocas frases reconocer por lo que sigue, oh Memio, cuál velocidad se ha dado á los cuerpos de la materia. Desde luego, cuando inunda la aurora los campos con nueva claridad y volando en intransitables bosques las pintadas aves por el aire apacible, hinchén el espacio con sus tersas notas, vemos estar para todos á la mano y manifiesto cuán subitáneamente el sol saliente, inundándolo todo á esa hora, suele arroparlo con su luz. Y ese calor y luz serena que el sol envía no atraviesa un vacuo vacío; conque es obligado á andar más tarde mientras hiende por decirlo así las ondas del aire. Ni andan uno a uno los corpúsculos de calor, sino entretejidos unos con otros y conglobados; por lo cual simultáneamente se estorban entre sí y de fuera son entorpecidos tal que son obligados á ir más tardos. Los elementos, empero, que son de una simplicidad sólida, cuando andan por el vacuo vacío y cosa alguna de fuera no los demora, y ellos mismos, unificados en sus partes, son llevados al punto único hacia el cual arrancaron en común esfuerzo, deben naturalmente so-

bresalir en velocidad y ser llevados mucho más de prisa que los destellos del sol, y recorrer una suma de extensión múltiple en el mismo tiempo que por el cielo se diseminan los fulgores del sol * (ni perseguir sin descanso cada elemento distinto para que sepan á qué ley obedece cada hecho.

V.—Algunos empero, ignorantes de lo que es la materia, creen en contra desto que la naturaleza no puede, sin la anuencia de los Dioses, cambiar las estaciones del año tan de conformidad con los humanos designios, ni crear las mieses, ni en suma lo demás que el divino Placer, guía de la existencia, persuade á que soliciten los mortales y él mismo los conduce, lisonjeándolos para que propaguen la especie por las artes de Venus, de manera que no se extinga el género humano. Cuando suponen que por causa deste los Dioses lo arreglaron todo, se les ve mui mucho desviados en todos respectos de la verdadera razón. Porque aún cuando ignore lo que sean los elementos de las cosas me atrevería á afirmar sin embargo por el orden mismo del cielo y á dictar mediante otras muchas razones que el mundo no ha sido de ningún modo creado para nosotros por poder divino —de tantas imperfecciones permanece lleno! Hacerte hemos patente esto más tarde, oh Memio. Ahora completaremos lo que sobre el movimiento resta).

VI.—Tiene ahora lugar, según opino, el confirmarte asimismo en este respecto que ninguna cosa corpórea puede ser llevada por fuerza propia hacia arriba, y hacia arriba dirigirse, no sea que en ello te engañen las llamas. Estas en efecto se generan y se acrecen hacia lo alto, y hacia lo alto crecen las nitidas mieses y los árboles, bien que todos los graves abandonados á sí mismos son llevados hacia abajo. Pero no hay que imaginarse que al asaltar un incendio los techos de una casa, la-

miendo con rápida llama las vigas y tirantes, lo hace espontáneamente, sin ser por una fuerza coaccionado. Tal sucede con la sangre vertida de nuestro cuerpo, que brota impetuosa y lanza el cruor á lo alto. ¿No ves asimismo con qué vigor lanza el agua las vigas y tirantes? Pues cuanto más los precisamos verticalmente en lo hon-do y con mayor fuerza y de consuno porfiadamente los apretamos tanto más ansiosamente los devuelve el agua y los regurgita hacia arriba, de suerte que más de lo regular resal-^{tan} y se enderezan afuera. Y sin embargo creo no dudemos que abandonados ellos á si mismos habrán de descender todos en el hueco vacío. También así deben las llamas, solevantadas entre las ondas del rio, ceder arriba, aunque su peso, abandonado a sí mismo, pugne por las guiar hacia abajo. ¿No ves cómo esas nocturnas lámparas del cielo, deslizándose en lo alto, trazan largos surcos de fuego hacia cualquier lado por donde les dé paso Naturaleza? ¿No miras caer luceros y astros en la tierra? Desde el fondo del cielo esparce también el sol su ardor en todas direcciones é inunda los sembrados con su luz: por tanto, el ardor del sol se endereza asimismo hacia la tierra. Y nota la centella como vuela á través entre la lluvia: ora acá, ora allá discurren fuegos desprendidos de las nubes, y en general la acción flamígera sobre la tierra.

VII.—Aspiramos también á que en este respecto conozcas el hecho de que los cuerpos primitivos, al ser llevados verticalmente hacia abajo en el vacío por su propio peso, en tiempo bastante indeterminado y en indeterminados lugares se apartan un poco en sus distancias, lo suficiente para que puedas decir que su inclinación ha variado. Si no acostumbraran desviarse, todo caería hacia abajo por el vacío insondable como gotas de lluvias y no se originarían tropiezos, ni se crearían cho-

ques en los principios: así nada hubiera creado jamás la naturaleza.

VIII.—Que si alguien acaso cree que los cuerpos primitivos más pesados, cuánto más presto son llevados verticalmente en el vacío, pueden caer por encima sobre los más livianos y así engendrar choques que puedan aparejar movimientos generadores, ese tal se aparta mui lejos extraviado de la verdadera razón. Porque necesario es que cuanto caiga en el agua ó en el aire ralo acelerere según su peso su caída, puesto que la masa del agua y la tenue naturaleza del aire no pueden detener con igualdad cada objeto, sino que ceden más presto sobrepujados por el más pesado: por el contrario, en ningún paraje ni en tiempo alguno puede el vacuo vacío resistir á cosa ninguna, que no comience por ceder, como lo exige su naturaleza; por lo cual, aún con pesos no iguales deben ser llevadas todas con igualdad concitadas en el inerte vacío. No podrán por tanto los más graves caer por encima sobre las más leves, ni generar de por sí choques que modifiquen los movimientos por los cuales efectúe la naturaleza las cosas. Repetimos pues que los cuerpos primitivos han menester inclinarse un poco; pero cosa mínima no más, porque no parezca que inventamos movimientos oblicuos que lo refute la realidad. Porque esto vemos manifiesto y palpable, y es que los pesos abandonados a sí mismos no pueden andar ladeándose al precipitarse de arriba abajo, en cuanto puedes repararlo; pero ¿quién es el que reparar puede que nada se desvíe en absoluto de la línea recta en su camino?

IX.—En fin, si todo movimiento siempre se conexiona, y se origina siempre uno nuevo de otro anterior en determinado orden, y si los elementos no ocasionan, desviándose, cierto principio de movimiento que infrinja la lei del hado para que no siga una causa á otra desde lo

infinito, ¿de dónde viene esa libre potestad de los seres animados sobre la tierra, de dónde, pregunto, se ha arrancado esa á los hados para caminar adonde nos viene á cada cual en voluntad y desviar también muchos movimientos, no en determinado tiempo ni en lugar determinado, sino cual lo dispone la mente misma? Porque sin duda alguna la voluntad de cada cual da principio á estos actos y de ahí se riegan los movimientos por los miembros. ¿No ves también como, abiertas al llegar la hora las barreras, no puede sin embargo la ansiosa fortaleza del caballo arrancar tan de súbito como su mente misma lo anhela? Todo el caudal de materia en el cuerpo entero debe en efecto ser solicitado, para que despertado en todos los órganos siga en cooperación las decisiones de la mente; con que ves que en el corazón se origina el comienzo de movimiento y que se pone en acción por voluntad del espíritu, esparciéndose luego á su vez por todo el cuerpo y órganos. No se asemeja aquesto á cuanto avanzamos por obra de un impulso mediante gran fuerza de algo otro y con gran presión; porque es entonces perspicuo que toda la materia del cuerpo entero va y es arrebatada á pesar nuestro hasta que la voluntad la refrena en los miembros. ¿Ves por tanto ahora que aunque una fuerza externa nos impela muchas veces y nos obligue a menudo á avanzar á nuestro despecho y á ser arrastrados con precipitación, hay sin embargo algo en nuestro pecho capaz de pugnar en contra y oponerse? Asimismo al arbitrio dello es á las veces obligado el caudal de materia á torcer en los miembros y órganos, y lanzada ya, es refrenada y torna á depositarse. Necesario es por eso admitir también lo mismo en los gérmenes, es decir, otra causa de movimiento, además de los choques y la pesantez, por la cual tenemos esa facultad innata, pues vemos que de la nada nada puede ser hecho. Estorba en efecto la pesantez que todo se efectúe por choques, como si fuera por una fuer-

za externa; mas para que la mente misma no tenga, al ejercer todas sus operaciones, una necesidad interior, y asi como avasallada sea compelida á sufrirla y conllevarla, realiza ésta un pequenísimó desvíó de los principios en lugar no determinado y en no determinado tiempo.

X.—Tampoco ha estado nunca el caudal de la materia más estivado, ni á su vez provisto de intervalos mayores, porque nada se le agrega ni se le quita. Por lo cual el movimiento en que ahora son los cuerpos elementales, en ese mismo fueron en la edad pasada, y después desta serán siempre llevados de un modo semejante; y lo que acostumbró ser engendrado engendrarse ha bajo las mismas condiciones, y existirá, crecerá y gozará de propiedades en las proporciones dadas á cada cual según las leyes de la naturaleza. Fuerza ninguna puede conmutar el conjunto de las cosas; porque ni hay afuera adonde pueda evadirse del universo mundo ninguna suerte de materia, ni de donde logre una fuerza nuevamente suscitada invadir el universo mundo, cambiar la creación y trocar sus movimientos.

XI.—En este respecto no es maravilla el hecho de que estando todos los elementos de las cosas en movimiento, parezca no obstante el conjunto estarse en suma quietud, á excepción de lo que ofrece movimiento por su propio cuerpo. En efecto, la naturaleza entera de los elementos yace mui fuera del alcance de nuestros sentidos; por lo cual, si ya no logras percibir aquellos, deben asimismo sustraer sus movimientos, mayormente cuando lo que podemos percibir cela sin embargo á menudo sus movimientos separado por la distancia de los lugares. Porque con frecuencia lanígeros rebaños vagan tardamente en un collado tronchando pábulo delicioso adonde á cada cual atrae la yerba resplandeciente con fresco rocío, y saciados los corderos juguetean y cariñosamen-

te topetan; y todo aquesto se nos muestra confuso á la distancia y como un blancor que reposa en la verde colina. Demás desto, cuando grandes legiones toman marchando posiciones en la campaña, ejecutando las manobras de la guerra, elévase al cielo desde allí un resplandor, fulgura por entero la tierra con el bronce en derredor, al esfuerzo de los guerreros levántase abajo un estrépito con sus pisadas, y heridas las montañas con el clamor repercuten los gritos hasta los astros: vuelan doquiera los ginetes y de improviso atraviesan de medio á medio el campo que conmueven con impetuosa carga. Hay con todo sitios en los altos montes desde donde se les mira descansar y sobre el campo reposar el resplandor.

XII.—Ahora, adelante! Aprende ya de seguidas cuáles y cuán variadisimos en sus formas son los exordios de todas las cosas y cuán diversos son en la multiplicidad de sus figuras; y no que pocos no más estén provistos de semejante forma, sino que todos en general resultan dispares unos con otros. Que no es extraño, puesto que siendo tanta la copia dellos, que como he enseñado no tiene limites ni total alguno, deben sin duda no tener todos derechamente igual traza que los demás y no estar afectados de semejante figura. Que pase ante tí el género humano, las enmudecidas tribus nadadoras de los peces, las apacibles dehesas y las fieras, las aves diversas que á lo largo de las riberas pueblan los risueños sitios anegados, las fuentes y los lagos y las que frecuentan en su vuelo intransitables bosques, de los cuales seres prueba a tomar según su género uno cualquiera: encontrarás sin embargo que difieren entre sí en sus figuras. De otra manera no podrían los hijos conocer á la madre, ni la madre á sus hijos; y vemos que lo pueden, reconociéndose no menos bien que los hombres entre sí. Porque á menudo ante los exornados santuarios

de los Dioses cae el cerro inmolado cave el altar humeante con el incienso, vertiendo de su pecho un cálido torrente de sangre, y la deshijada madre que yerra en los verdes prados reconoce empero las huellas de los bisúleos piés impresos en el suelo, recorriendo con los ojos todo lugar por si alguna vez puede reparar en la perdida prole, y abandonando el espeso bosque lo llena con sus lamentos; y á menudo se revuelve, atormentada con el recuerdo del recental, sin que puedan deleitarle el ánimo y apartar la inquietud que soporta los tiernos sauces, las yerbas salpicadas de rocío y los riachuelos que se deslizan desbordando en sus orillas, ni dilatar su ánimo y aliviarla de su inquietud los otros becerros del rebaño en el risueño pasturaje; tánto la apremia algo que le es propio y conocido! Demás desto, los tiernos cabritos con sus débiles balidos distinguen á sus corníferas madres, y á las ovejas los corderos retozones: sin vacilar acuden asi, cual la naturaleza lo pide, cada uno á su láctea fuente. Ultimamente verás que el grano, cualquiera que sea, no es sin embargo todo semejante entre si cada cual en su género, que no intermedien algunos que difieran en formas. Y por razón parecida vemos el género de las conchas que recaman el seno de la tierra allí donde el mar con blandas ondas cubre la sedienta arena de la sinuosa playa. Necesario es, para repetirlo, que por una razón semejante los elementos de las cosas, puesto que proceden de la naturaleza y no son hechos á mano según la determinada forma de uno solo, voleteen en parte con figuras desemejantes entre si.

XIII.—Bien fácil será explicarnos con tal razonamiento por qué el fuego fulmineo es mucho más penetrante que el nuestro, nacido de terrestres teas: puedes en efecto afirmar que el sutil fuego celeste del rayo consta de más pequeñas moléculas y que por ende atraviesa poros que no puede este nuestro fuego nacido de tueros y

producido por teas. Demás desto, la luz traspasa el cuerno, mientras que el agua es rechazada. ¿Y por qué sino por ser esos cuerpos primitivos de la luz menores que los que constituyen el fluido generador de las aguas? Y vemos que el vino cuanto se quiera pasa presto por la coladera; mas al contrario tardo hesita el aceite, sin duda porque es de elementos más gruesos ó más ganchosos y enredados entre sí, de que aviene que no puedan los diversos elementos bastante desasidos unos de otros en un instante, sendos escurrirse por sendos poros de tal ó tal cuerpo.

XIV.—Agréguese á esto que la sustancia de la leche y la miel se comporta en la boca con una sensación agradable de la lengua, y al contrario el natural horrible del ajenjo y la fiera centáurea hacen gestear con un nauseabundo sabor el rostro, y fácilmente reconocerás que lo que puede afectar agradablemente el gusto es de átomos lisos y redondos, y el contrario que cuanto prueba amargo y áspero se mantiene ligado con átomos más ganchosos y por eso suelen rasgar las vías en nuestros sentidos y desgarrar con su penetración el cuerpo.

XV.—Ultimamente, modeladas todas las cosas gratas á los sentidos y las ingratas al tacto con figuras desemejantes, ellas repugnan entre sí; no sea que acaso pienses que el acerbo rechinamiento de la sierra estri-dente consta de elementos lisos al igual de las melodías dignas de las Musas que se forman en las cuerdas, despertadas por los diestros dedos del tañedor, ó que pienses que con semejante figura penetran los elementos en la nariz del hombre cuando se tuestan cadáveres infectos y cuando está recientemente regado el escenario con azafrán de Cilicia y el altar exhala cabe sí los perfumes de Pancaya, ó asientes que los colores agradables de los objetos, que alegrar puede los ojos, constan de gérme-

nes semejantes á los de los que escuecen la vista, ó la provocan lágrimas, ó que por su horroroso aspecto parecen siniestras ó indecentes. Toda forma en efecto, cualquiera que sea, que halaga los sentidos, no ha sido creada sin cierto pulimento primitivo: al contrario, no sin algún erizamiento de la materia se encuentran cuantas aparecen chocantes y ásperas. Hay también cosas que no se pueden justamente suponer pulidas, ni armadas en absoluto de corvas extremidades, sino más bien provistas de angulillos algo salientes, tal que pueden mejor titilar los sentidos que dañarlos. En este caso está el tártaro y el sabor de la émula. En fin, que agujijonean mordicantes con diferente forma los calores sofocantes ó las frigiditas heladas la sensibilidad del cuerpo, nos lo indica el tacto de uno y otro. Por que, por vida de Dioses, es el tacto, y sólo el tacto, el sentido para el cuerpo, sea que un objeto extraño se introduzca en éste, sea que otro nacido en él nos dañe, o deleite saliendo en los actos genésicos de Venus, ó que por una contusión se turben en el mismo cuerpo los gérmenes y confundan concitados entre sí las sensaciones, conforme lo experimentarias si acaso te golpearas tú mismo con la mano cualquier parte de tu cuerpo. Por lo que es necesario que las formas diverjan harto en los elementos, para que puedan producir sensaciones varias.

XVI.—Finalmente lo que nos parece endurecido y espesado, necesario es que sea de elementos más engarzados entre sí y que se mantenga trabado en lo íntimo, como si fuesen ellos ramosos. En este género principalmente se colocan en primera línea las piedras adamantinas, que acostumbran despreciar los golpes, los resistentes pedernales y la tenacidad del duro fierro, y los bronces que chirrian al asegurar nuestras puertas. Esas sustancias líquidas que constan de un cuerpo fluido, han de ser en verdad de átomos lisos y redondos *pues que*

tan expedita es una bebida de adormideras cual una de agua: en efecto, no se estorban entre sí las diferentes agrupaciones, y su progresión queda así voluble en un declive. Ultimamente necesario es que todo aquello que en un instante miras disiparse, como el humo, la niebla, la llama, si no consta en un todo de átomos lisos y redondos, no esté sin embargo sujetado por enredados elementos, para que puedan punzar el cuerpo y penetrar con comezón, sin adherirse entre sí; conque puedes fácilmente reconocer que cuanto vemos así mitigado para los sentidos no es de elementos enredados, sino agudos. Mas en lo mínimo tengas por maravilla el ver que son amargas las mismas cosas que son fluidas, como el agua del mar; la cual, como es fluída, consta de átomos lisos y redondos, y muchos cuerpos primitivos ásperos mezclados causan dolor y no es sin embargo indispensable que éstos se mantengan enganchados: con ser ásperos, conviene sin embargo saber que son globosos, para que puedan juntamente dar vueltas y dañar los sentidos. Y por que mejor entiendas que hay mezclados ásperos principios con los lisos ahí de donde viene la acerba substancia de Neptuno, hay arbitrio para descomponerla y ver aparte un liquido dulce cuando se filtra aquella repetidas veces en la tierra de modo que corra á una zanja y se suavice: deja encima los elementos del ingrato mal sabor, como que pueden los que son ásperos más enredarse en la tierra.

XVII.—Explicado ésto, ensayaré á enlazar un hecho que depende y saca testimonio de lo anterior, y es que los elementos de las cosas varían de figura en proporción limitada. Que si así no fuera, algunos gérmenes resultarán luego con infinito aumento de cuerpo. Porque en uno mismo, en la sola pequeñez de un cuerpecillo cualquiera, no pueden variar mucho las figuras entre sí: supón en efecto que los cuerpos primos constan

de tres partes mínimas, ó auméntalas en algunas más; pues bien, cuando hayas ensayado en todos sentidos todas esas partes de un cuerpecillo único disponiéndolas de arriba abajo, trasmutándolas de derecha á izquierda, de modo que cada combinación ofrezca un ejemplo de la forma del cuerpecillo entero, si acaso quieres entonces por lo demás variar las figuras, habrán de añadirse otras partes, y de ahí se sigue que por una razón semejante exigirá otras la combinación, si acaso tú quisieras también variar las figuras. Luego el acrecentamiento del cuerpo será subsiguiente al renovamiento de las figuras. Por esto no hay como puedas creer que los gérmenes difieren en formas infinitas, si no es que precisas á algunos á que sean de grandor descomunal, cosa que ya arriba expliqué no poder ser demostrada. Las estofas extranjeras y la fulgente púrpura de Tiro teñida con el tesálico tinte de los moluscos y *los matices que exhibe a la luz del día* la dorada casta del pavo real dotada de graciosos atractivos, decaerían con esto para ti aventajados por nuevos colores de los objetos; y el perfume de la mirra y la dulzura de la miel serian desdeñados, y las cigneas melodías y los acentos fébeos artísticamente arreglados á la lira callarían ahogados por análoga razón; porque algo renacería más ventajoso que lo demás. Todo también podría retroceder en partes deterioras, así como las supones mejores, porque algo asimismo retrogradando sería más desagradable que lo demás para el olfato, el oído, la vista y el sabor. Y como no lo es, sino que un determinado límite destinado á las cosas abraza por ambos lados la suma dellas, necesario es convenir en que la materia discrepa asimismo en limitadas figuras. Finalmente el trecho del bochorno al cierzo helado está limitado, y en dirección contraria está remedido por igual razón; en efecto, el calor todo y el frío y las temperaturas intermedias yacen entre uno y otro, completando la suma por su orden. Luego lo creado cambia en

proporción limitada, pues se demarca por ambos lados entre dos cabos, amenazado como es acá por los calores, allá por destemplados fríos.

XVIII.—Explicado esto, ensayaré á enlazar un hecho que depende y saca testimonio de lo anterior, y es que los elementos de las cosas que son modelados entre sí con una figura semejante son infinitos. Efectivamente, siendo limitada la diferencia de las formas, necesario es que sean infinitas las que son semejantes, ó el conjunto de la materia será limitado; y he probado que no lo es, demostrando en mis versos que los corpúsculos de la materia mantienen sin cesar desde lo eterno el conjunto de las cosas, mediante una sucesión continuada de choques por doquiera. Porque aunque ves que ciertos animales son más bien raros y reparas en ellos una naturaleza menos fecunda, pero en otras regiones y parajes, en ignoradas comarcas, puede haber muchos en su género y completar su número; tal como vemos de la clase de los cuadrúpedos en primer lugar el elefante, de trompa serpentina como mano, de millares de los cuales se protege la India con un vallado ebúrneo, tal que no puede ser á fondo explorada; es la provisión de fieras de que no vemos nosotros sino rarísimos ejemplares. Mas sin embargo, aunque conceda asimismo que haya como se quiera alguna cosa única y sola, de cuerpo nativo, semejante á la cual no haya ninguna en toda la redondez de la tierra, si no hay con todo una provisión infinita de materia, de donde, ya concebida aquella, pueda procrearse, no podría ella ser creada, ni por lo demás crecer y sustentarse. Porque en efecto, aceptaré asimismo esto; que limitados cuerpos generadores de una sola cosa son arrojados en el universo mundo: ¿cómo, dónde, por qué fuerza y de qué manera congregados se concertarán en tan ingente piélagos y extraño tropel de materia? No tendrán traza, á lo que

opino, de asociarse; antes bien — cual suele el vasto mar, suscitándose grandes y numerosos naufragios, exparcir bancos de los remeros, gubernalles, antenas, proras, mástiles y nadantes remos, tal que se vean flotantes los aplustros en las playas todas de las tierras y den aviso á los mortales por que sepan evitar las insidias y el poder y el dolo del pérfido mar y en ningún tiempo se fien cuando sonría el falaz engaño del plácido ponto — así deberán, si por el momento presupones limitados ciertos elementos, disipártelos, exparcirlos en toda la eternidad, diversos oleajes de la materia, sin que puedan jamás ser obligados á concertarse en asociaciones, ni persistir en una asociación, ni aumentados crecer; uno y otro de lo cual enseñan hechos manifiestos que se cumple al descubierto: que las cosas pueden procrearse y ya engendradas crecer. Es por tanto palmar que en cada clase hay elementos de las cosas infinitos, de donde todo se abastece.

XIX.—Así, ni logran superar perpetuamente los movimientos exiciales, ni sepultar por siempre el bienestar, ni pueden á su turno los movimientos generativos y acrecentadores de las cosas perpetuamente conservar lo creado. Desta suerte la contienda empeñada desde lo eterno se ejecuta con apareada rivalidad de los principios; ahora acá, ahora allá supera ó también es superado lo vivificante para las cosas. Al óbito se mezcla el lloro que el reciennacido alza al divisar los confines de la luz; y nunca la noche siguió al día ó la aurora á la noche que no oyera mezclados á los endebles vagidos los llantos compañeros del sombrío luto y de la muerte.

XX.—Conviene asimismo tener en este respecto sellado y consignado en la memoria, que de aquello cuya naturaleza se ve palmaria nada hay que consista en un solo género de principios, ni algo que no conste de una

permisión de simientes. Y cuanto posée más en sí numerosas virtudes y propiedades, indica que hay en ello el mayor número de géneros de principios y variadas figuras. La tierra primeramente dentro de sí cuerpos primos por donde las fuentes que arrastran el frescor renuevan asiduamente el mar inmenso, tiénelos de donde el fuego brote. Porque en muchos parajes arde, calentada interiormente, la costra de la tierra; por cierto que con abundosas llamaradas se enfurece el impetu del Etna; tiénelos además de donde pueda elevar para las humanas criaturas las vistosas cosechas y los árboles deliciosos, y de donde pueda ofrecer corrientes, frondosidad y delicioso pasturaje á la raza de las fieras montaraz. Por eso ella ha sido llamada á una grande madre de los Dioses, madre de las fieras y engendradora de nuestro cuerpo.

XXI.—Discantaron los ilustrados poetas antiguos de la Grecia que á ésta *deidad, magníficamente conducida desde sus mismas misteriosas* moradas, arrastraba en un carro una pareja de leones, para enseñar que la tierra espaciosa está suspendida en la extensión del aire y que no puede estribar la tierra sobre la tierra. Unciéronla fieras, porque por bravía que una estirpe sea, tiene de suavizarse domada por la oficiosidad de los progenitores. Ciñeron su majestuosa cabeza con una corona mural, porque fortificada con inexpugnables sitios protege las ciudades; y con tales emblemas aderezada la imagen de la madre divina es ahora llevada al través de vastos países por espantable manera. Llámánla varios pueblos según una vieja usanza de sus ritos Madre Idea y la dan de acompañantes un cortejo de Frigios, pues pretenden que desde aquellas comarcas empezó primero á nacer la agricultura sobre la haz de la tierra. Asígnanle eunucos, pues quieren significar que han de reputarse indignos de que reproduzcan en los confines de la luz viable pro-

genie los que violaren el numen de la madre y fueren hallados ingratos para con sus padres. Tensos atabales hacen resonar con las palmas de la manos, huecos cimbalos doquier y las trompas con ronco acento suenan temerosas, y las excavadas flautas exaltan los espíritus con su cadencia frigia: dardos llevan delante, manifestación de un furor violento, que puedan con el respeto de la majestad de la Diosa poner miedo á las almas ingratas é impios corazones de la plebe. Así tan luego como trasportada por las grandes ciudades remuner silenciosa á los mortales con imprevistos dones, cúbrese de plata y cobre toda la extensión de los caminos, ofrecen abundantes limosnas y exparciendo una como nevada de rosas sombrean á la Madre y su cortejo de acompañantes. Entonces el cuerpo armado que los griegos nombran Curetas frigios —tal vez por que simulan un combate entre sí y ensangrentados saltan á compás sacudiendo en sus reverencias sus horribles plumajes— representan aquellos Curetas dicteos, de quien se cuenta que ocultaron un tiempo en Creta el vagido de Jove, cuando armados y en ágiles danzas chocaban los niños acompasadamente bronce con bronce al rededor del párvulo, para que no le cojiese Saturno y le devorase, abriendo una eterna llaga en el corazón de la madre. Por eso acompañan á la gran Madre hombres armados, ó bien significan que la deidad exhorta á que se esté ganoso de defender el suelo patrio con el valor y las armas ó pronto á ser la protección y honra de los progenitores. Esto por más que sea referido arreglándolo á más y mejor, lo rechaza sin embargo la verdadera razón. Es en efecto necesario que la cabal naturaleza de los Dioses goce por sí de vida inmortal en una suma paz, desprendida y en extremo independiente de nuestras cosas; porque exenta de todo dolor, exenta de peligros, abastada ella misma en sus riquezas y nada menesterosa de nosotros, ni se gana en favores, ni le alcanzan los enconos. Si en

este punto alguien dispone llamar Neptuno al mar, y á las mieses Ceres, y quiere usurpar el nombre de Baco mejor que proferir el vocablo propio de licor, concedamos á ese que rediga que el orbe de la tierra es la Madre de los Dioses, con tal que ese mismo sin embargo se ahorre manchar en realidad el espíritu con indecente religión. La tierra á la verdad carece en todo tiempo de sensibilidad, y por el hecho de poseer los elementos de múltiples cosas, saca muchas dellas de muchas maneras a la luz del sol.

XXII.—Pastando así á menudo la hierba en un mismo prado el ganado lanar, la raza belicosa de los caballos y las boyunas greyes bajo la misma techumbre del cielo y apagando su sed en una misma y sola corriente de agua, han desemejante porte de vida, retienen la índole de los padres y cada cual imita, según su género, sus hábitos. Tánta es la diversa condición de la materia en cada especie de hierba, tánta la de cada manantial. De aquí luego á su vez á un animal cualquiera entre todos constitúyenlo sangre, venas, calor, humedad, carne, nervios; cosas que son por lo demás harto diversas y modeladas con de semejante figura en los principios. Y á su vez, cuanto se incinera inflamándolo en el fuego, aun nada más siendo, los oculta sin embargo en su cuerpo de donde pueda despedir fuego y suministrar luz, echar chispas y exparcir pavesas ampliamente. Investigando por tanto con idéntico razonamiento de la mente lo demás, hallarás que cela en su cuerpo los gérmenes de muchas cosas y encierra moléculas variadas. Finalmente muchos objetos ves á los que se han atribuido color y sabor á una con olor; en primera línea varias ofrendas *encendidas con las cuales suelen humear los altares de la divinidades . . .* Aquestos por tanto deben constar de moléculas variadas, puesto que el aroma penetra en los órganos por donde no pa-

sa el calor, el color también se insinúa por separado, y por separado el sabor en los sentidos; porque conozcas que difieren en sus moléculas elementales. Las formas desemejantes por tanto se concentran en un solo conglomerado y los objetos constan de entremezclados gérmenes. No sino que en nuestros versos mismos ves acá y allá muchas letras comunes á muchos vocablos, aunque tengas que declarar sin embargo que versos y vocablos diferentes entre sí constan de letras diferentes; y nó que pocas letras no más comunes vayan ó que ni dos siquiera entre todos aquellos sean idénticos entre sí, sino que todos en general resultan dispares unos con otros. Así también en las demás cosas, aunque sean comunes muchos elementos de muchas cosas, pero pueden sin embargo descansar entre sí en un conjunto de semejante, de suerte que con razón se diga que el género humano, las mieses y los risueños árboles constan de diferentes elementos.

XXIII.—Ni se ha de pensar sin embargo que todo puede incorporarse indistintamente; porque verías formarse en lo ordinario prodigios y existir especies semisalvajes de hombres y nacer con frecuencia elevadas ramas de un cuerpo vivo y muchos miembros de animales terrestres conexionados con otros marinos, ó bien, nutrir la naturaleza, en tierras que de todo dan. Quimeras vomitando llamas de su negra boca. Nada de lo cual es manifiesto que aviene, cuando vemos que todo lo creado de determinados gérmenes y en matrices determinadas puede conservar al crecer sus caracteres genéricos. Preciso es por cierto que esto se realice á merced de un procedimiento determinado. Porque de todo alimento se parten interiormente á los órganos los cuerpos primitivos propios á lo suyo y conexionados producen movimientos adecuados: al contrario, vemos que la naturaleza relega á la tierra los que son extraños, y muchos

que no pudieron en parte alguna conexionarse, ni simpatizar interiormente con los movimientos vitales, ni imitarlos, conmovidos por choques huyen del cuerpo en invisibles corpecicos. Mas, por si acaso piensas que los animantes solos se atienen á aquestas leyes, el procedimiento ese distermina todas las cosas. Porque así como en la naturaleza entera son desemejantes entre sí las diversas cosas engendradas, así es necesario que cada una conste de principios desemejantes en figura; nó que pocos no más estén provistos de semejante forma, sino que todos en general resultan dispares unos con otros. Diferenciándose pues los gérmenes, preciso es que difieran intervalos, vías, conexiones, peso, choques, encuentros, movimientos; cosas que no solamente desigualan los cuerpos animados, sino que distinguen las tierras y el mar entero y mantienen el cielo todo fuera de la tierra.

XXIV.—Ahora, adelante! Aprende las doctrinas preparadas en mi gustosa labor, no sea que te persuadas á que las cosas blancas, que albas percibes ante tus ojos, son hechas de blancos principios ó las que negrean han nacido de negra simiente, ni á creer que las que están impregnadas de otra color, cualquiera que sea, la llevan por estar los cuerpos de la materia teñidos con idéntica color. Los cuerpos de la materia, en efecto, no tienen por completo color alguno, ni igual con el de los objetos, ni finalmente desigual. Y si por ventura te parece que ninguna operación del ánimo puede versar sobre esos cuerpos, lejanamente extraviado yerras. Porque atento á que los ciegos de nacimiento, que jamás divisaron la luz del sol, distinguen sin embargo por el tacto desde sus primeros años los cuerpos no provistos de color alguno, quiere decir que á nuestra mente pueden asimismo allegar noticia cuerpos no bañados de tinte alguno. En fin, nosotros mismos palpamos todo entre profundas tinieblas sin que lo sintamos teñido de nin-

gún color. Tratando de confirmar esto, asentará ahora que hay *cuerpos que existen no provistos de color alguno*. Efectivamente, todo color se cambia por entero en otros, lo cual por ningún respecto deben hacer los elementos; porque es en efecto necesario que algo permanezca inmutable, para que no se reduzcan las cosas todas en absoluto á la nada. Porque cuanto se salga transformado de sus límites, será eso el inmediato perecimiento de lo que antes fué. Abstente en consecuencia de impartir color á los gérmenes de las cosas, no sea que se te vuelvan todas las cosas en absoluto á la nada.

XXV.—Fuera dello, si ninguna naturaleza de color es concedida á los principios y están ellos provistos de formas diversas con las que engendran todo género de objetos y cambian por eso los colores, como importa mucho cuáles otros y en qué disposición se contienen los gérmenes todos y qué movimientos causan ó experimentan entre si, al punto podrás darte cuenta facilísimamente de por qué lo que no ha mucho fué de negra color puede volver de repente de una blancura marmórea, como se convierte el mar, cuando agitan fuertes vientos su llanura, en canas ondas del albor del mundo, pues podrías decir que lo que á menudo vemos negro, cuando su materia se ha entremezclado, y si ha trastocado el orden en los principios, y algo es añadido ó sustraído, sucede que se vea de seguidas cándido y blanco. Porque si las ondas del ponto constaran de cerúleos gérmenes, por ningún motivo podrían emblanquecerse; que de cualquier modo que trastornaras los que fueran azules, nunca podrían pasar á una coloración marmórea. Y si por ventura estuvieran teñidos los gérmenes de colores superpuestos que hacen el tinte del mar uniforme y limpio, cual de formas diferentes y figuras varias se hace á menudo algo cuadrado y de una sola figura, convenía que —puesto que en el cuadrado distinguimos las dife-

rentes formas— distinguiéramos así en la llanura del ponto, ó en cualquier otro tinte uniforme y limpio, colores harto desemejantes entre sí y variados. Demás desto, en nada obstan ni se oponen las figuras desemejantes para que un conjunto sea en su exterior menos cuadrado; más los diversos colores en las cosas impiden y estorban que pueda ser de un único tinte el todo de una cosa.

XXVI.—Ahora bien, la causa que nos guía y nos embelesa para que atribuyamos alguna vez coloración á los principios de las cosas cae desde que los cuerpos blancos no nacen de elementos blancos, ni los que son negros de los negros, sino de otros variados; porque en efecto, mucho más fácil saldrá hecho lo blanco de lo incoloro que de un color negro, ó de otro cualquiera que lo repugne y contrarie.

XXVII.—Fuera desto, como no pueden existir los colores sin la luz, y á la luz no aparecen los elementos de las cosas, quiere decir que no están revestidos éstos de color alguno. ¿Cuál podría ser en efecto entre profundas tinieblas un color? Aún bien que se modifica en la claridad misma, según que resplandezca herido por una luz directa ú oblicua: caso en el cual se ve el plumaje de las palomas que está situado en derredor de la nuca y corona el cuello bajo los rayos del sol; porque unas veces sucede que es encendido como el rojo rubí y otras produce cierta sensación como si se viese juntado el coral á las verdes esmeraldas. La cola del pavo real, cuando se colma de amplia luz, muda en ladeándose, por idéntica razón, de colores; los cuales, como se engendra con cierto golpe de luz, hay en verdad que suponer que sin esta no podrían ellos resultar. Y como la pupila sufre una suerte de choque cuando se dice que percibe el color blanco y otro á su vez cuando siente el negro ó los de-

más, y como no importa de qué color esté dotado lo que palpes, sino más bien cuál figura tenga, quiere decir que los principios no han menester colores, sino exhibir variaciones al tacto mediante sus varias formas.

XXVIII.—Fuera desto, pues, que no hay determinada naturaleza de color para determinadas moléculas y todas las formaduras de los principios llegan á existir con cualquier tinte, ¿por qué esos cuerpos que dellos constan no están igualmente, en todo género, impregnados de colores de todo género? Cuadraría en efecto que los cuervos asimismo reflejaran á menudo al volar con albas plumas albo color, y que de negra simiente se hicieran negros los cisnes, ó de cualquier otro color único o vario.

XXIX.—No sino que cuanto más se reduce á menudas partes todo objeto, más ocasiona el que puedas ver desvanecerse poco á poco y extinguirse su color, como sucede cuando se desgarrá en pequeñas porciones el ostro: en deshilándose, la púrpura y el sobremanera espléndido color escarlata se desvanecen por entero; de que podrás reconocer que las partículas disipan todo color antes de despedirse hacia los gérmenes de las cosas.

XXX.—Ultimamente, puesto que has de conceder que no todos los cuerpos emiten sonidos ú olores, aviene por eso que no les atribuirás el sonido ó el olor á todos. Así, puesto que no podemos percibirlos todos con los ojos, es claro que ciertos cuerpos habrá tan destituidos de color, como otros lo están de olor alguno, y despojados de sonido, y que el espíritu sagaz puede conocer éstos, no menos que notar los que están privados de otras propiedades.

XXXI.—Mas no pienses por ventura que los cuerpos

primos están despojados de sólo color: también están por completo destituidos de tibieza y de frío y de cálido encendimiento; y desprovistos andan de sonido, y faltos de sabor, y no despiden olor alguno propio de su cuerpo. Así como al querer tú confeccionar el suave perfume del almoraduj, ó de la estacte, ó de la flor del nardo que exhala néctar al olfato, es razonable buscar de primero, en cuanto sea dado y encontrar puedas, la naturaleza de un aceite inodoro que ningún aliento emita al olfato, para que pueda lo menos posible destruir las esencias mezcladas y recocidas en su cuerpo cuajándolas con su acrimonia, por lo mismo deben los elementos no prestar olor suyo ni sonido al engendrar los objetos, puesto que nada de sí pueden emitir, ni finalmente y por analoga razón, sabor alguno, ni frigidez, ni tampoco encendimiento quemante ó templado, ó lo demás; y todo lo que sea sinembargo tal que resulte perecedero —si flexible, con un cuerpo blando; si quebradizo, con uno deleznable; si hueco, con uno poroso— necesario es que sea extraño á los principios, si es que queremos asignar á las cosas bases inmortales en que se apoye la suma de la conservación; no sea que se te vuelvan todas las cosas en absoluto á la nada.

XXXII.—Ahora, necesario es confesar que cuanto vemos que siente consta todo sin embargo de principios insensibles. Ni lo refuta lo que es manifiesto, ni lo repugna lo que por evidente nos es conocido; antes bien, nos lleva de la mano y nos fuerza á creer lo que establezco: que lo animado procede de principios insensibles. Pues es de ver cual brotan vivos vermes del asqueroso estiércol, cuando humedecido el suelo con desproporcionados aguaceros ha adquirido fetidez, y cual por lo demás se transforma todo así también. Transfórmanse los rios, frondes y risueños prados en rebaños; transforman los rebaños su naturaleza en nuestros cuerpos, y con nues-

tros cuerpos á menudo restáuranse las fuerzas de las fieras y los cuerpos de las aves de rapiña. Luego la naturaleza transforma todos los alimentos en cuerpos vivos y engendra dellos los sentidos todos de los animales, no de mui otra manera que como se desata la madera seca en llamas y lo convierte todo en fuego. ¿Ves por tanto ahora lo mucho que va en el orden en que esté colocado cada uno de los elementos de las cosas y con cuales otros combinados causan y experimentan movimientos?

XXXIII.—Ahora bien, ¿qué es lo que toca tu espíritu, lo que lo mueve y lo obliga á abrazar varias opiniones, para que no creas que de lo insensible se engendra lo sensible? Sin duda porque piedra, madera y tierra mezcladas juntamente no bastan sin embargo á manifestar la sensibilidad vital. Convendrá por tanto recordar á este respecto la circunstancia de que no digo que de todo en absoluto cuanto crea una cosa se engendra de seguidas lo insensible y la sensibilidad, sino que importa mucho desde luego el tamaño de las porcioncillas que producen lo sensible, y la forma de que están provistas, y por último en qué movimientos, disposición y situación se hallan. Desas cosas nada vemos en los leños y las glebas; y sin embargo estos al estar como podridos con las lluvias crian gusanillos, á causa de que removidos de su antigua disposición los cuerpos de la materia con un nuevo estado, se asocian de manera que animantes deben engendrarse. Después desto, los que asientan que lo sensible puede ser creado por elementos sensibles hechos *ellos mismos* á sentir por otros a su vez *sensibles*, á los *gérmenes hacen precederos* cuando los suponen blandos. Porque toda sensibilidad está junta á vísceras, nervios, venas; cosas blandas, que en cada cual vemos ser fabricados con cuerpo mortal. Mas sea, sin embargo, que ellas pueden permanecer eternas; deberán entonces tener la sensibilidad de una parte ó

bien reputarse con una semejante á la del animal completo. Pero necesario es que las partes no logren por sí sentir, pues que toda la sensibilidad de los miembros atiende á otro punto; y ni la mano que nos es arrancada, ni ninguna parte del cuerpo, no son en absoluto capaces de subsistir solas. Resta que sean asimilados á animales completos. Desta suerte es necesario que sientan lo que sentimos, de la propia manera, para que puedan por donde quiera sentir de consuno con la sensibilidad vital. ¿Cómo podrán por tanto decirse ellos elementos, y evitar la vía del no ser siendo animantes, y siendo lo animante y lo mortal una sola y misma cosa? Que lo puedan, sin embargo: nada harán empero en su unión y asociación, fuera de una turba y un tropel de animales, cual no logran en verdad hombres, greyes y fieras, allegándose entre sí, engendrar alguna cosa. Que si acaso desechan de su cuerpo su sensibilidad y toman otra, ¿qué necesidad hubo de ser atribuido lo que se retira? Y además —á esto ocurrimos antes en cuanto que miramos que en animados polluelos se convierten los huevos de las aves y que hierven los gusanos cuando la putrefacción se apodera de la tierra por causa de intempestivas lluvias, quiere decir que la sensibilidad puede engendrarse de la insensibilidad.

XXXIV.—Que si acaso dice alguno que lo sensible puede á lo sumo provenir de lo insensible por mutabilidad, ó porque aparezca proveniente de una suerte de parto, podría hacérsele bastante palmario y probársele á ese, que ni hay parto sin antes haber consumado una unión, ni nada se conmuta sin una reunión. Y antes que todo, no logran existir sentidos de cuerpo alguno antes de engendada la naturaleza misma del animante, sin duda porque en el aire, los ríos, la tierra y lo de la tierra creado se mantiene dispersada la materia, ni aglomerada esta de un modo conveniente concertó entre sí

los movimientos vitales, con los cuales despertados los sentidos, que todo lo perciben, incitanse en cada animante.

XXXV.—Fuera desto, un choque más violento del que soporta la naturaleza abate de repente á cualquier animante y tiende á trastornar los sentidos todos del cuerpo y el espíritu. Descompónese en efecto la disposición de los principios y suspéndense profundamente los movimientos vitales, mientras que sacudida la materia en todos los órganos desata en el cuerpo los nudos vitales del alma y la arroja fuera en dispersión por todos los poros. Pues ¿qué otra cosa juzgamos puede hacer un golpe inferido, sino desbaratarlo y descomponerlo todo? Sucede asimismo que tras un golpe menos violentamente inferido suelen vencer á menudo los movimientos vitales remanentes, vencer y atenuar el extraordinario desapoderamiento del choque, llamar de nuevo cada cosa á sus propios ductos y como combatir el movimiento de destrucción ya dominante en el cuerpo y reencender los casi apagados sentidos. Pues ¿en qué manera podría, recogiendo sus espíritus, restituirse á la vida, ya desde los dinteles mismos del no sér, mejor que seguir hacia la sima en que ya casi es, y escaparse?

XXXVI.—Además, como hay dolor cuando los cuerpos de la materia se estremecen en sus asientos interiores solicitados por alguna fuerza en la carne viva y en los órganos, y como al restablecerse en su puesto se experimenta un placer delicioso, quiere decir esto que los elementos no pueden ser afectados por dolor alguno, ni tener placer ninguno por si propios; siendo así que no constan de cuerpos elementales ningunos con cuya novedad de movimiento sufran ó saquen algún fruto de alma dulcedumbre, no deben por tanto estar provistos de sensibilidad alguna.

XXXVII.—Finalmente, si para que los animales puedan sentir tiene de atribuirse á sus principios sensibilidad, qué entonces! Y el género humano ¿de cuáles está hecho en particular? Entre carcajadas se sacuden seguramente con tremenda risa y riegan con lluvia de lágrimas las mejillas y el rostro, y mucho entienden de las combinaciones de las cosas, y se preguntan luego á su vez cuáles son sus propios elementos, siendo asi que, equiparables al total de los mortales, deben de constar también ellos mismos de otros elementos, y éstos de otros, tal que nunca osarías detenerte: puesto que, para seguir, cuanto tú digas que habla, ríe y razona, de otras cosas debe de constar que hacen eso mismo. Y si notamos que todo esto es locura y delirio, y que reír puede quien no está hecho de elementos que rien, y saber y razonar en doctas sentencias quien no lo es de gérmenes sabios y disertos, ¿por qué lo que vemos que siente habría de ser menos un mixto de gérmenes que del todo carecieran de sensibilidad?

XXXVIII.—Por último, de celestial simiente somos todos oriundos: padre común es para todos aquel por quien cuando recibe líquidas gotas de lluvia la tierra, madre propicia, da á luz, colmada, las ricas mieses, los risueños árboles y el humano género, y da á luz las razas todas de las fieras, puesto que suministra el pábulo con el cual todos alimentan sus cuerpos y pasan una dulce vida y propagan su especie; por lo que merecidamente se ha ganado el nombre de madre. Retrocede igualmente á la tierra lo que de la tierra ántes fue; y lo que de las regiones del éter fué enviado, recibiendo de nuevo restituído las moradas del cielo. Así la muerte no destruye las cosas hasta acabar con los cuerpos de la materia, sino que disgrega en ellos las juntas, para componer otros de otros; y acaece tal que las cosas todas mudan de figura, cambian sus colores, adquieren sensibili-

dad y al cumplir su plazo la restituyen; porque reconozcas que importa con cuáles otros y en qué disposición se contienen unos mismos elementos de las cosas y qué movimientos causan y experimentan entre si, y no seas persuadido á que lo que vemos flotar en la superficie de las cosas y alguna vez nacer y perecer de súbito puede ser inherente á los eternos cuerpos primos. No sino que importa en nuestros mismos versos con cuáles ótras y en qué orden está cada letra colocada. Si no son todos semejantes, en mucho lo es la mayor parte; mas en la disposición discrepan las dicciones. Así también en las cosas mismas, ya al permutarse en la materia concursos, movimientos, orden, disposición, figuras, deben mudarse las cosas asimismo.

XXXIX.—Préstanos ahora atención á un verdadero razonamiento. Porque un nuevo asunto pugna vehementemente por llegar a tus oídos y por manifestarse nueva faz de las cosas. Mas ninguna es tan fácil que no sea bastante difícil de creerla de primero, ni nada tampoco tan desproporcionado y admirable que no vaya perdiendo paso á paso la admiración de todos. Contempla el nítido y puro tinte del cielo, los varios astros errantes acá y allá que en él se contienen, la luna y el esplendor del sol con su deslumbradora luz: si todo eso ahora fuera para el mortal por vez primera, si ahora de improviso fuera repentinamente arrojado, ¿qué cosa entre tales podría decirse más admirable, ó ante qué osarian las gentes creer que lo es menos? Ante nada, á lo que opino; que así hubiera sido de pasmoso ese espectáculo. Mas qué mucho que nadie se digne levantar los ojos á los lúcidos parajes del cielo, cansado hasta no más de verlo! Déja por eso, sobresaltado con la novedad misma, de rechazar del espíritu del razonamiento y considéralo más bien con juicio perspicaz, y si te parece ser lo verdadero, date por vencido, ó si es falso, prepárate á contra-

riarlo. Inquiere en efecto explicación el espíritu, si siendo infinito el conjunto del espacio exterior más allá destas barreras del mundo ¿qué existirá á su turno allí hasta donde quisiera mirar la mente, donde vuela el libre esfuerzo mismo del espíritu?

XL.—Primeramente ningún limite hay hacia parte ninguna de uno y de otro lado, superior ni inferiormente en el universo mundo, cual lo he enseñado y bien lo proclama el caso mismo y lo dilucida la naturaleza del abismo. No es de pensar por ningún motivo sea verosímil que vacando hacia donde quiera un espacio infinito y flotando los gérmenes y su insondable copia en número innumerable y de múltiples maneras, de eterna moción animados, este solo orbe de la tierra y cielo sean los creados y nada obren por de fuera esos cuerpos tantos de la materia, mayormente cuando aquesto fué hecho por la naturaleza de modo que los gérmenes mismos de las cosas, espontáneamente, tropezando al acaso, forzados de múltiples maneras, inconsiderada, inútil, vanamente, al cabo dieron paso á los que de repente arrojados constituyeron invariablemente los cimientos de los grandes cuerpos como la tierra, el mar y el cielo y las castas animales. Repitamos pues que es necesario declarar que hay en otra parte otras aglomeraciones de materia tales como la que aquí existe, á la que encierra el éter con ávido abrazamiento.

XLI.—Demás desto, cuando hay gran copia de materia preparada, cuando hay espacio aprestado y cosa alguna ni motivo lo estorba, es seguro que deben las cosas efectuarse y ejecutarse. Ahora pues, si tanta copia hay de gérmenes cuanta no llegara á enumerarla toda la vida de los vivientes, si subsiste la misma fuerza y naturaleza que llegue á lanzar gérmenes de las cosas á cualquier sitio de semejante modo á como hasta hoi

han sido lanzados, es necesario confesar que hay en otras partes otros orbes de tierras y diferentes razas de hombres y castas de fieras.

XLII.—Añádase a esto que ninguna cosa hay única en el conjunto, ni que haya sido engendrada sin igual y que sin igual y sola crezca, que no sea de alguna otra clase y que no tenga muchísimas del mismo género. Entre los animales desde luego, oh ínclito Memio, encontrarás ser así engendrada la raza montaraz de las fieras, así la progenie del hombre y así finalmente los muchos seres escamosos y los cuerpos todos de los volátiles. Por lo cual háse de convenir, por una razón parecida, en que el cielo y la tierra y el sol, la luna, el mar y lo demás que existe no son único, sino en número más bien innumerable, siendo así que tanto como toda clase que acá abunde según su género en objetos, constan de un cuerpo nativo y los espera la en lo profundo hincada valla de la existencia.

XLIII.—Si aquesto tienes bien aprendido, verás la naturaleza libre siempre, exenta de soberbios señores, y desentendida de los Dioses, efectuarlo todo ella misma por si y espontáneamente. Porque —válganme los corazones sacrosantos de los Dioses, que en tranquila paz llevan una duración apacible y una vida serena— ¿quién es capaz de regir el conjunto de lo inmenso, quién tener como conductor en sus manos las poderosas riendas del abismo, quién al igual hacer girar todos los cielos y calentar las tierras feraces todas con los focos del éter, y estar de presto en toda hora y todo lugar para hacer sombra con las nubes y sacudir con fragores la serenidad del cielo, para despedir centellas y derruir a menudo sus propios templos, y apartándose á lo yermo encruelcerse lanzando el dardo que evita á menudo al delincuente y desanima á los inocentes é inculpados?

XLIV.—Después del instante genital del mundo, del día primigenio del mar y la tierra y del desarrollo del sol, muchos cuerpos primitivos fueron agregados por de fuera, y gérmenes agregados en derredor que precipitándolos aportó el gran universo mundo, por donde pudiesen acrecentarse el mar y la tierra, por donde la morada celeste ganara espacio elevando lejos de la tierra su empinado techo y se alzara en masa el aire. Porque de todas partes los cuerpos primitivos todos propios á lo suyo se distribuyen mediante choques y se apartan á su especie. Lo líquido va á lo líquido, con cuerpos térreos crece la tierra, fuegos alimentan el fuego y lo etéreo el éter, hasta que perfeccionadora condújolo todo al extremo limite de su desenvolvimiento la naturaleza creadora de las cosas; cual sucede cuando ya en nada es más lo que se hace entrar en las vitales venas que lo que fluye y se aparta, Aquí tiene de hacer alto la edad para todas las cosas: aquí sofrena la naturaleza el crecimiento con sus fuerzas. Porque cuando agrandarse ves con alegre crecimiento y escalar por grados el vencimiento de la edad adulta, más cuerpos toma para sí que de sí despidе mientras se introduce fácilmente el alimento en las venas todas y mientras no se dispersan ellas tan ampliamente que muchos se pierdan y ocasionen más gasto que lo que la edad consume. Porque cierto, hay que conceder que muchos cuerpos primitivos fluyen y se apartan de las cosas; pero mayor cantidad ha de allegarse mientras tocan estas el más alto grado del crecimiento. Entonces lima la edad imperceptiblemente las fuerzas y el vigor adulto y se deshace en un periodo decadente. Pues en efecto, cuanto más extenso es el objeto y cuanto más ancho, suspendido su crecimiento, dispersa en todas y por todas partes y exparce de sí más cuerpos primitivos al instante y ni el alimento se le distribuye fácilmente en todas las venas, ni en razón a que

exhala copiosas emanaciones, le es bastante para poder restaurar tanto y abastecerlo. Renovándolo debe en efecto el alimento reintegrarlo todo, debe repararlo el alimento. Débelo todo sustentar el alimento, que es en vano, porque ni toleran las venas lo suficiente, ni la naturaleza suministra cuanto hay menester. Parece pues todo razonablemente al rarificarse con lo que exhala y al sucumbir á los choques del exterior, siendo así que al cabo es insuficiente el alimento á causa de los largos años y que los cuerpos desgastadores no dan de mano por defuera para acabar con cualquier objeto y hostiles domeñarlo con sus golpes. Así pues, atacadas por todas sus caras las murallas del vasto mundo, caerán en escombros y en carcomidas ruinas. La edad está ya quebrantada; y la fértil tierra que creó todas las razas y dió á luz fieras de porte desmesurado, apenas produce animales medianos. Creo no fué un cable de oro lo que de lo alto del cielo trajo á los campos los mortales seres, ni el mar los creó, ni su oleaje que bate ruidoso los peñascos: fué la tierra misma, que ahora de sí los alimenta, quien los engendró. Fuera desto, fué ella misma, quien primero creó espontáneamente para los mortales las vistosas mieses y los risueños viñedos. Los frutos agradables y los risueños prados que ayudados con el trabajo nuestro apenas crecen ahora mejorados, ella nos los dió; y extenuamos los bueyes y las fuerzas del labrador y gastamos el hierro, abastecidos apenas por los sembrados: escatimado hasta tanto el producto, acrécenlo á fuerza de labor. Con esto, meneando la cabeza, suspira cada vez más el viejo arador de que el trabajo de sus manos á lo vano decayó; y al comparar los tiempos presentes con los pasados, celebra á menudo la dicha de su padre y exclama que los antiguos, llenos de piedad, llevaban á maravilla sus días en reducidas tie-

rras, y esto que era entonces mucho menor el reparto del campo por cabeza. El plantador de la envejecida y cascada vid acusa también el curso del tiempo y fatiga el cielo, sin comprender que todo se carcome lentamente, y desfalleciendo con el prolongado espacio de los años se encamina hacia la tumba.

LIBRO TERCERO

I.—Oh tú, honor del pueblo griego, que antes que nadie pudiste levantar del seno de tantas tinieblas tan esplendorosa claridad para iluminar los goces de la vida: es a ti á quien sigo, fijando ahora mis pasos sobre tus huellas, no tanto ambicioso de competir contigo, como porque ansio imitarte por afecto. ¿Para qué en efecto rivalizó con los cisnes la golondrina, ni qué cosa semejante á la fortaleza del corcel pudo hacer en la carrera el cabrito sustentado por sus tambaleantes miembros? Tú, oh padre, eres el descubridor de lo creado y con paternas enseñanzas nos regalas; y como las abejas que todo lo liban en los bosques floríferos, así también nosotros, varón ilustre, de tus páginas nos nutrimos con áureas máximas: áureas sí, y dignísimas siempre de perpetua vida. Porque tan luego como tu doctrina, hija de una mente divina, comienza á divulgar la naturaleza de las cosas, huyen los terrores del ánimo, apártanse las murallas del mundo y veo efectuarse fenómenos por el vacío todo. Descúbrese el poder de los Dioses y sus tranquilas mansiones que ni sacuden los vientos, ni azotan las nubes con la lluvia, ni profana la nieve formada en recias heladas cayendo en albos copos: cúbre las siempre el éter sin nubes y sonrien con una luz ampliamente difundida. Todo suple á ellos además Naturaleza y nunca cosa alguna no les turba el sosiego de su espíritu. En cambio, no se descubren en parte alguna los parajes del Aqueronte, bien que la tierra no impide que se distinga cuanto abajo se pasa bajo mis piés en el vacío. Cierta divino gozo y temor se apoderan de mí por causa desto; porque exhibiéndose así tan manifiesta por

tu poder la naturaleza, hásela desentrañado en todas partes.

II.—Y puesto que he enseñado cuáles sean los exordios de todas las cosas y cuán espontáneamente volean, discrepando en formas diversas, agitados por un eterno movimiento y el modo como puede ser creada dellos cada cosa, parece que se ha de esclarecer ya conforme á eso en mis versos la naturaleza del espíritu y del alma y de expulsar inconsiderablemente ese miedo del Aqueronte que desde lo hondo amarga en absoluto la humana vida, tiñéndolo todo con sombras de muerte, sin dejar que exista placer alguno sereno y puro. Porque por más que nos cuenten los hombres á menudo que las enfermedades y una vida de deshonor son más de temer que el Tártaro del no ser y que ellos saben que la naturaleza del alma es la sangre, ó si les viene acaso en voluntad, el aire, y que absolutamente necesitan de nada de nuestra doctrina, conviene que pares mientes en que se jactan de todo eso más por ser aplaudidos que por probarlo con sus propios hechos. Desterrados aquesos de su patria y expulsados lejos de la presencia de los hombres, convictos de abominables delitos, viven al fin afectados de los mayores trabajos, y adonde quiera que llegan los míseros hacen sin embargo exequias y sacrifican ovejas negras y dedican ofrendas á los Dioses Manes y mucho más recio dirigen su mente á la religión en la desgracia. Por lo que aun más conviene contemplar al hombre en la incertidumbre de los peligros y conocer quienes en la adversidad, porque sólo entonces salen palabras verdaderas del fondo de su pecho, arráncase la máscara y queda la realidad. Y luego, la avaricia y la ciega pasión de los honores que empujan á los míseros humanos á traspasar los límites de la justicia, y á veces, como cómplices ó ejecutores de maldades, á afanarse día y noche en preponderante labor para elevarse á las más

grandes riquezas, esas úlceras de la vida, son alimentadas no en pequeña parte por el espanto de la muerte. Considérase en efecto de ordinario que un degradante menosprecio y una pobreza desmedida son incompatibles con una vida larga y apacible, y como cosa que titubea ya ante las puertas del no sér; de lo cual los hombres, en tanto que, forzados por falsos terrores, quieren luego rehuirse y lejos apartarse, fomentan sus bienes con la sangre de los ciudadanos y multiplican ávidos su fortuna acumulando homicidio sobre homicidio: gózanse crueles en el triste fin de sus hermanos y aborrecen y temen estar á la mesa de un consanguíneo. Por el mismo tenor macera á menudo la envidia con el mismo temor. Á su vista es ése poderoso, es admirado ése, que entre esplendorosas distinciones se adelanta, mientras que ellos mismos ruedan en la oscuridad y el cieno. Sucumben otros por causa de estatuas y renombre. Y hasta sucede con frecuencia que por espanto de la muerte se adueña de suerte de los hombres un aburrimento de la vida y del goce de la luz, que estrechados de ánimo se dan la muerte, olvidando que la fuente de sus inquietudes es precisamente ese miedo *que, obligando á los míseros humanos á cometer todo crimen*, persuade á éste á atentar contra el pudor, á aquel á romper los lazos de la amistad y á volcar en suma el cumplimiento del deber; porque hasta vendieron algunos á menudo su patria y sus caros padres, tratando de evitar las moradas del Aqueronte. Bien así como el infante, que se estremece y ha miedo á todo en el seno de una profunda oscuridad, nosotros nos atemorizamos á veces en medio de la luz de cosas que en nada ponen mayor miedo que las que los niños temen en las tinieblas y se figuran estar por venir; y estos terrores del ánimo y esas tinieblas necesario es que los disipen, nó los rayos del sol, ni los luminosos destellos del día, sino el cuadro y el sistema de la naturaleza.

III.—Diré desde luego que el espíritu, que á menudo llamamos mente, en el cual se asienta el entendimiento y el gobierno de la vida, es una parte del hombre, no menos que cual las manos, piés, ojos, subsisten como partes del sér animal entero, *aunque pretendan á la verdad no pocas sectas de sabios* que la sensación del espíritu no está asentada en parte determinada, sino que es cierto estado vital del cuerpo, que los griegos dicen “armonía”, que hace que vivamos con sensibilidad, bien que la mente no esté en ningún sitio, como cuando con frecuencia se dice que el cuerpo tiene buena salud, que sin embargo no es ésta parte alguna del que la goza. Desta suerte la sensación del espíritu no colocan ellos en determinada parte; en lo cual me parece yerran harto y por diverso modo. Así no rara vez sufre lo que á la vista se percibe del cuerpo, cuando en otra parte oculta nos holgamos sin embargo y viceversa, sucede mui á menudo á la vez que sea en lo contrario, cuando el lastimado en el espíritu se huelga en el cuerpo todo, no de otra manera que si, cuando á un enfermo duele el pie, su cabeza no estuviera entre tanto con dolor ninguno. Demás desto, cuando nuestros miembros están sumidos en un blando sueño y desmaído yace el onusto cuerpo sin sentido, hay sin embargo en nosotros algo que por ese momento se agita variamente y acoge en sí los impulsos todos de la alegría y las ansias inmotivadas del corazón. Ahora, por que puedas reconocer que asimismo está el alma en los miembros y que no es por la armonía por lo que el cuerpo acostumbra sentir, aviene desde luego que sustraída gran parte del cuerpo, la vida sin embargo nos resta con frecuencia en los miembros, y que esa misma por otra parte, cuando se han escapado unos pocos cuerpos primitivos de calor y ha salido aire fuera por la boca, abandona al punto las venas y deja los huesos; de que puedes reconocer que no todos los cuerpos primitivos tienen igual participación,

ni por igual sustentan la salud, sino más bien que esos gérmenes del hálito y del cálido calor curan de que muera la vida en los miembros. Hay por tanto calor y hálito vital en el propio cuerpo, que nos abandonan los órganos al morir. Por lo cual, puesto que ya es descubierto que la naturaleza del espíritu y del alma es como parte del hombre, restituye el vocablo armonía, extraído del empinado Halicón, á los amantes de la música; á menos que ellos mismos lo hayan tomado de otra parte y aplicádolo á algo que reclamaba entonces una especial denominación. Sea como fuere, ténganlo; y tú escucha las enseñanzas restantes.

IV.—Digo ahora que espíritu y alma se mantienen entre sí conjuntos y hacen entrambos una sola naturaleza; pero el entendimiento, que nosotros denominamos espíritu y mente, es como el jefe y en todo el cuerpo domina. El se mantiene situado en la región media del pecho. Allí en efecto estallan el miedo y el pavor: en derredor dese sitio acaricia el contento; allí está pues la mente y el espíritu. La parte restante del alma, diseminada por todo el cuerpo, obedece y se mueve por asentimiento é inclinación de la mente. Aquel solo por sí razona para sí, y para sí goza, cuando á una con él no conmueve un hecho el alma ó el cuerpo. Y así como atacando un dolor, nos duele la cabeza ó los ojos sin que se nos resienta el cuerpo entero, así el espíritu mismo sufre alguna vez ó prospera en regocijo cuando la demás parte del alma en los miembros y órganos funciona sin ninguna alteración. Mas cuando la mente es atacada por un más recio temor, vemos que el alma toda en los miembros participa dél, que el sudor y la palidez brotan desta suerte en todo el cuerpo, y se entorpece la lengua, y la voz fenece, túrbanse los ojos, zumban los oídos, desmadéjanse los miembros, y finalmente, vemos á menudo desmayarse una persona por efectos del terror del es-

piritu; de que puede cada quien fácilmente colegir que con el espíritu está conjunta el alma, la cual, cuando es sacudida por la fuerza del espíritu, empuja de seguidas el cuerpo y lo sacude.

V.—Esta misma explicación enseña que es corpórea la naturaleza del espíritu y del alma: cuando en efecto se la ve empujar nuestros miembros, despertar el cuerpo del sueño, alterar la fisonomía y regir y dirigir al hombre entero, nada de lo cual vemos puede realizarse sin el tacto, ni el tacto á su vez sin un cuerpo ¿no hay que confesar que el espíritu y el alma constan de una naturaleza corpórea? Observa además como el espíritu se afecta al igual del cuerpo y que á una simpatiza con nosotros dentro del cuerpo. Si penetrando entre los huesos y tendones el horrible vuelo de un dardo, daña incompletamente la vida, síguese no obstante una languidez y lento aplanamiento por tierra, y ya en tierra, el hervor de la mente que aparece y á veces una como incierta voluntad de levantarse. Luego es necesario que sea corpórea la naturaleza del espíritu, puesto que sufre con armas corpóreas y con golpes.

VI.—Paso ahora á darte explicación en mis doctrinas de qué cuerpo es y cómo está formado ese espíritu. Diré desde luego que es sutilísimo y que está formado de cuerpos extraordinariamente diminutos. Para que puedas reconocer que ello es así, permite que se dirija tu atención á lo siguiente: nada se ve realizarse en tan acelerada proporción como la mente se propone que se realice y lo incoa ella misma; de modo pues que el espíritu discurre más veloz que cualquier cosa cuya naturaleza se vea de inmediato ante nuestros ojos. Empero lo que tan móvil es, debe constar de gérmenes en extremo redondos y en extremo diminutos, para que con una pequeña moción puedan moverse impulsados. Por-

que el agua se mueve y fluctúa con una insignificante moción, en virtud de estar compuesta de moléculas volubles y pequeñas, mientras que al contrario la naturaleza de la miel es más consistente, su liquidez más tarda, su acción más irresoluta; la copia toda de materia se adhiere más entre sí, sin duda por no resultar de cuerpos primitivos tan leves, ni tan sutiles y redondos. Porque un suave y ligero soplo puede apremiar un alto acervo de semillas de adormidera, tal que te lo desbarate de arriba abajo, mientras que al contrario un rímero de piedras ni aún podría removerlo el euro mismo. Así pues, cuanto más pequeños y lisos son los cuerpos, tanto mejor gozan de movilidad; y al contrario, cualesquiera que se hallen de mayor pesadumbre y más ásperos, tanto más estables son. Ahora bien, pues que se ha encontrado en gran manera móvil la naturaleza del espíritu, necesario es que conste de cuerpos primitivos en extremo pequeños y lisos y redondos. Tal conocimiento, caro amigo, hallarás útil y oportuno en muchas ocasiones. Demuestra asimismo de cuán tenue textura consta su naturaleza y en cuán reducido espacio se contiene, si conglomerarse pudiera, el que tan luego como á un hombre ha alcanzado la tranquila quietud del no sér y se retira la naturaleza del espíritu y del alma, nada percibirás que sustraído sea al cuerpo en su forma, nada en su peso: la muerte preserva todo, excepto la sensibilidad vital y el cálido calor. Luego es necesario que el alma entera entretejida en las venas, vísceras y nervios sea de gérmenes pequeñísimos, en cuanto que abandonado que hubo toda el cuerpo entero, el contorno exterior de los miembros se preserva sin embargo incólume y no se merma del peso una tilde. Es á la manera de la flor del vino cuando se vá ó el perfume suave de un unguento que se escapa en los aires ó el sabor de algún cuerpo que lo deja, no apareciendo sin embargo por eso disminuido visiblemente el propio objeto, ni

que algo se haya extraído á su peso; sin duda porque muchos y menudos gérmenes producen en el cuerpo entero de las cosas el sabor y el olor. Por esto hay que saber, para repetirlo, que la naturaleza de la mente y el alma está compuesta de gérmenes sobremanera pequeños, pues al huir en nada descabala el peso.

VII.—No hemos de suponer sin embargo simple en nosotros esa naturaleza. Cierta aura tenue mezclada con calor deja en efecto al moribundo, y el calor á su vez arrastra aire consigo. No hay calor alguno á que no esté mezclado el aire también; que como su naturaleza es en efecto sutil, será necesario que muchos elementos del aire se muevan por entre él. Ya por tanto se halla ser triple la naturaleza del espíritu; y sin embargo no es todo eso bastante para crear la sensibilidad; porque del hecho se desprende que nada dello puede crear las impresiones sensitivas y lo que el hombre resuelve en su mente. Necesitase por tanto que se atribuya asimismo á aquellas una á manera de cuarta naturaleza: ella está del todo desprovista de denominación, y más móvil que ella nada existe, ni más tenue, no lo hay de más pequeños y lisos elementos; y es la primera que trasmite á los órganos los movimientos sensitivos. En efecto, es la primera en conmoverse, hecha como es de pequeñas moléculas: el calor luego, y el invisible poder del hálito reciben movimiento, y luego el aire: luego se conmueve todo: rebúllese la sangre: las entrañas entonces perciben todas las impresiones, y á la postre se dá á los huesos y la médula sea el placer, sea el importuno dolor. Y no á mansalva puede el dolor penetrar hasta allí, ni entrarse desabrido mal, que no se perturbe todo hasta tal punto que falte puesto á la vida y se escapen las porciones del alma por todos los poros del cuerpo. Pero las más veces se forma, una suerte de térmi-

no á esos movimientos en la superficie del cuerpo, y de ese modo logramos conservar la vida.

VIII.—Deseando ahora dar explicación de cómo están mezcladas entre sí esas substancias y de cuál manera arregladas funcionan, importúname á pesar mío la pobreza del lenguaje patrio; con todo, ensayaré á diseñarlo sucintamente como pudiere. Los principios elementales en efecto se entrelazan con movimientos entre sí, tal que por nada puede uno dellos separarse, ni sus propiedades efectuarse divididos por trechos, sino que subsisten como virtudes múltiples de un cuerpo único. Desta manera en toda entraña de un animal hay de ordinario olor, cierto color y sabor; y sin embargo, de todo esto fabricado el solo complejo del cuerpo. Así el calor, el aire y el invisible poder del aliento originan mezclados una naturaleza única, junto con esa móvil fuerza que de sí comunica á las otras la iniciativa del movimiento, y de la cual primeramente parte el movimiento sensitivo en las entrañas, porque esa naturaleza se oculta derechamente en lo profundo y se encubre, y nada hay en nuestro cuerpo más secreto que aquesta, siendo ella misma luego á su vez el alma de toda el alma. Desta manera en nuestros miembros y cuerpo toda la hermanada fuerza del espíritu y potestad del alma, está oculta, por ser creada de pequeños y pocos cuerpos primitivos. Así esa fuerza para tí innominada, hecha de diminutos cuerpos primitivos, se oculta, y es ella misma luego á su vez como el alma de toda el alma, y en el cuerpo entero señorea. Por idéntica razón es necesario que el hálito, el aire y el calor preponderen entre sí conmistos en los miembros, y que uno se esconda ó prevalezca más que el otro, para que se vea formarse algo único de todos y no anulen la sensibilidad el calor y el hálito por separado, y por separado el poder del aire, ó disgregados la descompongan. Existe en efecto ese calor en el es-

píritu, del cual se apodera, cuando hierve con la ira y centellea la llama en los enardecidos ojos: como existe aura helada copiosa compañera del espanto, que imprime un calofrío á los miembros, y á los órganos concita: como también existe ese estado del aire pacato, que se produce en un corazón tranquilo y una faz serena. Pero hay más fuego en aquellos en quienes un corazón exaltado y una mente iracunda bullen fácilmente en ira. En este género está primeramente la violencia del león, que desahoga las más veces, prorrumpiendo en rugidos, su coraje, y no puede arrestar torrentes de cólera en su pecho. Al contrario, la frígida mente del ciervo es más ventosa, y más presto concita gélidas auras en sus entrañas, que hacen aparecer trémulos movimientos en sus miembros. La naturaleza del buei empero vive más en el aire plácido: nunca la tea humeante de la ira, sorregándose en sombra de foscas tinieblas, sugerente lo estimula en demasía, ni se sobrecoje traspasado por los gélidos dardos del espanto: mantiénese entre el ciervo y el implacable león. Así el género humano. Aunque á algunos vuelva civilizados por igual la educación, ella deja sin embargo los primitivos vestigios de la naturaleza de cada espíritu. Ni se crea que se puede arrancar lo malo de raíz, hasta el punto de que no se incline el uno á crueles arrebatos, ó se deje llevar el otro algo más presto del miedo, ó reciba un tercero ciertas cosas más indiferente de lo equitativo. Por necesidad tienen que diferir en otros muchos puntos los diversos caracteres de los hombres y sus hábitos consiguientes, cuyas secretas causas no puedo yo ahora exponer, ni descubrir los nombres de variedades tantas cuantas hay en los elementos de donde esta diversidad de cosas se origina. Mas paréceme poder afirmar en este respecto que hasta tal grado son pequeños los vestigios connaturales dejados que la razón no puede en nosotros extirpar, que nada nos impide pasar una vida digna de los Dioses.

IX.—Esta naturaleza por tanto, es contenida por todo el cuerpo y del cuerpo es ella misma guarda y causa de conservación; porque se adhieren entre sí por comunes raíces, que se ve que sin daño no se pueden separar. Desta manera no es fácil arrancar al grano de incienso su olor sin que perezca asimismo su naturaleza. Así tampoco es fácil extraer del cuerpo entero la naturaleza del espíritu y del alma sin que todo se disuelva. Con principios así enlazados desde su primo origen se hacen entre sí coparticipes en la vida que les es acordada, que se ve que son incapaces de sentir por separado las facultades del cuerpo y las del espíritu, cada uno sin las fuerzas del otro, sino que la sensibilidad encendida en nuestras entrañas se inflama entre ellas por ambas partes con impresiones comunes. Fuera desto, el cuerpo nunca se genera por sí mismo, ni acrece, ni se le ve durar después de la muerte. No pueden, en efecto —como despide el liquido áqueo á menudo el calor que le fué comunicado, sin que por ese motivo se destruya, sino que permanece incólume— no puede, digo, soportar así los abandonados órganos la separación del alma, sino que desprendidos en lo íntimo perecen y se corrompen. Así el contacto mutuo del cuerpo y el alma enseña los movimientos vitales al despuntar la edad, aun retirados en el cuerpo y claustro maternos, tanto que no es posible que se haga separación sin daño y malandanza; por que veas que siendo solidaria la causa de conservación, solidaria permanece asimismo la naturaleza dellos.

X.—Cuanto á lo demás, si alguien rechaza que el cuerpo sienta y cree que alma entremezclada en todo él recibe esa impresión que denominamos sensibilidad, es porque resiste á un hecho manifiesto y verdadero. Pues ¿quién aducirá nunca lo que es sentir el cuerpo, sino es porque el hecho mismo lo puso á descubierto y nos lo

enseñó?— “Separada empero el alma, carece el cuerpo doquiera de sensibilidad”:— él pierde en efecto lo que en vida no le fué propio, y mucho pierde por lo demás antes de ser ella desalojada.

XI.—Decir á su turno que los ojos no pueden percibir cosa ninguna, sino que es el espíritu el que mira por ellos como por puertas abiertas, se hace difícil, ya que la sensibilidad dellos lo contradice; la sensibilidad en efecto se contrae y recoge en la pupila misma (a), tanto más cuanto que á menudo no logramos percibir lo que resplandece porque nuestra vista se deslumbra con la luz. Esto no sucede con las puertas: las puertas abiertas —lo miramos nosotros mismos— no soportan en efecto incomodidad alguna. Por lo demás, si en lugar de puertas son nuestros ojos, substraídos éstos, parece debería al punto el espíritu percibir mejor las cosas, removidas las hojas mismas.

XII.—De ningún modo puedes aceptar en este respecto lo que establece el principio consagrado por un varón como Demócrito: que cada uno de los elementos del cuerpo y del espíritu sobrepuestos uno á uno, cambian alternativamente y forman el tejido de los miembros. Porque así como los elementos del alma son mucho menores que los de que consta nuestro cuerpo y entrañas, así también ceden en número y están diseminados más bien escasamente por los órganos; de modo que puedes tan sólo conceder que cuán reducidas sean los corpecicos que primero puedan, arrojados sobre nosotros, despertar movimientos sensitivos en el cuerpo, tales serán los intervalos que guardan los primeros exordios del alma. Porque en veces no sentimos ni la adherencia del polvo en el cuerpo, ni posarse la creta sacu-

(a) Verso de sentido dudoso.

dida sobre nuestros miembros, ni sentimos la niebla de noche, ni los tenues hilos de la araña atravesados, cuando se nos enredan á nuestro paso, ni la vieja telaraña que ha caído sobre nuestra cabeza, ni las plumas de los pájaros ó los vilanos flotantes en el aire, que por su excesiva ligereza caen las más veces con lentitud, ni sentimos la marcha de algún animal que se arrastra, ni cada pisada particular que hacen en nuestro cuerpo los mosquitos y otros tales. Hasta tal punto han de vibrar en nosotros muchos gérmenes entremezclados por los órganos en nuestro cuerpo, antes que lleguen á sentirlos, conmovidos, los elementos del alma y que acometiendo en esos intervalos, puedan concurrir, asociarse y esparcirse sucesivamente.

XIII.—Y es más coercitivo de los lazos de la vida el espíritu, y para la vida más dominante, que la fuerza del alma. Porque sin la mente y el espíritu ninguna porción del alma puede estarse en los órganos una exigua porción de tiempo, sino que fácilmente los sigue de compañera y se disipa en los aires y deja los yertos órganos en el yelo del no sér. Mas permanece en la vida el á quien quedan la mente y el espíritu. Por más que mutilado sea el tronco en redondo, seccionados doquier los miembros, en redondo apartada el alma y removida de los miembros, sigue viviendo y se alimenta en las auras etéreas y vitales. Si no del todo, en gran parte privado del alma, contemporiza sin embargo con la vida y della se ase; bien así como lacerado en derredor el ojo, si permanece incólume la pupila, persiste la vivífica potestad de percibir, con tal que no destruyas el globo entero del ojo, ni que secciones en derredor la niñeta y la dejes aislada, cosa que no se hará en efecto sin daño aún para el globo. Mas devorada que sea una tantilla parte desmediana del ojo, aunque para uno quede incólume la reluciente órbita, acábase al pun-

to la luz y se siguen las tinieblas. Con esta alianza van siempre ligados el alma y el espíritu.

XIV.—Ahora, adelante! Para que puedas reconocer que en los seres animados el espíritu y el alma leve son nativos y mortales, paso á exponerlo en versos dignos de tu atención, de antemano pensados, y compuestos con grata labor. Está de tu parte el adunar bajo una sola denominación el uno y el otro de aquellos y el creer, cuando intento decir, por ejemplo, que enseñó ser el alma mortal, que otro tanto afirmo del espíritu, en cuanto que entrambos hacen uno solo, y es una cosa conjunta. Primeramente, puesto que he enseñado que aquesta es tenue por sus cuerpos primitivos diminutos y que está hecha de principios mui más pequeños que los de la líquida substancia del agua, ó la bruma ó el humo—porque goza ampliamente de movilidad, conmoviéndose más al ser herida por una leve causa, pues que se mueve con las propias imágenes del humo y de la bruma, como cuando percibimos, sumidos en el sueño, exhalar hacia lo alto su calor los altares y hacer humo, pues á no dudar dello se engendran simulacros para nosotros—; si sacudido por tanto ahora un vaso en todos sentidos derrama el líquido, y percibes como se exparse el agua, y si la bruma y el humo se disipan en los aires, convéncete de que el alma se difunde asimismo, y que perece más pronto, y más presto se descompone en sus cuerpos primos cuando una vez se ha partido, separada de los humanos miembros. Porque en efecto, si el cuerpo, que constituye así como su vaso, sacudido por algo y ralo por el desangre de sus venas, no alcanza á retenerla, ¿cómo crees podría ella ser retenida en aire ninguno? ¿Cómo siendo este más raro que nuestro cuerpo, la retendría?

XV.—Fuera desto, sentimos que la mente nace á la par que el cuerpo, y crece á una, y á la par envejece. Porque así como el niño anda con débil y tierno cuerpo, así lo sigue un ténue discernimiento del espíritu. Luego, al madurar la edad con robustas fuerzas, acrece el entendimiento y es más crecida la fuerza del espíritu. Después cuando el cuerpo es ya sacudido por la poderosa fuerza de los años y descaecen los órganos con perezosa energía, claudica el ingenio, la lengua chochea, la mente vacila y todo se descabala y hace falta á un tiempo. Luego viene bien asimismo que el alma toda se disperse, á la manera del humo, en las altas regiones del aire, siendo así que la vemos engendrarse á la par del cuerpo y á la par crecer y, como he explicado, rendirse juntamente fatigada por la edad.

XVI.—Añádase á esto que vemos que el espíritu contrae penetrantes inquietudes, pesares y temores, así como el cuerpo mismo tremendas enfermedades y recios dolores; por lo cual viene bien que sea partícipe asimismo del no sér. Más todavía, el espíritu yerra extraviado con frecuencia en las enfermedades del cuerpo: deméntase en efecto y habla dislates, y es á ocasiones llevado, en medio de un pesado letargo, á un profundo y eterno sopor, abatiéndose ojos y cabeza: por donde ni siente los clamores, ni es dueño de conocer á los que, bañados en llanto las mejillas y el rostro, le rodean y le llaman á que vuelva en su acuerdo. Necesario es, pues, confesar que el espíritu se disuelve asimismo, toda vez que lo penetra el contagio de una enfermedad; porque el dolor y las enfermedades son uno y otro los artífices del no sér, conforme somos de antemano enseñados con el perecimiento de tantos. En fin, ¿por qué cuando la intensa acción del vino penetra en el hombre y corre su ardor distribuídos por las venas, se sigue una pesadez de los miembros, se enredan las piernas tamba-

leando, se entorpece la lengua, se extravía la mente, bailan los ojos, salen gritos, sollozos ó querellas, y lo demás deste género, cualquiera que sea, que sobreviene, por que es sino porque la violencia vehemente del vino usa conturbar el alma dentro del cuerpo mismo? Pues todo lo que puede ser conturbado y trabado da á entender que si alguna causa algo más fuerte se insinúa, tendrá ello de perecer privado de futura existencia. Todavía más: apremiado alguno á menudo por fuerza repentina de una enfermedad, cae como por golpe de un rayo ante nuestros ojos y echa espumajos, se estremecen sus órganos, se estira, se retuerce, anhela desigualmente y cansa sus miembros hiriendo de pié y de mano. A no dudar porque la fuerza de la enfermedad distendida por los órganos trastorna el alma, echando espumas al modo hierven las olas en la salada llanura con la poderosa fuerza de los vientos. Exhálanse además gemidos, porque el cuerpo se aflige con el dolor, y más que todo porque los gérmenes de la palabra son expelidos, y amontonados en la boca son lanzados fuera por donde, como si dijéramos, solían y encuentran paso libre. El delirio ocurre porque se conturba la fuerza del espíritu y del alma y, como expliqué al dividirse es separadamente dispersada, por ese propio tósigo distraída. Luego, cuando se replegó ya la causa de la enfermedad y volvió á sus escondrijos el acre humor del viado cuerpo, se levanta el sujeto desde luego como vacilante y poco á poco vuelve á todas sus facultades y recupera el alma. Acosados pues ellos (a) dentro del cuerpo mismo con tamañas enfermedades, sufriendo torturados de una manera deplorable, ¿cómo creerías que esos mismos sin el cuerpo pueden pasar la vida al aire descubierto entre poderosos vientos? Y pues notamos que la mente se cura como el cuerpo enfermo y vemos que

(a) El espíritu y el alma.

puede con medicinas modificarse, ello asimismo presagia que la mente vive para morir. Es razonable en efecto que cualquier cosa que tiene y comience á conmutar el espíritu ó trate de modificar otra naturaleza cualquiera, añada partes ó trueque su disposición ó bien sustraiga algún tanto del total; pero lo que es inmortal no permite transposición de sus partes, ni que se le agregue cosa, ni que nada se le desprenda. Porque cuanto se salga transformado de sus límites, será eso el inmediato perecimiento de lo que antes fué. Luego, sea que el espíritu enferme ó que con medicinas se modifique, da señales de ser mortal, como he explicado. Tan cierto es que una cosa evidente contraría un falso razonamiento, cierra el paso al desmandado y con dobles refutaciones prueba la falsedad.

XVII.—Percibimos por último cual se va paulatinamente una persona y pierde miembro por miembro el sentido vital: cual se amoratan al principio las uñas y dedos de los pies: cual luego los piés y las piernas se mueren; y cual luego después las huellas de la gélida destrucción ganan a trechos los demás órganos. Como, pues, el alma se desgarrá y se va, y no se es cabal en cierto momento, por mortal ha de tenérsela. Que si por acaso piensas que ella puede retraerse hacia dentro en los órganos y conducir sus partes á un punto y de esa manera deducir la sensibilidad de los miembros todos, ese lugar sin embargo, adonde tanta copia de alma se condensa, debe de aparecer con una mayor sensibilidad; y como en ninguna parte existe ese tal, sin duda, como ya hemos dicho, despedazada se dispersa y por consiguiente sucumbe. Cuanto más que, aunque plazca acceder á una falsedad y dar por sentado que el alma pueda aglomerarse en el cuerpo de los que moribundos van á grados abandonando la claridad, es sin embargo necesario confesar que el alma es mortal; que no importa que

perezca dispersada por los aires ó que se embrutezca al condensarse sus partes, cuando la sensibilidad va faltando doquier más y más al hombre y menos y menos vida doquier le va quedando.

XVII.—Y siendo la mente una parte del hombre que permanece fija en un lugar determinado, como lo son las orejas y los ojos y cualesquiera otros sentidos que gobiernan la vida, y así como las manos, los ojos, las narices, arrancadas de nosotros no logran sentir ni existir, sino que al poco tiempo son abandonados á la putrefacción, así el espíritu no se basta para existir por sí sin el cuerpo y sin el hombre mismo, que se ve que es como el vaso dél ó cualquiera otra cosa que imagines más solidaria con él, en cuanto que el cuerpo se le adhiere por conexión.

XIX.—Y luego, las vivificadas potencias del cuerpo y del espíritu gastan salud y gozan de la vida conjuntas entre sí; ni puede en efecto el espíritu por sí solo sin el cuerpo revelar los movimientos vitales, ni el cuerpo privado del alma subsistir y usar de los sentidos. A la verdad, como el ojo arrancado de raíz y separado del cuerpo se inhabilita para ditinguir todo objeto, así el alma y el espíritu se ve que nada podrán por sí solos. Sin duda porque mezcladamente en las venas y entrañas, en los nervios y los huesos, están los elementos contenidos por el cuerpo entero y no pueden, libres, discurrir en grandes intervalos; por lo que, encerrados, producen los movimientos sensitivos, los cuales no pueden producir después de la muerte lanzados fuera del cuerpo en las auras del aire, por no estar contenidos de un modo semejante. En efecto, sería el aire cuerpo animado si pudiera el alma recogerse é incluir en él movimientos que antes causaba en los nervios y en el propio cuerpo. Cuanto más que, mientras funciona el alma dentro del tér-

mino de la vida, vésele sin embargo irse á menudo aturdida por alguna causa y amagar desatarse del cuerpo todo, desfigurándose la faz como en el momento supremo y abatiéndose desmazelados los miembros todos del descolorido cuerpo. Ocurre esto cuando, según suele decirse, se pierde el conocimiento ó el alma es en deliquio, que la gente al punto se sobresalta y ansian todos recoger el postrer vínculo de la vida. Sacúdense entonces la mente en efecto y las potencias todas del alma y zozobran con el cuerpo mismo, hasta el punto de que una causa algo más intensa pueda disolverlos. ¿Cómo en suma dudarias que removida al exterior fuera del cuerpo, vacilante, al raso, falta de abrigo, no solamente no pueda durar toda una existencia, sino que tampoco llega á mantenerse un momento siquiera? Repitamos pues, que deshecho el abrigo entero del cuerpo y arrojado fuera el aura vital, necesario será convenir en que la sensibilidad del espíritu se disuelve, así como el alma, ya que una causa es solidaria para entrambos.

XX.—Y luego, como el cuerpo no llega á soportar la separación del alma sin que se corrompa con repugnante fetidez, ¿cómo dudarias que desde lo hondo y lo profundo suscitada mane al modo del humo difundida el alma, y que de resultas el carcomido cuerpo en mudándose decaiga con tamaña ruina, por estar profundamente dislocados sus fundamentos, al manar el alma fuera al través de los órganos y por las vueltas todas de las vías que en el cuerpo son y sus aberturas? Bien puedes caer de vario modo en que despartida el alma sale por los miembros y que antes de escaparse desprendida en las ondas del aire ha sido deshecha dentro del cuerpo mismo. Ni aparece tampoco que moribundo alguno sienta salir su alma incólume del cuerpo entero y llegar primero á la garganta y luego arriba á las fauces, sino que hace falta en la determinada región en que

está colocada, como sabe cada quien que se disuelven los demás sentidos en su sitio. Que si nuestra mente fuera inmortal, no se lamentaría tanto al morir de su disolución, sino más bien de retirarse y abandonar como la serpiente su vestidura.

XXI.—Y luego, ¿por qué nunca se engendra la mente y entendimiento del espíritu en la cabeza, las manos ó los piés, sino que más bien se adhiere á singulares asientos y á regiones determinadas en todos, sino porque determinados lugares se han señalado para el nacimiento de cada cosa *y porque está determinado y dispuesto por leyes de la naturaleza* donde cada cosa creada puede conservarse? *Según esa disposición debe asimismo ser hecho nuestro cuerpo* y tener órganos de tan múltiples modos repartidos, que nunca exista un orden prepóstera en los miembros. Hasta tanto se sigue un hecho de otro, que ni la llama suele emanar de los ríos, ni del fuego engendrarse la frigidéz.

XXII.—Demás desto, si el alma es inmortal y puede, separada de nuestro cuerpo, sentir, deberíasela suponer dotada, según opino, de los cinco sentidos; y no de otra manera podemos figurarnos que vagan ánimas infernas del Aqueronte. Así los pintores y las antiguas escuelas de los escritores describieron dotadas de sentidos á las almas. Mas ni los ojos pueden estar aparte del alma, ni las narices, ni la mano misma, ni aparte tampoco la lengua, ni las orejas pueden por sí mismas gozar del oído ni existir.

XXIII.—Y pues sentimos que la sensibilidad vital se está en el cuerpo entero y vemos que todo está animado, si alguna violencia por un rápido golpe lo partiera súbito por la mitad, de suerte que secrete una y otra parte por separado, despartida también y tajada á no

dudar el alma, se despedazaría junto con el cuerpo. Mas lo que se hiende y se separa en porciones desdice en verdad que para sí haya naturaleza eterna. Cuentan que los carros falcados calientes en revueltas carnicerías, seccionan a menudo tan de súbito los miembros, que se ve por tierra palpitando lo que del cuerpo cayó seccionado, á tiempo que la mente y el esfuerzo del hombre no llegan á sentir sin embargo dolor, á causa de lo veloz de la lesión; que como la mente está absorta desde luego en las peripecias de la pelea, con el cuerpo restante ambiciona el combate y la matanza, y no repara el uno que perdida su mano izquierda á menudo con el pavés, han arrojado las ruedas y las destructoras falces entre los cascós del caballo, ni el otro que su diestra ha caído á tiempo que porfia y está escalando. Otro se empuña luego, privado de una pierna, en levantarse, mientras que por el suelo el pié mortecino contrae allí cerca los dedos. Y aún la cabeza, separada del tronco caliente y vivo, conserva en el suelo la fisonomía de la vida y sus ojos abiertos hasta que rinda todas las reliquias del alma. Cuanto más que si, vibrando la lengua una serpiente y meneando la cola de su enorme cuerpo, te plugiera seccionar con un hierro en varias partes uno y otro, *la cola y la extensión toda del cuerpo entero*, observarias al punto que todos los segmentos se reuercen separadamente por la reciente vulneración y riegan con sangre la tierra, y que la parte misma delante busca la de atrás con la boca, para así herida ahogar con ardorosas mordeduras el dolor de las heridas. ¿Diremos por esto que hay sendas almas en todos esos pedazos? Mas con tal razonamiento se seguiría que un solo ser animado tiene muchas almas en el cuerpo. Luego lo que fué una, se ha dividido junto con el cuerpo; por lo cual han de reputarse uno y otra mortales, porque son al igual seccionados en muchas partes.

XXIV.—Fuera desto, si inmortal es el alma y se insinúa ella en el cuerpo de los que nacen, ¿por qué no nos es dado acordarnos por otra parte de la pasada edad, ni vestigio alguno conservamos de los acontecimientos? Porque si hasta tal grado han cambiado las facultades del espíritu, que haya desaparecido toda reminiscencia del pasado, no dista eso gran trecho, á lo que creo, del no sér; por lo cual es necesario confesar que la que antes fué ha sucumbido y que la que ahora, ahora ha sido creada.

XXV.—Fuera desto, si la potencia vital del espíritu soliese infundírse nos luego de completado el cuerpo en el momento que nacemos y franqueamos los umbrales de la vida, no era entonces conforme que se la viese crecer con el cuerpo y á una con los miembros en la sangre misma, sino que viviera solitaria por sí y para sí como dentro de una jaula: *es lo conforme para que el cuerpo todo abunde sin embargo en sensibilidad*. Hechos manifiestos enseñan que aquello se realiza totalmente al contrario; porque tal conexión tiene con las venas, entrañas, nervios y huesos que los dientes asimismo participan de la sensibilidad, como lo indica su propio dolor, la dentera que causa el agua helada, la áspera piedra masticada al sobrevenir en la comida. Debe pues una y otra vez evitarse el imaginar las almas exentas de principios y absueltas de la sentencia del no sér. Porque ni puede imaginarse que insinuadas de fuera se hayan anexado de tal manera á nuestro cuerpo, ni se ve que estando tan entretejidas puedan salirse incólumes y desatarse salvas de todos los nervios, huesos y articulaciones. Y si acaso piensas que insinuada el alma de fuera suele embebérse nos por los miembros, con tanta mayor razón parecerá así fundida en el cuerpo. Porque en efecto, lo que se embebe se disuelve y por consiguiente sucumbe. Como se desparte en efecto el alimento por todos los ductos del cuerpo y

al distribuirse por los miembros y órganos todos se transe y abastece de sí mismo una naturaleza diversa, así el alma y el espíritu, aunque se entren íntegros en un cuerpo reciente, se disuelven sin embargo al embeberse, mientras por decirlo así distribuyen por todos los ductos en los órganos las partículas con que se crea esa naturaleza del espíritu que ahora señorea en nuestro cuerpo procedente de la que entonces pereció al repartirse en los órganos. Por esto se ve que ni está privada de natalicio la naturaleza del alma, ni exenta de defunción.

XXVI.—Fuera desto, ¿quedarán ó no gérmenes del alma en el cuerpo exámine? Si quedan y permanecen en él no habrá cómo poder suponerla con razón inmortal, pues con pérdidas de partes se retiró descabalada. Y si se huyó extraída de los miembros intactos, tal que ningunas partes dejara de sí en el cuerpo, ¿de dónde exudan los cadáveres gusanos al descomponerse las entrañas y de dónde tanta copia de seres exangües y desosados que entre los tumidos órganos fluctúan? Si es que crees acaso que de fuera se insinúan almas en los gusanos y que allegarse pueden sendas á sus cuerpos y no tienes en cuenta porqué se avienen tantos miles de almas donde una sola se ha retirado, hay que investigar sin embargo al parecer y poner en discrimen si al fin persiguen las almas los diferentes gérmenes de los gusanillos para fabricarse ellas mismas dónde estarse ó bien si se insinúan por decirlo así en cuerpos ya acabados. No se alcanza empero a decir por qué lo hacen ellas, ni para qué trabajan. Siendo en efecto incorpóreas, no voletean inquietas por enfermedades, ni por el frío ni el hambre: es más bien el cuerpo el que sufre próximo á estos achaques, y muchas dolencias sobrelleva el espíritu por el contacto de aquel. Pero sin embargo, sea que hayan utilidad en formar un cuerpo ya que se entran en él; mas para que tal puedan, ninguna vía se descubre. Las almas por tan-

to no se hacen para sí cuerpos y órganos. Ni hay tampoco manera de que se insinúen en cuerpos acabados; ni podrían sutilmente conexionarse, ni su contacto se convertiría en mancomunada sensibilidad.

XXVII.—Y luego, ¿porqué acompaña la acre violencia á la progenie implacable de los leones, la astucia á la vulpeja, y á los ciervos el huimiento *de los padres les es dado, y sus miembros incita el paterno pavor*, y lo demás deste género porqué desde la edad primera es concebida toda en los miembros y en el genio, sino porque una determinada actividad del espíritu crece de su germen y progenie al par con todo el cuerpo? Pues si inmortal fuera y soliera cambiar de cuerpos, los animales tendrían hábitos entremezclados: huiría con frecuencia un perro de casta hircana á la acometida del cornífero ciervo, y temblaría en las auras del aire el gavilán fugitivo al aproximarse la paloma: serían irracionales los hombres, racionales las salvajes razas de las fieras. Eso que dicen que el alma inmortal se modifica en cambiando de cuerpo, se aduce pues con falso razonamiento. En efecto, lo que se cambia se disuelve y por consiguiente sucumbe: traspónense las partes y abandonan su coordinación; por lo que deben asimismo poder disolverse en los órganos para al fin sucumbir todas juntas á una con el cuerpo. Y si se alega que las almas de los hombres van siempre á humanos cuerpos, preguntaré sin embargo ¿cómo llega á hacerse una estulta de una sabia, ó cómo no es cuerdo niño alguno, ni hay tanta destreza en el queñuelo de la yegua como en la fortaleza del corcel? Se reducirán á decir en verdad que en un cuerpo débil la mente se debilita. Si esto es así, necesario es confesar que el alma es mortal, porque cambiando dentro de los órganos pierde en tan alto grado su vida y sensibilidad precedentes. ¿Ni de qué modo podrá el espíritu tocar la anhelada flor de la edad robusteciéndose al par

de cada cuerpo, si no ha de ser consorte en su primo origen? ¿Qué es lo que pretende al salir fuera de los miembros envejecidos? ¿Es que teme estar recluida en un cuerpo añoso y que se derrumbe la casa, fatigada con el vetusto lapso de la edad? Mas para lo inmortal no hay peligro alguno.

XXVIII.—Y luego parece bastante ridículo que para los connubios de Venus y el parto de las fieras haya almas aprestadas aguardando, ellas que son inmortales, miembros mortales en número innumerable, disputando entre sí arrebatina á cual primero y con más preferencia se insinúe; si bien habrá tal vez convenios pactados entre las almas, tales que la primera en llegar volando se insinúe primero, sin que en lo mínimo usen sus fuerzas para contender!

XXIX.—Y luego, no llegan á existir árboles en el éter, ni nubes en el hondo mar, ni á vivir peces en los sembrados, ni hay sangre en un leño, ni jugo en un peñasco. Está dispuesto y determinado el lugar donde cada cosa debe crecer y permanecer. Así el espíritu no logra nacer solo en el cuerpo, ni estar lejos de los nervios y la sangre. Que si pudiera el espíritu mismo —y pudiéralo mucho mejor— existir en la cabeza, los hombros o el calcañar y nacer en una parte cualquiera, al fin se amañaría á morar en un mismo hombre y un mismo vaso. Y como por otra parte en cada cuerpo nuestro se halla determinado y aparece dispuesto el lugar donde puedan estarse y crecer por separado el alma y el espíritu, con tanta mayor razón ha de negarse que puedan engendrarse y perdurar fuera del cuerpo entero. Por eso cuando el cuerpo sucumbe, es necesario convenir en que el alma dispersada en todo el cuerpo perece. Porque en efecto juntar lo mortal á lo eterno y pensar que de acuerdo sienten á una y que pueden afectarse mutuamente,

es desatinar; ¿pues qué habrá de pensarse que sea más desigual ó más inconexo y discrepante que el que una vez juntado lo mortal á lo inmortal y sempiterno conlleve en la asociación tormentos implacables? Y si acaso tiene de hacérsela inmortal más bien por hallarse protegida contra mortíferos choques ó porque no se presenten del todo los enemigos de la conservación ó porque los que se presentan se retiran por algo rechazados antes que logremos sentir los que dañan, *está eso á la verdad en extremo alejado de la verdadera razón*. En efecto, fuera de lo que sufre con las enfermedades del cuerpo, sobreviene lo que á menudo la mortifica con lo por venir, y la inquieta con el temor y con cuidados la fatiga, y por malas acciones del pasado los pecados le remuerden. Añáde la insania propia del espíritu y la flaqueza de la memoria: añáde que en tenebrosas olas de un letargo se sumerge.

XXX.—Nada es por tanto la muerte y en nada nos toca, en cuanto que sabemos que es mortal la naturaleza del espíritu; y á la manera como en el pasado tiempo pesadumbre alguna sentimos al venir doquiera á combatirnos los cartagineses —que conmovido todo con el tumulto aterrador de la guerra, sacudiose horrendamente bajo las altas regiones del éter, y quedó perplejo en la tierra y en el mar cada mortal entre sí caería bajo el imperio de unos ú otros —así cuando no seamos, cuando hubiera la separación del alma y el cuerpo, de los cuales somos consorcio individual, nada en verdad podrá en absoluto acontecernos á nosotros, que entonces no seremos, ni despertar sensaciones, si bien se revolviere la tierra con el mar y el mar con el cielo. Y si aun después de extraída de nuestro cuerpo siente la naturaleza del espíritu y potestad del alma, nada sin embargo se nos da á nosotros que dependemos en consorcio individual del compuesto y maridaje del cuerpo y el alma.

Ni si el tiempo allegase la materia nuestra después del fallecimiento y de nuevo la restableciese como ahora está colocada y otra vez nos fuera concedido el destello de la vida, en cosa alguna sin embargo nos tocaría ese hecho tampoco, ya que ha sido una vez interrumpido el recurso de lo nuestro. Hoi mismo nada de lo de nosotros que antes fuimos nos concierne, ni la angustia nos afecta á causa de "ellos". Porque así como consideres toda la pasada duración de inmensurables tiempos, y luego cuán múltiples son los movimientos de la materia, fácilmente concebirás que estos propios gérmenes de que ahora constamos estuvieron dispuestos antes á menudo en el mismo orden en que ahora son. Y sin embargo somos incapaces de reasumir eso en la memoria; se ha interpuesto en efecto una pausa de la existencia y las impresiones todas vaga é indistintamente se desviaron de los sentidos. Efectivamente, caso de existir mísero y doliente, el mismo á quien puede el mal sobrevenir debe entonces existir, asimismo en ese instante. Como desto exime la muerte é impide que exista el sobre quien puedan confabularse esos males, quiere decir que nada hay que temer en la muerte; ni puede hacerse infeliz el que no existe, ni importa nada si en cualquier otra época fuere ya nacido, en cuanto que una muerte imperecedera se llevó una vida perecedera.

XXXI.—Por esta razón, cuando veas que un hombre se indigna de sí mismo porque después de la muerte ha de suceder ó que se corrompa su depositado cuerpo ó que sea consumido por las llamas ó las mandíbulas de las fieras, ten entendido que no habla con sinceridad y que subsiste en su corazón algún secreto estímulo, aunque él mismo niegue creer que después de la muerte haya de quedarle alguna sensibilidad. No cumple en efecto, según opino, lo que se promete, y por dónde lo hace, ni radicalmente se aparta y destierra de lo que es

la vida, sino que sin saberlo él mismo hace que algo quede dél. Cuando en efecto alguno se representa en vida lo que ha de ser, y cómo las aves de rapiña y las fieras despedazarán su cuerpo después de muerto, se complace de sí propio, y ni se aparta desa idea, ni se aleja lo bastante del abandonado cuerpo; y poniéndose en el lugar deste, le acuerda, cave él, su propia sensibilidad. Indignase entonces de haber sido creado mortal: ni ve que tras la muerte positiva haya de haber ningún otro "él" que pueda vivo lamentarse de que él ha fallecido y que velándolo deplora que él, que yace, sea despedazado ó quemado. Porque si después de la muerte es un mal ser desgarrado por las dentelladas y mandibulas de las fieras, no encuentro por qué no sea una acerbidad, expuesto uno al fuego, el ser tostado por ardientes llamas, ó sumergido en miel ser sufocado, (a) ó arrecirse de frío tendido en el plano raso de una helada yacija, ú oprimido por encima, ser aplastado con la pesadumbre de la tierra.

XXXII.—"No te recibirán, nó, alegres los de tu casa ni tu inmejorable mujer ni tus tiernos hijos se adelantarán á besarte á cual primero tocando tu pecho con una voluptuosidad silenciosa. Para florecientes hechos y para protección de los tuyos no habrás de existir. A tí, desdichado —se dirán— se te usurpó desdichadamente un solo funesto día todas las ventajas de la vida". No añaden á este respecto: "ni se impone ya más en tí á una el deseo desas cosas". Si tal vieran bien en sus mentes y fueran consecuentes en sus dichos, se desharian de grandes angustias y miedo del espíritu. "Como tú estás á la verdad en letal sopor, —continúan— así permanecerán cuan luengos los tiempos sean privado de todo penoso dolor; mas nosotros que cave tí estábamos cuando te incineraban en la horrible hoguera, insaciablemente lloramos, y en día alguno caerá de nuestro co-

(a) Método antiguo de embalsamar.

razón ese eterno duelo”. Según eso hay que preguntar por tanto qué tan amargo es ello, si el asunto se reduce á quietud y sueño, para que uno pueda consumirse en eterno luto.

XXXIII.—Sucede también que de corazón diga alguno, cuando se reclina á la mesa, la copa á menudo en la mano y el rostro velado por una corona: “Corto es este bien para el pobre mortal: ya pasará, y nunca será dable recuperarlo después”. Como si ya muerto fuera uno de sus peores males el que al mísero le abraza la sed ó una árida sequedad ó se le imponga el deseo de alguna otra cosa. Nadie en efecto se cura de sí ó de la vida, cuando mente y cuerpo al par yacen en el sueño; porque desamano, dado que sea eterno ese sueño para nosotros, ningún deseo de lo muerto no nos hinca. Y sin embargo, al despertar uno del sueño y volver en sí, de ninguna manera yerran los elementos por nuestros miembros lejos de las impresiones sensitivas. Por consiguiente se ha de tener en mucho menos para nosotros la muerte, si menos puede ser que lo que vemos que es nada, pues al óbito es consiguiente una disgregación mayor de materia y nadie á quien sobrevino una vez esa frígida pausa de la vida ha despertado.

XXXIV.—En fin, si de repente hiciera lenguas la naturaleza y á alguno de nosotros increpara ella así: “¿Qué tienes, oh mortal, para que te dilates demasiado en penoso duelo? ¿Para qué gimes y lloras por la muerte? Porque grata ha sido para tí esta vida anterior y pasada, y no todos los bienes se escaparon y esterilmente desaparecieron como arrojados en un vaso agujereado: ¿por qué no te retiras como un convidado satisfecho de la vida y no tomas, oh necio, con ecuanimidad un sosegado reposo? Si en disipaciones pereció cuanto disfrutaste y la vida te es odiosa, ¿á qué buscas añadir más della

que de nuevo termine mal y acabe todo esterilmente, y por qué no pones más bien fin á tu vida y tus trabajos? Porque vano es que imagine é invente ya lo que te plazca: todo será siempre lo mismo. Aún cuando tu cuerpo no se marchitara con los años, ni tus usados órganos languidecieran, todo resta sin embargo lo mismo, si bien trataras de superar con vida todas las generaciones y mayormente si nunca hubieres de morir"; ¿qué responderíamos sino que la Naturaleza lleva lo mejor del pleito y que representa en sus palabras sobre la verdad de su causa? Ahora si es ya entrado en años y anciano ese que se queja, y se lamenta el mísero más de lo razonable por su fallecimiento ¿no exclamará aún con razón y le increpará con agria voz diciendo: "De hoi más llévate tus lágrimas, ruin, y acalla tus plañidos. Decaes saciado de todos los bienes de la vida. Mas como siempre te desvives por lo que no hay y lo presente desdeñas, la vida se te ha escurrido menoscabada é ingrata, y cuando menos te lo catabas llegó la muerte á tu cabecera antes que pudieses harto y colmado de bienes despedirte. Ahora sin embargo deshazte de las cosas impropias de tu edad: vamos, céde el puesto con ecuanimidad y entereza: necesario es". Derechamente procede, á lo que opino, derechamente increpa y vitupera: cede siempre en efecto a la novedad de las cosas la desechada decrepitud y necesario es reparar lo uno con lo otro: nadie es entregado al báratro ó al negro Tártaro: hay menester materia para que se acrezcan las generaciones de la posteridad, que te seguirán sin embargo todas pasado que hayan su vida; dese modo no menos que tú han ellas caído antes, y habrán de caer. Nunca cesa de proceder así lo uno de lo otro; que la vida no se enajena á nadie, pero el usufructo es á todos concedido. Considera también cuán en nada nos atañe la antigüedad de tiempo eterno trascurrido antes de nuestro nacimiento. Este es bien mirado un espejo que la naturaleza nos presenta

del tiempo que todavía vendrá después de nuestra muerte. ¿Aparece allí por ventura nada horrible, ó se ve algo lúgubre, ó no es más sosegado que cualquier sueño?

XXXV.—A no dudar cuanto se refiere que hay en el profundo Aqueronte está todo en nuestra vida. No teme cual es fama, el mísero Tántalo una gran roca suspendida en el aire, aturdido por vano pavor: es el miedo inmotivado de los Dioses lo que más bien apremia en la vida á los mortales, que temen el destino que la suerte reserva á cada quien. Ni las aves de rapiña se abaten sobre Ticio tendido en el Aqueronte, ni pueden por cierto hallar en una perpetuidad algo que esculcar dentro de su vasto pecho. Estupenda y todo como se suponga la extensión de su cuerpo, que aspados los miembros alcance, no sólo mueve yugadas, sino toda la redondez de la tierra, no podría sin embargo conllevar un dolor eterno, ni proveer siempre alimento de su propio cuerpo. Ticio es para nosotros ese á quien, postrado por el amor, laceran aves rapaces y devora ansiosa congoja, ó a quien por cualquier otra pasión desgarran los cuidados. Sísifo está asimismo delante de nuestros ojos en la vida: es el que porfia en pedir al pueblo las fases y las temibles segures, y siempre vencido, retírase humillado. Porque solicitar un mando que es vanidad y nunca es concedido y sobrellevar en ello siempre dura labor, es empujar contra la cuesta de un monte un fatigante peñazco que sin embargo ya cerca de la cima rueda de nuevo é impetuosamente busca el nivel de la llanura. Y después dar siempre pábulo á la ingrata naturaleza del espíritu, colmarlo de beneficios y nunca saciarlo, que es lo que para nosotros hacen las estaciones, volviendo periódicamente y trayéndonos sus frutos y sus variados encantos, sin que al cabo quedemos satisfechos con estas ofrendas á la vida, todo eso es en mi opinión lo que cuentan de las jóvenes en flor de la edad, que vierten

agua en una vasija perforada que sin embargo de ninguna manera podría ser llenada. Qué digo, el Cabero y las Furias y la privación de luz o el Tártaro vomitando de sus fauces horrosas llamas, cosas que ni existen ni pueden por cierto existir. Pero en la vida está el miedo de las penas por los maltrechos, señalado aquel según éstos son señalados, el castigo del delito, las cárceles, el horrible precipitamiento desde la roca, los azotes, los verdugos, el potro, la pez, las planchas candentes, las teas; que si faltan sin embargo, la mente, consciente de sus hechos se llena aprensiva de remordimientos y se aterra con torturas y no ve entre tanto cómo puedan tener término sus males, ni cuál en fin sea el vencimiento de sus penas, temiendo no se agraven más esas mismas cosas con la muerte. Acá es donde la vida de los necios se vuelve finalmente un Aqueronte.

XXVI.—Podrías también hacerte á las veces esta reflexión: “Hasta el buen Anco dejó con sus ojos la luz, y esto que era, oh temerario, en muchos respectos mejor que tú. Después muchos otros reyes y soberanos que dominaron grandes naciones acabaron. Aquel mismo que un día trazó un sendero sobre el vasto mar y dió paso á sus legiones por sobre las olas enseñándolas a salvar con sus pies saladas lagunas y despreció al galope de sus caballos el estruendo del ponto, privado de la luz vertió el alma de su moribundo cuerpo. El hijo de los Escipiones, rayo de la guerra, terror de Cartago, entregó sus huesos á la tierra, cual si fuese el más ínfimo esclavo. Junta á esto los inventores de sistemas y amenidades, junta los amigos de las musas, de los cuales Homero, solo dueño del cetro, duerme en la misma inmovilidad de los demás. Demócrito en fin, cuando una extrema vejez le advirtió que las reminiscencias de su mente desfallecian, ofreció por sí mismo á la muerte su cabeza. El mismo Epicuro que superó en ingenio al géne-

ro humano y á todos apagó, como el etéreo sol saliente á las entrelas, perdiendo el destello de la vida falleció. ¿Y vacilarás tú, y de fallecer te indignarás? ¿Tú, cuya vida está cerca de la muerte, aun viendo y viviendo, que gastas en el sueño la mayor parte de tus días y despierto duermes, y no dejas de columbrar ensueños, y llevas la mente inquietada por vano pavor, y no aciertas á dar con lo que á menudo te aqueja cuando desdichado te embriagas urgido por todas partes de muchas inquietudes y vagas flotando en indefinibles errores del espíritu?

XXXVII.—Si los hombres pudieran así como se ve que sienten el peso que su espíritu soporta que con pesadumbre les fatiga, saber asimismo por cuál causa ello sucede y de dónde proviene esa á manera de mole enorme puesta sobre su pecho, no pasarían la vida como á los más solemos ver al presente, que no sabe cada quien lo que para sí quiere y busca de continuo cómo mudar de vivienda, como para poder depositar la carga. Ese tal á quien fastidia estar en casa sale con frecuencia de su vasta morada, y de pronto se vuelve, por no sentirse fuera nada mejor. Corre lanzando precipitadamente sus troncos á la quinta, cual instando por que se mande auxilio para su casa incendiada: bosteza al punto en tocando los umbrales de la quinta, ó bien se entrega al sueño pesadamente y se procura el olvido, ó bien se dirige de prisa á la ciudad á donde torna. Deste modo huye cada quien de sí mismo —que á la verdad, como es el caso, se adhiere á despecho suyo á quien no le es posible evadir— y por lo tanto se aborrece, porque el enfermo no conoce la causa de la enfermedad; que si bien la viera, dejando cualesquiera asuntos, se propondría ante todo estudiar la naturaleza, pues se duda sobre el estado, que es de una eterna duración, nó de una hora, en que ha de perseverar para el mortal la época toda, cualquiera que sea, que después de la muerte resta.

XXXVIII.—Finalmente, ¿qué tan mal deseo de la vida nos constriñe á temblar tanto en la incertidumbre de los peligros? Un determinado límite de la vida está por cierto marcado para los mortales y no es posible rehuir la muerte de suerte que no la tropecemos. Demás desto, discurrimos y continuamente descansamos en un mismo sitio, sin que al vivir se forje algún nuevo placer; pero mientras falta lo que apetecemos, parece que ello aventaja á lo demás: después si lo alcanzamos, otra cosa apetecemos y una sed constante de vida nos tiene siempre insaciables. En duda está la fortuna que acarreará la edad venidera ó lo que el acaso nos traerá ó qué fin estará pendiente. Ni al llevar adelante la vida sustraemos un ápice á la duración de la muerte, ni tenemos cómo hurtarla de modo que podamos por ventura, una vez finados, estarnos menos largamente. Permitido le es de consiguiente cumplir viviendo cuantas edades quieras; en nada permanecerá sin embargo esa muerte menos eterna, ni menos largamente dejará de estarse ese que el día de hoi hubo el fin de su vida, que aquel que ya ha muchos meses y años sucumbió.

LIBRO CUARTO

I.—Intransitables retiros visitaré de las Piérides nunca hollados por ninguna planta: ansío acercarme á fuentes vírgenes que me sacien, ansío recoger flores nuevas y buscar luego para mis sienes una espléndida corona de donde nunca las tomaran para ceñir frente alguna las Musas; primero porque enseñó cosas grandes é intento desatar el espíritu de los estrechos nudos de la religiosidad, y luego porque sobre un asunto oscuro compongo tan luminosos cantos, impregnándolo todo con un atractivo propio de las Musas. No está falto aquesto de razón: Pues como los médicos que pugnan por dar el negro absintio á los niños y antes impregnan el borde del vaso con la dulce y dorada sustancia de la miel para burlar los labios del infante en su incauta edad y que tome así el amargo zumo, no para alegrarse de su engaño, sino para que se convalezca y torne á la salud, así ahora yo; porque si estos razonamientos parecen más bien crueles á aquellos que nunca los han examinado y el vulgo espantado se aparta de ellos, he querido exponerte nuestra doctrina en una poesía encantadora propia de las Piérides y como impregnándola con dulce miel del Helicón, con que pueda acaso por esta arte retener tu espíritu con mis versos mientras abarcas el espectáculo de la creación y te penetras del uso que ello ha.

II.—Y ya que enseñé cuál fuese la naturaleza del espíritu y con cuáles sustancias conformado funciona con el cuerpo y de qué modo vuelve deshecho á los elementos, comenzaré ahora exponiéndote lo que de cerca toca á estas cuestiones, y es que existe lo que llamamos simu-

lacros de las cosas; los cuales, al modo de películas desprendidas de la superficie destas, revoletea acá y allá por los aires, y aterrorizan la mente sobreviniéndonos en la vigilia lo mismo que en sueños cuando á menudo percibimos las figuras espantables y los simulacros de los privados de la luz, los cuales á menudo nos han despertado horriblemente cuando lánguidamente estamos adormidos: que acaso nos persuadiéramos á que las ánimas se evaden del Aqueronte ó que sombras revoletean entre los vivos ó que algo de lo nuestro pueda rezagarse después de la muerte, cuando al parecer juntamente el cuerpo y el espíritu se partieron á sus respectivos elementos.

III.—Digo pues, que efigies de las cosas y figuras tenues son emitidas de las cosas, de la inmediata superficie dellas, para la cual son como epidermis ó digamos corteza, porque su imagen conserva la apariencia y forma semejante de un objeto, cualquiera que sea, de cuyo cuerpo derramada dase á vagar. Esto es fácil entender de lo que sigue, aún por una inteligencia obtusa. Porque desde luego entre las cosas aparentes muchas emiten cuerpos en parte sutilmente difusos, como despiden humo las maderas y calor el fuego, y en parte más contextos y condensados, como las delicadas túnicas que á ocasiones abandonan las cigarras en el estío, las membranas que de su inmediata superficie emite el becerro al nacer y también la camisa de que se despoja la escurridiza serpiente entre las espinas, pues con sus flotantes despojos vemos con frecuencias provistos los zarzales; y siendo esto así, debe asimismo ser emitida de las cosas, de la inmediata superficie dellas, una tenue imagen. Pues porqué aquellos cuerpos han de caer mejor y apartarse de los objetos que los que son tenues, no hay cómo replicar, mayormente cuando en la superficie de los objetos hay muchos cuerpos diminutos que pueden ser desechados en la misma disposición que tenían y conservar la

figura del molde, y tanto más presto cuanto que, siendo pocos, pueden ser menos estorbados y que están colocados en primer término. Porque cierto muchas sustancias vemos despedir y prodigar no sólo de lo profundo é íntimo, como antes dijimos, sino también de su superficie aún á menudo su propia coloración. Esto lo producen por lo común los toldos amarillos, rojos y azulados, cuando izados en los grandes teatros flotan ondeantes distribuidos entre los mástiles y vigas, pues tiñen entonces y hacen fluctuar en sus colores la reunión de espectadores que hay abajo, al escenario todo y la brillante junta de los Padres Conscritos. Y cuanto más encerrado está ello en derredor por las paredes del teatro, tanto más encanta por dentro todo eso, lleno de atractivo y recojida cual está la luz del día. Luego si las telas emiten tintas de su superficie, cada objeto está asimismo en el caso de emitir tenues efigies, puesto que unas y otras se descargan de su superficie. Hé aquí que hay por tanto vestigios exactos de las formas que por todas partes revolotean provistas de un tejido sutil y que al segregarse no pueden ser distinguidos uno á uno. Demás desto todo olor, humo, calor y otras cosas parecidas emanan de las cosas en dispersión, á causa de que mientras vienen de lo hondo, luego que nacen dentro, se desgarran en su sinuoso camino, no siendo directas las aberturas de salida por do pugnan por salir al desarrollarse. Al contrario, el tenue hollejuelo del color superficial, así que se desprende, nada hay que pueda destrizarlo, porque está colocado como á la mano y en primera fila. Ultimamente cualquier simulacro que se nos presenta en los espejos, el agua ó toda otra superficie pulida, necesario será que consten de imágenes emitidas de los objetos, siendo así que su exterior está provisto de una apariencia semejante á los objetos. Hay por tanto formas tenues y efigies semejantes á los objetos, que nadie pueda percibir las una á una, pero rechazadas mediante una asida y frecuente

repulsión, devuelven su pintura desde el plano de los espejos; que de otro modo no se ve que puedan ser conservadas de suerte que para cada objeto sean devueltas figuras hasta tal punto semejantes.

IV.—Ahora, adelante; y nóta de cuán tenue naturaleza sea una imagen. En primer lugar como los elementos están tan fuera del alcance de nuestros sentidos y son muy más pequeños que lo que los ojos empiezan ya á no poder distinguir, sin embargo para confirmarlo asimismo ahora, nóta en pocas palabras cuán sutiles son los exordios de todas las cosas. Primeramente hay cierto número de animales tan pequeños, que la tercera parte de uno ya no puede ser vista por ningún respecto. ¿Cómo y de qué suerte habrá de suponerse serán sus intestinos? ¿Cómo el volumen del corazón y los ojos? ¿Cómo sus miembros? ¿Cómo sus órganos? Cuán pequenuelos! ¿Cómo será indispensable que sean por lo demás los diversos elementos de que conste su alma y la naturaleza de su espíritu? ¿No ves cuán sutiles y cuán diminutos son? Fuera desto, si entre lo que de sí despide un olor acre, como la panace, el negro ajeno, el fuerte abrotano, la amarga centaurea, por casualidad uno cualquiera destes levemente entre dos *dedos se entregara, los impregnarán de un penetrante olor* que no reconozcas mas bien que simulacros de las cosas vagan muchos y de muchas maneras sin fuerza ninguna y vanos para los sentidos?

V.—(Mas para que no imagines acaso que exclusivamente vengan los solos simulacros de las cosas que dellas se desprenden, haylos también que se generan espontaneamente y se constituyen ellos mismos en el cielo de acá que dicen el aire; formados los cuales de varia manera llévanse á lo alto y no cesan de cambiar, disolviéndose, su conformación y de trocarse en apariencias de formas de una ú otra manera, al modo como percibi-

mos á ocasiones cuajarse fácilmente las nubes en lo alto y enturbiar la serena belleza del cielo cruzando los aires con tardo paso. Porque á menudo se ven volar apariencias de Gigantes extendiendo anchamente su sombra, á ocasiones grandes montes y peñazcos desgajados de los montes adelantarse y pasar cerca del sol, ó luego monstruos arrastrar y cargar con otros nubarrones).

VI.—Ahora con cuán fácil acelerada traza se engendran esos y fluyen sin cesar de los objetos y se apartan al desprenderse, *lo mostraré de seguidas...* En efecto, siempre dimana de las cosas algo superficial que ellas disparan. Y al llegar ello á otras cosas, como el vidrio primeramente, las traspasa. Pero cuando llega á las rugosas rocas ó á la materia leñosa, se desgarran entonces tan pronto que ningún simulacro puede devolver. Mas nada desto sucede cuando interponen sustancias densas y tersas, como son primeramente los espejos; porque ni es capaz de atravesarlos como el vidrio, ni tampoco de desgarrarse; resguardo que acuerda conceder el pulimento. Por eso aviene que de ahí refluyan hacia nosotros los simulacros. Y por más súbitos que en un instante cualquiera pongas contra el espejo un objeto, la imagen aparece; por que sepas cual fluyen sin cesar tenues texturas de las cosas y figuras tenues de su extensa superficie. Engéndrase pues muchos simulacros en breve espacio, de suerte que con razón pueda decirse que su origen es en este respecto presuroso. Y á la manera como debe el sol suministrar en breve espacio muchos rayos luminosos para que todo esté sin cesar lleno con ellos, así es necesario por una razón semejante que en un instante sean también llevados de las cosas muchos simulacros dellas, de muchas maneras, hacia todas y de todas partes, siendo así que adonquiera que volteemos frente á ellas el espejo, cosas con semejante forma y color se corresponde ahí. Demás desto, la faz del cielo, limpísi-

mo poco ha, se vuelva más que de súbito horriblemente nubloso, que no pensaras sino que todas las tinieblas han dejado el Aqueronte y colmado las inmensas cavernas del cielo. Hasta tanto se descuelga de las alturas, suscitada una lóbrega noche de nubarrones, el rostro del atro Pavor. Cuán pequeña porción de las cuales sea una imagen, nadie hay que decirlo pueda, ni con palabras expresar esa proporción.

VII.—Ahora, adelante! Con cuán veloz movimiento son llevados los simulacros y cuál velocidad se les ha atribuído al hender los aires, de modo que en una vasta distancia se consuman breves instantes hacia cualquier lugar que con varia potencia arranquen, expresarlo he ahora en versos más bien cadenciosos que abundantes, cual aventaja el corto canto del cisne á la vocería de las grullas, desplegada bajo las nubes vaporosas del austro. Desde luego déjase ver mui á menudo que los objetos livianos y formados de cuerpos primitivos diminutos son rápidos. En este caso están precisamente la luz del sol y su calor, en atención á que están formados de elementos diminutos que, por decirlo así, son rebatidos y no tiubean en atrevesar el intervalo del aire empujados por choques sucesivos. La luz en efecto se provee sin dilación de luz, y como á rastras se estimula el fulgor á refulgir. Pues por igual razón es necesario que puedan los simulacros recorrer un espacio incalculable en un corto momento; primero porque pequeñuelos cual son hay una causa que de detrás los impele y lejos los propele, con mas que son llevados en tan desalada livianez; y luego porque son emitidos provistos de una textura enrarecida lo bastante para que logren fácilmente penetrar cualquier cuerpo y como á escurrirse por el intervalo del aire. Demás desto, si corpúsculos de las cosas, tales como la luz y el calor del sol, que de lo hondo y lo profundo son emitidos al exterior, deslizándose en un instante, se les mira

difundirse por toda la extensión del cielo y volar por tierras y mares y regarse en el cielo, ¿qué no serán por tanto los aparejados en primera fila cuando son arrojados y cosa ninguna estorba en su misión? ¿Ves cuanto más presto y lejos debe andar y recorrer una suma de extensión múltiple en el mismo tiempo que por el cielo se diseminan los rayos del sol? Una prueba entre las primeras verdadera de con cuán veloz movimiento sean llevados los simulacros de las cosas se ve también ser esta: que simultáneamente y tan luego como se expone al sereno la tersura del agua, al momento, con un cielo estrellado, límpidos, radiantes astros del mundo se corresponden en el agua. ¿Ves ya por tanto cuán instantáneamente la imagen cae de las regiones del éter á las regiones de la tierra? Repetiré pues que es necesario declarar que con maravillosa *velocidad viajan de continuo* cuerpos primitivos que impresionan los ojos y provocan la visión. Y sin cesar fluyen olores de determinados objetos, cual de los ríos el frío, del sol el calor y de las ondas del mar esa emanación que corroe las murallas cercanas á la marina. Ni cesan de voletear por los aires rumores diferentes. Finalmente, viene á menudo á nuestra boca, así como nos paseamos junto al mar, una sustancia de sabor salino, y se nos comunica el amargor cuando vemos confeccionar delante una poción de ajeno. Hasta tal punto cada sustancia sale fluyendo de todas las cosas y se exparce en todas y de todas partes, sin que haya demora ni descanso alguno en el derramarse, porque sin cesar tenemos sensaciones y siempre es dable percibir todo, ú olerlo, ó sentirlo sonar.

VIII.—Fuera desto, como al examinar en las tinieblas con las manos alguna figura se reconoce que es la misma que se percibe á la luz y en pleno día, necesario es que el tacto y la vista se conmuevan por una causa semejante. Ahora bien, si palpamos algo cuadrado que se nos revela en las tinieblas, ¿qué objeto puede en la luz

parecer cuadrado á nuestra vista sino su propia imagen? Vese pues que la causa de la percepción está en las imágenes, sin las cuales cosa ninguna no puede verse. Ahora esos simulacros de las cosas que digo son llevados de dondequiera y lanzados y distribuidos á todas partes; sino que como nosotros logramos percibir sólo con los ojos, acaece por eso que del lado á que volvamos la vista, allí delante la hiere toda especie de objetos con su forma y su color. Y cuanto de nosotros dista un objeto, la imagen hace que lo veamos y da el medio de discernirlo; porque al ser emitida empuja al punto y encamina cuando el aire media entre ella y nuestros ojos: así ese aire se desliza todo por nuestras órbitas y por decirlo así despeja las pupilas y así pasa. Por eso acaece que veamos cuán alejado se halla cada objeto. Y cuanto más aire se agita delante y más prolongada es el aura que despeja nuestros ojos, tanto mas lejos aparece estar removido cada objeto. A la verdad, de una manera sumamente veloz se efectúa esto, para que veamos cuál sea y á una cuán lejos se encuentra. En lo mínimo hay que tener por extraño en este respecto porqué, no pudiéndose ver uno por uno los simulacros que hieren nuestros ojos, se divisan los objetos mismos. En efecto, cuando asimismo nos verbera paulatinamente el viento y cuando se desenvuelve un frío intenso no solemos sentir cada partícula separada de viento ó de frío, sino el conjunto, y desde luego vemos que se efectúan choques en nuestro cuerpo, cual si alguna cosa lo estuviera verberando y diera fuera dél la sensación de su masa. Además, cuando golpeamos una piedra con el dedo, tocamos el propio color externo y superficial del pedrusco, pero no percibimos aquel con el tacto, sino más bien la propia dureza del pedrusco ocultamente en lo profundo.

IX.—Ahora, adelante: y nóta porqué una imagen se mira más allá del espejo, porque ciertamente se ve ale-

jada hacia dentro. Es á la manera de lo que en realidad se entrevé hacia fuera cuando una puerta exhibe al través della una amplia perspectiva y hace que desde una habitación se vea gran parte de lo exterior. Esa apariencia en efecto se realiza asimismo por un aire doble y apareado. En efecto, vese entonces primero el aire del lado acá de las jambas, luego sigue la abertura misma á derecha é izquierda, después la luz externa despeja los ojos con el otro aire y lo que en realidad se entreve al exterior. Así cuando primeramente arranca la imagen del espejo, en viniendo á nuestras órbitas, empuja y camina cualquier aire situado entre este y los ojos y hace que lleguemos a sentir todo ese aire antes que el espejo. Pero al tener también la sensación del espejo mismo al punto la imagen que va de nosotros arriba á él y reflejada retorna á nuestros ojos, y arrolla propulsando delante de sí un nuevo aire, y hace que á éste veamos primero que á ella, con que aparece estar otro tanto alejada del espejo. Por tanto pues, una vez más, no es en lo mínimo razón maravillarse que desde tal punto sea devuelto lo percibido en el plano de los espejos, puesto que éste como el otro caso se realiza mediante un doble aire. Ahora esa parte de los miembros que es para nosotros la diestra, sucede que en los espejos se ve á la izquierda, por aquello de que al llegar y estamparse la imagen en la superficie del espejo no retrocede incólume, sino que se refleja derecha hacia atrás, cual si alguien estrellara contra un poste ó pilar antes de secarse una máscara de arcilla que siempre conservara de frente su derecha figura y se copiase ella misma rebotando al revés. Resultaría tal que lo que á la vista era derecho ahora será izquierdo y viceversa lo izquierdo será derecho. Aviene asimismo que una imagen es traída de espejo en espejo, de suerte que suelen hacerse hasta cinco ó seis simulacros. Entonces cualesquier cosas detrás ocultas en lugares interiores, aunque tortuosa y profundamente desviadas, atraídas todas sin embargo de allí

por flexuosas puertas á favor de varios espejos, podrán ser vistas así como están en las habitaciones. Hasta tal punto se refleja de espejo en espejo la imagen y aparece á la derecha lo que se antepone á la izquierda, y regresa de nuevo atrás y se endereza como antes. Con más que cualesquiera costadillos que en los espejos haya, provistos de una inflexión parecida á la de nuestros costados, nos devuelve un simulacro derecho, por causa de que la imagen se transforma de espejo á espejo y viene á nosotros reflejada dos veces, ó también porque la imagen gira al venirse, á causa de que la figura borneada del espejo la adiestra á convertirse hacia nosotros. Creerías por otra parte que los simulacros caminan y asientan el pié al par de nosotros é imitan nuestros ademanes, en razón á que de allí desá parte del espejo de la cual te retiras no pueden en seguida devolverse simulacros, siendo así que la naturaleza pide que todo rebote y retroceda de los objetos devuelto bajo iguales inflexiones.

X.—Los ojos además rehuyen y evitan mirar cosas deslumbrantes. Ciégate el sol también si tratas de resistirlo, á causa de que es grande su poder y los simulacros se vienen pesadamente desde arriba por entre un aire puro y hieren los ojos perturbando su trabazón. Demás desto cualquier brillo áspero adure casi siempre los ojos, por el hecho de que posee muchos gérmenes de fuego que ocasionan, insinuándose, el dolor de los ojos. —Además, amarillento se ve cuanto los ictéricos ven, porque fluyen de su cuerpo muchos gérmenes de amarillez que se abocan á los simulacros, y luego, muchos están mezclados dentro de los ojos de aquellos y todo lo revisten de palidez con su contacto—. Divisamos desde las tinieblas los objetos que son en la luz, por razón de que al llegar primero á los ojos abiertos y posesionarse el aire oscuro y más cercano de las tinieblas, siguele al momento el cándido y luciente aire que los limpia por decirlo así y dis-

persa las negras sombras del aire primero, porque el último es en mucho más movable, en mucho más delgado y más eficaz. Al cual, tan luego como colma los ductos de los ojos de luz y despeja lo que antes había obstruido el aire obscuro, siguen al punto los simulacros que están sitios en la luz y provocan á que veamos. Al contrario esnos imposible hacer eso desde la luz hacia las tinieblas, por razón de que un aire caliginoso más craso se sigue, que llena todos los poros y obstruye los ductos de los ojos para que no pueda lanzarse á conmooverlos simulacro de cosa alguna. Y cuando en lontananza descubrimos torres cuadrangulares de una ciudad, sucede que de ordinario se ven redondas, por razón de que de lejos todo ángulo se ve obtuso, ó más bien no se ve, anulándose su choque y no alcanzando su golpe hasta nuestras órbitas, porque á éste fuerza á embotarse con frecuentes tropiezos el aire mientras los simulacros son llevados a través de cuantioso aire. Cuando juntamente con esto se subtrae todo ángulo al sentido, sucede que los roqueños edificios como que se tornean, si bien no son como lo que á nuestro alcance está, que es de veras redondo, sino que parece lo remedan un poco y digamos toscamente. También parece moverse con nosotros la sombra en el sol, siguiendo nuestros pasos é imitando nuestros ademanes, si es que crees que el aire privado de claror puede caminar siguiendo los movimientos y ademanes del hombre; porque eso que solemos denominar sombra no puede ser otra cosa que el aire destituido de claror. Es sin duda por privarse sucesivamente el suelo en ciertos parajes de la luz del sol, donde quiera que al andar nos interponemos y llenarse también el que hemos dejado, por lo que sucede que la misma que fué sombra del cuerpo se ve que nos va siguiendo frente por frente. Viértense en efecto sin cesar nuevos haces de luz y los primeros se extinguen como lana que se arroja al fuego. Por eso la tierra se despoja fá-

cilmente de luz y se colma también purificándose de las negras sombras.

XI.—Por nada concedemos sin embargo que los ojos aquí se engañen. Porque en cualquier lugar que la luz esté y la sombra, es dellos percibirla: ahora, que la luz sea ó no la misma y que la misma sombra que estaba acá pase luego allá, ó que más bien suceda lo que poco antes dijimos, eso en resolución debe discernirlo el raciocinio; que no pueden los ojos conocer las causas de las cosas. No vayas á achacar por consiguiente á los ojos esta imperfección del espíritu. Arrástrase la nao en que somos transportados, y parece fondeada; y lo que permanece en fondeadero creeriase pasa de largo. Y se ven deslizarse hasta la popa collados y campos á lo largo de los cuales dirigimos la nao, volando con las velas. Los astros parecen estar quietos, y clavados en la eterna convexidad, y todos están en asiduo movimiento, siendo así que nacen para ver de nuevo su longicuo ocaso, después que han recorrido el cielo con su brillante núcleo. De igual suerte el sol y la luna parecen permanecer en reposo, cuando el hecho mismo indica su traslación. Montañas que se elevan en lontananza de en medio del mar, entre las cuales se abre libre un ingente paso para las flotas, parecen sin embargo juntas una sola isla. Hasta tal punto que parece á los niños, cuando dejan de dar vueltas, que giran los portales y que las columnatas andan circularmente, que apenas pueden creer no amenacen ya los techos todos á desplomarse sobre ellos. Y cuando ya empieza la naturaleza á alzar á lo alto con trémulos fuegos la roja reverberación del sol y á levantarla sobre las montañas, esas montañas, sobre las cuales te parece entonces estar el sol de cerca, férvido tocándolas él mismo con su llama, apenas distan de nosotros dos mil tiros de saeta y apenas también á menudo quinientos de jabalina; y entre ellas y el sol se extienden las vastas llanuras del

ponto, estradadas debajo de la ingente región etérea, y muchos miles de países están interpuestos, que sustentan pueblos diversos y razas de fieras. A su vez una capa de agua no más gruesa de un dedo, extendida entre los adosquines de los caminos empedrados, ofrece una perspectiva en lo profundo de alcance todo cuanto se abarca la alta abertura del cielo desde la tierra; que parece que miramos nubes y un cielo y que vemos cuerpos retirados bajo la tierra en ese extraño cielo. Y luego, cuando el fogoso caballo se nos detiene en medio á un río y nos fijamos en las rápidas ondas de la corriente, parece que una fuerza arrastra de lado el cuerpo del caballo detenido y lo arrebatada velozmente río arriba, y dondequiera que pongamos los ojos parecerá todo ser llevado y correr en análogo sentido que nosotros. Y luego, por más que un portal esté en igual dirección y descanso sostenido sobre columnas en un todo iguales, cuando se ve sin embargo desde un extremo toda su longitud, requiere paulatinamente el tope de un ensangostado cono, acercándose el techo al suelo y todo lo derecho á lo izquierdo, hasta reducirse al obscuro vértice del cono. A los marineros parece que el sol en el piélago nace de las olas y que en las olas se extingue y oculta su luz; como no ven otra cosa que cielo y agua, no creas con ligereza que donde quiera claudiquen los sentidos. A su vez á aquellos no familiarizados con la mar, los navíos en el puerto parecen estar sesgados, y quebrados sus aplustros, hacer fuerza contra las olas. Porque la parte de los remos que sobresale en la onda calada está derecha, y derecho por arriba el gobernalle, y lo que sumergido penetra en el líquido parece, todo quebrado, revolverse, y en supinación hacia arriba devolverse, y plegado fluctuar inmediato á la líquida superficie. Cuando los vientos traen por el cielo en nocturno tiempo exparcidas nubes, vense entonces los brillantes astros deslizarse en sentido contrario al de las nubes y correr por sobre ellas á un mui diferente sitio

del á que realmente son llevados. A su vez si puesta la mano debajo de uno de nuestros ojos por acaso lo apretamos en la parte inferior, sucede entonces, mediante una impresión particular, que en mirando, todo lo que miramos parece hacerse doble, y doble las luces de las lámparas que arden en llama, y doble aparearse el mobiliario en todas las habitaciones y duplicados también los rostros de las personas y dobles sus cuerpos. Por último cuando el sueño embarga nuestros miembros con una dulce languidez reposando el cuerpo todo en una suma quietud, parécenos sin embargo estar entonces despiertos y mover nuestros miembros y presumimos en caliginosa obscuridad de la noche percibir el sol y la diurna claridad: parécenos cambiar, en un recinto cerrado, de cielo, mar, ríos, montes, y andar á pié al través de los campos, y por doquiera reinando el grave silencio de la noche, percibir sonidos, y callados como estamos, proferir frases. Otras muchas extrañas cosas vemos deste género que, por decirlo así, procuran quebrantar el testimonio de los sentidos; en vano, pues la mayor parte dellas engañan por conjeturas del espíritu, á las cuales nos adherimos para dar por visto lo que no ha sido visto por los sentidos. Porque nada es más árduo que discriminar los hechos evidentes de los dudosos á los que al instante se adhiere de sí el espíritu.

XII. — Si finalmente alguien piensa que nada se sabe, asimismo ignora si ello puede saberse, puesto que confiesa que nada sabe. Omitiré por tanto discutir el asunto con ese tal, que se supone él mismo los piés en la cabeza. Y sin embargo, presuponiendo que sepa esto asimismo, preguntaría á ese propio si no habiendo visto antes nada verdadero en las cosas, de dónde sabe lo que es alternativamente saber y no saber, ni qué lo que ha establecido la noción de lo verdadero y lo falso, ni cuál lo que probó en qué difiere lo dudoso de lo cierto.

Hallarás que la noción de lo verdadero ha sido creada primero por los sentidos y que los sentidos no pueden ser refutados. Pues lo que de suyo puede triunfar de lo falso con lo verdadero ha de encontrarse superior en testimonio. Y ahora, ¿qué debe tenerse por superior al sentido en testimonio? ¿Lograría un razonamiento emanado de un sentido errado contradecirlos á ellos, cuando aquel emana por entero de los sentidos? Si estos no son verídicos, falso se hace asimismo todo razonamiento. ¿Es que el oído puede corregir la vista ó el tacto al oído? ¿O contra aqueste tacto argüirá a su vez el gusto, ó lo refutará el olfato, ó los ojos lo convencerán? No es así, á lo que pienso. Porque a cada cual se ha distribuido por separado una facultad: cada cual tiene su poder, y por ende necesario es que sintamos aparte lo blando, lo frío ó lo cálido, y aparte los varios tintes de los objetos y que veamos cuanto es conjunto con el calor. Aparte tiene también su fuerza el gusto, aparte nacen los olores, aparte los sonidos. Y por ende necesario es que ningún sentido pueda desmentir á otro. Ni aun podrán alcanzarse á sí mismos, porque deberá siempre tenerse un testimonio igual. Por consiguiente, lo que en un momento dado ha sido por ellos percibido, es la verdad. Y si no pudiere el razonamiento descifrar la causa de por qué lo que de cerca era cuadrado, de lejos se ve redondo, cuadra sin embargo mejor al menesteroso de razonamientos explicar erróneamente las causas de entrambas formas, antes que dar de mano en todo sentido con lo evidente, quebrantar el primero de los testimonios y descuajar los cimientos todos en que la vida y la salud se sustentan. En efecto, no sólo se desmoronaría todo razonamiento, sino que también la vida misma se destruiría al instante, si no te resolvieras á creer á los sentidos y á evitar lugares precipitosos y lo demás que desta guisa haya de huirse, ó á seguir lo que en contrario sea. Esté por tanto ociosa toda esa aparejada suma de argumen-

tos que se ha preparado contra los sentidos. Y luego, si así como en una construcción en que los primeros alineamientos son imperfectos y la escuadra sale engañosa de su dirección correcta y el nivel se desvía un tanto de tal ó cual parte, todo resulta erróneo y por fuerza torcido, imperfecto, abombado, desplomado hacia adelante ó hacia atrás y de techos discordantes, tal que algunas partes parecen ya querer derrumbarse, y se derrumban en efecto, traicionadas todas por los primitivos y falsos cálculos, así por tanto es necesario que cualquier razonamiento sobre las cosas emanado de falsos sentidos le sea vicioso y falso.

XIII.—Ahora no quedará de ninguna manera escabrosa la explicación del modo con que los demás sentidos sienten los que les toca.

XIV.—Primeramente es oído el sonido y toda voz, así que penetrando en los oídos hacen vibrar con su cuerpo el sentido. En efecto, hay que confesar asimismo que la voz y el sonido son corpóreos, ya que pueden conmover los sentidos. Demás desto la voz rae á menudo las fauces, y las exclamaciones al salir hacen más rugosa la traquearteria. Porque suscitándose en mayor cantidad los elementos de las voces, al empezar á salir por una angostura se rae naturalmente la entrada de la boca, asimismo colmada. No es por tanto dudoso que las voces y palabras consten de principios corpóreos para que puedan dañar. No se te escapa también lo que del cuerpo saca y lo que subtrae de los nervios y las fuerzas mismas del hombre un discurso ininterrumpido prolongado desde el naciente brillo de la aurora hasta las sombras de la negra noche, mayormente si con grandísimas exclamaciones fué pronunciado. Luego es necesario que la voz sea corpórea, puesto que al hablar en demasía merma una parte del cuerpo. Mas la aspereza de la voz

depende de la aspereza de sus principios, como también su suavidad proviene de la suavidad dellos. No penetran de semejante forma en los oídos los elementos cuando resuena lentamente la trompeta con su grave son y hace retumbar su ronco acento el pueblo bárbaro sublevado ó cuando los cisnes con lúgubre canto elevan su blanda queja en los impetuosos torrentes del Helicón.

XV.—Cuando por tanto arrancarnos aquestas voces desde lo íntimo de nuestro cuerpo y las lanzamos derecho á la boca, la móvil lengua, hábil para discurrir, las articula, y las modela en parte la formadura de los labios. Por eso cuando no es larga la distancia desde donde una voz cualquiera enunciada venga, es asimismo necesario que las propias palabras se escuchen claramente, y articuladamente se discernan: aquella en efecto conserva su formadura, conserva su figura. Mas si el espacio interpuesto es más ancho de lo regular, necesario es que las palabras se confundan en el mucho aire y que la voz se altere al atravesar las auras. Así pues sucede que puedes percibir el sonido, pero no distinguir cuál sea el sentido de las palabras, según es lo confuso y entorpecido que la voz llega. Demás desto se ve á menudo que una sola voz emitida por boca del pregoneiro penetra los oídos todos en una muchedumbre: una sola voz por tanto se disgrega instantáneamente en muchas voces, porque en cada oído particular se distribuye reproduciendo la forma y resonancia distinta del vocablo. Empero la parte de vocablos que no recae en los propios oídos perece, pasando de largo y difundiéndose inútilmente por los aires. Y la parte estrellada en un sitio sólido devuelve rechazada la resonancia, y a las veces se hace engañosa con un remedo de la voz. Si esto reparas bien, puedes tú mismo explicarte, y hacerlo á los demás, por cuál expediente en lugares solitarios las rocas retornan por su orden formas iguales de las voces, cuando entre los sombreros bosques buscamos á

nuestros compañeros extraviados y á gritos llamamos los dispersos. He visto lugares que devolvían hasta seis ó siete veces, cuando sólo una emitieras; así las colinas, repercutiendo entre ellas mismas las palabras y hechas éstas á rebotar, las repetían. Los confinantes suponen que en esos lugares poseen las ninfas y los capripedos sátiros y dicen que son los faunos, con el noctivago ruido de los cuales y su divertido retozo afirman que se interrumpe de ordinario el sosegado silencio, y que brotan acordes de lira y dulces querellas que vierte la zampona manejada por los dedos de los tañedores; y los campesinos advierten bien cuando Pan, agitando la hojarasca de pino de su testa semisalvaje, recorre una y otra vez con sus corvos labios las abiertas cañas, para que no cese el caramillo de derramar la rústica inspiración. De otros prodigios hablan y portentos deste género, para que no se crea tal vez que esos lugares solitarios son asimismo abandonados de los Dioses. Deste modo prodigan milagros en sus consejas, ó algún otro designio les guía, ya que el género humano todo es bastante aficionado á que le escuchen.

XVI.—Cuanto á lo demás, no es de admirar por qué al través de espacios en que no llega el ojo á percibir cosa manifiesta, al través desos espacios vienen los sonidos y provocan el oído. Sostenemos asimismo con frecuencia un diálogo al través de puertas cerradas, sin duda porque la voz puede atravesar incólume por los tortuosos poros de las cosas, y los simulacros rehusan: despedázanse en efecto si no salvan poros rectos como son los del vidrio, por el que toda figura se trasparenta. Demás desto la voz se divide en todos sentidos, porque las unas se originan de las otras, cuando una vez producida una, se desdobra en muchas, como suele una chispa de fuego dispersarse á menudo en pavesas. Desta manera se llenan de voces espacios que escondidamen-

te apartados bullen todos en torno y con el sonido se conmueven. Mas los simulacros todos prosiguen, cuando una vez fueron emitidos, en línea recta; razón por la cual nadie es capaz de ver al través de un seto, y sí recoger del otro lado las voces. Y aún así esa voz misma, al atravesar hacia las piezas interiores de las casas, se obscurece y penetra confusa en el oído, y nos parece oír el sonido más bien que las palabras.

XVII.—No han menester mayor razonamiento ó diligencia la lengua y el paladar, con que sentimos los sabores. Desde luego el sabor lo sentimos en la boca tan luego como al masticar exprimimos el alimento, tal así como si alguien se da á apretar y enjugar con la mano una esponja empapada en agua. Lo que de ahí exprimimos se distribuye todo por los ductos del paladar y los intrincados poros de la fofa lengua. Entonces, cuando son lisos los cuerpos primitivos del manente jugo, tocan suavemente, palpan todos los humedecidos parajes que por doquier transpiran. Aguijonean al contrario el sentido y al suscitarse lo desgarran cuanto más sembrados están aquellos de asperezas. Al cabo, el placer del alimento existe hasta el paladar, pues al caer de las fauces abajo ningún placer hay mientras se distribuye todo en los órganos. Ni importa nada el género de sustento con que el cuerpo se alimenta, con tal que puedas, ya digerido lo que te tomes, distribuirlo en los órganos y conservar la condición algo húmeda del estómago.

XVIII.—Ahora explicaré por dónde tal alimento sea grato y restaurador á cuáles seres y por qué lo que á unos es desabrido y amargo, á otros puede aparecer sin embargo dulce sobremanera; que tanta es la diversidad y diparidad en este respecto, que lo que para quien es un alimento, para quien otro es acre veneno, parecien-

do como la sierpe, que tocada con la saliva humana se transe y ella misma se destruye devorándose. Además desto el eléboro es para nosotros acre veneno, mas á las cabras acrece en gordura y á las codornices. Para que puedas conocer cómo sucede eso, conviene desde luego recordar lo que antes dijimos, que los gérmenes se contienen mezclados diversamente en las cosas. Más todavía, los animales todos cualesquiera que sean que toman alimentos, como son desemejantes por de fuera y los sujeta un contorno exterior de los miembros según su género, constan por lo mismo de gérmenes de variada figura. Diferenciándose ampliamente los gérmenes, necesario es que difieran los intervalos y conductos que denominamos poros en todos los miembros y en la boca y el paladar mismo. Ciertos dellos deben de ser por tanto más pequeños ó más grandes: para esto es necesario que sean triangulares, para aquello, cuadrados: muchos redondos y esotros variadamente polígonos. Porque tal como lo requieren la correlación de sus figuras y movimientos, así deben diferir las figuras en los poros, y los conductos han de variar conforme á la textura que los encierra. Por eso, cuando lo que para unos es grato, para otros se hace amargo, en aquel para quien es grato deben entrarse en los ductos del paladar con suavidad cuerpos primitivos mui lisos; y al contrario en los que la misma sustancia es en tomándola acerba, son sin duda ásperos y ganchosos los que penetran las fauces. Con estos hechos fácil es ahora comprender cualquier otro. Así cuando en alguno por exceso de bilis se desarrolla una fiebre ó por alguna otra causa se ha excitado la fuerza de una enfermedad, en él todo el cuerpo se desconcierta y desarregla en él la completa disposición de los principios: acaece que los cuerpos primitivos que antes convenían al sentido ahora no convienen y que son más adaptables otros que llegan á ocasionar una destemplada sensación al ingerirse: efecti-

vamente junto va uno y otro en el sabor de la miel, como ya más arriba te lo habemos bien demostrado.

XIX.—Ahora, adelante! Trataré del modo como la aproximación del olor afecta la nariz. Primeramente es necesario que haya muchos objetos de donde se revuelva fluyendo un oleaje vario de olores, que es de suponer fluyan y sean emitidos profusamente y exparcidos; sino que unos se adaptan mejor que otros á ciertos animales a causa de sus formas desemejantes. De resultas, las abejas se dejan llevar al través de los aires con el olor de la miel, por lejos que esté: los buitres con el de los cadáveres. Y luego, adonde haya llevado su paso la hendida uña de las fieras, conduce la penetración de los canes; y el blanco ánsar, salvador de la ciudadela de los Romúleos, de lejos presiente el olor del hombre. Así, tal aliento dado á tal ser conduce á cada cual á su conveniente sustento y le fuerza á apartarse del veneno funesto, y por esa arte se conservan las razas de las fieras.

XX.—Por tanto, cualquiera de estos olores mismos que provocan el olfato es de manera que uno puede ser enderezado más lejos que otro; mas ninguno dellos sin embargo es llevado tan lejos como el sonido, como la voz, y excusado es decirlo, como lo que hiere la niña de los ojos y provoca la visión. Errabundos en efecto vienen tardamente, y prematuramente perecen, desvanecidos poco á poco entre las propicias ondas del aire; primero, porque apenas se desentrañan de lo hondo de los objetos —pues el hecho de fluir los olores de lo íntimo de las cosas y apartarse dellas lo demuestra el que al romperlas, triturarlas ó consumirlas en el fuego se las vé a todas oler mejor— y después, que es fácil ver que están formados de principios mayores que los de la voz, ya que no atraviesan pétreos muros, por donde ordinaria-

mente son la voz y el sonido conducidos. Razón también por la cual no hallarás tan fácil descubrir en qué paraje está puesto algo odorífero: el choque en efecto se entibia facilitante por los aires y cual nuncio de las cosas no llega corriendo con calor hasta el sentido. Así los perros se equivocan á menudo y buscan la pista.

XXI.—(Ni es esto sin embargo para los solos olores y para el orden de los sabores, sino que no todas las formas de las cosas y colores se adaptan lo mismo á los sentidos de todos, que no sean algunos más molestos que otros al mirarlos. No sino que los fieros leones no llegan á encarársele ni atisbar al gallo que aletea por la noche y acostumbra anunciar con su clara voz la aurora, tanto es lo que al punto acuerdan de huir, sin duda por haber en el cuerpo de los gallos ciertos gérmenes que arrojados á los ojos de los leones horadan sus pupilas y les causan un dolor violento, tal que no pueden feroces contrarrestarlo, sin que aquellos sepan sin embargo herir nuestras órbitas, ó porque no las penetran ó porque penetrando en ellas dáseles libre salida de los ojos de modo que no puedan dañar con su demora la vista en ninguna parte).

XXII.—Ahora, adelante! Aprende qué cosas mueven el espíritu y entérate en pocas palabras de dónde proviene lo que á la mente viene. Diré desde luego que muchos tenues simulacros de las cosas vagan de muchos modos en todas y de todas partes, que entre sí cambian fácilmente por los aires cuando en reencuentro vienen, como telaraña ú oro batido. Porque en efecto son estos muchos más tenues en su tejido que los que se adueñan de los ojos y provocan la visión, puesto que penetran por lo enrarecido del cuerpo, tocan adentro la tenue naturaleza del espíritu y provocan la sensibilidad. Así vemos Centauros, miembros de Escilas, faces de Cancer-

bero y los simulacros de aquellos cuyos huesos guarda, ya muertos, la tierra; porque acá y allá son llevados simulacros de todo género: en parte los que se producen de suyo en el aire mismo y en parte cuantos se desprenden de varias cosas, y los que se componen fabricados con las figuras de aquesos. Porque ciertamente la imagen de un Centauro no sale de uno vivo, pues naturaleza ninguna de tal animal ha existido; empero cuando por acaso concurre la imagen de un hombre y la de un caballo, al punto se adhieren ambas fácilmente por su naturaleza sutil y tenues tejidos, como antes dijimos. De igual manera se crea lo demás deste género. Llevado lo cual rápidamente y con suma ligereza, como al principio mostré, una sutil imagen cualquiera conmueve aunada fácilmente nuestro espíritu de un solo golpe, ya que la mente misma es tenue y portentosamente movible.

XXIII.—Puedes fácilmente conocer que esto se efectúa tal como lo expongo en lo siguiente. En cuanto es uno á otro semejante, lo que vemos con la mente y con los ojos necesario es que se efectúe de un modo semejante. Ahora pues, como enseñé que yo percibía un león, digamos, por medio de cualesquier simulacros que provocan los ojos, quiere decir que de un modo semejante se conmueve la mente, que por medio de los simulacros ve el león y lo demás, al par y no menos que los ojos, sino que percibe cosas más tenues. No es por otra razón que, cuando el sueño postra los miembros, la mente del espíritu se queda en vela, sino porque esos propios simulacros de cuando estamos en vela provocan nuestros ánimos, hasta el punto de que nos parezca de cierto percibir al á quien, la vida abandonando, hánle ya cogido la muerte y la tierra. La naturaleza constriñe á que esto suceda, por aquello de que los sentidos todos del cuerpo descansan impedidos en los miembros y no pueden desmentir lo falso con hechos verdaderos. De-

más desto, la memoria yace y languidece en el sopor y no disiente en lo que sea ya de antes presa de la muerte y el no sér el á quien la mente cree percibir vivo. En cuanto á lo demás, no es maravilla que los simulacros se muevan y agiten los brazos á compás y los demás miembros, puesto que en sueños aviene que nos parezca hacen eso una imagen; es que al perecer una y nacer de ahí otra en actitud diferente parece esa primera cambiar de ademán. Hay que suponer en verdad que ello se efectúa de una manera veloz. Tánta es su movilidad, tánta la copia de las cosas y tánta la copia de partículas que puede ser suministrada en cualquier instante sensible!

XIV.—(Y en este asunto mucho se averigua y mucho debemos dilucidar, si es que aspiramos á exponer llanamente al asunto. Pregúntase desde luego ¿por qué lo que venga á quienquiera en voluntad, eso mismo piensa su mente al instante? ¿Están atentos los simulacros á nuestra voluntad y ocurre la imagen á nosotros tan luego como queremos, tengamos en mientes ya el mar, ya la tierra, ó ya en fin el cielo? ¿Crea la naturaleza debajo de su mando y apresta reuniones de gente, cortejos, banquetes, combates? Para esto, es notable que el espíritu de los otros piense cosas todas harto diferentes en un mismo puesto y lugar. ¿Qué decir además, cuando en sueños percibimos adelantarse á compás los simulacros y mover sus flexibles miembros, cuando con presteza y alternando extienden sus flexibles brazos y reiteran á los ojos posturas con acompasado pié? Los simulacros estarán á la verdad penetrados del arte y vagan enseñados para que puedan dar espectáculos en las nocturnas horas! ¿O será ello más bien la verdad? Porque en un solo instante, al apercibirnos dél y al emitir una sola palabra, van incluidos muchos instantes que la razón determina, y es por esto que en un momento cual-

quiera cada uno de los simulacros se halla listo y prevenido en un sitio cualquiera. Y como son tenues, no es capaz de percibir penetrante el espíritu sino los en que él se reconcentra; de que resulta que, excepto los á que él se preparó, todos los que aparte están perecen. Y él mismo aún se prepara y aguarda á ver lo venidero que se siga á un hecho cualquiera: ello por tanto sucede. ¿No ves cómo los ojos también, cuando empiezan á mirar cosas tenues, se reconcentran y preparan, y que sin ello no aviene que podamos claramente percibir? Y así y todo, puedes reconocer que aun en cosas manifiestas, al no prestar atención es como si en realidad ello hubiera estado aislado y lejanamente apartado. ¿Por qué es pues extraño que, fuera de las cosas á las cuales él mismo se ha consagrado, pierda el espíritu lo demás? Después desto, opinamos sobre vastos asuntos con reducidos indicios y nosotros mismos nos envolvemos en las redes de la decepción).

XXV.—Asimismo aviene á las veces que no se suplen imágenes del mismo género, sino que la que antes fué de una mujer, en nuestros brazos se ve presentarse como la de un hombre que se ha hecho, ó algún semblante ó edad se sigue á otro ú otra. Esto, sin que nos admire, lo causan el sueño y el olvido.

XXVI.—(Desearías en este respecto rehuir con todas tus fuerzas la falsedad, y evitar con escrúpulo el error de suponer que las claras lumbres de los ojos fueron creadas para que pudiésemos divisar, y que las prolongaciones de los muslos y piernas pueden plegarse apoyadas sobre los piés, con el fin de que logremos avanzar á grandes pasos, y que los antebrazos están adaptados además á robustos morcillos y diestras manos se les ha atribuído á uno y otro lado, para que pudiésemos hacer lo que fuere preciso para la vida. Cualesquiera

ra otras cosas que en este género se interpretan son todas preposteradas por gracia de un razonamiento pervertido, porque nada en el cuerpo ha sido hecho de manera que pudiésemos usarlo, sino que lo que ha sido hecho crea el uso: ni existió el ver antes de ser hechas las lumbres de los ojos, ni el expresarse en frases antes de ser creada la lengua, sino que más bien precedió en mucho la formación de la lengua al lenguaje, y mucho antes fueron creadas las orejas que fuera oído el sonido; y en fin, los miembros todos existieron, en mi opinión, antes que existiera su uso: no pudieron por tanto procrearse con la mira de usarlos. Por el contrario, mucho antes de volar las bruñidas saetas fué el empeñar las contiendas de un combate á mano y el lacerar los órganos y bañar en sangre los miembros: y obligó Naturaleza la herida primero que la siniestra mano, por medio del arte, opusiera al bote la adarga. En verdad, el entregar el fatigado cuerpo á la quietud es mucho más antiguo que la mullida superficie del lecho, y el apagar la sed fué primero que el origen de las copas. Se puede por tanto creer que para usarlo fuese conocido eso que fué descubierto por la usanza y los menesteres de la vida. Mui otras son todas aquellas que formadas de antemano dieron más tarde la noción de su utilidad. En este respecto vemos primero los sentidos y los miembros; por lo cual una y otra vez lejos está que llegues á creer que pudieron ser creados para las funciones de su uso).

XXVII.—(Tampoco es de admirar que la naturaleza corporal de cada animante busque ella misma el alimento. Porque en efecto he enseñado que muchos cuerpos primitivos fluyen y se apartan de muchos modos de las cosas; mas de los seres animados debe ser muchísimos. Porque como están hechos al movimiento y mucho sale exprimido de su interior en la transpiración, y mu-

cho se exhala por la boca cuando lánguidos jadean, se enrarece por tanto el cuerpo con ello y se socava su naturaleza entera: á esta circunstancia es consiguiente el dolor. Por tal motivo se toma el alimento, para que sustente los órganos y renueve, distribuído, las fuerzas y para recoger el deseo de comer dilatado en los miembros y venas. La humedad también se reparte en cualquier lugar que exige humedad; y aglomerado gran número de cuerpos primitivos de calor que causan en nuestro estómago irritación, los disipa el líquido que llega y cual si fuera fuego los apaga, para que no pueda quemar más ampliamente los órganos el árido calor. Se te apaga así por tanto la anhelosa sed de nuestro cuerpo: se sacia así la ayuna ansia).

XXVIII.—Yo diré ahora cómo es que logramos dar pasos al quererlo y como es dado á los miembros moverse variamente y cuál fuerza se ha habituado á impulsar este considerable peso de nuestro cuerpo; y tú recóge mis palabras. Digo que simulacros del andar llegan desde luego á nuestro espíritu, y al espíritu pulsan, como antes dijimos. De ahí se produce la voluntad, pues nadie comienza á ejecutar algo antes que haya la mente provisto lo que quiere. Y pues lo provés, es que hay una imagen dello. Cuando pues el espíritu se conmueve de modo que quiera andar y caminar hiere de improviso el alma que está distribuída en el cuerpo entero por los miembros y órganos. Y cosa fácil es de hacer, porque se mantiene conjunta. Ella luego á su vez choca con el cuerpo, y así toda la masa es impulsada por partes y se mueve. Demás desto, el cuerpo se enrarece entonces asimismo, y el aire, que siempre es movable, como en verdad debe ser, llega á los abiertos poros y penetra abundante exparciéndose así por las partes más diminutas del cuerpo. De aquí que suceda por tanto que con dos causas, de una y otra parte, el cuerpo sea lle-

vado, como la nave por las velas y el viento. No es sin embargo maravilla en este asunto que tan diminutos corpúsculos puedan gobernar tamaño cuerpo y manejar toda nuestra carga. Porque en efecto, el tenue viento, de cuerpo sutil, empuja y arrastra una gran nave de gran masa, y á esa dirige en su andar, por impetuoso que sea, una única mano y la gobierna hacia cualquier parte un solo timón; y muchos objetos de grande pesadumbre sacude y sollevanta con leve esfuerzo una máquina por medio de poleas y rodajes.

XXIX.—Ahora, de qué modo el sueño derrama la quietud por los miembros y deshace en el pecho las ansiedades del espíritu, expresarlo he ahora en versos más bien cadenciosos que abundantes, cual aventaja el corto canto del cisne á la vocería de las grullas, desplegada bajo las nubes vaporosas del austro. Ténme un oído aguzado y una atención sagaz, no vaya á suceder que niegues lo que explico y retrocediendo te apartes con repulsiva intención de la verdadera doctrina y no puedas caer en la cuenta de que es tuya la culpa. Primeramente el sueño se produce cuando el alma está distendida por los órganos, y desalojada en parte huye fuera y apretada en parte más rehuye á lo profundo: precisamente entonces se relajan en efecto los miembros y desfallecen. Porque no es dudoso que sea obra del alma esta nuestra sensibilidad; y cuando el sopor estorba que la haya, es de suponer que el alma está entonces perturbada y desalojada al exterior: no toda, pues yacería el cuerpo sumido en el yelo eterno del no ser. Pues cuando no quedara en los miembros ninguna porción latente del alma, como se está latente el fuego en abundante ceniza, ¿de dónde podría reencenderse la sensibilidad de repente por los miembros, cual la llama se levanta de escondido fuego?

XXX.—Explicaré empero por qué medios esta revolución se realiza y como puede perturbarse el alma y languidecer el cuerpo; y tú, haz por que no eche al viento mis palabras. Primeramente, es indispensable que el cuerpo en su parte exterior, como por lo contiguo es tocado de las auras aéreas, sea contundido y pulsado á menudo con el choque destas; razón por la cual casi todas las cosas están protegidas por piel ó también escamas ó conchas ó corteza. El mismo aire verbera también, en las que respiran, la parte interior al inspirarlo ó expirarlo. Por lo que siendo el cuerpo azotado por una y otra parte y sobreviniendo choques por los pequeños poros de nuestro cuerpo en las primitivas partes y elementos primitivos, se labra como una ruina paso á paso en nuestros miembros. Contúrbase en efecto la disposición de los principios del cuerpo y del espíritu. Aviene de ahí que parte del alma es desalojada y parte se retira escondida por de dentro, y también que parte distendida por los órganos no logra entre sí estar conjunta ni ser solidaria en movimientos: la naturaleza en efecto intercepta las aproximaciones y las vías; por consiguiente, cambiados los movimientos, se aparta en lo profundo la sensibilidad. Y como no existe algo que sustente por decirlo así los órganos, el cuerpo se vuelve feble y los miembros todos languidecen, caen los brazos y los párpados, y las rodillas ceden aun en decúbito y relajan sus fuerzas. Tras esto, á las comidas se sigue el sueño, debido á que el alimento, exparciéndose en todas las venas, obra aquí de la misma manera que el aire lo hace. Y ese sopor te es harto más pesado cuando saciado caes en él ó fatigado, porque entonces se conturban los más de los cuerpos primitivos, quebrantados con una grande labor. Por la misma razón se hace en parte más profunda la inclusión del alma y más considerable su exclusión y te queda más dividida y distraída entre sí.

XXXI.—Y ordinariamente en la ocupación á que cada quien consagrado se apega ó en las cosas en las cuales antes nos hemos demorado mucho y en que por ese respecto estuvo más tirante la mente, en esas mismas nos parece las más de las veces asistir en sueños; el causídico cree defender pleitos y arreglar contratos: el capitán, combatir y comprometer una batalla: el marinero, proseguir la guerra contraída con los vientos; y nosotros mismos ejecutar esto é investigar de continuo la naturaleza de las cosas para exponerla, una vez estudiada, en el patrio lenguaje. Así las demás ocupaciones y artes se ven por lo común ocupar engañosas la imaginación del hombre durante el sueño. Y en los que por muchos días seguidos prestaron asidua atención á los juegos vemos de ordinario, cuando ya desistieron de apropiarlos á los sentidos, que quedan sin embargo vías abiertas al espíritu, por las que puedan allegarse esos mismos simulacros de las cosas. Así esos mismos se ofrecen por muchos días á sus ojos, de modo que hasta vigilantes les parece observar á los danzantes moviendo aún sus flexibles miembros, y recibir en sus oídos la dulce melodía de las cítaras y sus cuerdas decidoras y percibir los mismos espectadores y juntamente brillar las diversas decoraciones del escenario. Hasta tal punto importan la ocupación y la afición y las cosas en las cuales se habitúan á ejercitarse no solamente los hombres pero aún todos los animales. Porque verás vigorosos caballos mientras descansan sus miembros sudar sin embargo en sueños, resollar seguido y apurar sus mayores fuerzas como para la palma ó cual si abierto el arracadero *quisiesen volar*. Y entre una blanda quietud á menudo el perro del cazador, tiende sin embargo súbito las piernas dando repentinamente ladridos, ventea las auras con frecuencia como si llevara descubierta la huella de una fiera; y despierto sigue á menudo los vanos simulacros de los ciervos cual

si los viera puestos en fuga, hasta que reconociendo su error vuelve en su acuerdo. Por su parte, la mansa casta de los cachorros domesticada en la casa se sobresalta y pugna por levantar su cuerpo del suelo, como si mirase rostros y talantes desconocidos. Y cuanto más zahareña es cada raza tanto más tiene esa misma de enfurecerse en sueños. Aves diversas huyen y de improviso inquietan con sus alas en horas nocturnas los bosques de los Dioses, cual si en medio á un apacible sueño se viere al gavilán y otras aves perseguidoras declararles combates y peleas. En cuanto á las humanas mentes que conciben grandes cosas en grandes resoluciones, ellas las hacen y ejecutan así también á menudo en sueños: á los reyes asedian, caen prisioneros, mézclanse en el combate, levantan un clamor como si en el mismo lugar fuesen degollados. Quiénes luchan y lanzan gemidos en su dolor; y cual si fueren devorados por las dentelladas de una pantera ó de un implacable león, llenan el aire de grandes clamores. Quiénes hablan dormidos sobre vastos planes y mui á menudo sirvieron de prueba de sus delitos. Quiénes encuentran la muerte. Quiénes, viniéndose como despeñados de un elevado monte y, llegar cuan largos son á la sima, desposeídos y como alocados después del sueño, apenas tienen tiempo de volver en sí sacudidos con el hervor del cuerpo. También otro está sentado sediento al borde de un rio ó de una amena fuente y se lleva á las fauces toda la corriente cave si. Gente aseada sumida en el sueño cree alzarse la túnica cerca de un orinal ó pilón y vierte el líquido segregado de todo el cuerpo, derramándolo sobre la babilónica sobrecama de espléndida riqueza. Y después, á aquellos en quienes se insinúa por primera vez en el tránsito de la edad la semilla, cuando la propia madurez de sus días la creó en los miembros, se allegan de fuera simulacros de un cuerpo cualquiera, mensajeros de un rostro radiante, de una hermosa color, que

provocante incita los órganos cargados de abundosa semilla, de suerte que á menudo, cual si se hubiese todo cumplido, derraman la vasta oleada de la corriente y mojan los vestidos.

XXXII.—Es en nosotros instigada esa semilla que antes dijimos tan luego como la edad adulta vigoriza primero los órganos. Porque ciertas causas conmueven y provocan ciertas cosas: una sola potencia del hombre excita en el hombre la semilla humana. La cual, tan luego como sale arrojada de sus asientos, se parte del cuerpo todo por los miembros y órganos afluyendo á ciertos lugares de los nervios y excita al punto las propias partes genitales del cuerpo. Los lugares irritados se ingargitan de semilla y nace la voluntad de arrojarla hacia donde arrastra el insano deseo: el cuerpo busca el paraje donde la mente fué herida por el amor. Porque todos los seres caen su mayor parte del lado de la herida, y brota la sangre hacia la parte de donde recibimos el golpe; y si se está inmediato, envuelve al enemigo el rojo líquido. Así pues, el que recibe el golpe de los dardos de Venus, ya sea ese lanzado por un niño de formas femeninas, ya por una mujer que respira amor por todo su cuerpo, del lado que es herido, hacia allí tiende y anhela abrazarse y lanzar á ese cuerpo el líquido extraído de su cuerpo, porque el mudo apasionamiento adivina la voluptuosidad.

XXXIII.—Esta es para nosotros Venus; de aquel (a) viene el nombre de Amor: de aquel cayó primero en el corazón aguesa gota de dulzor de Venus, y se siguió una miedosa inquietud. Porque si está ausente lo que amas, pronto están no obstante sus simulacros y su dulce nombre se ofrece á tus oídos. Mas tales simulacros convie-

(a) ésta, es decir, la voluptuosidad (**voluptas**): aquel, es decir, el apasionamiento (**cupido**).

ne rehuir y espantar de sí el pábulo del amor y dirigir á otra parte la mente, lanzando el congestionado humor hacia otro sér cualquiera, y nó retenerlo dirigido de una vez hacia un amor único y guardar para sí la inquietud y un dolor cierto. La ulceración en efecto se encona y fomentada se invetera: éntrase con el tiempo el delirio y agrávanse los trabajos si con nuevas impresiones no perturbas la primitiva herida é inestable no curas cuanto antes la reciente con la Venus errante, ó si no puedes trasladar hacia otra parte las emociones del espíritu.

XXXIV.—Ni carece de los frutos de Venus ese que evita el amor, sino que más bien escoge los beneficios que hay sin sufrimiento; porque cierto el deleite dello es más puro en el desapasionado que en el asendereado. Efectivamente, el ardor de los amantes en el mismo instante de gozar fluctúa entre vagos extravíos, y no están conformes en qué hayan de disfrutar primero con los ojos y las manos. Lo que desean oprimen estrechamente hasta causar dolor en el cuerpo y á menudo estampan sus dientes en los labios é imprímenle ósculos, porque no es puro el deleite y está oculto un estímulo que instiga á dañar aquello, cualquiera que sea, de donde surgen esos gérmenes de frenesí. Mas Venus durante el amor quebranta suavemente los sufrimientos, y la blanda voluptuosidad que la acompaña refrena las mordeduras. Porque en ello hay la esperanza de que en el mismo cuerpo de donde la fuente del enardecimiento es, pueda también extinguirse la llama. La naturaleza redarguye que todo esto sucede al contrario; y esta es la cosa única por la cual, cuando tenemos lo más, más arde entonces el pecho en insanos deseos. Porque el alimento y la bebida son ingeridos dentro del cuerpo, y como pueden depositarse en determinadas partes, se colma con eso fácilmente el deseo de los líquidos y man-

jares. Mas del rostro de un hombre y de una tez hermosa nada se da á gozar al cuerpo fuera tenues simulacros y una mezquina esperanza que á menudo arrebatara el viento. Como en sueños solicita beber el sitibundo y no se le concede liquido que extinguir pueda el ardor de sus miembros, sino que persigue los simulacros del agua é infructuosamente se fatiga y queda con sed, aún bebiendo en medio de caudaloso río, así en el amor engaña Venus con simulacros á los enamorados; ni alcanza un cuerpo á satisfacerlos, contemplándolo ante sí, ni pueden nada desprender con sus manos de las graciosas formas, vagando indecisos por sobre todo el cuerpo. Al fin cuando ayuntada la carne saborean la flor de la edad y cuando adivina el cuerpo su deleite interviniendo Venus para sembrar el femenino campo, estrechan ávidamente ese cuerpo, juntan los húmedos labios y aspiran besos apretando sobre la boca sus dientes; todo en vano, porque no pueden con ello desprender cosa, ni penetrarse y confundirse cuerpo con cuerpo, que hacer eso parecen querer y empeñarse en ello en ocasiones —tan codiciosamente se adhieren entre los lazos de Venus mientras sus miembros se desconyuntan rendidos por la intensidad del deleite! Por último cuando la voluptuosidad condensada en los nervios se ha desvanecido, aviene pasajeramente una pequeña pausa del violento ardor. Luego vuelve el mismo frenesí, renace aquella locura á tiempo que ellos mismos buscan cómo alcanzar lo que para sí apetecen, sin que puedan descubrir artificio que venza ese mal —hasta tal punto se extenuan desorientados con la secreta herida!

XXXV.—Añáde que consumen las fuerzas y mueren de penas: añáde que su vida se pasa bajo el ajeno arbitrio. Entre tanto la hacienda se disipa y se convierte en estofas babilónicas, descuidanse los deberes y va á menos la vacilante reputación. En verdad que por ello resaltan en los piés los suaves calzados de Sición, que se engastan en oro gruesas esmeraldas de una verde luz

y que asiduamente se gastan cerúleos trajes que prodigados absorben el sudor de Venus. Lo bien adquirido por los progenitores se convierte en bandas y mitras y de ordinario se vuelve mantos de mujer y túnicas de Alinda y de Quío. Prepáranse banquetes con fabulosas tapicerías y viandas, espectáculos, copas numerosas, ungüentos, coronas, guirnaldas; todo en vano, que de en medio dese manantial de encantos brota un cierto amargor que entre las flores mismas acongoja, bien cuando consciente se remuerde acaso el ánimo de pasar los días en la desidia y acabarse en los excesos, ó porque un vocablo por ella lanzado, que ambiguo lo deja, como una áscua se recrudece enclavado en el ansioso corazón, ó porque piensa que ella vuelve en demasía los ojos, ó que mira á otro y ve en su faz señales de una sonrisa.

XXXVI.—Hállanse tales malandanzas en un amor duradero y en extremo afortunado: ahora en uno adverso y necesitado son innumerables, como á ojos cerrados pudieras aprehenderlos, que no fuera mejor prevenirse del modo que antes indiqué, y guardarte de no ser seducido. Porque no es tan difícil evitar el que seamos lanzados en las barrederas del amor, como salir ya apresados, de las redes mismas y reventar las poderosas ataduras de Venus. Y sin embargo, podrías evadir el daño aún encerrado y maniatado, si no te opusieras obstáculo á tí mismo ni pretermitieras de antemano todos los defectos de su espíritu ó los de su cuerpo, quienquiera que sea la que pretendas, y quieres. Porque eso hacen los hombres por la mayor parte, ciegos con el deseo, y las atribuyen lo que en realidad no es aplicable. Así vemos alguna, por vario modo perversa y fea, ser un deleite y prosperar entre sumas consideraciones. Y mófanse los unos de los otros y persuádense á aplacar á Venus á causa de ser atribulados por funesto amor, sin apercibirse á menudo los míseros de su inmenso mal.

Una "morena" es la que es negra: la desaseada y fétida "descuidada": una ojizarca es "retrato de Palas": la enjuta y seca una "gacela": una enanilla y pigmea es "una de las Gracias", toda donaire: la gruesa y desmesurada es un "prodigio", llena de circunspección. Tartamuda es, no puede hablar; pues "cecea": una muda es tímida: la vehemente antipática y charladora, un "fuego". Cuando se muere de flaca vuélvese entonces "esbelto amorcillo": "delicada" es la á quien acaba la consunción. Una jamona de grandes senos es la misma Ceres nodriza de Baco: una romilla es una "deidad á lo Sileno y los Sátiros"; una bezuda, un "besico". Larga tarea es si intento expresar lo demás deste género. Pero sin embargo, que sea ya cuanto se quiera de hermoso semblante la en cuyos miembros todos se revela los atractivos de Venus: sí, que también hay otras: sí, que hemos antes vivido sin ella: sí, que hace, porque lo sabemos, cuanto hace una fea; y se sahuma con extraños perfumes esa infeliz á quien evitan en lo posible las criadas, riendo á escondidas. Mas el amante excluido deposita, llorando á menudo, en el umbral flores y guirnaldas y vierte en los lujosos quicios esencia de almoraduj, y estampa besos el mísero en las puertas; y si ya admitido le ofende al llegar una emanación siquiera, buscará honrosos pretextos para retirarse, y su de largo tiempo meditada queja caerá apañada en lo profundo; y de necedad reprenderáse entonces, por ver que la ha atribuido más de lo que es razonable conceder á un mortal. Y esto no se oculta á nuestras beldades; con lo cual más disimulan ellas con sumo cuidado toda esa vida entre bastidores á esos á quienes retener quieren y en el amor tenerlos aprisionados, aunque en vano, porque de su espíritu puedes tú no obstante sacarlo todo á la luz é inquirir todas sus sonrisas y, si ella es de buena índole y no enojadiza, pretermitir á tu vez y tolerar humanas pequeñeces.

XXXVII.—Ni es que siempre suspire por fingido amor la mujer que abrazada allega su cuerpo al cuerpo del hombre que sujeta aspirando ósculos con sus comprimidos labios. Hácelo con frecuencia de corazón, y en pos de recíprocas fruiciones invita á recorrer los campos del amor. No es por otra razón que llegan á rendirse al macho las aves, los rebaños, las fieras, los ganados, las yeguas, sino porque rebosando su naturaleza misma, es en calor, arde y alegre extrae á Venus de los que las cubren. ¿No ves con frecuencia como los á quienes trabajó una mutua voluptuosidad se atormentan con sus comunes vínculos? Cuán frecuente es ver en los trivios canes que quieren separarse, tirando ansiosa y opuestamente con todas sus fuerzas, cuando entretanto están enredados en las poderosas trabas de Venus! Eso nunca harían si no conociesen una mutua fruición tal que pudiese lanzarlos al engaño y retenerlos aprisionados. Hay pues, como una y otra vez lo repito, una recíproca voluptuosidad.

XXXVIII.—Cuando por acaso la mujer, al unir su semilla con la del hombre, por un súbito esfuerzo vence y sobrepuja la fuerza déste, se producen entonces seres semejantes á la madre con la semilla materna, así como con la paterna, al padre. Mas los que veo que tienen uno y otro parecido confundiendo de cerca los semblantes de los progenitores, proceden del cuerpo paterno y de la materna sangre, cuando conspirando el mutuo ardor, puso en contacto dentro de los órganos las semillas avivadas por los estímulos de Venus y ninguna de ellas superó ni fué superada. Sucede asimismo que en ocasiones pueda haber semejanza con los abuelos y que copien á menudo las formas de los bisabuelos, á causa de que los padres guardan con frecuencia en su cuerpo muchos elementos mezclados de muchos modos, que partiendo de la estirpe vienen de progenitor en progenitor:

de ahí que Venus produzca formas de varia suerte y copie el rostro, la voz, los cabellos de los ascendientes. Igualmente un ser femenino proviene de paterna semilla, y del cuerpo materno salen formados varones, siendo así que esto se realiza para nosotros por una semilla en nada más fija que lo que la faz, y el cuerpo y los miembros son; que siempre el fruto consta de una doble semilla, y de uno ú otro, á quien más semejante es una criatura cualquiera, dese tiene más de lo regular, cual puedes lo percibir, ya en descendientes del varón ya en una procreación de la mujer.

XXXIX.—Ni arrebatara el poder divino á nadie la potencia genital para que no sea nunca llamado padre por sus dulces hijos y para condenarle á vivir con estériles amores; lo cual creen los más, y rocían afligidos las aras con sangre abundante y cargan de ofrendas los altares con el objeto de que con abundosa semilla salgan en cinta sus mujeres. Para nada fatigan el numen de los Dioses y los destinos. Porque estériles son por efecto de una semilla demasiado espesa en ocasiones, y en otras líquida y delgada fuera de lo debido. Delgada, no puede fijarse adherida en su lugar, despréndese al punto y revocada apártase abortiva. En esos en quienes por otra parte es más espesa la semilla, como se emite con mayor conglutinación de lo natural, ó no vuela con bastante alargado impulso, ó no llega á penetrar igualmente en sus sitios, ó penetrando se mezcla mal con la semilla femenina. Porque las armonías de Venus se ve que en mucho difieren. Unos hay que fecundan mejor á unas mujeres que á otras, y bajo el peso de otros yacen otras mejor y salen grávidas. Y muchas fueron antes estériles en varios himeneos, y sin embargo lo han deparado después de donde pudieron concebir hijos y se enriquecen con una dulce prole. Y á menudo á aquellos de quienes sus esposas, aún fecundables, no pudieron antes salir embara-

zadas en su casa, fuéles descubierta una naturaleza asimismo adecuada por la que pudiesen apoyar con hijos su ancianidad. Hasta tal punto importa mucho que puedan las semillas combinarse, aptas para la generación, con otras semillas, para que no concurran las espesas con las líquidas y las líquidas con las espesas. Y en ello va el régimen en que se pasa la vida; porque con unas cosas se condensan las semillas en los miembros y con otras á su turno se extenúan y enflaquecen. E importa mui mucho la manera con que se ejecute la blanda voluptuosidad, porque por lo común se piensa que mejor conciben nuestras esposas á la manera de las fieras y á uso de los cuadrúpedos, pues así pueden las semillas ocupar sus sitios, con los pechos abajados y levantados los lomos. Mas nuestras esposas no han menester para nada lúbricos movimientos. Porque una mujer aleja é impide la concepción si gozosa retrae ella misma con las caderas el amor del varón y empuja la oleada á todo su mórbido pecho: aparta en efecto el surco de su derecho puesto y del camino del arado, y desvía de su lugar la acción de la semilla. Es por razones especiales que las meretrices acostumbran agitarse: por no se fecundar con frecuencia y caer grávidas y para que juntamente sea más deleitosa Venus misma al varón, cosa que se ve no necesitan para nada nuestras consortes.

XL.—Ni es por divino poder y por las saetas de Venus que á las veces una mujerzuela de tristes formas se haga amar. Porque en ocasiones hace una mujer de manera que por su conducta, por sus maneras apacibles y por la nítida limpieza de su persona, fácilmente te acostumbre á pasar con ella la vida. Por lo demás el hábito adereza el amor, pues lo que es contundido con frecuentes golpes, por levemente que sea, es con todo vencido á la larga y fracasa. ¿No ves también cómo la gota de agua que por luengo espacio cae horada una roca?

LIBRO QUINTO

I.—¿Quién será capaz de componer con poderosa inspiración un canto digno de la majestad del asunto y de los actuales descubrimientos? O ¿quién tendrá palabra suficiente que pueda hacer el elogio á que es merecedor quien nos dejó tales presentes, investigados y producidos por su genio? Ninguno nacido mortal, á lo que juzgo. Porque si ha de hablarse como lo requiere la reconocida majestad misma del asunto, fué un Dios, oh ínclito Memio, un Dios aquel que primero descubrió esa regla de la existencia que hoi se llama sabiduría y el que por sus artes trajo la vida de tamañas agitaciones y tamañas tinieblas á sosiego tanto y á tan viva claridad. Compára en efecto los antiguos divinos descubrimientos de otros. Cuéntase así que para uso del mortal aprestó Ceres las mieses y Baco el jugo de la vid; aunque sin embargo la vida podía pasarse sin ello, como es fama viven aun todavía algunos pueblos. Mas era imposible bien vivir sin un corazón puro; y con mayor razón nos parece entonces un Dios ese de quien tenemos dulces solaces de la vida que lisonjean el espíritu aun todavía divulgados entre grandes pueblos. Y si piensas que los trabajos de Hércules sobreexceden, serías llevado mui más lejos de la verdadera razón. ¿Qué en efecto nos estorbarían ahora esas anchas fauces del león de Nemea, ni qué el horrendo jabalí de Arcadia? Y luego, ¿qué podrían el toro de Creta ó la hidra de Lerna, peste fortalecida con venenosas serpientes? ¿O qué tanto nos molestarían el triple vigor del trigémino Gerión y *qué las aves de plumas de bronce* habitadoras del Estínfalo y *sus intransitables marjales* y los caballos del tra-

cio Diomedes, de sus ollares vomitando llamas contra la región de Bistonía y el Ismaro? Y para concluir, ¿qué estorbaría la feroz serpiente de cuerpo descomunal y amenazante mirada, arrollada al tronco de un árbol, guardadora de las deslumbrantes y áureas manzanas de las Hespérides, cave las playas del Atlas y sus resonantes piélagos, á do ninguno de los nuestros se allega, ni los extranjeros se atreven? Y los demás portentos deste género que ya han desaparecido, si no hubieran sido vencidos, ¿en qué finalmente empecerían cuando vivos? En nada, á lo que juzgo; que aun todavía la tierra abunda hasta la saciedad en fieras y de miedoso terror está llena y en sus bosques y en sus altas montañas y en sus espesas selvas, lugares que las más de las veces está en nuestro poder evitar. Empero si no está limpio nuestro corazón, qué combates y peligros no han de invadirnos, mal que nos pese! Cuántas rigurosas inquietudes de la avidez no desgarran entonces al hombre acongojado, y con lo mismo cuántos temores! Qué decir de la soberbia, la corrupción y la impudencia! Cuántos desastres motivan! ¿Qué tampoco del lujo y la desidia? Quien puso todo aquesto ha avasallado y expulsádolo del espíritu con su doctrina, nó con las armas, no merecería tal hombre ser contado en el número de las divinidades mayormente cuando con maestría é inspiración ha acostumbrado regalar muchas doctrinas sobre las mismas divinidades inmortales y hecho una exposición de la creación en sus preceptos.

II.—En caminando sobre sus huellas —mientras prosigo el razonamiento y enseño en estos preceptos cuán indispensable es que bajo el tránsito por el cual sea creada cada cosa bajo él perdure, sin que tenga ella poder para anular las válidas leyes de la edad, á cuyo respecto ha sido desde luego descubierto que el espíritu consta en su formación de un cuerpo nativo en un prin-

cipio, sin que pueda durar incólume una vasta edad, si bien suelen los simulacros engañar en sueños la mente cuando nos parece percibir al á quien la vida abandonó— tráeme aquí en lo restante el orden del discurso para dar una explicación de cómo para mí consiste el mundo en un cuerpo mortal y como es al propio tiempo nativo: de qué modo ese condensamiento de la materia formó la tierra, el cielo, el mar, las estrellas, el sol y el globo de la luna: qué animales aparecieron entonces sobre la tierra y cuáles en ningún tiempo han nacido: de qué modo el género humano, mediante los nombres de las cosas, empezó á servirse de un variado lenguaje; y por cuál modo se insinuó en nuestro pecho ese temor de los Dioses que en el orbe de la tierra vuelve sagrados los fanos, lagos, boscajes, aras é imágenes de los Dioses. Demás desto, explicaré por cuál fuerza dirige la naturaleza reguladora el curso del sol y el paso de la luna, no sea que presumamos que hacen sus perennes viajes entre el cielo y la tierra por su libre determinación y por condescendencia, para acrecentar las mieses y animales, ó que pensemos que giran por alguna providencia de los Dioses. Porque si los que aprendieron de cierto que los Dioses llevan una existencia tranquila se admiran sin embargo entre tanto de la razón por la cual puede cada cosa efectuarse, en espeçial por lo que hace á los objetos que sobre nuestras cabezas se ven en las etéreas regiones, retornan de nuevo á las viejas supersticiones y admiten amos violentos que suponen omnipotentes los desdichados, ignorantes de lo que puede existir y lo que no puede y de la razón en fin por la cual hay una facultad definida para cada cosa y un límite hondamente clavado.

III.—En lo restante, por no te hacer esperar más en lo prometido, considéra desde luego los mares, la tierra y el cielo: la triple naturaleza dellos, sus tres cuerpos, oh Memio, tres tan desemejantes conformaciones, tres

urdimbres tales, un solo día los dará á la perdición, y la mole y máquina del mundo, sustentada por años tantos, se derruirá. Ni se oculta á mi espíritu que la destrucción futura del cielo y de la tierra cae en la mente como cosa nueva y portentosa, y cuán difícil me es comprobarlo con razonamientos, cual sucede cuando llevas al oído un hecho antes insólito y no puedes sin embargo someterlo á la inspección de los ojos ni ponerlo en las manos, medio por el cual el más corto camino público de la fe lleva hacia el corazón humano y los parajes de la mente. Expresarme he con todo. Tal vez el suceso mismo dará fe de mi doctrina, y suscitándose estruendosamente terremotos verás hundirse todo en corto tiempo. Desvíe lo cual lejos de nosotros la fortuna reguladora, y persuada mejor la razón que el suceso mismo que todo puede sucumbir vencido con horrisono fragor.

IV.—(Muchas consolaciones te expresaré en doctas sentencias antes que entre á establecer oráculos sobre este asunto, más sagrados y con doctrina mucho más cierta que los que pronuncia la Pitonisa desde la tripode y el laurel de Apolo, para que no presumas acaso, refrenado por la religión que la tierra y el sol, el cielo, el mar, las estrellas, la luna, deben de permanecer eternos con cuerpo divino y pienses por lo tanto que, á la manera de los Gigantes, es justo que por monstruoso delito sufran todos castigo, ellos que con sus razonamientos dismantelan las murallas del mundo y han querido extinguir en el cielo el sol esplendoroso, tachando lo inmortal con un lenguaje mortal; cosas aquellas que tan lejos distan del numen divino y tan indignas aparecen de ser contadas en el número de los Dioses, que más bien se pensaría que puedan dar idea de lo que está remoto de movimiento vital y sensibilidad. Porque en efecto no hay como suponer que la naturaleza del espíritu y el entendimiento puedan estarse con un cuer-

po cualquiera, así como no llegan á existir árboles en el éter, ni nubes en el salado mar, ni á vivir peces en los sembrados, ni hay sangre en un leño, ni jugo en un peñazco. Está dispuesto y determinado el lugar donde cada cosa debe crecer y permanecer. Así el espíritu no logra nacer solo sin el cuerpo, ni estar lejos de los nervios y la sangre. Que si pudiera el espíritu mismo —y pudiéralo mucho mejor— existir en la cabeza, los hombros o el calcañar y nacer en una parte cualquiera, al fin se amañaría á morar en un mismo hombro y un mismo vaso. Y como por otra parte en cada cuerpo nuestro se halla determinado y aparece dispuesto el lugar donde puedan estarse y crecer por separado el alma y el espíritu, con tanta mayor razón ha de negarse que puedan perdurar fuera del cuerpo entero y la forma animal, ahora en las glebas de la tierra ó en el fuego del sol, ahora en el agua ó en las altas regiones del éter. No están por tanto dotados de sensibilidad divina aquellas cosas, siendo así que no logran ser animadas de un modo vital.

V.—Tampoco hay por qué puedas creer que las mansiones sagradas de los Dioses existen en alguna parte del mundo. Tenue en efecto la naturaleza de los Dioses y apartada en extremo de nuestros sentidos, apenas se ve con la mente del espíritu; y como se sustrae al toque y acción de las manos, no debe tener contacto con nada de lo que para nosotros sea tangible. No llega á tocar, en efecto eso mismo que no permite ser tocado. Por lo mismo también tales mansiones deben de ser diferentes de nuestras mansiones y tenues conforme los cuerpos dellos; asunto que más tarde te explanaré en prolija exposición. Decir ahora que por causa de los hombres quisieron ellos disponer la esplendorosa naturaleza del mundo y que por eso tiene de alabarse la obra laudable de las divinidades y de suponerse que ha de ser inmortal y eterna, y que no es lícito atraer nunca de su puesto por fuerza alguna, ni censurar de palabra y trastornar de arriba aba-

jo, lo que ha sido fundado en la inacabable eternidad por la inmemorial disposición de los Dioses para las humanas gentes, figurarse y añadir cosas deste género es, oh Memio, extravagar. ¿Qué recompensa en efecto puede acordarse de nuestra gratitud á los seres inmortales y bienaventurados, para que se determinen á hacer nada por causa nuestra?. ¿O qué novedad pudo tanto halagarles á ellos, antes sosegados, para que después desearan cambiar su vida anterior? Porque parece que deben holgarse en cosas nuevas los á quienes las viejas importunan; mas al que llevando satisfactoriamente sus días, nada penoso acaeció en la edad pasada, ¿qué pudo en ese tal despertar la afición á lo nuevo? ¿O será que su vida yacía, si bien deduzco, en lobreguez y tristeza, hasta que se manifestó el principio generador de las cosas? ¿Qué desgracia hubiera sido entonces para nosotros el no haber sido creados? Quienquiera que ya es creado podrá querer permanecer en la vida mientras una blanda voluptuosidad lo retenga. Mas el que nunca saboreó el amor de la vida, ni en ella se contó, ¿qué se le da de no haber sido creado? Además, ¿de dónde se le grabó á los Dioses por primera vez el modelo para la formación de las cosas y la preñación misma del hombre, para que supiesen y tuviesen en mientes lo que intentaban hacer, ó de cuál manera se descubrió nunca el poder de los elementos y lo que entre sí producen, permutada su disposición, si la misma naturaleza no dió el espécimen de lo creado? Porque muchos elementos de las cosas, impulsados ya de muchas maneras por choques desde tiempos infinitos, perseveraron de tal modo por su peso en agitarse vivamente y en juntarse de todas maneras y ensayar cuantas combinaciones pudieran ocasionar congregados entre sí, que no es sorprendente que asimismo cayesen en tal disposición y llegasen á tales procesos cuales son los en que hoy funciona por renovaciones este mundo.

VI.—Que si por de pronto ignorara lo que son los

elementos de las cosas, atreveríame á afirmar sin embargo, por el orden mismo del cielo, y á declarar mediante otras muchas razones, que la naturaleza no ha sido de ningún modo aparejada para nosotros por poder divino: de tantas imperfecciones permanece llena! Desde luego, cuanto arropa el vuelo enorme del cielo, una parte dello la poséen los codiciosos montes y las selvas de las fieras y la ocupan peñascos y vastas lagunas y el mar que limita anchamente las playas de las comarcas. Dello además dos terceras partes más o menos las quitan al mortal un férvido calor ó el asiduo caer de las heladas. Lo que resta cultivable, con zarzales la cubriera así y todo por su fuerza la naturaleza, á no resistirse la humana fuerza, habituada por causa de la vida á gemir sobre el fuerte azadón y a surcar el terruño con la presión del arado. Si no excitamos al renacimiento volteando con la reja el terrón fecundo y removiendo la corteza de la tierra, no llegarían (a) á levantarse espontáneamente entre las tersas auras; y sin embargo en ocasiones, cuando procuradas con grandes fatigas hojecen ya sobre la tierra y todas florecen, ó las agosta el sol etereo con excesivos calores, ó las destruyen imprevistas lluvias y frías heladas y las maltrata con impetuoso torbellino el soplo de los vientos. Fuera desto, ¿porqué la naturaleza alimenta y acrece la casta horrificca de los fieras, hostil al género humano en la tierra y en el mar? ¿Porqué las estaciones allegan epidemias? ¿Porqué la muerte vaguea prematura? Más aún, el niño, cual navegante abandonado por implacables olas, yace por tierra desnudo, sin habla, menesteroso de todo vital auxilio, tan luego como la naturaleza lo lanza con fatigas del claustro materno á las playas de la luz, y llena el espacio con su lúgubre vagido, cual es justo para quien quedan tantos males que atravesar en la vida. Crecen por el contrario los diferentes

(a) las plantas.

ganados mayores y menores y las fieras y no han menester sonajillas, ni á ninguno hay que ofrecer la cariñosa é imitada charla de la buena aya, ni buscan vestidos adecuados á la estación, y finalmente no hay necesidad de armas ni de elevadas murallas para que guarden lo suyo, atento que la tierra misma y la sabia naturaleza producen para todos todas las cosas con liberalidad.

VII.—Desde luego, como el cuerpo de la tierra, y los líquidos, y los leves soplos de las auras, y el cálido encendimiento, de los cuales aparece consistir este mundo, constan todos de un cuerpo nativo y mortal, del mismo modo ha de suponerse el mundo entero. Porque en efecto vemos que las partes y miembros de lo que es de cuerpo nativo y de forma mortal, son sin excepción mortales y juntamente nativas. Razón por la cual como vea renacer las secciones mayores y divisiones del mundo después que han perecido, quiere decir que para el cielo y también para la tierra hubo asimismo un instante inicial y que habrá una destrucción.

VIII.—Y por que no presumas que estuve arrebatado en este respecto, porque admití que la tierra y el fuego son mortales y porque no he dudado que el agua y el aire perecen porque dije que esas mismas cosas se generan y de nuevo crecen, desde luego no poca parte de la tierra, caldeada por el continuo sol y hollada por multitud de pisadas, levanta velos de polvo y voladoras nubes que en todo el aire dispersan fuertes ventarrones. Una parte también de las glebas es desleida por las inundaciones de las lluvias, y los ríos raedores corroen las riberas. Por lo demás, todo lo que alimenta otra cosa es por su parte compensado; y como aparece fuera de duda que la tierra, que todo lo produce, es ella misma el común sepulcro de las cosas, concluirás que ella se merma, y aumentada vuelve á crecer.

IX.—Cuanto á lo demás, que el mar, los ríos y las

fuentes ondean siempre con renovado líquido y que las aguas manan sin cesar, no ha menester explicación: demuéstralo donde quiera el curso general de las aguas. Pero las primeras aguas son substraídas y resulta que nada rebosa del líquido en conjunto, en parte porque los fuertes vientos barriendo la llanura del mar y el sol etereo destejéndola con sus rayos lo disminuyen y en parte porque se dispersa por debajo en todas las comarcas. Fíltrase en efecto el mal sabor, mana en retroceso la materia del líquido y se recolecta todo en las fuentes de los ríos, y de ahí se desliza en dulce corriente por sobre la tierra, donde abierto de una vez su lecho, con blando paso arrastra sus ondas.

X.—Ahora pues diré del aire, que en toda su masa cambia á cada hora hasta perder la cuenta. En efecto, cuanto fluye de las cosas va siempre á parar al vasto mar del aire, el cual, si á su vez no retribuyera esos cuerpos primitivos á las cosas y rehiciera las que menguan, todo se habría resuelto y vertido en el aire. Por tanto, no cesa de engendrarse á merced de las cosas y de restituirse á ellas, puesto que consta que todo circula asiduamente.

XI.—También el sol etéreo, fuente pródiga de tersa lumbre, inunda perennemente el cielo de fresca claridad y en un instante repone la lumbre con nueva lumbre. Porque hacia donde quiera que caen sus primeros fulgores, perecen para él. Te es dado poder conocerlo del hecho de que tan luego como las nubes han logrado velar el sol y tronchar en cierto modo los rayos de luz, la parte inferior destes parece toda al momento y la tierra se hace umbrosa por doquiera que las nubes pasan; para que entiendas que los objetos han siempre menester una renovación de claridad y que cualquier antecedente emisión de fulgor perece, pues no de otro modo podría distinguirse un objeto al sol, si el foco mismo de luz no

la suple sin cesar. Ve á mayor abundamiento las nocturnas luminarias que son terrenales, las arañas colgantes y brillantes antorchas henchidas de coruscantes lampos entre grande tenebrosidad como de un modo análogo se apresuran con asistencia de la combustión, á suministrar nueva luz: ansian por tremolar sus fuegos, instan, sin que la luz casi interrumpida abandone el espacio, hasta tal punto encubren aceleradamente á ella su extinción con el rápido nacimiento de una llama todas las lumbreras. Así, se ha de suponer por tanto que el sol, la luna y las estrellas despiden luz mediante emisiones sucesivas y pierden siempre todo género de llama antecedente; porque no creas acaso que ellos prevalecen indestructibles.

XII.—Y luego ¿no reparas como las piedras asimismo son gastadas por la edad, como se derrumban las altas torres y se desmoronan los peñascos, ni como los templos y estatuas de los Dioses se agrietan debilitados, sin que pueda disposición divina retardar el cumplimiento del destino, ni esforzarse contra las leyes de la naturaleza? ¿No vemos en fin los derruidos monumentos de personajes preguntar luego á su vez por ellos mismos, que no creyeras sino que “se” envejecen, y abatirse cantos desgajados de elevados montes, sin que puedan sobrellevar ni resistir las potentes fuerzas de una duración finita? No caería en efecto de repente desgajado lo que desde tiempo infinito tolerara, exento de fracaso, todos los embates de la edad.

XIII.—Y luego, repara eso que abraza en derredor y por encima toda la haz de la tierra si lo procrea de sí todo, cual pretenden algunos, y recibe cuanto perece, ese todo que es nativo consta de un cuerpo mortal. Porque todo lo que de sí aumenta y alimenta otras cosas debe ser mermado y ser rehecho cuando las recibe.

XIV.—Fuera desto, si ningún principio generador hubo para la tierra y el cielo, y eternos siempre fueron, ¿cómo es que antes de la guerra de Tebas ó de la ruina de Troya no cantaron asimismo otros poetas otros asuntos? ¿A dónde cayeron tanto tantas hazañas de varones y porqué no florecen asentadas en los eternos monumentos de la fama? Verdaderamente, á lo que opino, es nuevo el conjunto, y reciente el mundo y sus comienzos de poco ha. Por lo cual ciertas artes aún todavía se perfeccionan, aún todavía se forman: mucho se ha mejorado ahora la navegación: los músicos acaban de inventar agradables melodías. Finalmente esta teoría y exposición de las cosas no ha mucho que fué descubierta, y soi yo ahora el primero entre los primeros que he hallado como poder verterla al lenguaje patrio. Que si acaso crees que todo eso existía de antes, pero que el linaje de los hombres sucumbió á una lluvia de fuego, ó que las ciudades fueron arrasadas por un gran sacudimiento del mundo, ó que de resultas de continuas lluvias se desbordaron sobre la tierra torrentes arrebatadores é inundaron las ciudadelas, con tanta mayor razón es necesario que declare convencido que ha de haber también un acabamiento del cielo y de la tierra. Por que siendo atacadas las cosas por tantas calamidades y tantos peligros, si hubiera por entonces pesado una causa más funesta, habría caído latamente en desastres y grandes ruinas. No de otra manera sabemos que somos mortales, sino es porque enfermamos unos ú otros con las mismas dolencias que aquellos á quienes removi6 Naturaleza de la vida.

XV.—Fuera desto, es preciso que cuanto permanezca eterno, ó bien rechace, por ser de un cuerpo sólido los golpes, sin dejarse penetrar de nada que sea capaz de disociar interiormente sus apretadas porciones, cual son los cuerpos de la materia cuya naturaleza antes demos-

tramos; ó bien pueda perdurar en todas las edades, por eso de que está exento de choques, cual lo está en el vacío, que permanece intangible y en nada participa de golpes; ó bien que tampoco haya ninguna copia de espacio en rededor, donde las cosas puedan como expandirse y disolverse, cual es eterno el conjunto de los mundos, que ni tiene espacio exterior en que se disgregue, ni cuerpos que puedan sobrevenir y disolverlo con un poderoso choque. Más la naturaleza del mundo no es, como ya enseñé de cuerpo sólido, porque con las cosas está mezclado el vacío, ni tampoco es como el vacío, ni faltan cuerpos que puedan acaso, suscitándose de lo infinito, demoler en formidable torbellino este mundo ó acarrear cualquier otro peligroso desastre, ni escasea además la convicción de lugar y el espacio de lo insondable donde puedan disiparse las murallas del mundo ó perecer empujadas por cualquiera otra fuerza. Por tanto, ni para el cielo, ni para el sol y la tierra, ni para las profundas olas de la mar está cerrada la puerta del no ser, sino que vive de par en par y atisbando con vasta y descomunal boquerón. Es indispensable pues confesar que todo eso es también nativo; que en efecto lo que es de cuerpo mortal no hubiera podido hasta el presente menospreciar desde un tiempo infinito las potentes fuerzas de una inmensa duración.

XVI.— Finalmente, cuando las secciones mayores del mundo pugnan tanto entre sí, concitadas en guerras de ninguna manera compasivas ¿no ves que puede dársele un término á sus largos combates? Que el sol y el calor todo, sorbida toda la humedad, hayan de sobrepujar: esto procuran hacer, mas en su empeño hasta ahora no lo llevan á cabo, tanto es lo que suplen las vertientes y lo que hasta no más amenazan de diluviar todo desde los profundos abismos del ponto; que es imposible, porque los vientos barriendo la llanura del mar

y el sol etereo destejiéndola con sus rayos lo disminuyen y fian en que todo lo pueden secar, antes que las aguas puedan llegar á la meta que se han propuesto. Inspirándose tamañas guerras con igual pujanza disputan entre sí por decidir sobre grandes cosas, cuando fué el sol una vez vencedor y otra reinó el agua, segun es fama, en las campiñas. El fuego superó en efecto y lamiente abrasó muchas cosas cuando la rauda violencia de los caballos del Sol arrebató al extraviado Faetón por el éter entero y por las tierras todas. Mas entonces hirviendo en ira intensa el Padre omnipotente, con el repentino golpe de un rayo lanzó de sus caballos al envanecido Faetón sobre la tierra, y el Sol, yendo hacia el caido, recobró la eterna antorcha del mundo, recogió los desbocados caballos y temblorosos los unció, y dirigiéndolos luego por su camino restauró todas las cosas; que así en verdad lo discantaron los antiguos poetas de los Griegos. Lo cual está apartado excesivamente lejos de la verdadera razón. El fuego con efecto puede superar cuando más cuerpos de la materia se han suscitado desde lo infinito; después decaen sus fuerzas vencidas por alguna causa ó perecen las cosas abrasadas por caldeados soplos. Empezaron también á superar suscitándose en otro tiempo las aguas, cuando según es fama sumergieron muchas poblaciones de hombres. Después, cuando alejada por alguna causa se desvió cuanta fuerza se había suscitado desde lo infinito, se detuvieron las lluvias y atenuaron su fuerza las corrientes.

XVII.— Pero voi á exponer sucesivamente cómo ese cúmulo de materia estableció el cielo, la tierra, las profundidades del ponto, el curso del sol y de la luna. Porque cierto, no se pusieron los diversos elementos de las cosas en orden ni por consejo alguno, ni por una mente sagaz, ni convinieron ciertamente en los movimientos que cada cual ejecutaria, sino que como muchos elemen-

tos de las cosas impulsados ya de muchas maneras por choques desde tiempos infinitos, perseveraron por su peso en agitarse vivamente y en juntarse de todas maneras y ensayar cuantas combinaciones pudieran ocasionar congregados entre sí, sucede por eso que exparcidos por luengos periodos y sufriendo todo género de agrupaciones y movimientos, se abocaron al cabo los que repentinamente acapreados constituyen á menudo los cimientos de los grandes cuerpos de la tierra, el mar y el cielo, y la raza de los vivientes.

XVIII.—No era dable por entonces distinguir el disco del sol volando en alto con abundosa lumbre, ni los astros del ancho cielo, ni el mar, ni el cielo, ni en fin la tierra y el aire, ni verse cosa alguna parecida á las nuestras, sino cierta época nueva y una mole desarrollada de principios del todo promiscuos cuya discordia, moviendo guerra, perturbaba sus intervalos, vías, conexiones, peso, choques, encuentros, movimientos, á causa de sus formas desemejantes y variadas figuras, tal que no podía ninguna desesa manera permanecer conjunta, ni comunicarse entre sí los movimientos convenientes. Las partes comenzaron á dispersarse en seguida y á adherirse las cosas iguales con sus iguales, y separaron el mundo repartiéndolo en secciones y disponiéndolo en grandes divisiones, esto es, segregando de la tierra el alto cielo, y al mar por separado para que se extendiera con su apartado líquido, y por separado también los limpios y apartados fuegos del éter.

XIX.—Porque en efecto al principio los varios cuerpos primitivos de la tierra, como eran pesados y enredosos, concurrían al centro y ocupaban todos el más bajo asiento; y cuanto más enredados unos y otros se apartaban, tanto más exprimían lo que produjo el mar, las estrellas, el sol y la luna, y las murallas del vasto mun-

do. Todos estos en efecto son de gérmenes más leves y redondos y de elementos mucho menores que los de la tierra. Así fué que el éter ignífero, rompiendo en partes de la tierra, se substrajo el primero por estrechas canales y extrajo consigo gran cantidad de fuego sutil; y no por mui diferente razón vemos á menudo, cuando al principio rojean aureos los matutinos rayos del rutilante sol en la hierba recamada por el rocío, y las lagunas y perennes ríos levantan una neblina, que la tierra misma parece humear en ocasiones; y cuando todo eso se incorpora arriba, entóldase el cielo con nubes que han tomado cuerpo hacia lo alto. Así por tanto el éter leve y difusible tomando entonces cuerpo combóse circundando por doquiera, y latamente difundido en todas y por todas partes limitó así todo lo demás con ávido abrazamiento. A esto siguieron los cimientos del sol y de la luna, cuyos globos giran entre una y otro por los aires, y á los que ni la tierra admítió ni el éter máximo, á causa de no ser tan graves que abajados se asentaran, ni tan livianos que pudiesen deslizarse por las más altas regiones; y sin embargo entre una y otro están de manera que hacen volver sus vivíficos cuerpos y quedan como partes del mundo entero; al igual que en nosotros pueden ciertos miembros permanecer en descanso cuando hay sin embargo otros que se mueven. Separadas por tanto esas cosas, la tierra se hundió de repente allí donde inmensa se extiende ahora la azulada región del ponto y abrevó las convacidades con la salada onda. De día en día, cuanto más obligaban á la tierra á un estrechamiento la estuosidad del éter en derredor y los rayos del sol por doquiera con frecuentes fustigaciones en los extremos bordes para que empujada hacia su centro fuera condensándose, tanto más la salada trasudación exprimida de su cuerpo, acrecentaba, manando, el mar y los anegados campos y poblaban lejos de la tierra las elevadas y fúlgidas moradas del cielo. Los campos se apla-

naban, las alturas crecían en erguidos montes; que en efecto ni podían asentarse los peñascos, ni deprimirse todas las partes en igual proporción.

XX.—Así pues, la pesadez de la tierra se cimentó en un cuerpo condensado, y todo ese como limo del mundo afluyó pesadamente hacia lo hondo y se asentó, como haz en lo más bajo; de ahí que el mar, de ahí que el aire, de ahí que el propio ignífero éter quedasen todos purificados, con sus cuerpos fluidos, unos más livianos que otros y que el éter, fluidísimo y levisimo, flote sobre las aéreas auras y no mezcle su fluido cuerpo al turbarse las auras del aire: deja todo esto resolverse en tremendos torbellinos, déjalo turbado por variables tormentas, y él mismo lleva sus fuegos deslizándose con invariable pujanza. En efecto, que el éter puede correr pesado y con aliento uniforme, indícalo el Ponto, mar que corre con invariable oleaje, guardando de continuo en el deslizarse un tenor uniforme.

XXI.—(Cantemos ahora cuál sea la causa de los movimientos de los astros. Desde luego, si el gran orbe del cielo gira, hemos de decir que sobre entrambas partes de los polos oprime un aire que se mantiene por defuera y lo cierra por ambos lados: luego sopla otro aire por arriba y endereza hacia el mismo punto donde ruedan centelleando los astros del eterno mundo; ó bien otro por debajo que cargue con el orbe en contrario sentido, como vemos los ríos voltear las ruedas y las norias. También puede ser asimismo que el cielo entero permanezca en descanso, mientras los lucientes signos sin embargo son transportados, bien porque están encerrados rápidos oleajes del éter, que buscando su camino giran en redondo y vuelven acá y allá sus fuegos por las celestes moradas de Sumano, bien porque soplando un aire de otra parte y de alguna parte exterior obrando hace volver eso fuegos, ó bien ellos mismos pueden arrastrarse

adonde les llama é invita á ir el alimento de cada cual, nutriendo acá y allá por el cielo sus encendidos cuerpos. Porque cuál sea lo que desto valga para este mundo, es difícil darlo por cierto; pero enseña lo que es posible ó aviene entre los varios mundos creados con varia traza en el seno del universo mundo, y sigo exponiendo las numerosas causas que puede haber para los movimientos de los astros en el seno del universo mundo, de las cuales una es sin embargo necesario que sea asimismo la causa que aquí imparta de los astros movimiento; mas precisar cuál dellas sea, no es del que paso á paso va investigando).

XXII.—Y para que la tierra descanse en la región media del mundo conviene que su peso se desvanezca poco á poco y decrezca y que haya debajo otra naturaleza desde el comienzo de los siglos conjunta y mancomunada con las partes aéreas del mundo, en las cuales vive enclavada. Por eso no se hace carga, ni oprime los aires; á la manera como en cada hombre no son de ningún peso sus miembros, ni se hace carga la cabeza para el cuello, ni en fin sentimos localizarse en los pies el peso entero del cuerpo, mientras que cualquier peso muy mucho menos á menudo que viene de fuera y nos es sobrepuesto nos daña. Hasta tal punto es de gran importancia lo que cumple á cada cosa. Así pues, la tierra no es cosa extraña traída de repente y arrojada de otra parte en un aire extraño, sino creada al igual desde el primo origen del mundo y parte determinada dél, como de nosotros se ven ser los miembros. La tierra, demás desto, sacudida repentinamente por grande trueno, sacude con una conmoción todo lo que sobre ella es; cosa que de manera alguna podría hacer, si no estuviera enlazada con las partes aéreas del mundo y con el cielo. Porque se adhieren entre sí por comunes raíces, conjuntos y mancomunados desde el comienzo de los siglos. ¿No ves también

como la levisima fuerza del alma sostiene nuestro cuerpo, de peso tan grande, á causa de que está tan conjunta y mancomunada? ¿Qué es, en fin, capaz de solevantar el cuerpo en ágil salto, sino la fuerza del espíritu gobernante de los miembros? ¿No ves ya lo que una tenue substancia llega á valer cuando está conjunta con un cuerpo pesado, como el aire conjunto con la tierra, y con nosotros el espíritu?

XXIII.—Ni puede el disco del sol ser mucho mayor, ni mucho menor su encendimiento que lo que parece ser á nuestros sentidos. Porque cualesquiera que sean las distancias desde las cuales los rayos puedan traernos luz y soplar en nuestros miembros cálido calor, nada substraen ellas, en esos intervalos, del cuerpo de las llamas, ni el fuego se contrae nada en apariencia. Así pues, como el calor del sol y su profusa luz llegan á nuestros sentidos y el lugar que fuere acarician, la figura y contorno del sol deben asimismo verse desde aquí como son, tal que no puedas poner nada de más o de menos. Quanto á la luna, ya sea llevada alumbrando el espacio con prestado fulgor ó que de su propio cuerpo despida su luz, sea como fuere, no se presenta con mayor tamaño que el que aparece ser en la que percibimos con nuestros ojos. Porque todos los objetos que divisamos apartados en lontananza al través de cuantioso aire se ven de confusa apariencia, antes bien que empequeñeciendo su contorno. Por lo cual es necesario que la luna, en cuanto que ofrece una imagen clara y una forma distinta, se vea por nosotros desde aquí sobre lo alto tal como ella se dibuja en su extremo contorno y cuan tamaña es. Por último, cualquiera de los luminares del éter que desde aquí ves, conviene saber que pueden ser algún tantillo menores ó en una exigua y corta proporción mayores, en cuanto que cualesquier fuegos que en la tierra percibimos parecen cambiar á las veces de uno ó de otro lado cier-

ta pequeñísima nonada cuanto más lejos distan y mientras es visible su centelleo y perceptible su encendido.

XXIV.—No es tampoco de admirar por cuál razón ese sol tan pequeño puede emitir una lumbre tanta, que regándose colma los mares, las tierras todas y el cielo, y lo baña todo con su ardiente calor. Porque puede que dél brote la única fuente abundosa y manifiesta y arranque la lumbre para todo el mundo, porque convergen así de dondequiera los elementos caloríficos del mundo todo y afluye así el cúmulo dellos, para de allí refluir el calor desde un solo foco. ¿No ves también cuán holgadamente riega á las veces un pequeño manantial los prados é inunda los campos? Puede asimismo que el calor de un no grande fuego del sol prenda el aire con cálida inflamación, si está acaso el aire de tal modo propicio é idóneo, que llegue á encenderse tocado con un pequeño calor; á semejanza de lo cual vemos á ocasiones que con una sola chispa gana una conflagración mieses y pajales. O quizá el sol que arde en lo alto con rosea luminaria posea en su alrededor abundante fuego de invisible inflamación, que no se señale con fulgor ninguno, de suerte que calorífico aumente tanto la acción de sus rayos.

XXV.—Ni se patentiza una explicación simple y cierta respecto de porqué el sol pasa de los puntos estivales al trópico brumal de Capricornio y revolviéndose de allí se vuelve á las metas solsticiales de Cáncer, ni de porqué se vé á la luna recorrer cada mes el espacio en que el sol consume en su curso la duración de un año. La causa simple, digo, de estas cosas no ha sido dada. Mas parece por de pronto que podría ser lo que establece el principio consagrado por un varón como Demócrito; que cuanto más cerca de la tierra está cualquier astro, tanto menos puede ser trasportado en el torbellino

del cielo: que se desvanece en efecto la rapidez de su fuerza, y su intensidad se disminuye hacia abajo, y que por eso el sol se atrasa poco á poco junto con los signos (a) que le siguen, en virtud de que está mucho más bajo que los ardientes signos. Y con mayor razón la luna: cuanto más abajada está su órbita lejos del cielo y más se aproxima á la tierra, tanto menos puede competir en su carrera con los signos. Así es que cuanto más lánguido es el torbellino en que es llevada más baja que el sol, tanto más los signos todos en derredor la sobrepujan y se le adelantan. Por eso sucede que parece revolverse ella á un signo cualquiera con más celeridad, porque los signos retornan hacia ella. Puede ser asimismo que de los lados transversos del mundo un aire puede soplar á tiempos fijos alternando con otro, de suerte que uno llegue á empujar el sol de los signos estivales hacia el trópico brumal y su intenso yelo, y otro que lo rechace de las sombras heladas del frío hacia los puntos caloríficos y los ardientes signos. Por un razonamiento igual se ha de colegir que la luna y las estrellas que describen largas órbitas en largos años, pueden andar á favor de aires de puntos alternantes. ¿No ves también como las nubes con vientos contrarios andan las inferiores hacia partes contrarias á las de las superiores? ¿Porqué podrán menos esas estrellas ser llevadas por los grandes círculos del éter á favor de oleajes contrarios entre sí?

XXVI.—La noche empero cubre los campos de ingente lobrete, ya porque el sol en su luenga carrera toca á lo último del cielo y lánguido exhala sus fuegos quebrantados en el viaje y extenuados en cuantioso aire, ya porque la misma fuerza que alzó su disco sobre la tierra, bajo la tierra lo obliga á cambiar su curso.

(a) del zodíaco.

XXVII.—También en un tiempo fijo exparce Leucotea por las regiones del éter la rosea aurora y extiende su claror, sea porque estando de vuelta el mismo sol de debajo de la tierra, se adelanta hacia el cielo y prueba á encenderlo con sus rayos, ó porque concurren fuegos y acostumbran confluír multitudes de gérmenes de ardor en tiempo fijo, que hacen que siempre se genere una nueva lumbre del sol; á la manera como se perciben, según es fama, fuegos errantes al romper el día desde el alto monte Ida, que luego se amontonan en una suerte de globo y componen un disco. Ni ha de ser sin embargo maravilloso en todo esto que esos gérmenes de fuego puedan afluir en un tiempo tan fijo y restaurar el brillo del sol. Mucho vemos en efecto que se cumple en tiempo fijo de entre todas las cosas. Los árboles florecen en tiempo fijo y en tiempo fijo se despojan de sus flores. No es menos imperiosa la edad para hacer caer los dientes en un tiempo fijo y barbar al impúber con un vello suave y hacer igualmente que una suave barba salga en las mejillas. Ultimamente, las centellas, la nieve, las lluvias, las nieblas, los vientos se suceden en no mui inciertas épocas del año. Porque adonde así fueron los primeros exordios destas causas y como acaecieron desde su primo origen las cosas del mundo, de hecho vuelven asimismo en consecuencias mediante un orden fijo.

XXVIII.—También puede que crezcan los días y mengüen las noches, ó se acorte la claridad cuando toman las noches incremento, porque recorriendo curvas desaparejas al mismo sol que está ahora arriba, ahora debajo de la tierra, parte las regiones del éter y divide su redondez en partes no iguales; y al restituirse repone á la contrária parte de aquella tanto de más cuanto substrajo de una ú otra parte, hasta que llega al signo del cielo donde el nodo del año iguala con los albores las nocturnas sombras. Porque al promediar su curso entre

el soplo del Aquilón y del Austro, el cielo corta con igual separación sus metas, á causa de la posición de todo el cerco estrellado, en el que serpeando el sol, cumple el espacio de un año, iluminando cielos y tierra con oblicuos rayos, cual lo declara la explicación de los que marcaron, dibujándolos con signos convenientes, todos los lugares del cielo. O por ser el aire más denso en determinadas partes, la trémula reverberación del fuego hesita así bajo la tierra y no puede penetrar fácilmente y hacer emersión en su nacimiento. Por eso las noches se demoran largas en la estación hibernal mientras vienen los claros esplendores del día. O también porque las llamas que hacen que el sol se eleve de un punto fijo acostumbran aunarse así ya más presto, ya más tarde, en épocas alternantes del año; por lo cual parecen decir lo cierto *los que hacen que siempre se genere una nueva lumbre del sol.*

XXIX.—La luna puede brillar herida con los rayos del sol y dirigir esa luz hacia nuestra vista cada día más y más á proporción que se aleja del disco del sol, hasta que opuesta á él, resplandece enteramente á plena luz y naciente ve,alzada por encima, el ocaso de aquel: después debe como ocultar su lumbre también poco á poco en retroceso, á medida que más cerca resbala, desde otra parte por el círculo de los signos, hacia el fuego del sol, como lo asientan los que suponen que la luna es semejante á una bola que endereza su camino por debajo del sol. Puede también que con luz propia pueda voltearse y mostrar diversas fases de iluminación. En efecto, posible es ya que haya otro cuerpo que sea llevado y á una se deslice, estorbándola y anublándola desta ó de aquella manera, sin que llegue á ser percibido por andar falto de luz. Y puede girar quizás como el cuerpo de una bola bañada en una de sus mitades con una luz brillante, y que girando el globo, muestre sus diferentes fases, hasta que vuelve ha-

cia nuestra vista y á los abiertos ojos la parte provista de fuegos, cualquiera que ella sea: después tuerce poco á poco en retroceso y subtrae la porción lucífera del conglomerado y la bola, cual pretende dello convencer la doctrina babilónica de los Caldeos contrariamente al sistema de los astrónomos que refuta; como si no pudiera avenir eso que una y otro combaten ó que hubiera porqué determinarte á abrazar éste menos que aquella. En fin, difícil sería enseñar con razones y convencer con palabras porqué no pueda una nueva luna siempre crearse con una fija sucesión de fases y con figuras fijas y que cada día fenezca la que ha sido creada y se reproduzca otra en el sitio y en lugar de aquella, cuando muchas cosas pueden ser creadas en un orden tan fijo. Viene la primavera y Venus, y antes se allega el de Venus alado mensajero; y sobre las huellas de Zéfiro la divina Flora, sembrando antes todo el camino, lo hinche de maravillosos tintes y aromas. A continuación sigue el árido calor y compañera en uno la empolvada Ceres y el soplo etesio del Aquilón. Luego viene el otoño y juntamente en adelante Evio y el evohé. Luego siguen otras mudanzas y vientos, el altisonante Vulturno y el Austro en centellas poderoso. Y á lo último trae el solsticio de invierno las nevadas y devuelve el aterido rigor: síguelo el invierno con cuyo frío castañetean los dientes. Con esto no es de admirar que una luna se genere en un tiempo fijo y en un tiempo fijo sea de nuevo destruida, cuando muchas cosas pueden cumplirse en tiempos tan fijos.

XXX.—También habrás de pensar asimismo que los eclipses del sol y las ocultaciones de la luna pueden realizarse por diferentes causas. Porque ¿cómo habría de privar la luna á la tierra de la lumbre del sol é interponerle su elevado rostro del lado de la tierra enderezando sobre los encendidos rayos su oscuro disco, que no se piense que pudiera hacerlo en el mismo tiempo

otro cuerpo que se deslice falto siempre de lumbre? ¿Y porqué no podría también el sol en un tiempo fijo despojarse amortecido de sus fuegos y restaurar su lumbre luego que ha atravesado por los aires lugares adversos á su llama, que hacen que se extingan y perezcan sus fuegos? ¿Y por qué siendo la tierra capaz de robar á su vez la lumbre á la luna y sobre esto mantener ella misma al sol sujetado, cuando aquella se desliza mensualmente por la cabal sombra del cono, sería en el mismo tiempo incapaz de pasar bajo la luna ó deslizarse sobre el disco del sol otro cuerpo que interrumpiera sus rayos y su profusa lumbre? Y sin embargo si la luna brilla ella misma con su esplendor, ¿porqué no llegaría á languidecer en cierto paraje del mundo mientras se sale de lugares hostiles á su lumbre propia?

XXXI.—Cuanto á lo demás, como ya explané de qué manera puede cada cosa realizarse en lo azul del cielo inmenso, cómo podemos conocer qué fuerza y causa impulsan los diversos movimientos del sol y los pasos de la luna, y de qué modo pueden faltos de lumbre ocultarse y cubrir la tierra de imprevistas tinieblas cuando, cual si parpadearan y abrieran de nuevo los ojos, examinan todos los sitios alumbrados con su clara luz, torno ahora á la infancia del mundo, á las tiernas campiñas de la tierra y á lo que en clase de recientes producciones determinaron alzar primero en los confines de la luz y someterlo á los variables vientos.

XXXII.—Al principio dió la tierra los géneros de las yerbas y el verde esplendor en torno á los collados y por los campos todos: floridos prados resplandecieron con reverdecientes colores y en seguida fué dado á árboles diversos una gran rivalidad en el crecer sin rienda por los aires. Así como las plumas, el vello y las cerdas nacieron al principio en los miembros de los cuadrúpedos y el cuerpo de los pájaros, así la tierra enton-

ces nueva levantó desde luego yerbas y matorrales, y á continuación creó numerosas razas mortales desarrolladas de muchas maneras y con varia traza. Porque ni los animales pueden haber caído del cielo, ni los que son terrestres haber salido de las saladas marismas. No hay sino la tierra que con razón merezca la denominación de madre, puesto que de la tierra ha sido todo creado. Aún todavía se procrean animales muchos de la tierra, modelados por las lluvias y el cálido calor del sol: con que es menos sorprendente que entonces se desarrollasen ellos más copiosos y más grandes madurando en una tierra y éter recientes. Al principio la raza de las aves y los varios seres colátiles abandonaban sus huevos desalojados en tiempo primaveral, como ahora dejan espontáneamente en el estío sus tenues envolturas las cigarras, para solicitar su subsistencia y su vida. Entonces le ofreció la tierra por primera vez las mortales razas. Abundaba en efecto en las campiñas mucho calor y humedad. Cuando algún sitio se presentaba para ello oportuno, se criaban matrices adheridas á la tierra por raíces, y en cuanto á aquellas abría en cumplido tiempo el hervor de las criaturas que evitaban la humedad y buscaban el aire, dirigía allí la naturaleza los conductos de la tierra y en las abiertas venas hacía derramarse un jugo semejante á la leche, así como ahora la hembra cuando pare se llena de leche generosa, porque toda esa ola nutritiva afluye hacia los pechos. El suelo ofrecía mesa al recién nacido, el calor vestido, la yerba copiosa y abundante en blando vellón, el lecho. Empero la infancia del mundo no provocaba los fríos rigurosos, ni la excesiva estuosidad, ni los vientos de grandes fuerzas. Todo en efecto va creciendo al igual y cobra robustez.

XXXIII.—Por esto ha la tierra ganado una y otra vez merecidamente la denominación de madre, porque ella misma creó el género humano y en una época más

o menos fija exparció todo sér animal que yerra acá y allá por los dilatados montes y juntamente las aéreas aves de variantes formas. Mas como algún límite debe tener en producir, detúvose como una mujer fatigada por añosa carrera. La edad en efecto modifica la naturaleza del mundo entero; que todo ha de pasar de una situación á otra y ninguna cosa permanece parecida á sí misma: todo transmigra, todo lo conmuta la naturaleza y lo obliga á trocarse. Porque lo uno se repudre y débil languidece con la edad, al paso que lo otro se ilustra y se levanta del polvo. Así pues, la edad modifica la naturaleza del mundo entero y la tierra pasa de una situación á otra: lo que podía, no le es dado, para que pueda lo que antes no sobrellevó.

XXXIV.—Y esforzose entonces la tierra de crear también monstruos desarrollados con espantable catadura y miembros: el andrógino, neutral entre ambos sexos y de ambos apartado: parte privados de piés, á las veces desprovistos de manos: halláronse también mudos, sin boca, ó ciegos, sin faz, ó aprisionados con la soldadura de sus miembros por todo el cuerpo de suerte que no podían ejecutar cosa, ni ir hacia ningún lado, ni precaverse del mal, ni alcanzar lo que habian menester. Creaba otros monstruos y portentos deste género; mas inútilmente, pues la naturaleza les negó el crecimiento y no pudieron tocar la anhelada flor de la edad, ni deparar su alimento, ni juntarse por las artes de Venus. Vemos con efecto que han de concurrir múltiples circunstancias en las cosas para que puedan ellas producir las razas y propagarlas: primero, que haya alimento; después, medio por el cual puedan los gérmenes genitales de los órganos manar, de los desmayados miembros; y para que la hembra pueda ayuntarse al macho, que se tenga con qué cambiar entre sí mutuos goces por uno y otro.

XXXV.—Y necesario es que muchas razas de animales entonces pereciesen, que no pudieron procrear su prole y propagarla. Porque cuanto vez nutrirse en las auras vitales, la astucia, ó la fuerza ó en fin la ligereza lo protegió desde el comienzo de los siglos, conservando la estirpe. Y muchas hay que entregadas á nuestro amparo, por su utilidad subsisten á nosotros recomendadas. Desde luego la estirpe violenta é implacable raza de los leones hala protegido su valentia, al zorro la astucia, al ciervo la fuga. Mas el natural vigilante del perro, de fiel índole, y todas las especies que proceden de semilla acemilar y el ganado lanar juntamente y la boyuna raza, todas han sido entregadas, oh Memio, al amparo de los hombres. Porque huían ansiosas de las fieras y persiguieron la paz y un holgado alimento producido sin su trabajo, premio que les acordamos por causa de sus servicios. Mas aquellos á quienes la naturaleza no concedió nada desto, que no pudieron vivir por su propia cuenta, ni rendirnos alguna utilidad por la cual sufriésemos que su estirpe se sustentase protegida con nuestra defensa, esos todos á la verdad, embarazados en sus fatales trabas, yacian como presa y botín de otros, hasta que la naturaleza obligó esa estirpe á perecer.

XXXVI.—Mas ni los Centauros existieron, ni en tiempo alguno podrá haberlos, conformados con doble naturaleza, con dos cuerpos y con miembros heterogéneos, tal que la acción de aquí y de allí y la fuerza no puedan ser bastante iguales. Esto es fácil entender por lo que sigue aún por una inteligencia obtusa. Desde luego, alrededor de tres años está el fogoso caballo en su lozanía: no así el niño que á menudo busca entonces soñoliento el pecho de la madre. Después, cuando flaquean las potentes fuerzas del caballo y sus miembros con la vejez escapándose una vida languideciente, entonces precisamente la juventud se inicia para ese niño en edad

florecente y cubre sus mejillas de una suave lanosidad; por que no creas tal vez que puedan Centauros formarse, ni que vivan, del hombre y de la equina semilla de los caballos, ó bien Escilas de cuerpos anfibios y rodeadas de rabiosos canes, y otras cosas de su género, cuyos miembros vemos que son discordantes entre sí; las cuales ni florecen al par, ni adquieren la robustez de sus cuerpos, ni la desechan en su edad senil, ni tienen incentivos de amor análogos, ni se acuerdan en sus hábitos, ni tienen para sus órganos los mismos placeres. Porque puede verse á menudo como á las barbadadas cabras engorda la cicuta, que es tósigo violento para el hombre. Y si por cierto suelen tostar las llamas y quemar tanto los cuerpos rojizos de los leones como todo género de vísceras y sangre cualquiera que sea que sobre la tierra exista, ¿cómo podría ser que la Quimera, una y triple en su cuerpo, delante león, atrás dragón y en medio ella misma, exhale por la boca abrasadoras llamas de su cuerpo? Por lo mismo, quien finje que en una tierra nueva y un suelo reciente han podido tales animales engendrarse, porfiando en este solo vacío término de novedad, está en el caso de charlar sobre muchas cosas de semejante traza y dirá entonces que ríos de oro corrían de ordinario por las comarcas, y que era cosa habitual que floreciesen los árboles con pedrerías, ó que el hombre nació con tanta enormidad en sus miembros, que podía pasar á pié tras los hondos mares y dar vueltas con sus manos en torno suyo á todo el cielo. Pues por haber habido muchos gérmes de las cosas sobre la tierra en el tiempo en que ella produjo por primera vez los animales, no hay sin embargo indicio de que las bestias hubiesen podido ser creadas entre sí promiscuas y soldados los miembros de los animales, por cuanto que las stirpes de las yerbas y mieses y los lozanos árboles, que aún todavía salen abundantes de la tierra, no pueden con todo nacer incorporados unos con otros, sino que

cada cosa proviene según su usanza y todas guardan diferencias por un orden fijo de la naturaleza.

XXXVII.—Empero ese género humano de los campos era mucho más recio, cual convenía, puesto que una recia tierra lo crió, apoyado en mayores y más sólidos huesos y dotado de poderosos ligamentos entre sus carnes para que no se resintiese fácilmente de la estuosidad y el frío, ni de los cambios de alimentación, ni de achaque alguno del cuerpo. Y durante muchas de las revoluciones del sol que cruzan por el cielo pasaban la vida según la manera vagarosa de las fieras. Ni existía algún robusto conductor del corvo arado, ni se sabía labrar los plantíos con el hierro, ni trasplantar terrenos retoños en la tierra, ni podar con hoces las ramas cascadas de los altos árboles. Lo que el sol y las lluvias aparejaban, lo que de sí daba el suelo, era don bastante á colmar los corazones. Las más de las veces regalaban su cuerpo entre las glandíferas encinas; y los madroños que hoi miras en la época del invierno madurar con roja color, entonces daba la tierra mui muchos y también más gruesos. Y fuera desto muchos ásperos alimentos trajo entonces la floreciente juventud del mundo, profusos para el mismo mortal. A apagar empero la sed convidaban los ríos y las fuentes, como la corriente de agua de elevados montes llama ahora resonante las sedientas razas de las fieras desde lejos. Errantes en fin, acogíanse á los silvestres y conocidos parajes de las ninfas, de los cuales sabían que brotaban manantiales cuya escurridiza y copiosa corriente bañaba los húmedos peñazcos —los húmedos peñazcos, que dejan caer gota á gota sobre el verde musgo el agua que otras veces mana y bulle á campo abierto. Aún no sabían aderezar objetos con el fuego, ni hacer uso de las pieles y vestir su cuerpo con los despojos de las fieras, sino que vivían en los bosques, en los huecos de los montes y en las selvas, y en los matorrales escondían sus desaliñados cuer-

pos, forzados á evitar el azote de los vientos y los turbiones. Ni podían considerar el bien común, ni sabían hacer uso unos con otros de costumbre alguna, ni de leyes. La presa que á cada quien deparaba la fortuna era por él retenida, enseñado de suyo cada cual á ingeniar-se y vivir para sí propio. Y Venus ayuntaba en los bosques los cuerpos de los amantes, pues á cada una se la granjeaban el mutuo deseo, ó la violencia del varón y su vehemente lascivia, ó la recompensa de bellotas y madroños ó alguna pera selecta. Y confiados en la maravillosa energía de sus brazos y piernas, perseguían las montaraces razas de las fieras con piedras arrojadizas y con la gran pesadumbre de las clavas. A muchas avasallaban y de pocas se guardaban en escondites; semejantes á cerdosos jabalies extendían sin más ni más desnudos sobre la tierra sus incultos miembros, cogidos por la noche, cubriéndose en un lado de hojas y follaje. Ni con grandes plañidos procuraban pávidos por los campos la alborada y el sol, perdidos entre las sombras de la noche, sino que aguardaban callados, sumidos en el sueño, á que el sol con su rosea antorcha introdujese su lumbré en el cielo. Porque avezados en efecto á ver desde niños producirse alternativamente las tinieblas y la luz, no podía nunca suceder que se espantasen, ni sospechasen que una eterna noche se apoderara de la tierra, sustraída á perpetuidad la lumbré del sol. Más era con frecuencia de mayor cuidado el que al mísero volvían inquieto su descanso las razas de las fieras; y expulsados de su albergue, abandonaban su roqueño techo al aproximarse un espumajeante jabalí ó un poderoso león; y en noche intempesta cedían aterrados á sus implacables huéspedes los lechos aderezados con follaje.

XXXVII.—Ni abandonaba entonces mucho más que ahora la raza de los mortales el dulce destello de una deleznable vida. En efecto especialmente atrapado entonces uno ú otro dellos, suministraba á las fieras pasto

viviente, devorado por sus mandíbulas, y poblaba los bosques, los montes y las selvas con sus alaridos, viendo sepultar sus carnes palpitantes en una palpitante huesa. Y los á quienes la fuga salvaba, con el cuerpo dilacerado y cubriendo con sus manos temblorosas las horribles heridas, más tarde llamaban con temerosos gritos el Orco, hasta que indecibles torturas los despojaban de la vida, destituidos de socorro é ignorantes de lo que requiriesen las heridas. No daba empero un solo día á la perdición muchos miles de hombres conducidos bajo una enseña, ni la turbada llanura del ponto estrellaba naves y hombres contra las rocas. Entonces el mar se enfurecía á menudo suscitándose inconsiderada, inmotivada, inútilmente, y blando deponía sus vanas amenazas; ni podia la perfidia de una plácida mar atraerse engañosa á ninguno hacia una fraude con risueñas ondas cuando yacía en tinieblas el improbo arte de la navegación. Entonces la carestía de alimentos enviaba macilentos cuerpos al sepulcro: ahora al contrario nos ahoga la abundancia. Inexpertos los de entonces, preparábanse con frecuencia á si mismos un veneno: ahora con más destreza lo dan á sus propias nueras.

XXXIX.—Luego, cuando prepararon cabañas, pieles y fuego, y la mujer unida al varón le siguió á un *domicilio y los deberes sociales del tálamo por ambos* fueron conocidos y vieron nacer dellos una prole, empezó entonces á molificarse por primera vez el género humano. El fuego en efecto motivó que los friolentos cuerpos no pudiesen ya soportar el yelo bajo la techumbre del cielo: Venus descabaló la energía y los hijos con sus caricias quebrantaron fácilmente el soberbio genio de sus padres. Comenzaron á cultivar entonces las amistades los vecinos entre sí aspirando á no dañar ni maltratarse; y con voces y gestos se recomendaron sus mujeres y sus hijos, expresando en un lenguaje rudimentario que era justo que todos hubiesen compasión de los débiles. Ni podia sin

embargo producirse toda suerte de concordia; mas la mayor y mejor parte guardaron de buena fé el pacto; que de nó, ya el género humano hubiera todo perecido y no habria su progenie logrado reproducir su raza hasta ahora.

XL.—Empero la naturaleza movió á emitir los variados sonidos del lenguaje, y la conveniencia sacó nombres para las cosas, no por mui otra arte que como se ve á la torpeza misma de la lengua instigar á los niños hacia el gesto, cuando hace que muestren con el dedo lo que tienen ante sí. Cada quien en efecto siente hasta dónde puede usar de sus facultades. Antes que los nacientes cuernos despunten al becerro en la frente embiste con ellos al airarse y acomete irritado. Los cachorros de las panteras y los leoncillos resisten ya desde luego con sus garras, zarpas y dentelladas, cuando apenas se forman sus dientes y sus uñas. Toda casta de ave, en fin, vemos que está confiada en sus plumas y que demandan de sus piñones su trémula asistencia. De ahí que sea desatino pensar que alguien distribuyó entonces nombres á las cosas y que de seguidas se aprendieron los hombres los primeros vocablos. Porque ¿cómo pudo ese tal designarlo todo con voces y emitir los variados sonidos de la lengua, que no se suponga que otros pudiesen hacerlo al propio tiempo?. Fuera desto, si los demás no habían asimismo usado palabras entre sí, ¿de dónde se le gravó la prenoción de su utilidad y de dónde le fué dada á ese la primitiva facultad de entender lo que quisiese hacer y de verlo en su espíritu?. Obligar también uno solo á muchos y domeñar los sometidos para que se determinasen á aprender los nombres de las cosas, bien no lo podía. Ni es fácil enseñar por ningún respecto y persuadir á sordos á que hagan lo que es menester, ni tampoco lo sufrirían, ni por ningún respecto convendrían en que sonidos no escuchados de voces molestasen con mucho inútilmente sus oídos. Por último, ¿qué tan sorprendente

sería en este asunto que el género humano, en quien prevalece la voz y la lengua, según sus diferentes sensaciones señalar las cosas con voces diferentes, cuando las enmudecidas bestias, cuando las razas en fin de las fieras suelen proferir diversos y variados sonidos cuando han miedo ó dolor ó cuando les colma ya el regocijo? Porque efectivamente puede eso reconocerse en hechos manifiestos. Cuando la ancha húmeda boca de los irritados perros molosos vibra en un principio y sus duros dientes descubre contraída por la rabia, amenaza con mui otro sonido que cuando ladran y llenan el aire con sus gritos. Y cuando con la lengua ensayan á lamer blandamente sus cachorros ó cuando los sacuden con las manos ó intentando morderlos simulan, conteniendo los dientes devorarlos con dulzura, acaricianlos con un gáñido que suena de mui otra manera que cuando aullan abandonados en las casas ó cuando, sumiso el cuerpo, evitan los golpes gimiendo. Y luego ¿no se ve que difiere también el relincho del caballo nuevo al irritarse en la flor de la edad entre las yeguas hostigado por el aguijón del alado Amor, ó al excitar hirviente, dilatados los ollares, al arma, y cuando en parecidas circunstancias relincha sacudiéndose sus miembros? Por último, la casta de los volátiles y las diferentes aves, los gavilanes y quebrantahuesos, los mergos que buscan el sustento y la vida en lo salado de las marinas ondas, lanzan en diferentes ocasiones gritos mui distintos de los que usan cuando se disputan la comida ó defienden la presa. Y en parte modifican sus roncós chillidos á una con el tiempo, como la vetusta raza de las cornejas y las bandadas de cuervos, cuando se dice que demandan el agua y las lluvias y que llaman á las veces los vientos y las brisas. Luego si las diferentes sensaciones obligan á los animales enmudecidos y todo cual son, á emitir sonidos diferentes, cuánto más razonable no será que los mortales hayan

podido entonces señalar las cosas desemejantes con esta ó aquella voz!

XLI.—(El rayo —porque no te lo preguntes á esto— fué el que primero trajo á la tierra el fuego para el mortal, y todo ardor de llamas se exparcio de allí. Vemos en efecto abrasarse numerosos objetos bañados por celestes llamas, cuando los provee de calor un choque de lo alto. Sin embargo, cuando algún árbol coposo bamboleante, empujado por los vientos y restregado contra los ramos de otro, se calienta, exprímese el fuego estrujado con la poderosa fuerza y á veces centellea el hirviente ardor de la llama cuando se frotan entre sí unos con otros los ramos ó tallos. Uno ú otro caso pudo deparar el fuego a los mortales. Después deso, les enseñó á cocer sus alimentos y ablandarlos con el calor de la llama el sol, así como observaron que muchas cosas se sazonzaban por los campos sojuzgadas por la acción de sus rayos y estuosidad.

XLII.—De día en día aquellos que descollaban por su ingenio ó prevalecían por su valor enseñaron benévolos á reemplazar con nuevos usos la anterior vida y subsistencia. Comenzaron los reyes por construir ciudades y establecerse un alcázar, fortaleza y refugio para ellos mismos, y repartieron las greyes y los terrenos dándolos á cada cual en consideración á su semblante, á su fuerza y á su ingenio; porque el semblante y la prevalencia de fuerzas eran tenidos en mucho. Después se inventó la riqueza y se descubrió el oro, que disputó sin trabajo el merecimiento á los fuertes y bien parecidos; porque las más de las veces siguen el partido, cualquiera que sea, del más rico los que fueron dotados de un cuerpo recio ó hermoso. Que si hubiera alguno de arreglar la vida conforme a la recta razón, la mayor riqueza para el hombre es vivir con templanza y ecuanimidad, pues en efecto no hay jamás penuria en lo poco. Mas los hom-

bres gustaron de la celebridad y el poder para establecer su fortuna en sólidas bases y poder vivir la placentera vida del opulento; todo en balde, porque luchando por apoderarse del más alto honor, hicieron del camino una adversa senda, y con todo, de lo más alto, como con el rayo, los trastumban á veces ignominiosamente al negro Tártaro los tiros de la envidia; porque las más de las veces lo más alto y cuanto sobrepuja á lo demás es, como por obra del rayo, inflamado por la envidia, de suerte que es mucho más satisfactorio obedecer con sosiego que querer gobernarlo todo con autoridad y poseer reinos. Déja por esto que atareados en vano suden sangre luchando en el estrecho sendero de la ambición, siendo así que aprenden por boca ajena y se dan á empresas más por lo que oyen que por sus propios sentimientos; lo cual no es más corriente ahora, ni lo será todavía, que lo que antes fué.

XLIII.—Con esto, cuando se mató a los reyes, la pristina majestad de los tronos yacía volcada y los soberbios cetos; y ensangrentada á los pies del vulgo la esplendorosa divisa de la testa soberana, deploró su grande honor; porque se suele apasionadamente pisotear lo antes temido en demasía. Así andaban las cosas en la mayor confusión y desorden, queriendo cada cual para sí el mando y el imperio. De resultas, algunas enseñaron á crear magistrados y dictar ordenanzas para que se quisiese hacer uso de las leyes. Porque cansado de pasar la vida entre violencias, el género humano se debilitaba en disenciones, con lo que más de grado se doblegó á las leyes y las estrictas ordenanzas. Como en efecto cada quien movido por la ira, se preparaba á vengarse con más saña que lo que es ahora permitido por leyes equitativas, pesábale por eso á los hombres pasar la vida entre violencias. Hé aquí como el temor del castigo enturbia los dones de la vida. La violencia y el daño traban á quienquiera y de ordinario rebotan sobre aquel de quien sa-

liceron, no siendo fácil pasar una vida plácida y tranquila al que viola con sus hechos la convenida alianza de la paz. Y aunque engañe á la divinidad y al género humano, ha de desconfiar sin embargo de que todo quede por siempre en oculto, pues que sabido es que hablando á menudo en sueños ó divagando cuando enfermos, muchos se han hecho traición poniendo á descubierto sus secretas tramas y delitos.

XLIV.—Ahora, cuál causa sea la que divulgó en grandes naciones el culto del numen de los Dioses y llenó de aras las ciudades é instituyó los ritos solemnes aceptados — ritos hoy florecientes en grandes acaecimientos y lugares, de lo cual se asienta aún todavía en los mortales un temor que levanta á los Dioses en toda la redondez de la tierra nuevos santuarios y obliga á concurrirlos en días de fiesta — no es tan difícil razonarlo con palabras. Porque efectivamnete divisaban ya entonces los mortales, estando en vela sus mentes, nobles semblantes de divinidades, y con mas maravilloso aumento de cuerpo durante el sueño. A éstas atribuían sensibilidad por el hecho de que las veían mover sus miembros y proferir voces imponentes en proporción á su faz venerable y considerables fuerzas. Concedíanles una eterna vida, porque siempre se renovaban los semblantes dellas, y sus formas perduraban, y aún sin esto, porque pensaban que dotadas por entero de tales fuerzas no podían ser inconsideradamente vencidas por fuerza alguna. Y pensaban por esto que aventajaban muchísimo en su ventura, porque nunca el miedo de la muerte afligía á ninguna dellas y que juntamente las veían en sueños realizar numerosas y prodigiosas cosas sin que dello recibiesen fatiga alguna. Demás desto, veían sucederse en un orden fijo las disposiciones del cielo y las diversas estaciones de cada año, sin poder conocer á cuales causas de ello se debía. Quedábales, pues, el recurso de entregarlo todo á las divinidades y hacer que todo se modificase con el asenso

dellas. Y colocaron las mansiones y estancias de los Dioses en el cielo, porque es en el cielo donde se ven suceder la luna y la noche, el día y la noche y las de la noche melancólicas constelaciones, noctivagos luminares del cielo, errantes exhalaciones, nubes, sol, lluvias, nieve, vientos, rayos, granizo, secos estallidos y profundas amenazas del trueno.

XLV.—Oh infeliz género humano, que tales hechos atribuye á las divinidades y tan acerbos vicios les apropia! Cuántos lamentos con ello se ha forjado él para si mismo, cuantas lacerías para nosotros, qué de lágrimas para nuestros hijos! Ni es piedad aparecer á menudo con la cabeza velada y girar hacia una piedra (a) y acercarse á todos los altares, ni inclinarse postrado en tierra y extender las manos ante las imágenes de los Dioses, ni rociar las aras con abundante sangre de animales, ni encadenar promesa tras promesa, sino más bien poder contemplarlo todo con una mente tranquila. Porque cuando elevamos la mirada á las moradas celestiales del vasto mundo y al éter inmóvil sobre las fulgurantes estrellas y nos viene á la mente el curso del sol y de la luna, en el corazón comienza entonces á alzar asimismo su testa al despertar, esa inquietud ahogada con otros males: la de que haya acaso un poder inmenso de los Dioses que haga girar los argentados astros con variados movimientos. La pobreza de la razón tienta en efecto la indecisa mente acerca de cuál fué el principio generador del mundo y al mismo tiempo cuál será el fin, hasta donde puedan conllevar esta labor de continuo movimiento las murallas del mundo, ó si privilegiadas por la divinidad con un eterno bienestar pueden, deslizándose en un continuo tracto de siglos, menospreciar las potentes fuerzas de una inmensa duración. Fuera desto, ¿á quien no se le estrecha el espíritu con el temor de los Dioses, á quien no le retiembla el cuerpo de espanto cuando la tostada tierra se extremece con el horrible choque del rayo y discurren

las detonaciones por el ancho cielo? ¿No tiemblan las gentes, los pueblos, y á los orgullosos reyes no se les sobrecojen los miembros impresionados con el temor de las divinidades, porque puede que esté cumplido el gravoso tiempo de pagar la pena por alguna mala acción ó una insolente blasfemia? Y cuando la extrema fuerza del poderoso viento en el mar barre por sobre la llanura líquida al general de una armada junto con sus poderosas legiones y elefantes ¿no pide con votos el sosiego á los Dioses, no ruega pávido con preces por la calma de los vientos y una brisa favorable, todo en vano, pues no por eso es menos llevado á los escollos del no sér, cogido á menudo en un violento torbellino? Tal pisotea las humanas cosas cierta fuerza oculta, viéndosela hollar y convertírselas en juguete las vistosas fascas y temibles segures. Ultimamente, cuando la tierra entera vacila bajo nuestros pies y caen las ciudades sacudidas ó amenazan ruina, ¿qué de extraño es que las mortales razas se tengan en poco y conserven en las cosas grandes potestades y prodigiosas fuerzas de las divinidades que todo junto lo gobiernen?.

XLVI.—Cuanto á lo demás, fué descubierto el cobre y el oro y el fierro, lo mismo que la pesadez de la plata y la virtud del plomo, cuando ardoroso quemó el fuego vastas selvas en los grandes montes, ya mediante un rayo enviado del cielo, ó bien porque al moverse guerra unos con otros en la floresta, se metía fuego para espanto del enemigo, ó bien porque inducidos por la bondad del terreno quisieron despejar fértiles campos y hacer de la heredad un pasturaje, ó por matar las fieras y enriquecerse con la presa. Porque primero se empezó a cazar

(a) Los romanos oraban con la cabeza cubierta. El suplicante recitaba sus preces teniendo la imagen á la derecha: concluidas aquellas, giraba á su derecha y enfrentándose á la imagen se prosternaba.

con la trampa y con el fuego que á cercar con redes un soto y azuzar los perros. Sea como fuere, por cualquier causa que la conflagración haya devorado con horrible estrépito las selvas hasta en las hondas raíces y calcinado la tierra con su fuego, manaba en derretidas venas hacia los lugares huecos de la tierra un arroyo de plata y oro, como también de cobre y plomo. Y cuando esto vieron solidificado más tarde, reluciendo en el suelo con vistosa color, recogieronlo seducidos por el nítido y terso atractivo y veían que estaba conformado con una figura semejante á la de los vestigios de las cavidades que lo habian contenido. Entonces entendieron que derritiéndolo con el calor podrian vaciarlo bajo cualquier forma y modelo de los objetos, y á derechas, que amartillándolo podrian reducirlo á un aguzado filo, más ó menos cortante y adelgazado, que les procurara útiles para rozar las selvas, labrar la madera, alisar las vigas, y también ahuecar, excavar y perforar. Y no se aprestaban menos á hacer esto primero con la plata y el oro que con la intensa fuerza del válido cobre; más en vano todo, porque cedía vencida su resistencia sin poder sufrir al igual una dura labor. Entonces tuvo el cobre más valor y estaba el oro postergado á causa de su ninguna utilidad, amellándose en un filo romo. Ahora es el cobre postergado y el oro ha escalado el honor supremo. Así trueca la sucesión de las épocas el tiempo de cada cosa. Lo que fué en estima, se hace al fin de ningún mérito: otro objeto viene á sucederlo y se levanta del polvo, de día en día gana reputación y el descubrimiento prospera en alabanzas y entre los mortales tiene maravilloso honor.

XLVII.—Ahora te es fácil reconocer, oh Memio, por tí mismo de qué manera fué descubierto el fierro. Las antiguas armas fueron las manos, uñas y dientes y las piedras y también palos arrancados de las selvas, y la llama y la candela tan luego como fueron conocidas. Más tarde se descubrió el hierro y el cobre. Habíase co-

nocido el uso déste antes que del hierro, por ser de condición más manejable y mayor su abundancia. Con el cobre trabajaban la superficie de la tierra, con el cobre resolvían la ola de la guerra y sembraban anchas heridas y arrebatában ganados y campos, pues todos los que se encontraban indefensos é inermes cedían fácilmente á los armados. Después apareció poco á poco la férrea espada, y el modelo de la hoz de bronce fué echado en menosprecio, comenzando á abrir el seno de la tierra con el hierro, y se igualaron así los encuentros de la incierta guerra. Y primero fué el montar los combatientes en el lomo del caballo y sujetarlo con riendas y manejarlo con la diestra que tentar los peligros de la guerra sobre un carro de dos caballos. Y primero fué el uncir de las bigas que el de las de dobles pares de caballos y que el subir combatientes en carros falcados. Luego enseñaron los cartagineses á los lucanos bueyes, de cuerpo torreado, diformes, con una mano serpentina, á soportar las heridas de la guerra y á desordenar las extensas filas de Marte. Deste modo produjo unas cosas de otras la triste Discordia, para hacerse horrible á las humanas gentes puestas en armas, y de día en día fué añadiendo mejoras a los terrores de la guerra.

XLVIII.—Ensayaron también los toros en el servicio de la guerra y probaron á dirigir contra el enemigo feroces jabalíes. Otros pusieron á su frente poderosos leones á cargo de conductores armados é inflexibles domadores, que pudieran domeñarlos y sujetarlos con cadenas; en vano todo, pues empeñada la lucha desordenaban sin distinción las tropas, enardecidos y rabiosos, sacudiendo por doquiera sus pavorosas melenas; ni podían los ginetes aplacar el ánimo de los caballos, sobresaltado con los rugidos, ni volverlos con la rienda sobre el enemigo. Las irritadas leonas lanzaban por doquiera su cuerpo de un salto y atacaban al rostro de los que llegaban, alcanzando á alguno inopinadamente por la espalda, y arrollándo-

los los echaban por tierra rendidos á las heridas; y clavando en ellos potentes dentelladas y sus corvas uñas, abatíanlos malheridos. Los toros arrojaban á los suyos y los aplastaban con los pies y á cornadas abrían los costados y vientres de los caballos y escarbaban la tierra con frente amenazante. Cuanto á los jabalíes, devastaban á los compañeros con sus poderosos colmillos, enrojando rabiosos con su sangre los quebrados dardos, enrojando con su sangre los dardos rotos en su cuerpo y produciendo una confusa destrucción de infantes y ginetes. Porque los caballos evitaban de través los feroces colmillos que se avanzaban ó encabritados llevaban al aire sus manos; todo en vano, pues hubiéralos visto desjarretados caer y estremecer la tierra con pesada caída. Si antes se les creía bastante domesticados, mirábanseles enardecerse al ponerse en acción con las heridas, el clamor, la fuga, el terror, el tumulto, y no podían reducir parte ninguna dellos: desmandábase en efecto la estirpe toda de las fieras, cual ahora se desmandan á menudo los bueyes lucanos, heridos malamente á hierro, después de hacer estragos muchos en los suyos; *si sucedió que lo hicieran, apenas concibo que no llegaran á presentir en su ánimo y á ver el mal común y el futuro estrago antes que resultara; y más bien podrías insistir en que eso se realizó en el universo mundo, en varios mundos creados con vario propósito, que en cualquier orbe terrestre único y determinado; mas ello quisieron, hacer no tanto con la esperanza de vencer, sino con la de dar porqué afligir al enemigo sacrificándose ellos mismos, cuando desconfiaban de su número y en armas escaseaban.*

XLIX.—Antes que la ropa tejida existió un vestido atado. Los tejidos fueron después del fierro, puesto que con hierros se fabrican las telas; que de otra manera no podrían producirse cosas tan pulimentadas como cárcolas, husos, lanzaderas y sonoros canutillos. La naturaleza obligó al varón antes qué á la mujer á manufacturar

la lana, porque él se adapta mejor a la industria y es mucho más hábil el sexo masculino: al fin reconvínole tanto el zafio labrador, que de buen grado abandonó ello á femeniles manos, para soportar al par duros trabajos y en la dura faena endurecer sus manos y sus miembros.

L.—Fué la misma naturaleza creadora de las cosas la que primero dió origen al arte de plantar é ingertar, con el hecho de caer de los árboles bayas y bellotas que á su tiempo producían al pié una almáciga de renuevos; de donde plugo ingertar también especies en los troncos y trasplantar por los campos tiernos retoños en la tierra. Desta manera se ensayaba una y otra vez el cultivo del grato terruño y observaban que la tierra mejoraba los frutos silvestres cuidándolos y cultivándolos con esmero. De día en día obligaron á las selvas á retirarse más hacia las montañas, para reservar los lugares bajos á los plantíos y poseer praderas, lagunas, riachuelos, mieses y risueños viñedos en los collados y llanuras y para que pudiese interponerse una hilera de separación de azulados olivos exparcidos en los montecillos, valles y llanuras, tal como vez que están ahora matizados con vario atractivo todos los sembrados intervalos, que exornan con agradables árboles frutales y tienen cercados á la redonda con bien escojidas plantas.

LI.—Mas el imitar con la boca los tersos gorjeos de los pájaros fué mucho antes de que los hombres pudiesen entonar bellas poesías con el canto y halagar los oídos. Y los silbidos del zéfiro en las huecas cañas enseñaron primero al campesino á tocar el ahuecado caramillo. Después aprendieron por grados esas suaves querellas que vierte la flauta manejada por los dedos de los que la tocan, que se escuchan en recónditos boscajes, sotos y florestas, en inhabitados refugios de los pastores, sitios bien hallados de su descanso. Todo esto consolaba y entretenía sus espíritus después de saciados de alimento,

porque entonces todo lo deste género agrada. Reclinados así con frecuencia unos con otros en el blando césped, cave un riachuelo, bajo las ramas de un árbol empinado, sin grandes riquezas mantenían placenteramente sus cuerpos, en especial cuando sonreía el tiempo y la estación recamaba los prados con graciosas flores. Entonces solían ser los retozos, entonces las pláticas, entonces las placenteras risadas. Privaba en efecto por entonces la agreste musa. Entonces la alegre fiesta inducía á rodear sus sienes y hombros con entretegidos festones de flores y de hojas; y agitando descompasada y fuertemente sus miembros, avanzaban hiriendo sin reparo con fuertes pisadas la madre Tierra; que ocasionaba risas y gozosas risotadas, cosas estas que por ser entonces nuevas y extrañas más prevalecían todas. Y dello venía el entretenimiento del sueño al velador, arrancando de mil maneras la voz, modulando canciones y recorriendo las enderezadas cañas con los recogidos labios; por donde aún todavía consideran estas prácticas los vigilantes; y aunque se aprendió recientemente á guardar el compás, pero nunca se cosecha entretanto de la dulcedumbre mejor fruto que el de la raza rústica de los hijos de la tierra cosechaba. Porque es visto que lo que desde luego tenemos á la mano nos agrada y satisface, si no es que antes conocimos algo más grato, y en general esas cosas novísimas por mejores descubiertas pervienten y cambian nuestro gusto por todas las antiguas. Así empezó la aversión á las bellotas, así fueron abandonadas aquellas camas aderezadas en el suelo con yerbas y follaje. Cayó también desdeñada una vestidura de pieles de fieras, la cual presumo fué entonces con tal envidia encontrada, que quien primero la vistió halló la muerte en un asecho, perdiéndose así y todo el objeto, entre todos destrozado y sobremanera ensangrentado y no habiendo podido convertirse en provecho. Entonces por lo tanto eran las pieles, ahora son el oro y la púrpura lo que pone la vida del

hombre en desvelos y le importuna por la guerra, y en mi opinión mayor censura nos cabe á nosotros. El frio en efecto atormentaba á los desnudos y desguarnecidos hijos de la tierra; más á nosotros nada nos daña el carecer de un traje de púrpura recamado de oro y numerosos bordados mientras haya con todo uno de plebeyo que pueda protegernos. Luego el género humano labora siempre inmotivada é inútilmente, y su vida se consume en vanos cuidados, sin duda por ignorar cuál es la tasa de nuestro haber y hasta dónde llegan en absoluto los legítimos placeres. Eso ha llevado la vida por grados á una hondura y conmovido profundamente los grandes hervores de la guerra.

LII.—El sol y la luna, centinelas que iluminan con su esplendor en redondo la volvierte y gran bóveda del mundo, instruyeron al hombre de la sucesión de las estaciones y de que el fenómeno se realiza de una manera fija y mediante un orden fijo.

LIII.—Ya murallas coronadas de torres protegían la vida: la tierra, dividida y repartida, era cultivada: ya la mar surcada estaba por veloces naves: las ciudades, mediante pactos ajustados, tenían auxiliares y aliados, cuando los poetas comenzaron á celebrar en sus versos los acontecimientos pasados; y no mucho antes fueron inventados los caracteres. Por esto no puede la edad presente considerar lo que antes deso ha sucedido sino allí donde la razón muestra vestigios.

LIV.—La navegación, la agricultura, la fortificación, las leyes, las armas, los caminos, las vestiduras y lo demás deste género, las recompensas y también las delicias de la vida todas sin excepción, la poesía, la pintura y la cinceladura de primorosas estatuas, todo lo enseñaron progresando paso á paso el uso y la experiencia de un

espíritu incansable. Así es como paulatinamente saca el tiempo á descubierto cada cosa y la razón la erige en las regiones de la luz. Porque en materia de artes lo uno tiene que desprenderse de lo otro gradualmente mientras alcanza su mayor perfección.

LIBRO SEXTO

I.—Atenas, de claro renombre un tiempo, fué la primera que divulgó entre los miseros mortales las frugíferas cosechas y recreó la vida y promulgó leyes y dió la primera los dulces solaces de la existencia al producir un varón que con ánimo tanto se halló, que todo lo vertió un día con lengua verídica y cuya póstuma gloria, divulgada ha mucho tiempo, se eleva hasta el cielo á causa de sus divinos descubrimientos. Porque cuando él vió que todo cuanto el uso exige para el vivir estaba ya más o menos aparejado á los mortales y que la vida en lo posible descansaba asegurada: que abundaban hombres cargados de riquezas, honores y alabanzas que se enorgullecían con la buena fama de sus descendientes, y que no por eso faltaban á cada quien en lo doméstico atribulados ánimos que á despecho del espíritu atormentaban la vida sin descanso alguno y eran obligados á delirar entre importunas quejas, comprendió que el vaso mismo constituía allí el defecto y que todo cuanto llevado de fuera, aunque fuese adecuado penetraba, corrompiase dentro con el defecto de aquel, en parte porque vió que estaba perforado y yéndose, de suerte que de ningún modo podía nunca llenarse, y en parte porque reparó que con un repugnante gusto maleaba, por decirlo así, dentro todo cuanto había recibido. Purificó por tanto el corazón con su verídica doctrina y puso un límite á la ambición y el temor; y expuso cuál era el sumo bien á que todos aspiramos y mostró por cual vía podíamos, mediante una pequeña travesía, dirigirnos derechamente hacia aquel, qué males existían acá y allá en las cosas percederas que sucedían y variamente vagaban, bien por accidente, bien

por fuerza natural, por haberlo así aprestado la naturaleza, y de qué puertas convenía á cada quien una surtida; y probó que el género humano revolvió las mas veces sin motivo tristes olas de inquietud en su pecho. Bien así como el infante que se extremece y ha miedo á todo en el seno de una profunda oscuridad, nosotros nos atemorizamos á veces en medio de la luz de cosas que en nada ponen mayor miedo que las que los niños temen en las tinieblas y se figuran estar por venir; y estos terrores del ánimo y esas tinieblas necesario es que los disipen, nó los rayos del sol, ni los luminosos destellos del día, sino el cuadro y el sistema de la naturaleza. Esto me alentará á seguir el hilo desta comenzada exposición,

II.—Y porque enseñé que la bóveda del mundo es perecedera, que el cielo consta de un cuerpo nativo y pues he analizado la mayor parte de lo que en él se cumple y es necesario que se cumpla, escucha ahora lo restante, como quiera que de una vez *quise* mostrar en el glorioso carro *de las Musas, subir al cielo y explanar la ley verdadera de los vientos y borrascas, que inconsideradamente dejan los hombres á cargo de los Dioses, persuadiéndonos á que en su cólera desatan éstos fieras tempestades, y que cuando se apacigua la furia de los vientos, es porque su ira se adormece y porque los presagios que había son de nuevo cambiados, estando como está aplacado su furor, he querido al propio tiempo explanar lo demás que los mortales ven realizarse en el cielo y en la tierra, cuando están á menudo en suspenso sus pávidas mentes, que les humilla sus ánimos con el miedo de las divinidades y los hace postrarse en tierra, en razón á que la ignorancia de las causas les obliga á someter las cosas al imperio de los Dioses y á concederles el reinado. Porque si los que aprendieron de cierto que los Dioses llevan una existencia tranquila, se admiran sin embargo entre tanto de la razón por la cual puede cada cosa efectuarse, en especial por lo que hace á los objetos que so-*

bre nuestras cabezas se ven en las etéreas regiones, retornan de nuevo á la antigua religiosidad y admiten amos violentos que suponen omnipotentes los desdichados, ignorantes de lo que puede existir y lo que no puede, y de la razón, en fin por la cual hay una facultad definida para cada cosa y un límite hondamente clavado; con que más errantes aún son llevados por obcecados razonamientos. De lo cual si no desembarazas tu espíritu, y lo rechazas lejos como indigno de los Dioses y extraño á su paz, menoscabados por tí los sagrados númenes dellos, te perseguirán á menudo; no que el supremo poder de los Dioses pueda ser violado, que en su ira resuelvan ejercer crueles castigos, sino porque tú mismo te figurarás que viviendo ellos sosegados en plácida paz vayan á revolver grandes olas de cólera; ni asistirás tampoco á los templos de los Dioses con plácido pecho, ni lograrás recibir con paz tranquila del espíritu esos simulacros que vienen de su sagrado cuerpo á las mentes de los hombres mensajeros de su forma divina. Fácil es ver cuál vida sobrevendrá de ahí. Y ciertamente, para que lejos de nosotros la rechace la razón más verdadera, bien que mucho ha sido por mí adelantado, mucho resta sin embargo, y ha de ser ornado en castigados versos: hay que comprender la disposición y aspecto del cielo, hay que cantar las tempestades y las deslumbradas centellas; qué producen y de cuál distinta causa provienen; no sea que, partido el cielo en cuarteles, (a) te sobresaltes desatinado pensando de dónde vino volando el fuego ó hacia cuál de las dos partes se dirigirán, cómo se deslizó en lugares cerrados y cómo, hecho allí señor, pudo encontrar salida. Tú, oh Caliope, gallarda musa, paz de los hombres y regocijo de los Dioses, muéstrame el camino, á mí que me apresuro á la nivea raya de mi última carrera, de suerte que por tí guiado, gane con grandes encomios una corona.

III.—Desde luego sacúdese lo azul del cielo con el trueno, en razón á que concurren volando las etéreas nu-

bes en lo alto al pugnar opuestos vientos. No se produce en efecto sonido en la parte despejada del cielo, pero de dondequiera que en más denso amontonamiento están las nubes, tanto mayor frémito se produce de ahí á menudo con grande retumbar. Demás desto, las nubes no pueden ser de tan condensado cuerpo como las piedras ó maderos, ni tan tenue como la niebla y las espiras de humo, porque ó deberían caer oprimidas por grave peso como las piedras ó como el humo no podrían asentarse, ni encerrar la gélida nieve ni las granizadas. Producen ellas también un ruido sobre la haz del ancho mundo al modo del zumbido que dan á veces los suspendidos toldos de carbaso de los grandes teatros, sacudidos entre los mástiles y vigas: braman á ocasiones desgarradas por turbulentas brisas y remedan el sonido crepitante del pergamino, hecho que en efecto puedes asimismo reconocer en el trueno ó cuando los vientos tremolan con sus ráfagas y baten al aire colgantes vestidos y flotantes girones de papel. En efecto, á ocasiones sucede que puedan las nubes, no tanto concurrir en opuestas posiciones, cuanto ir de costado restregando de cabo á cabo sus masas con movimientos contrarios, de donde roza los oídos ese ruido seco que se prolonga hasta tanto que ellas salen desos estrechos sitios.

IV.—También deste modo parece todo retemblar á menudo, sacudido por un ronco trueno, y que de repente se han descuajado las máximas murallas del amplio mundo, y es cuando aglomerada de súbito en las nubes una borrasca de poderosos vientos, se revuelve sobre sí, y en ellas encerrada, en volviénte torbellino constriñe más y más la nube por doquiera á que se haga hueca y de espesas paredes en derredor, las cuales cuando después las quebranta su fuerza y recio ímpetu, producen con tremendo sonido una detonación al rasgarse. Que no es maravilla, cuando una pequeña vejiga henchida de

aire produce á menudo al reventar de repente una ruidosa explosión.

V.—Hay también una explicación de que hagan ruido los vientos al arrastrar las nubes. A menudo vemos con efecto arborizadas y erizadas nubes ser llevadas en todas direcciones; y es á la verdad como producen ruido las hojas, y fragores el ramaje, cuando soplan las ráfagas del Cauro en la tupida selva. Sucede asimismo á las veces que la sobreexitada fuerza de un poderoso viento desgarrar la nube rompiéndola con ímpetu de medio á medio. Porque lo que allí puede el soplo pruébalo el hecho manifiesto de que siendo más mitigado acá en la tierra descuaja sin embargo altos árboles arrancándolos de raíz. Hay también en las nubes marejadas que así como se rompen reciamente, levantan una especie de murmurio; cosa que también aviene en los ríos profundos y en el vasto mar cuando se quiebra el oleaje. Sucede asimismo que cuando la inflamada fuerza del rayo se precipita de nube en nube, si ésta recibe por casualidad el fuego con abundante humedad, trucida al punto con grande estridor, cual chirria de ordinario el hierro candente sacado de los caldeados hornos cuando lo sumergimos de prisa en agua fría. Si por lo demás una nube más seca recibe la llamarada, ella de repente se quema ardiendo con espantable sonido, cual si en un torbellino de viento corriera un incendio por lauríferos montes abrasándolos con grande ímpetu; porque no hay cosa que se inflame en bulliciosa llama con mas terrible ruido que el difícil laurel de Febo. En fin, con frecuencia el mucho fragor del hielo y la caída del granizo en grandes nubes motiva profundamente la resonancia. Cuajadas las montañas de nublados y revueltas con granizo, quiébranse en efecto cuando el viento las amontona en una estrechura.

VI.—Cuando las nubes repercuten con su encuentro muchos gérmenes de fuego, también relampaguea; como si una piedra golpeará otra piedra ó el fierro, pues, entonces brota asimismo luz y exparce el fuego brillante chispas. Pero sucede que el trueno sentimos en nuestros oídos después que el ojo ve el relámpago, porque más tardas llegan siempre al oído que á la vista las cosas que lo mueven. Eso es dable también reconocer en lo siguiente: si observas á distancia á alguno cortando con un hacha ambifilax un árbol grueso, aviene que percibes el golpe antes que el choque traiga el sonido á los oídos; así también divisamos el resplandor antes que sintamos el trueno, que al par del fuego es emitido por una causa idéntica y nace del mismo encuentro.

VII.—También tiñen las nubes la extensión con luz instantánea y resplandece la tempestad con trémula impetuosidad deste modo. Cuando el viento invade una nube y en ella se revuelve, movida, como ya antes enseñé que la nube ahuecada espese sus paredes, y él se escandee por su agitación, así como ves que todo lo que se recalienta á merced del movimiento se abrasa, y aún también que una bala de plomo al dar vueltas en un largo trecho se derrite. Así pues, cuando aquel cuarteá hirviente la hosca nube, echa á volar exprimidos repentinamente como por fuerza los gérmenes del fuego que producen la palpitante fulguración de la llama: luego sigue el sonido, que gana más despacio los oídos de los gérmenes que se avienen á las lumbres de nuestros ojos. Es á saber que esto sucede en nubes densas y apiladas juntamente en lo alto unas sobre otras con prodigiosa impetuosidad; y no te engañe el que veamos cuán dilatadas están por debajo mas que lo apiladas que hacia arriba se hallan. Observa en efecto cuando el viento lleva al través de los aires nubes que simulan montañas ó luego que acumuladas en los grandes montes los ves estarse unos sobre otros, puestos en reposo, oprimiendo por arriba, sepultados doquier

los vientos: podrás entonces reconocer las grandes moles de aquellos y percibir como grutas abiertas en aéreos peñascos; y cuando á esas colman los vientos al suscitarse la tempestad, encerrados en las nubes se enfurecen con gran estruendo y amenazan al modo de las fieras en sus jaulas: ora acá ora allá lanzan bramidos entre los nubes y al buscar salida ruedan en redondo y desenvuelven de las nubes gérmenes del fuego, y así los apremian en gran número y hacen girar la llama dentro los cóncavos hornos, hasta que reventando la nube relucen centelleantes.

VIII. Sucede también por esta causa que ese áureo color del fluido fuego vuelve móvil á la tierra: preciso es que las nubes mismas contengan muchísimos gérmenes de fuego, ya que cuando están sin humedad alguna es de ordinario en ellas espléndida y encendida la color. Cuanto más que es necesario que acopien muchos de la lumbre del sol para que con razón arreboleen y difundan sus fuegos. Cuando por tanto obrando el viento las apenñuzca y empujándolas á un solo punto las comprime, difunden sus exprimidos gérmenes que hacen relucir los matices de la llama. También relampaguea cuando asimismo se enrarecen las nubes del cielo. Porque cuando el viento las separa á su paso suavemente y las disipa, necesario es que se desprendan mal su grado aquellos gérmenes que forman el relámpago. Sin fiero espanto ni sonido y sin tumulto alguno entonces relampaguea.

IX. En cuanto á lo demás, de cuál naturaleza esté dotado el rayo, revélanlo sus golpes, los carbonizados restos de su calor y sus rastros que exhalan el intenso vaho del azufre. Estas son en efecto señales del fuego, nó del aire ni del agua. Demás desto, á menudo incendia asimismo los techos de las casas y con acelerada llama se enseñoera de las habitaciones mismas. Constitúyete la naturaleza este fuego sutil entre todos los fuegos con diminutos y movibles cuerpos primitivos, tal que en abso-

luto pueda nada resistirle. En efecto, el poderoso rayo atraviesa los muros de las casas, como los gritos y la voz: atraviesa las rocas y el bronce y en el espacio de un instante liquida el bronce y el oro: también hace salir el vino de repente de una vasija sin romperla, sin duda porque reblandece fácilmente por doquiera y enrarece la pared entera de los vasos con el acceso de su calor, é insinuándose en ellos evapora, disolviéndolos de prisa, los elementos del vino. Se ve que esto no lo sabría realizar en largo tiempo el calor del sol, ni aún hiriendo con coruscante bochorno; tan superior es en intensidad y movilidad es otra fuerza.

X. Ahora voi á explicar de qué modo se genera eso y se despliega con tal ímpetu que pueda hender de un golpe las torres, hundir las habitaciones, descuajar las vigas y tirantes, demoler y calcinar los monumentos de personajes, matar los hombres, abatir animales acá y allá, y por cuál fuerza puede hacerse todo lo demás deste género, sin que te haga esperar más en lo prometido.

XI. Es de suponer que los rayos se forman en nubes gruesas y apiladas en lo alto, porque ninguno parte nunca de un cielo sereno, ni de nubes ligeramente densas. Que esto es así: lo prueba á no dudar el hecho manifiesto de que es tan luego como las nubes se amontonan de dondequiera por el aire todo —que no pensáramos sino que todas las tinieblas han dejado el Aqueronte y calmado las inmensas cavernas del cielo, hasta tanto se descuelga de las alturas, suscitada una lóbrega noche de nubarrones, el rostro del atro Terror— cuando comienza la tempestad á forjar sus centellas. Además, es mui frecuente caso el que asimismo un negro nubarrón en el mar, como un torrente de pez bajado del cielo, se precipita de tal manera sobre las olas, rodeado de anchas tinieblas, arrastrando una torva tempestad preñada de rayos y temporales y cargado él mismo por lo principal de fuegos y de vien-

tos, que se aterrorizan también los de la tierra y requieren un abrigo. Débese así suponer por lo tanto elevada la tempestad que es sobre nuestras cabezas. Ni arroparan las nubes con tal cerrazón la tierra, si no estuvieran en lo alto sobrepuestas muchas sobre otras muchas tapando el sol, ni podrían al allegarse agoviar con tanta lluvia como para hacer desbordar los ríos é inundar los campos, si no tuviera en lo alto del cielo las nubes superpuestas. Todo está allí por lo tanto colmado de fuegos y vientos y por eso se producen acá y allá bramidos y relámpagos. Porque efectivamente he enseñado más arriba que las nubes ahuecadas poseen muchísimos gérmenes de calor y necesario es que muchos otros perciban ellas de los rayos del sol y del encendimiento dellos. Esto sentado, cuando ese mismo viento que las empuja al acaso á un solo punto, cualquiera que sea, exprime muchos gérmenes de calor y al propio tiempo se mezcla con ese fuego, insinuándose el vórtice allí mismo, gira en una angostura y dentro de los caldeados hornos desputa el rayo. Porque se abrasa por doble razón: calentándose él mismo por su velocidad y por contacto con el fuego. Tan luego como el viento se ha escandecido y se ha efectuado la irrupción de un fuego intenso, el rayo, maduro, por decirlo así, desgarrá entonces de súbito la nube, y avivado el encendimiento parte, iluminando todos los sitios con coruscante lumbré. A que se sigue un bronco ruido, que no parece sino que despadazadas arriba de repente se desploman las moradas del cielo. Un estremecimiento conmueve luego sordamente la tierra y discurre el retumbo por el alto cielo; porque la tempestad retiembla sacudida entonces por entero y se mueven sus bramidos. A este sacudimiento sigue un llover copioso y torrencial, que no parece sino que el éter todo se ha desatado en lluvia y desprendiéndose así, convirtiéndose en diluvio; tal se desgaja con la rasgadura de la nube y la tormenta de viento, al volar el sonido del ardiente reencuentro. También aviene cuando la

fuerza excitada del viento exterior cae sobre una cálida nube con aprestadas centellas; al desgarrar la cual se escapa al punto ese vórtice ígneo que en nuestro idioma llamamos rayo. Esto mismo se efectúa en otros sitios adondequiera que la fuerza ha sido enderezada. Asimismo sucede en ocasiones que el viento sin fuego dirigido se inflama sin embargo mientras anda en el trayecto y por un largo trecho, despojándose en su curso de ciertos cuerpos voluminosos que no pueden al igual hender los aires y trasporta, sustrayéndolos del aire mismo, otros pequeñísimos que combinados producen fuego en volando; no por mui distinta razón que como una bala de plomo se hace á menudo incandescente en su curso cuando desembarazándose de muchos cuerpos primitivos de frigidez adquiere fuego en los aires. Asimismo sucede que la fuerza del choque mismo excita el fuego cuando obra la frígida fuerza del viento sin fuego dirigida; sin duda porque al herir con un vehemente golpe pueden afluir de él mismo los elementos del calor y juntamente del objeto que entonces recibe el golpe; tal como salta el fuego cuando golpeamos un guijarro con el hierro; y nó porque sea frío el fierro acuden menos al golpe los gérmenes de un cálido fulgor. Así por tanto debe también incendiarse con el rayo el objeto que por casualidad estuvo á su alcance y adecuado para las llamas. Ni sin reflexión se puede absoluta y llanamente tener por frio el viento, que con tal pujanza es dirigida desde arriba, que si no se enciende con el fuego en su carrera, llega no embargante entibiada al mezclarse con el calor.

XII. Se produce ahora la velocidad del rayo y su intenso golpe y cruza aquel de ordinario con acelerada caída, porque su propia fuerza se recoge de antemano y de un todo en las nubes y cobra un extraordinario vuelo al partir; luego, cuando no pudo contener más la nube el creciente ímpetu, estalla la fuerza y echa á volar con maravillosa impetuosidad, como los proyectiles lanzados con

poderosas máquinas. Agrega que él consta de elementos pequeños y lisos, siendo difícil que nada resista á una substancia tal: se escurre en efecto y penetra por los más reducidos pasos; no vacila por tanto rezagado por muchos obstáculos y por esto vuela resbalando con acelerada impetuosidad. Y luego, como absolutamente todo grave se dirige hacia abajo en la naturaleza, su velocidad se duplica cuando ha sido añadido un choque y se acrecienta ese ímpetu, de suerte que cuanto lo estorba á su paso lo aparta más vehemente y más aprisa con sus choques para seguir su camino. Ultimamente, porque viene con prolongado ímpetu, tiene de adquirir cada vez mayor velocidad, que en su curso crece, y aumenta sus poderosas fuerzas y robustece su golpe. Porque motiva que cuantos gérmenes haya de aquel sean por entero llevados de frente como á un solo punto arrojándolos todos rodantes en esa dirección. Quizás también al caer extraiga del mismo aire ciertos cuerpos primitivos que con sus choques avivan su velocidad. Algunos objetos quedan incólumes á su paso y muchos que atraviesa quedan íntegros, á causa de que su fuego sutil se escurre por los poros. Otros despedaza, cuando los cuerpos primitivos propios del rayo caen sobre los del objeto en el punto en que se tienen trabados. Funde además fácilmente el bronce y repentinamente derrite el oro, porque su fuerza está por menudo basada en pequeños cuerpos primitivos y elementos lisos que fácilmente se insinúan, y repentinamente insinuados, desatan las conexiones todas y sueltan los vínculos. En el otoño la habitación del cielo, poblada de fulgurantes estrellas, más se sacude doquier y la tierra entera, y cuando se exhibe la florida estación de la primavera. Durante el frío en efecto el fuego falta, mancan los vientos durante el calor y no son las nubes de tan denso cuerpo. Por tanto, cuando las estaciones en el cielo se hallan entre uno y otro, concurren entonces todas las diferentes causas del rayo. Porque el entretiem po mismo del

año entremezcla el frío y la estuosidad, de los cuales ha menester la nube para elaborar el rayo, como que entonces existe una discordia entre las cosas y el aire hierve furibundo en gran tumulto de fuegos y de vientos. La primera porción del calor es en efecto la postrera del frío, como es en la estación primaveral; por lo cual es preciso que cosas unas con otras desemejantes luchen y se agiten al mezclarse. Y torna mezclado el extremo calor con el frío primero en la estación que lleva el nombre de otoño: aquí riñe asimismo el destemplado invierno con el estío. Por eso debe denominarse esto los entretiempos del año; y no es de extrañar que caigan entonces los más de los rayos y que se formen turbias tempestades en el cielo, porque de ambos lados se revuelve ambigua guerra, acá por llamas, allá por vientos, mezclados con el agua.

XIII. Esto es observar la naturaleza misma del ignífero rayo y ver con cuál virtud produce cada efecto; nó el volver al revés los ensalmos tirrenos y averiguar vanamente indicios del secreto poder de los Dioses, pensando de dónde vino volando el fuego ó hacia cuál de las dos partes se dirigirá, cómo se deslizó en lugares cerrados y cómo hecho allí señor, pudo encontrar salida, o hasta dónde llega a dañar la sideración del cielo. ¿Porqué si Júpiter y las otras divinidades conmueven con espantoso estruendo las fúlgidas moradas celestes y lanzan el fuego adondequiera que á cada cual le place, porqué á quienquiera hiriendo con quien incauto fué repugnante delito no le hacen que traspasado el pecho respire las llamas del relámpago, como terrible ejemplar á los mortales, y antes bien inofensivo es envuelto y arrollado no consabidor en hecho alguno abominable súbitamente arrebatado por el celeste torbellino y fuego? ¿Porqué también buscan lugares ciertos y trabajan en vano? Será que entonces ejercitan sus brazos y robustecen sus lagartos! ¿Porqué sufren que el dardo de su Padre se embote contra la tierra? ¿Porqué

el mismo lo permite y en los enemigos no lo gasta? Y luego, ¿porqué no lanza Júpiter de un cielo doquier sereno el rayo sobre la tierra y derrama su estrépito? ¿Es que en cuanto se juntaron las nubes descende él mismo sobre ellas para de allí dirigir el golpe del dardo desde cerca? ¿Entonces para qué los lanza el mar? ¿Qué le arguye á las ondas, ni á la líquida mole, ni á las flotantes planicies? Demás desto, si quiere que evitemos el golpe del rayo, ¿cómo es que vacila en hacer que podamos verlo así que lo envía? Y si inopinadamente quiere oprimirnos con el fuego, ¿porqué truena dese lado de modo que evitarlo podamos y porqué dispone antes lobreguez, bramidos y estruendo? ¿Cómo podrías tampoco creer que fulmina al mismo tiempo desde diferentes sitios? ¿U osarás sostener que nunca avino el hecho de que hubiera varias descargas á un mismo tiempo? Pero es caso mui frecuente, y necesario es que suceda, que cual llueve y caen lluvias en muchas regiones, así estallan muchos rayos en un único instante. Ultimamente, ¿porqué abate con el rayo destructor los sagrados santuarios de los Dioses y sus propias grandiosas mansiones y destroza los bienhechos simulacros de los Dioses y perjudica la hora de sus propias imágenes con violentas mutilaciones? ¿Y porqué las más de las veces busca lugares elevados y percibimos la mayor parte de sus ígneos rastros en la cumbre de los montes?

XIV. En cuanto á lo demás, fácil es comprnder con estos hechos de qué manera los que por su índole denominaron los griegos presteres vienen de arriba enderezados sobre el mar. Porque sucede en ocasiones que como desprendida del cielo descende al mar una columna al rededor de la cual hierven las olas fuertemente agitadas por potentes ráfagas y cuanto navío es entonces agarrado en aquel tumulto, corre atormentado grandisimos peligros. Esto acaece de ordinario cuando la fuerza activada del viento no da como romper la nube luego que co-

menzó á ello, sino que paulatinamente la deprime, de modo que sea como una columna que desprendida del cielo descienda al mar; cual si algo fuera apretado por arriba con el puño y la presión del brazo y fuera estirado hasta las olas; y así que la rasga, el viento hace de allí irrupción sobre la mar y determina en las ondas una prodigiosa ebullición: el vertiginoso torbellino desciende en efecto y arrastra al par aquesta nube de flexible cuerpo; y tan luego como cargada la tiró al nivel del ponto, él de golpe se sumerge entero en el agua y alborota el mar todo con ingente ruido obligándolo á encrespase. Sucede asimismo que un vórtice de viento se arroja él mismo de nubes, arrebañando del aire los gérmenes de la nube é imita así un como prester desprendido del cielo. Al desprenderse hacia la tierra y disolverse, vomita la descomunal violencia del torbellino y la tormenta; mas como esto ocurre tal cual rara vez y como los montes lo estorban por necesidad en la tierra, aparece más á menudo en la ancha superficie del mar y á cielo abierto.

XV. Fórmanse las nubes cuando muchos cuerpos primitivos más que ásperos volando en ese espacio superior del cielo se juntan de repente, que entrabados por obstáculos exiguos, pueden sin embargo tenerse enlazados entre sí. Motivan ellos desde luego el que se formen pequeñas nubes, y estas después se abrazan entre sí y se congregan; y en juntándose crecen y son llevadas por el viento hasta el punto de suscitar una fiera tempestad. Sucede asimismo que las cumbres de las montañas cercanas al cielo, cuanto más lo son en cada caso, tanto más aparecen repetidamente humeando con la crasa calina de atezada nube, en atención á que cuanto empiezan á formarse los nublos y antes que puedan los ojos verlos por ser tenues aquellos, los vientos que los portan los fuerzan hasta las más elevadas cimas de los montes. Allí sucede que desarrollándose mayor multitud y condensándose llegan á aparecer al cabo y juntamente se les ve elevar-

se de la cúspide del monte hacia el éter. Porque esto mismo y nuestros sentidos, cuando subimos altas montañas, nos prueba que los vientos reinan en lugares elevados. Demás desto, que muchísimos cuerpos primitivos se desprenden asimismo de todo el mar, lo indican las ropas colgadas en la playa, cuando absorben la adhesión de la humedad. Razón más para que con ello se vea que muchos pueden asimismo levantarse de la salada agitación del ponto para que las nubes crezcan; porque hay razones de afinidad entre esos géneros de humedad. Demás desto, vemos surgir de los ríos todos y juntamente de la tierra misma nieblas y emanaciones que exprimidas de ahí á modo del aliento se dirigen hacia arriba y empañan el cielo con su calina, y paulatinamente concurriendo abastecen las altas nubes; porque la estuosidad del éter estrellado las constriñe asimismo por arriba, y como apelmazándolas teje con nublados el azul del cielo. Sucede asimismo que esos cuerpos primitivos que forman las nubes y volantes nubarrones llegan de defuera á ese punto del cielo, pues ya enseñé que aquellos son innumerables en número y que el conjunto del abismo es infinito y demostré con cuanta velocidad vuelan los cuerpos primitivos y cuán rápidamente suelen andar un espacio incalculable. No es por tanto maravilloso si á menudo la tempestad y las tinieblas cubren los mares y la tierra en breve tiempo con tan vastas moles arriba suspendidas, siendo así que por todas partes, por las rendijas todas del éter y digamos así, por los respiraderos del vasto mundo en rededor, queda expedita la entrada y la salida á los elementos.

XVI. Ahora, adelante! Explicaré como se condensa el agua pluvial en las altas nubes y cómo abandonada sobre la tierra cae en forma de lluvia. Probaré desde luego que muchos gérmenes del agua se levantan junto con las nubes mismas de todas las cosas y que así las nubes y toda el agua que permanece en las nubes crecen

uno y otro al par, como al par crece en nosotros el cuerpo con la sangre y también el sudor y cuantos líquidos en fin hay en los miembros. Atráense asimismo á menudo gran copia de humedad marina á modo de suspendidos vellones de lana, cuando el viento arrastra los nublos por sobre el vasto mar. De una manera análoga se levanta hasta las nubes el agua de los ríos todos. Cuando bastante numerosos gérmenes de las aguas han concurrido, aumentados de modos muchos y de donde quiera, las nubes amontonadas prueban a descargar el agua por dos motivos: la fuerza del viento las apiña y la misma copia de nublados apretados en mayor multitud las constriñe, las empuja por arriba y hace que fluyan las lluvias. Demás desto, cuando los nublos se enrarecen asimismo con los vientos ó se disipan heridos por encima con el calor del sol, hacen escurrir el agua pluvial gota á gota, como un pan de cera puesto sobre ardoroso fuego se ablanda y se liquida. Mas ocurre una recia lluvia cuando los nublos son reciamente apremiados por uno y otro, la fuerza de la acumulación y la impetuosidad del viento. Y suelen las lluvias mantenerse largo tiempo y persistir bastante cuando muchos gérmenes del agua se concitan y nubes y nublados que riegan otras y otros por encima son universalmente transportadas de todas partes, y cuando la tierra vaheante exhala por toda ella la humedad. Entonces, si el sol ha brillado con sus rayos entre la opaca tempestad, en la parte contraria á la aspersion de los nublados aparecen sobre las pardas nubes los colores del arco iris.

XVII.—Lo demás que por sí crece y por sí se crea, y lo que se forma en las nubes, todo, todo en absoluto—nieve, vientos, granizo, frías escarchas, fuerza intensa del hielo é intensa coagulación de las aguas y el obstáculo que refrena á trechos los corrientes ríos— muy fácil es sin embargo explicarlo y fijar en el espíritu cómo se

realiza todo y cómo se crea, si has notado bien lo que es apropiado á los elementos.

XVIII.—Ahora, adelante, y escucha la explicación que hay de los temblores de tierra. En primer lugar dá por sentado que la tierra, lo mismo por debajo que por encima, está dondequiera llena de cavernas ventosas y que lleva en su regazo muchos lagos, muchas grietas, y peñazcos y escarpadas rocas; y hay que suponer que muchos ríos cubiertos bajo la corteza de la tierra arrastran con vigor sus ondas y sumergidas rocas, porque el hecho mismo requiere que donde quiera sea á sí propio semejante. Esto arreglado y supuesto, tiembla por tanto la tierra en su sobre haz conmovida por grandes derrumbes, cuando el tiempo ha socavado en sus entrañas vastas cavernas; así montañas enteras se desploman y con gran fragor se extiende de ahí á gran distancia la trepidación. Y es razón, porque todas las construcciones al lado de una calle retiemblan sacudidas con el no grande peso de una carretera, y no se estremecen menos cuando cualquier guijarro en la calle traquea entrambas férreas pinas de las ruedas.

Asimismo sucede, cuando en grandes y extensos fosos de agua pueda por fuerza del tiempo una masa inmensa del terreno, que la tierra desequilibrada se mece también con la oleada del agua, como no se está quedo en ocasiones un vaso si no cesa de agitarse dentro el líquido en sus inestables ondulaciones.

XIX. Fuera desto, cuando el viento recolectado en excavados lugares soterráneos trastumba por un solo punto y constriñe, desplegando sus potentes fuerzas, profundas cavernas, el suelo se tumba hacia donde apremia la enderezada fuerza del viento. Entonces cuantas construcciones de casas están sobre un terreno, cuanto más se destacan al cielo más se comban inclinándose y resal-

tando en la misma dirección, y descalzadas las vigas penden prestas á zafarse. Y así y todo temen creer que una hora suprema y la destrucción esperan á la naturaleza del vasto mundo cuando reparan cual bambolean semejantes moles de tierra! Que si no se contuvieran los vientos, ninguna fuerza refrenara las cosas ni pudiera detenerlas en su carrera hacia la perdición. Mas como alternativamente se contienen y se exacerban y como incorporados tornan y se retiran rechazados, más amaga por eso arruinarse la tierra que hacerlo de veras; y así se hunde para luego alzarse y luego que se trastorna recupera su asiento en equilibrio. Por esta razón, pues tambalean las casas todas, las más elevadas más que las medianas, estas más que las mui bajas, y las más bajas casi nada.

XX.—Hay asimismo otra causa del mismo considerable extremecimiento, y es cuando de improviso se arroja en las cavidades de la tierra el viento y cierta grandísimo golpe de aire suscitado bien extrínsecamente, bien en la tierra misma, y brama allí tumultuosamente en grandes espeluncas y circula á vuelcos; y después cuando la incitada fuerza hace exasperada erupción al exterior y juntamente hendiendo las profundidades de la tierra abre una vasta grieta. Esto acaeció en la ciudad siria de Sidón y húbole en Egipto, en el Peloponeso, poblaciones que arruinó esa explosión de aire y el terremoto producido. Fuera desto, muchas ciudades amuralladas cayeron por tierra entre grandes sacudimientos, y muchas poblaciones desaparecieron en el fondo del mar al igual de sus habitantes. Y ese ímpetu mismo del aire y fiera fuerza del viento si no se abren paso fuera de la tierra, se escurren sin embargo por sus numerosos poros, lo mismo que el espanto y con esto produce el temblor; tal como al penetrar el frío hondamente en nuestros órganos los extremece á despecho nuestro y los obliga á temblar y agitarse. Azóranse por tanto en las ciudades

con doble miedo: encima temen el techo y debajo han miedo no rompa de repente la naturaleza las cavernas de la tierra ó que abriéndose ésta despliegue anchamente sus fauces y quiera llenarlas sin distinción con sus ruinas. Que se figuren por consiguiente cuanto gusten que el cielo y la tierra son incorruptibles y que están encomendados á un eterno bienestar; que sin embargo la actual fuerza misma del peligro sugiere á las veces en tal ó cual parte ese estímulo de miedo de que substraída arrebatadamente la tierra á nuestros pies sea llevada al bátrato y desplomado la siga por entero el conjunto de las cosas y se consume un revuelto descalabro del mundo.

XXI.—Desde luego se espantan de que la naturaleza no engruese el mar, adonde van tantas corrientes de agua, adonde llega de todas partes la totalidad de los rios. Añade á esto lluvias ocasionales y volantes tempestades que salpican y riegan los mares todos y las tierras; añade sus propios manantiales; y sin embargo todo comparado con el conjunto del mar será una contribución como de apenas una sola gota; tanto menos hay que espantarse de que el vasto mar no se acreciente. Demás desto, una gran parte sustrae el sol con su estuosidad, ya que vemos al sol disecar vestidos empapados en agua á merced de sus ardientes rayos; ahora bien, piélagos muchos vemos y anchamente extendidos. Por consiguiente, supongase cuanto se guste que el sol recoja de cada punto del mar cantidad pequeña cualquiera de líquido; que sin embargo copiosamente apartará de las olas en tamaña extensión. Y luego, los vientos pueden a su vez llevarse asimismo una gran parte de líquido barriendo las llanuras del mar, pues que vemos mui á menudo que en una sola noche se olean con los vientos los caminos y se endurecen la costra del pastoso limo. Demás desto, ya enseñé que las nubes se llevan asimismo bastante recolectado en la vasta llanura del ponto y que

acá y allá lo derraman por toda la redondez de la tierra, cuando llueve en las comarcas y á los nublos trasportan los vientos. Por último, como la tierra posee un cuerpo poroso y está conjunta con el mar, cuyas playas ciñe por dondequiera, debe el acuoso líquido manar de la salada llanura hacia la tierra, así como de la tierra se va al mar: filtrase en efecto el mal sabor, mana en retroceso la materia del líquido y confluye todo en las fuentes de los ríos; y de ahí se desliza en dulce corriente por sobre la tierra, donde abierto de una vez su lecho con blando paso arrastra sus ondas.

XXII.—Daré ahora razón de como es que á veces se lanzan llamas con tantos torbellinos de las fauces del monte Etna. Porque la flamígera tempestad suscitada con no mediano daño y enseñoreándose en los sicilianos campos, atrájose las miradas de los pueblos finitimos, cuando mirando chispear todos los fumantes parajes del cielo, colmaban su pecho de un temeroso cuidado por los imprevistos cambios que preparar pudiese Naturaleza.

XXIII.—En este asunto es donde has de prestar una amplia y profunda atención y observar con calma todos sus aspectos, por que te acuerdas de que es insondable el conjunto de las cosas y consideres cuán pequeñuela parte y cuán infinitesimal es un solo cielo comparado con el universo, y que no es tanto cuanto es un solo hombre á toda la tierra. Si esto examinas y con claridad lo miras disponiéndolo correctamente, de muchas cosas dejarás de admirarte. ¿Quién de nosotros en efecto se admira de que alguno contraiga en sus órganos una fiebre desarrollada con ardoroso calor ó en sus miembros cualquier otro dolor de una enfermedad? De súbito se entumece un pie, se ceba á menudo un fuerte dolor en los dientes ó invade los ojos mismos: sale el fuego sagrado y quema serpeando en el cuerpo la parte de la piel que gana regándose por los órganos, sin duda

por haber gérmenes de muchas cosas y contener en suficiencia para nosotros los del mal esta tierra y el cielo, por donde pueda propagarse la fuerza de dolencias infinitas. Así es de suponer por tanto que todas las cosas son desde lo infinito suministradas en suficiencia para el cielo todo y la tierra, por donde pueda de repente conmoverse la sacudida tierra y correr sobre el mar y las comarcas un rápido torbellino, derramarse el fuego del Etna y conflagrarse el cielo; y en efecto ello asimismo sucede y se inflaman las celestes moradas y hay más fuerte desarrollo de tempestades de lluvia cuando así por casualidad se avinieron los gérmenes de las aguas. —“Pero es sobremanera ingente la revuelta furia del incendio”— Así es; y cualquier río es el más grande para quien no ha visto antes otro mayor, y un árbol parecerá ingente, y un hombre; y todo lo más grande en cualquier género que alguien vea, encontrarálo ingente, sin embargo de que todo lo que vemos junto con el cielo, la tierra y el mar, nada es para todo el conjunto del universo.

XXIV.—Explicaré sin embargo ahora de qué modo esa furibunda llama respira de repente hacia afuera en los vastos hornos del Etna. Desde luego, la disposición del monte entero es socavada, sosteniéndolo en general cavernas rocallosas. Ahora bien, en todas las cavernas hay aire y viento; el viento en efecto se produce cuando el aire es sobreexcitado por la agitación. Así que este se caldea y furibundo calienta en derredor las rocas todas, allí donde es en contacto, y la tierra, y ha extraído dellos quemante fuego en forma de veloces llamas, él se eleva y así se lanza en lo alto por las enderezadas fauces. Y así parte el encendimiento á lo lejos, y á lo lejos se aparta la favila, revolviendo en espesa tenebrosidad una humareda y arrojando juntamente rocas de maravillosa pesadez; por que no dudes que esto es la borrascosa fuerza del aire. Demás desto, el mar en una

gran parte de la montaña y á los pies della rompe sus olas y resorbe el hervor. De aquesta mar conducen cavernas por debajo hasta las elevadas fauces del monte. Hay que declarar, y el hecho nos obliga á ello, que por ahí pasa *la fuerza del viento mezclada á las olas, y que entra dese* mar abierto y penetra en lo hondo; y que respirando hacia efuera, levanta por eso llamas, dispara rocas y levanta nubes de arena. En la más alta cumbre están en efecto los cráteres, que así los llaman ellos, á que nosotros damos el nombre de fauces o bocas.

XXV.—Algunos cuantos hechos hay asimismo, de los que no basta expresar una de sus causas, sino varias, una de las cuales no obstante subsiste; cual aviene que, si tú mismo distinguieras de lejos tendido el cuerpo exánime de un hombre, convenga expresar todas las causas del fallecimiento, para que se escoja una, que es la deste. Por que no podrías afirmar que pereció por el hierro, o el frío, ó una dolencia, ó tal vez un veneno; mas sabemos que hay algo deste género que hubo de sucederle. Esto hemos de decir también de muchas cosas.

XXVI.—Crece por el estio é inunda los campos el Nilo, rio único en la superficie de todo el Egipto. Al Egipto riega él con frecuencia al promediar el verano, tal vez sea porque contra sus rocas están los Aquilones en el estio, en esa estación del año en que se dice que son etesios, que soplan contra la corriente la retardan, y forzando sus ondas hacia arriba, hácenlas refluir y obliganlas á detenerse. Porque es fuera de duda que estas brisas, que parten de las gélidas constelaciones del polo, se enderezan contra el rio. Esta corriente viene de la estuante región del Austro, de entre las rozas obscuras de gentes de atezada color, naciendo tierra adentro en el punto medio del día. Puede asimismo suceder que grandes bancos de arena obstruyan las bocas en contra de las adversas ondas, cuando batido el mar por

los vientos arrastra la arena río adentro, con que se hace menos libre el desagüe del río y menor también la rapidez de sus proclives ondas. Sucede también acaso que las lluvias se acrecienten por ese tiempo en sus cabecezas, porque los soplos etesios de los Aquilones impelen entonces los nublos todos hacia esa parte. Y es á saber que cuando así empujados se amontonan en el punto medio del día, son estrechados allí contra los altos montes y con fuerza se comprimen. O quizá se acrece en el seno de los altos montes de los Etiopes, cuando el sol, que todo lo escruta, hace descender á la llanura la alba nieve á favor de sus disolventes rayos.

XXVII.—Ahora, adelante! Te explicaré de qué naturaleza son los distintos sitios y lagos. Averno. Desde luego el nombre de Averno que por su propia índole llevan, háseles puesto en cuanto que son letales para todas las aves; las cuales, cuando pasan volando por esos lugares, olvidando sus plumosos remos, recogen sus velas é inclinada su cerviz caen de largo á largo sobre el suelo, si así lo permite por ventura la naturaleza del lugar, ó en el agua, si acaso yace debajo un lago del Averno. Un sitio cual ese hay cerca de Cumas, donde los montes henchidos de sufocante azufre humean provistos de cálidos manantiales. Háyllo también dentro de los muros atenienses en la cima misma de la ciudadela, al lado del templo de la bienhechora Palas tritonia, donde nunca las crocitanes cornejas aportan con sus alas, ni aun cuando humean con ofrendas los altares: tanto evitan, nó los crudos enojos de Palas, á causa del pervigilio, cual cantaron los poetas de los Griegos, sino la misma naturaleza del lugar, que de suyo basta á ese objeto. Dicen que en Siria se ve asimismo otro sitio donde no bien han puesto los cuadrúpedos sus pies, cuando la propia fuerza los obliga á abatirse pesadamente, cual si de repente fueran sacrificados á los Dioses Manes. Todo esto se efectúa por razón natural y su origen se

patentiza en las causas que lo motivan; no sea que acaso se crea que en esas regiones está la puerta del Orco y que dello nos persuadamos á que los Dioses Manes atraen de abajo las almas á las playas del Aqueronte, á la manera de los alipedos ciervos, á quienes se supone á menudo atraer de sus madrigueras con el aliento las serpientes razas de las fieras. Lo cual nóta cuán apartado anda lejos de la verdadera razón; porque insistiré en hablar ahora sobre el mismo asunto.

XXVIII.—Digo primeramente lo que antes repetidamente dije asimismo: que en la tierra hay moléculas de las cosas de toda especie: muchas que sirven de alimento y dan la vida, y muchas que pueden atacar con enfermedades y acelerar la muerte. Y que unas cosas son más que otras á los diferentes animales para su régimen de vida á causa de la naturaleza desemejante, desemejantes texturas entre sí y moléculas elementales, ya lo hemos señalado. Muchas penetran desapacibles en los oídos, muchas se entran repulsivas y con áspero contacto aún en el olfato; ni son mui raras las que debe uno evitar tocar ó cuya presencia ha de huirse ó que son desabridas al gusto.

XXIX.—Y luego, puede verse cuán numerosas son las cosas cuyo toque es para el hombre fuertemente repugnante, inmundo y ponzoñoso; desde luego, á ciertos árboles se les atribuye una sombra tan deleterea, que á menudo causan dolor de cabeza al que tendiéndose en la yerba se acostó debajo dellos. Hay también en los altos montes del Helicón un árbol que acostumbra matar al hombre con el violento olor de sus flores. Ha de saberse pues, que todo eso brota de la tierra, porque esta lleva mezclados ó trae por separado muchas maneras de muchos gérmenes de las muchas cosas. Una nocturna lámpara reciénapagada, al afectar el olfato con su penetrante tufo, aletarga allí mismo al que por enfermedad

acostumbró caer y echar espumas. Una mujer se reclina soñolienta con el acre olor del castore y se desliza de sus delicadas manos la primorosa labor, si ha respirado aquel aliento durante el mal mensil. Fuera desto, muchas cosas en los órganos descoyuntan los desmayados miembros y acobardan el alma en sus moradas interiores. En fin, si también en un cálido baño te demoras y te bañas más que saciado de alimento qué fácil se hace que en medio del receptáculo de agua caliente encuentres á menudo la perdición! Cuán fácil se insinúa en el cerebro la fuerza deleterea y el olor del carbón si antes no tomamos agua! Y cuando ardiendo se ha exparcido por las piezas de una casa, obra entonces en los nervios el olor del tósigo á la manera de un choque mortal. ¿No ves también como el azufre se engendra en la misma tierra y que en ella se recolecta el betún, de infecto olor, y en fin, cuando persiguen las venas de oro y plata registrando con el pico en lo profundo el vientre de la tierra, como despide mal olor de debajo Escaptensula? Qué de miasmas no exhalan las minas de oro!. Cómo vuelven el rostro de los hombres y su color! ¿No has visto ú oído decir como suelen perecer en breve espacio y como se les van trechos de vida á los á quienes una gran necesidad obliga á tales oficios? Todas estas emanaciones vahea pues la tierra y las exhala en plena luz y á cielo abierto.

XXX.—Bien así deben los sitios Avernos por debajo dirigir á las aves una mortífera fuerza que surge de la tierra hacia los aires de modo que en tal ó cual parte envenena trechos de atmósfera; y tan luego como á ellos es el ave llegada por sus alas, atacada por invisible veneno se paraliza hasta caer en el paraje de donde va la emanación dirigida. Y cuando en él rodó, la misma fuerza desta emanación roba de sus miembros todas las reliquias de la vida. Porque efectivamente les entra al principio como una especie de hervor: luego, cuando ya cayeron en la

fuelle misma del veneno, como hay una gran copia de aire viciado á la redonda, allí tienen también de exhalar la vida.

XXXI.—Sucede asimismo á ocasiones que esta fuerza y emanación del Averno desalojan el aire intermediario entre el ave y la tierra hasta quedar ese espacio poco menos que vacío. Cuando llega ella volando en derecha deste, claudica al punto sin sostén el batir de sus remos y el vigor entero de entrambas alas es perdido. En este punto, cuando ya no pueden porfiar más ni tenerse sobre sus alas, la naturaleza las hace caer por supuesto en tierra en virtud de la pesantez, y tendidas en un sitio sin aire, mui próximo al vacío, rinden el aliento por todos los poros del cuerpo.* El agua por otra parte se vuelve más fresca en los pozos durante el estío, porque la tierra se enrarece con el calor y si algunos gérmenes de calor tiene, los dispersa de prisa por los aires. Por tanto, cuanto más se descarga la tierra de su calor, más se enfrían asimismo los líquidos guardados en ella. Y al contrario cuando toda la tierra está aterida de frío y se contrae, y por decirlo así, se congela, sucede ciertamente que al contraerse expulsa hacia los pozos el calor, si es que alguno tiene.

XXXII.—Dicen hay una fuente cerca del santuario de Amón, que es fría bajo la diurna claridad y cálida en las nocturnas horas. Desta fuente se maravillan harto las gentes y piensan que la tierra se calienta arrebatadamente por debajo con un sol violento cuando la noche arropa la tierra con sus miedosas sombras. Ello está mui mucho alejado de la verdadera razón. Porque si el sol hiriendo la descubierta masa del agua no pudo entibiarla por su parte superior, y esto cuando la lumbre de arriba goza de tanto fervor, ¿cómo podrá ésta debajo de la tierra, de cuerpo tan espeso recocer el líquido y saturarlo con su cálido ardor, mayormente cuando puede

apenas insinuar la estuosidad de sus ardientes rayos al través de las paredes de las casas? ¿Cuál es por tanto la causa? Sin duda porque hay una tierra más porosa y tibia que la restante alrededor de la fuente y se avecinan á la masa del agua muchos gérmenes de fuego. Con esto, cuando la noche arropa la tierra con sus rorantes sombras, la tierra al punto se enfría en lo profundo y se contrae. Por esta razón sucede que, como si fuera apretada con la mano, exprime sobre la fuente cuantos gérmenes posée de calor, que producen ese tacto y sabor tibios del agua. Luego, cuando el sol naciente laxa con sus rayos la tierra y la enrarece al deslizarse con su intenso calor, vuelven de nuevo los elementos del fuego á su antiguo asiento y huye hacia la tierra el calor todo del agua. Por esto se refresca la fuente en la diurna claridad. Demás desto, el flúido áqueo es agitado por los rayos del sol, y corriendo el día se enrarece bajo su trémula estuosidad; por eso aviene que deseche cuantos gérmenes de fuego tiene; como á menudo echa la gelidez que dentro de sí contiene y deslie el hielo y relaja sus lazos.

XXXIII.—También existe una fuente fresca sobre la cual puesta á menudo una estopa, hace ésta llamas prendiendo al punto fuego: de igual manera luce encendida sobre las ondas una tea donde quiera que flotando es impelida por las auras. Sin duda por haber en el agua muchísimos gérmenes de calor y necesario es que del seno de la tierra misma broten los cuerpos primitivos del fuego hacia toda la fuente y se exhalen juntamente hacia afuera y salgan á los aires, no sin embargo en número de poder calentar la fuente; por lo cual una fuerza los obliga súbito á romper dispersados al través y fuera del agua y á congregarse por encima. Deste género es la fuente de Arado en el mar, que mana agua dulce y aparta en derredor de sí las saladas ondas y en muchos otros puntos ofrece el mar el oportuno bien a los sedientos na-

vegantes de que entre las saladas ondas arroje otras dulces. Así por entre esa fuente pueden aquellos gérmenes romper y brotar fuera; y cuando en la estopa se reúnen ó se adhieren en el cuerpo de la tea, se encienden al punto fácilmente, pues asimismo poseen la estopa y las teas muchos gérmenes de fuego latente. ¿No ves también como una mecha de lino reciénapagada, en cuanto la acercas á una nocturna lámpara, se enciende antes que toque la llama, y una tea de igual modo? Muchas sustancias demás desto arden de lejos alcanzados por el calor mismo antes que de cerca las envuelva el fuego. Hay por tanto que suponer que esto sucede asimismo en aquella fuente.

XXXIV.— En cuanto a lo demás, comenzaré a exponer por cuál trámite de la naturaleza sucede que pueda aducir al hierro á esa piedra que los griegos llaman magnetá, según su patria denominación, en cuanto que tiene origen en los patrios confines de los Magnesios. Desta piedra se maravillan las gentes, porque a menudo forma una cadena con eslabones suspendidos della. Cinco o más es posible en ocasiones ver colgados unos tras otros mecidos por una leve brisa, cuando uno pende adherido por debajo del otro, y otro de otro, participando de la fuerza y ataduras de la piedra; tánto es lo que manando de firme vuela su fuerza.

XXXV.— Mucho ha de confirmarse este género de hechos, antes que puedas dar la explicación del hecho mismo, y se ha de ir a ellos con muy largos rodeos; y con mayor razón requerirá oídos y espíritu atentos.

XXXVI.— Primeramente es preciso que de cualesquiera cosas que veamos fluyan sin cesar y se lancen y dispersen cuerpos primitivos que impresionen los ojos y provoquen la visión. Sin cesar fluyen olores de determinados objetos, cual de los ríos el frío, del sol el calor, y de las ondas del mar esa emanación que corroe las mura-

llas cercanas a la marina. Ni dejan de escurrirse por los aires sonidos diferentes. Finalmente viene a menudo a nuestra boca, así como nos paseamos junto al mar, una sustancia de sabor salino y se nos comunica el amargor cuando vemos confeccionar delante una poción de ajeno. Hasta tal punto cada materia sale fluyendo de todas las cosas y se exparce en todas y de todas partes, sin que haya demora ni descanso alguno en el derramarse, porque sin cesar tenemos sensaciones, y siempre es dable percibirlo todo, u olerlo o sentirlo sonar.

XXXVII.— Ahora volveré a recordar de cuán poroso cuerpo sean las cosas todas, lo cual en el canto primero asimismo se patentiza. Porque efectivamente aunque esta noción cuadra a muchas cosas, pero en especial respecto a la presente de que al punto me propongo tratar es preciso establecer que nada haya a nuestro alcance sino cuerpos mezclados con el vacío. Primeramente sucede que en las grutas las rocas trasudan por arriba la humedad y destilan gotas que van manando. Transpira también el sudor en todo nuestro cuerpo, crece la barba, y en todos los miembros y órganos el vello. Se distribuyen los alimentos todos por las venas, alimentando y acrecentando asimismo las partes extremas y las uñas. También sentimos que el frío y el calor atraviesan el bronce: sentimos también que atraviesan el oro y la plata así como tenemos en las manos llenas las copas. Y luego, por los pétreos tabiques de las casas cruzan las voces, se insinúa el olor, el frío, y el calor del fuego que acostumbra asimismo vencer la fuerza del hierro con que va reforzada en derredor la loriga del Galo. Y cuando una tempestad se suscita en la tierra y el cielo y juntamente se insinúa de fuera una fuerza morbosa, apartándose al cielo y a la tierra, hacen ambas lo que se quieren, siendo así que nada existe que no tenga la porosa contextura del cuerpo.

XXXVIII.— Agréguese a esto que no todos los cuerpos

primitivos, cualesquiera que ellos sean, que de las cosas son lanzadas, están dotados de idéntica sensibilidad o convienen de igual manera a todas las cosas. Desde luego el sol deseca y recuece la tierra y disuelve el hielo, hace ablandarse con sus rayos las altas y apiladas nieves en las altas montañas y liquida en fin la cera expuesta a su calor. El fuego también funde el bronce y derrite el oro, mientras que corruga y auna las pieles y la carne. El flúido áqueo por su parte endurece el fierro hecho ascua, mientras que reblandece la piel y la carne endurecida por el calor. El acebuche gusta tanto a las barbadas cabras como si verdaderamente oliera a ambrosía y en néctar estuviera empapado, y esta cuando la comida que da su follaje no puede ser más amarga para el hombre. En fin, el cerdo evade el amaracino y teme todo perfume; que es veneno violento para los setíferos cerdos lo que a ocasiones parece como reanimarnos. Al contrario, cuando el cieno es para nosotros la más sórdida inmundicia, esta misma parece a los cerdos deliciosa, de modo que en ella se revuelcan en un todo sin saciarse.

XXXIX.—Réstame también esto, que parece ha de decirse antes que aborde a tratar el asunto mismo. Puesto que las diversas cosas están provistas de muchos poros, deben estos de estar dotados de desemejante naturaleza entre sí y tener cada uno su naturaleza y conductos. Porque efectivamente los sentidos que tienen los animales son diversos y cada uno de aquellos acoje en sí apropiadamente cosas que le conciernen. Porque vemos que en el uno penetra el sonido, en el otro el gusto de lo sávido, en el otro el aliento de lo odorífero. Es de notar además que unas cosas se filtran al través de la roca, otras al de la madera, otras atraviesan el oro, otros pasan fuera de la plata y el vidrio. Porque se ve acá deslizarse una forma, allá abrirse paso el calor y a questo hallar más presto pasaje que aquello al través de unas mismas cosas. A la verdad a ello obliga la naturaleza de los conductos, va-

riando de muchas maneras como ha poco demostramos, a causa de la desemejante naturaleza y textura de las cosas.

XL.— Por lo cual, ya que queda perfectamente asentado y dispuesto todo eso que de antemano es aparejado, fácil será en cuanto a lo demás dar en lo que sigue la razón y manifestar la causa cabal de lo que se atrae al fierro. Primeramente, menester es que muchísimos gérmenes emanen desta piedra, o bien una emanación que desaloje por medio de choques cualquier aire que esté situado entre la piedra y el hierro. En cuanto se vacía este espacio y se desocupa bastante campo en el intermedio, al punto los elementos del fierro caen conjuntamente precipitados sobre el hueco, causando que el eslabón mismo los siga y se mueva así por entero: porque cosa ninguna se adhiere más estrechamente conexas, trabada en sus elementos primordiales, que la naturaleza del tenaz fierro y su frío horripilante. Tanto menos extraño es lo que digo, que desos elementos no pueden muchos cuerpos primitivos del hierro suscitados dirigirse al vacío sin que el eslabón mismo los siga; y es lo que hace: siguelos hasta alcanzar la piedra y con ella se traba por invisibles lazos. Esto mismo sucede en todas partes, donde quiera que se desocupa lugar; transversalmente ó por arriba los cuerpos primitivos cercanos son llevados al punto á lo vacío, porque se agitan en efecto por choques de distinto origen, que de suyo no podrían levantarse hacia arriba entre los aires. Agréguese también á esto que para que ello sea más posible este hecho se facilita asimismo con impulso y cooperación, porque al propio tiempo que el aire se ha hecho más raro delante del eslabón y más desocupado y vacío el sitio, ocurre de seguidas que cuanto aire está situado detrás como que arrea y propulsa por la espalda. El aire ambiente en efecto verbera siempre los objetos; pero en ese momento sucede que propulsa al hierro, porque en una parte vaca un espacio, que lo toma dentro de sí. Este aire

de que te hablo, insinuado sutilmente por los numerosos poros del hierro hasta sus más pequeñas partes, rechaza é impele como el viento á la nave y sus velas. Finalmente, todas las cosas deben contener aire incorporado, en cuanto que son de cuerpo poroso y que el aire circunda y baña todos los objetos. Por tanto, ese aire que está profundamente apartado dentro del hierro se agita siempre en inquieta moción y con ello verbera á no dudar el eslabón y lo estimula en verdad interiormente, con lo cual es llevado este allí donde una vez se precipitó y al lugar vacío para donde tomó impulso.

XLI.— Aviene asimismo que el fierro se aparte en ocasiones desa piedra, dándose á evitarla y seguirla á la vez. He visto sortijas de hierro Samotracias saltar aún, y juntamente disparatar limilla de hierro dentro de vacías de bronce mientras esta piedra magneta estaba subyacente: hasta tal punto se ve al hierro anhelante por huir del guijarro. Con la interposición del bronce se crea tal discordia, en cuanto que adelantándose sin duda primero la emanación del bronce se posesiona de los abiertos conductos del hierro: llega después la emanación de la piedra y encuentra en el hierro todo colmado, sin que le quede por donde pasar como antes. Está por tanto en el caso de tropezar con el férreo tejido y rechazarlo con su oleada, con lo que repele de sí y aleja al través del bronce lo que sin éste á menudo se atraía. Cese á este respecto tu sorpresa si la emanación desta piedra no basta é impele también otras cosas. Unas en efecto quedan inmóviles sostenidas por su peso, el oro por ejemplo: otras por ser de un cuerpo tan ralo que la emanación las atraviesa sin tocarlas y sin que puedan nunca ser impelidas, viéndose desto ejemplo en la materia leñosa. Cuando por tanto el fierro, colocado entre uno y otra, ha acojido algunos corpúsculos del bronce, ocurre entonces que las guijas magnéticas la impelen con su corriente.

XLII.— No son sin embargo éstas tan ajenas de las otras cosas que se me suministren pocas en su género especialmente adaptadas unas á otras, que puedo recordar. Ves desde luego que las piedras se calzan sólo con argamasa. La madera se adhiere únicamente con la cola, tal que las venas de las tablas se hienden por defecto, bien antes que soltar pueda sus ataduras la glutinosa prisión. El jugo de la vid no vacila en mezclarse con raudales de agua, al paso que no lo logran la viscosa pez y el liviano aceite. Combinase tan sólo con el cuerpo de la lana el purpúreo color del múrice, que no podría jamás ser desunido si bien te dieses á la obra de renovarlo con el fluido de Neptuno, jamás, aunque quisiera el mar entero eliminarlo con todas sus ondas. ¿No es, en fin, una sola substancia la que suelda el oro con el oro, y no aviene que se ligue mediante el estaño el bronce con el bronce? Cuantas otras muchas cosas sería dable ya encontrar! Y qué! No has menester nunca largos rodeos, ni es justo que aquí consuma trabajo tanto, sino que es preferible encerrar brevemente muchas materias en pocas frases. Cuando las estructuras de los cuerpos se corresponden mutuamente de modo que entre sí se ajusten las huecas éste á las llenas de aquel y las huecas de aquel á las llenas de éste, esa unión será la mejor. Aviene también que algunos puedan mantenerse captados entre sí, agarrados por decirlo así con corchetes y corchetas, y eso es lo que parece más verosímil suceda con esta piedra y el fierro.

XLIII.— Explicaré ahora cuál es la razón de las enfermedades o de dónde puede la fuerza morbígena repentinamente desarrollada soplar letal desolación sobre la raza del hombre y las greyes de los ganados. Desde luego enseñé arriba que hay gérmenes de muchas cosas que nos dan vida y que es necesario por el contrario vuelen muchos otros que la den á las dolencias y á la muerte. Cuando por acaso se desarrollan aquestos y perturban la atmósfera, el aire se hace dañino. Y toda esa fuerza de

las enfermedades y pestilencia vienen ya exteriormente por arriba de la atmósfera, á manera de las nubes y las nieblas, ó ya surgen suscitadas á menudo de la tierra misma, cuando calada de humedad entra en putrefacción, azotada por intempestivas lluvias y calores. ¿No ves también que con el cambio de clima y de aguas se inficen los que viajan lejos de la patria y del hogar, por lo mismo que discrepan tanto las circunstancias? ¿Pues por qué pensamos difiere el cielo del britano y el de Egipto, donde el eje del mundo claudica ó porque el del Ponto y el de Cádiz, hasta las razas oscuras de gentes de atezada color? Cuando vemos que son diversas estas cuatro partes que están á los cuatro vientos y puntos del cielo, se ven entonces discordes anchamente el color y semblante de los hombres, y las enfermedades afectar á las razas según su género. Hay una enfermedad, la elefantiasis, que se contrae en las riberas del Nilo, en el medio del Egipto, y nunca en otra parte. En el Atica se enferman los piés, en los confines de Acaya los ojos. Así ciertos lugares son nocivos á ciertos miembros y partes del cuerpo: esto lo apareja el aire distinto. Por consiguiente, al conmoverse una atmósfera que acaso nos es extraña y al empezar á serpear un aire hostil, éste se arrastra paulatinamente á manera de las nieblas y las nubes, y por allí por donde avanza lo conturba todo y lo fuerza á alterarse; y sucede asimismo que al venir por fin á nuestra atmósfera, la corrompe y la vuelve ajena de uno y á él semejante. Ora por tanto esa incipiente calamidad y pestilencia cae de súbito sobre las aguas, ora se localiza en los frutos mismos ó en otros alimentos del hombre ó forrajes de los animales, otra también queda su fuerza suspendida en el aire mismo, y de ahí que cuando al respirar introducimos ese aire viciado absorbemos asimismo por necesidad aquellas en nuestro cuerpo. De una manera semejante sobreviene igualmente á menudo una peste á los bueyes y aún una morriña á las tardas ovejas. No impor-

ta pues, si llegamos á un lugar que nos es adverso y cambiamos la techumbre del cielo ó si la naturaleza nos trae de otra parte una atmósfera corrompida ó algo con cuyo uso no nos hemos habituado, que pueda afectarnos con su reciente advenimiento.

XLIV.— Esta disposición de las enfermedades y mortífera emanación volvió una vez funestos los campos en los confines de Cécrope, desoló las calles y despobló la ciudad de sus habitantes. Porque proviniendo de los extremos confines de Egipto y trasponiendo grandes espacios de aire y fluctuantes llanuras asentose al fin en el pueblo entero de Pandion; y entonces por partidas fueron luego entregados á la enfermedad y á la muerte. Llevaban al principio encendida la cabeza en una quemazón y ambos ojos rojeando con difusa claridad. Las lividas fauces trasudaban sangre por dentro, el canal de la voz se contraía cubierto de úlceras y la lengua, intérprete del espíritu, manaba cruor debilitada con los padecimientos, tarda en moverse, áspera al tacto. Luego cuando á lo largo de las fauces había la fuerza morbosa colmado el pecho y confluído al corazón mismo de los pacientes (a), entonces todas las cercas de la vida se desmoronaban. El aliento despedía de la boca una repugnante fetidez, al modo como la exhalan cadáveres putrefactos é insepultos. De entonces en adelante las fuerzas del espíritu por completo y el cuerpo entero languidecían, ya en los umbrales mismos del no sér. Una ansiosa congoja era asidua compañera de intolerables males, y las quejas se mezclaban con los gemidos. Un hipo frecuente en el día y á menudo en la noche, obligándoles á contraer asiduamente los nervios y los miembros, los desmayaba, y cansados como estaban, fatigábales. Mas no hubieras podido observar en ninguno que ardía con demasiado calor la parte exterior de la superficie del cuerpo, sino que más bien ofrecía una tibia

(a) Kapdix en Tucídides es propiamente la boca del estómago, ó en términos profesionales, el cárdias.

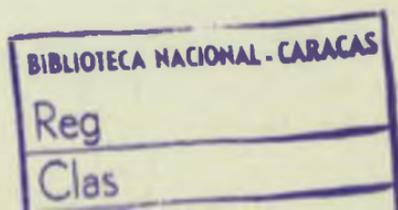
sensación á las manos, y todo el cuerpo juntamente se enrojecía como con ulceraciones de quemaduras, cual sucede cuando el fuego sagrado se extiende por los miembros. Pero la parte interna de los enfermos ardía hasta los huesos: ardía una llama en el estómago como dentro de un horno. Para esto, nada leve y tenue hubieras podido aplicar á ninguno sobre el cuerpo en su provecho, sino el viento y el frío en todas ocasiones. Algunos zambullían sus miembros abrasados por la dolencia dentro de gélidas corrientes arrojando su desnudo cuerpo entre las ondas. Muchos cayeron de cabeza desde lo alto en las linfas de los pozos al inclinarse sobre estos con la boca abierta; una árida e inapagable sed, sumergiendo sus cuerpos, equiparaba una copiosa bebida á unas gotillas de agua. Y el mal no daba de mano: agotado yacía el cuerpo. La medicina musitaba en mudo temor, pues que ardiendo en la enfermedad giraban más y más los descubiertos globos de los ojos, faltos de sueño. Muchos, demás desto, ofrecían entonces las señales de la muerte: la mente del espíritu extraviada en la tristeza y el terror, torvo ceño, expresión delirante y feroz, y a más el oído inquieto y lleno de retintines, la respiración acelerada ó desarrollándose anhelante y pausada, una reluciente capa de sudor corriendo por el cuello, esputos delgados, menudos, teñidos de un color azafranado, salados, arrancados apenas por la tos de las enronquecidas fauces. Los nervios además se sacudían en las manos, se estremecían los órganos, y no tardaba el frío en extenderse poco á poco desde los piés. Por último, al acercarse el momento supremo se veían también las alas de la nariz comprimidas, su extremidad afilada, hundidos los ojos, excavadas las sienes, la piel fría y áspera, en la horrible boca una mueca, y la frente distendida se hinchaba. No mui después los rígidos órganos yacían en la muerte. Casi siempre al octavo brillo esplendoroso del sol ó también á la novena aurora rendían la vida. Si alguien dellos evitaba por en-

tonces el luto del no sér, más tarde sin embargo aguardaban á ese con horribles úlceras y un negro flujo del vientre la consunción y el no ser, ó también una abundante sangre corrompida á menudo con dolores de cabeza corría de sus repletas narices: aquí se escapaban todas las fuerzas y el cuerpo del sujeto. Y á más, en quien sobrevivía al violento flujo de negra sangre, en ese el mal sin embargo andaba en los nervios y órganos y hasta en las mismas partes genitales del cuerpo. Y seriamente amedrentados algunos en los umbrales del no sér, subsistian privados por el hierro de sus partes viriles y no pocas veces quedaban sin manos y sin piés aunque con vida y aun algunos perdían los ojos: tanto había sobrevenido en ellos el intenso miedo de la muerte! Otros quedaban trascordados de todas las cosas hasta no poder reconocerse ellos mismos. Y bien que yacían en tierra sobre cadáveres muchos cadáveres insepultos, las aves y las fieras sin embargo huían lejos por evitar la intensa fetidez, ó cuando dellos gustaban, desfallecían con una próxima muerte. No embargante, en absoluto aparecía por casualidad ave alguna en aquellos días, ni la funesta raza de las fieras salía de las selvas. La mayor parte languidecían en la enfermedad y morían. Los fieles perros señaladamente tendidos en todas las calles rendían el aliento con trabajo: arrancábales en efecto la vida de sus miembros la morbosa fuerza. (Solitarios entierros competían en desacompañada prisa). Ninguna razón cierta se daba acerca de un remedio general, porque lo que á uno había concedido respirar las vitales auras del aire y contemplar los parajes del cielo, á otros era fatal y aparejaba la perdición. En todo esto había una cosa como ella deplorable y lastimosa en extremo, y era que cuando alguno se veía atacado por la enfermedad, cual si estuviese sentenciado á muerte, caía en desaliento y se tendía con el corazón afligido y en medio á fúnebres pensamientos entregaba el alma allí mismo. Porque efectivamente, ni un instante ce-

saba el contagio de la voraz enfermedad de transmitirse de unos á otros, como si fuesen greyes de ovejas ó apriscos de ganado. Esto sobre todo acumulaba defunción sobre defunción; que á quienquiera que rehuía visitar enfermos de los suyos, por demasiado codiciosos de la vida y temerosos de la muerte, castigaba poco después con una mala y miserable muerte, abandonados, sin recursos, su sacrificante indolencia. Mas los que se estaban á asistirlos sufrían del contagio y la fatiga, que la vergüenza y la tierna voz de los pacientes, mezclándose á las voces del dolor, les obligaba entonces á soportar. Los más buenos encontraban así este género de perdición y otro cuerpo sobre otro, disputándose el sepultar la multitud de los suyos, y tornaban fatigados con el llanto y la tristeza; y una buena parte tomaban cama en su aflicción, que no era posible deparar en aquellos días ninguno á quien la enfermedad ó la muerte ó el luto no hubiesen atacado.

XLV.— Fuera desto, ya pastores y duleros todos y también el robusto conductor del corvo arado habían enfermado, y en el fondo de la cabaña yacían hacinados cuerpos entregados á la muerte por la pobreza ó la enfermedad. A veces hubieras visto inanimados cuerpos de los padres sobre sus inanimados hijos, ó al contrario, niños que rendían la vida sobre sus padres o madres. Y tal tribulación se agolpó de los campos en no pequeña parte hacia la ciudad, llevada por una desfalleciente multitud de labradores que llegaba enfermiza de todas partes. Colmaban todos los lugares y habitaciones y con esto más la estuosidad los *destruía*... y así apiñados los acumulaba la muerte á montones. Muchos cuerpos de los arrastrados por la sed yacían exparcidos por las calles y tendidos cerca de los chorros de las fuentes, rendida su alma con la extrema satisfacción del beber; y en muchos sitios reservados al público, acá y allá por las calles, hubieras visto macilentos miembros de cuerpos medio vivos en horrible desaseo y cubiertos de andrajos perecer en la inmun-

dicia del cuerpo, pegada la piel sobre los huesos. Todos los sagrados santuarios de los Dioses, por último, habían llenado la muerte de cuerpos exámenes y todos los templos de los seres celestiales se mantenían indistintamente cargados de cadáveres; lugares esos que los guardianes habían poblado con tales huéspedes. En efecto, ni el culto, ni los números de las divinidades fueron ya tenidos en mucho: el presente dolor prevalecía. Ni las ceremonias de la sepultura, con las que tanto se había acostumbrado para sus entierros ese pueblo piadoso, perseveraron en la ciudad. Turbados todos, en efecto, andaban desatentados y cada uno sepultaba afligido a los suyos según se le ofrecía. Y aun las necesidades momentáneas y la pobreza aconsejaron cosas horrendas, porque con ingente clamor colocaban á sus deudos sobre ajenas piras, y acercaban las antorchas, riñendo á menudo con gran efusión de sangre antes que desamparar los cadáveres.



INDICE

	Pág.
Presentación, por Carlos Felice Cardot	7
Lección Preliminar, por Guillermo Morón	17
Prólogo del Traductor	29
Libro Primero	43
Libro Segundo	81
Libro Tercero	121
Libro Cuarto	157
Libro Quinto	199
Libro Sexto	245

Se terminó de imprimir este
libro en los Talleres de la
Editorial AVILA GRAFICA,
S. A., en Caracas, Venezuela,
el 30 de Junio de 1980.

